GABRIELA MARGALL GILDA MANSO

LA HISTORIA ARGENTINA CONTADA POR MUJERES



III. De la batalla de Pavón al inicio del siglo XX

(1861-1900)



GABRIELA MARGALL GILDA MANSO

LA HISTORIA ARGENTINA CONTADA POR MUJERES



III. De la batalla de Pavón al inicio del siglo XX

(1861-1900)



Gabriela Margall
Gilda Manso

La historia argentina contada por mujeres 3

III. De la batalla de Pavón al inicio del siglo XX
(1861-1900)

Ediciones B

SÍGUENOS EN

megustaleer



@Ebooks



@megustaleerarg



@megustaleerarg

Penguin Random House Grupo Editorial

Quiero escribir la historia de las mujeres
de mi país, ellas son gente.

Mariquita Sánchez a Florencia Thompson
Montevideo, febrero de 1852

Encontrarnos ahí donde siempre estuvimos

Este es el tercer y último volumen de *La historia argentina contada por mujeres* . Comienza con las consecuencias de la batalla de Pavón y culmina con el inicio del siglo XX y la gran oleada inmigratoria. Así como en el segundo volumen trabajamos sobre las guerras civiles entre las Provincias Unidas y establecimos la existencia de estados separados que no llegaban a conformar una entidad única, en este libro intentaremos dar cuenta de que la república y la nación argentina fueron construidas a partir de la batalla de Pavón. Tal como en los libros anteriores, lo haremos a través de fuentes que registran las voces femeninas.

El proceso de conformación del estado-nación llamado República Argentina estará presente en todos los capítulos como trasfondo de los hechos que se sucedieron en nuestro país a finales del siglo XIX. Ese estado-nación en construcción debía tener una presencia efectiva en cada una de las provincias, lo que implicaba definir el territorio nacional y crear instituciones de nivel nacional que lo representaran: un sistema educativo, un sistema electoral, una economía, una legislación y un ejército.

La creación de la República Argentina fue un proceso arduo, violento, difícil, que incluyó alianzas políticas, asesinatos, masacres. Las mujeres fueron parte protagonista de ese proceso, y este libro se propone dar a conocer ese protagonismo. Reiteramos lo que hemos señalado en los dos primeros tomos de esta colección: si no conocemos el lugar que ocuparon las mujeres en la historia de un determinado período, ese desconocimiento se debe a una operación de escritura. Si un historiador considera que la historia está compuesta por batallas y hechos políticos, en su visión de la historia no aparecerán las mujeres —o lo harán excepcionalmente—, puesto que esos ámbitos les estaban vedados. Cuando ampliamos el concepto de qué es historia —como

ocurre desde principios del siglo XX en Europa y desde la década de 1960 en Argentina— aparecen personas, hechos, procesos que de otro modo quedaban invisibilizados. De este modo es posible construir la historia de las mentalidades, de los campesinos, de la clase obrera, de la vida cotidiana, la historia de las mujeres.

En Argentina, la historia de las mujeres comenzó a hacerse presente en los ámbitos académicos en 1983, a partir del regreso del país al sistema democrático. Un simple cambio de enfoque, una pregunta —“¿Dónde estaban las mujeres?”— logró iluminar un campo de estudio que hoy se conoce como “historia de género”. Uno de los objetivos principales de esta colección es poner en manos del público en general los resultados de esa investigación académica. Lo hacemos a través de algunos temas conocidos por los lectores, como el proyecto educativo de Sarmiento, la Guerra del Paraguay, la epidemia de fiebre amarilla, la conquista del desierto proyectada por Roca. Y de otros, menos conocidos, que tienen relevancia cuando se hace historia desde una perspectiva de género: el Código Civil de Vélez Sarsfield y sus efectos en las mujeres, los primeros pasos de las mujeres en la educación universitaria, las concepciones sobre el cuerpo femenino —y las consecuencias que tenían en las mujeres—, la vida de las mujeres trabajadoras.

El desarrollo de la historia de género enfrenta inconvenientes particulares. Fuentes dispersas o archivos desordenados hacen que la búsqueda histórica sea, por momentos, intuitiva y azarosa. Pese a estas dificultades, hemos logrado reunir información valiosa que permite encontrar a las mujeres “allí donde siempre estuvieron”, ocultas por el velo de un modo de hacer historia que no concebía su participación.

En este volumen, como en toda la colección, trabajaremos con la microhistoria, es decir, analizaremos fuentes tan diversas como una descripción de un veraneo, un discurso en la Plaza de Mayo y una receta de cocina. Todas ellas son registro del pasado. En estas páginas harán oír sus voces mujeres periodistas, maestras, médicas, políticas, militantes, terratenientes, viajeras, e incluso cocineras. Todas ellas fueron protagonistas y constructoras del período que les tocó vivir.

Veremos que eran conscientes de su sometimiento y que lucharon para rebelarse. También veremos que sus luchas no fueron constantes, o uniformemente comprendidas y compartidas. No por eso sus voces deben ser calladas. Por el contrario, todas las voces son parte de la historia.

En el último capítulo ingresaremos en otro tipo de historia, que se está construyendo en los últimos quince años, la historia oral, para entrar definitivamente en el siglo XX y en un tema que seguramente tendrá resonancia en muchos lectores: la gran oleada inmigratoria. Nos detendremos allí, en el comienzo del siglo XX, porque creemos que —como consecuencia de los cambios propulsados en el siglo XIX— en ese momento las mujeres empezaron a tomar las riendas de su propia historia.

Una vez más, hacemos explícita la idea que rige esta colección y es su columna vertebral: si nos enseñaron una historia sin mujeres, nos enseñaron la mitad de la historia. Somos nosotras, las mujeres, y quienes quieran acompañarnos en esta travesía, las que debemos encontrarnos ahí donde siempre estuvimos, para reconocernos, para entender que fuimos y somos parte activa de la historia. Nuestra identidad se compone de las experiencias del pasado y las del presente. Nuestro presente nos dice que somos protagonistas. Nuestro pasado nos dice que también lo fuimos.

1
“... ¿cómo nos hemos de entender?”

Lo antiguo y lo nuevo: Sarmiento y la Sociedad de Beneficencia

“Después de Caseros” es una frase que recorre gran parte de los libros de historia argentina dedicados a la segunda mitad del siglo XIX. Para los protagonistas de la época, “Caseros” se había convertido en un punto de referencia y también un punto de partida. Sin embargo, como vimos en el segundo libro de esta colección, la batalla de Caseros no significó la unidad prevista por los propios protagonistas. Por el contrario, la derrota de Juan Manuel de Rosas concluyó en la formación de dos estados separados, con sus respectivas constituciones: la Confederación Argentina, de tendencia federal, liderada por Justo José de Urquiza, y el Estado de Buenos Aires, de tendencia unitaria, liderado por Bartolomé Mitre. El Estado de Buenos Aires fue derrotado en 1859, en la batalla de Cepeda, pero en 1861 la “provincia díscola” logró derrotar a Urquiza en Pavón, en el límite entre Santa Fe y Buenos Aires. ¿Sería entonces la batalla de Pavón el “antes y después” que la batalla de Caseros no había logrado ser? Al parecer, lo fue. Aunque, como veremos, ideas separatistas persistirían a lo largo de la década de 1860.

La batalla de Pavón indicaría un antes y un después en el pensamiento de ciertos grupos dirigentes situados en diferentes lugares del espectro político: la unidad nacional —irónicamente, de las antiguas “Provincias Unidas”— fue la idea que dominó después de Pavón y que los sucesivos gobiernos debieron sostener de diferentes

modos. La violencia militar fue uno de esos modos, pero no el único. La organización económica, financiera, fiscal y de las comunicaciones del país tuvieron importancia fundamental para dar sustento a la idea de unidad. La educación fue el gran proyecto de largo plazo, cuyos efectos y resultados perduraron hasta el siglo XX. Y si hablamos de proyecto educativo, debemos hablar de Domingo Faustino Sarmiento y de su colega, Juana Manso.

La tarea de Sarmiento comenzó antes de la batalla de Pavón, en la provincia de Buenos Aires. La provincia sería laboratorio para las ideas que luego pondría en marcha durante su presidencia y que en 1884, durante la presidencia de Julio Argentino Roca, confluirían en la ley 1420 —la Ley de Educación Común—, que estableció la gratuidad de la educación y su obligatoriedad.

En 1856 Sarmiento fue nombrado jefe del Departamento de Escuelas del Estado de Buenos Aires, cargo que ocupó hasta 1861. Desde allí impulsó su proyecto, que tenía como modelo el sistema educativo norteamericano, basado en la masividad de la educación y la lectura y en la difusión de los periódicos y la imprenta. Para establecerlo sistemáticamente en Buenos Aires promovió la fundación de escuelas y bibliotecas, y la publicación de un periódico —*Anales de la Educación Común* — destinado a funcionarios públicos y educadores, que tuvo como directora a Juana Manso (nos referiremos al tema en otro capítulo).

Para su realización, el proyecto de Sarmiento tuvo que enfrentar obstáculos. Uno de los problemas a los que tuvo que hacer frente —y lo hizo con firmeza— fue la Sociedad de Beneficencia, a la que dedicamos un capítulo en el segundo volumen de esta colección.

La Sociedad de Beneficencia había sido creada en 1823 por Bernardino Rivadavia, ministro de gobierno del gobernador Martín Rodríguez. Desde entonces —con altibajos, como hemos visto— controlaba la gestión de escuelas para niñas huérfanas. Las actividades de la Sociedad fueron suspendidas por Rosas durante su gobierno y se reanudaron después de Caseros. Mariquita Sánchez, una de las socias fundadoras de dicha Sociedad, fue su presidenta durante varios años y tuvo fuertes peleas con Sarmiento, con quien había compartido el

exilio en Montevideo durante la época rosista.

El proyecto educativo de Sarmiento iba a contramano de la idea de enseñanza de la Sociedad de Beneficencia, y ambas partes no tardaron en llegar a la pelea pública, esfera en la que Sarmiento estaba perfectamente entrenado y que, en cambio, era un territorio pantanoso para las damas de la Sociedad.

Veamos de manera más completa las diferencias entre las dos perspectivas. El proyecto educativo de Sarmiento tenía una idea central: la educación común para niños y niñas que fortaleciera la formación cívica y la disciplina, que enseñara historia, geografía y matemática, e impartiera conocimientos prácticos relacionados con la agricultura y el comercio. Como hemos visto en esta colección, este "para niños y niñas" del proyecto de Sarmiento no era la idea corriente de la época. Sarmiento fue el fundador de la primera escuela mixta y nombró a Juana Manso como directora. La experiencia de la educación mixta era demasiado novedosa para la época y la escuela debió cerrar, señalando los límites del proyecto sarmientino.

En esa época, la posibilidad de que la mujer recibiera educación no era una idea común y socialmente aceptada. También era discutible el tipo de educación que la mujer debía recibir. Los límites de la educación femenina formaban parte de la discusión de Sarmiento con la Sociedad puesto que el programa educativo de las niñas huérfanas consistía mayormente en enseñarles a coser, bordar, ejecutar instrumentos y cantar. Así como en 1823 la creación de la Sociedad había sido un hecho novedoso, porque se ocupaba de la educación de mujeres, en la segunda mitad del siglo XIX el mismo proyecto parecía retrasado al lado de las nuevas ideas que intentaban imponer educadores como Sarmiento o Manso.

Mariquita Sánchez, ya con setenta años, continuaba siendo una dama de influencia. Más allá de que sus amigos más cercanos de la Generación del 37 —como Alberdi, e incluso su hijo Juan Thompson — estuvieran en el extranjero o fueran parte del gobierno de Urquiza —como Juan María Gutiérrez— ella continuó su vida política propia dentro del Estado de Buenos Aires. En 1857 regresó a la Sociedad de Beneficencia y en agosto de ese año se puso al frente de la comisión

que tenía como objetivo la repatriación de los restos de Rivadavia, fundador de la Sociedad.

La Sociedad de Beneficencia seguía teniendo a su cargo los colegios de niñas huérfanas y el Hospital de Mujeres Dementes y seguía teniendo los mismos problemas de financiamiento que había sufrido desde siempre. Si bien era una institución que dependía del estado —que estaba en guerra permanente—, también era una sociedad "de beneficencia", de modo que el dinero recibido y la manera de administrarlo era un tema que generaba permanente tensión. En 1861, como secretaria de la Sociedad, Mariquita Sánchez debía enfrentar el problema de su financiamiento, y para hacerlo debía medirse con un enemigo cuyo dominio de la palabra era poderoso.

Como mencionamos antes, Sarmiento y la Sociedad estaban en conflicto desde años atrás precisamente porque sus respectivos proyectos educativos entraban en colisión. Sarmiento quería imponer su propio programa en todas las escuelas bonaerenses y las socias mantenían con firmeza su derecho a imponer su propio programa en las escuelas que controlaban. La labor de la Sociedad de Beneficencia contaba con un respaldo social y estatal que encontraba fundamento en el hecho —único en el mundo— de que la población femenina de las escuelas de Buenos Aires era superior a la población masculina y esta situación se debía a la actuación de la Sociedad.

Si bien Sarmiento reconocía la labor de la Sociedad en la formación de las niñas, consideraba que sus gastos eran excesivos y quería traspasar al estado el control de las escuelas de niñas huérfanas, para convertirlas en "escuelas normales", es decir, escuelas que formaban maestras.

El problema era una cuestión de fondos y financiamiento, como dijimos, nada nuevo para la Sociedad. En octubre de 1860, Sarmiento había publicado un artículo en el periódico *El Nacional* , fundado por Dalmacio Vélez Sarsfield, donde criticaba abiertamente a las escuelas de la Sociedad por tener a León Pallière, artista francés, como maestro de pintura. Esto era, para Sarmiento, un derroche de dinero y de instrucción puesto que su interés no estaba puesto en la enseñanza de las artes sino en otros conocimientos más prácticos como la

matemática o la geografía. La crítica se dirigía claramente a Mariquita: Pallière era su amigo y había conseguido el empleo gracias a esa amistad. El *afrancesamiento* de Mariquita, que le había dado prestigio y pesares por igual durante gran parte de su vida, seguía pasándole facturas.

Ella tomó la palabra y escribió un largo informe que defendía la actuación de la Sociedad de Beneficencia, la distribución de los fondos y el programa educativo. Lo firmó como "Una maestra del colegio de huérfanas". El informe sirvió de descargo pero no alcanzó a silenciar la voz de Sarmiento, que siguió empeñado en retirar del control de la Sociedad dicho colegio.

En 1861, Mariquita le escribía una carta personal:

> *Mi estimado señor:*
>
> *Me han dicho que usted ha publicado un cuaderno en el que se hace un proceso a la Sociedad de Beneficencia. Mándeme usted ese cuaderno, que deseo leerlo, pero ya veo lo que le han de responder, que peor están las suyas, que desean tener un buen modelo a imitar. En fin, veremos lo que usted dice.*
>
> *Esta carta es confidencial, inspiración mía y nada más. El Gobierno nos dijo que se había decretado una suma (no tengo la nota a la mano por la cantidad) para traer libros para las escuelas de ambos sexos, los que se comunicaron a la Sociedad, etc. etc. Como usted está en guerra con esta pobre Sociedad, cosa que yo siento mucho porque no soy guerrera, nadie le hablará de esto; pero como yo lo conozco, le pregunto: ¿podemos pedirle libros?, ¿hay en los depósitos para nuestras escuelas?, ¿cómo nos hemos de entender?*
>
> *Nuestra Sociedad va a tomar un impulso, queremos hacer muchas cosas, y a pesar de sus latigazos conozco que usted nos quiere y nos ha de ayudar, ni caso les hago a sus rabias, porque cuando en un momento de calma usted piense que usted es dueño absoluto con facilidades como Rosas para hacer lo que le dé la gana, con todo un departamento a sus órdenes, edecanes y subalternos y plata a su voluntad, y con todo esto tiene usted trabajos y sus escuelas tienen contrariedades, ¿qué serán las nuestras? En esta tierra cuesta mucho hacer algo, y le protesto que, con*

todos los elementos que tenemos, hay muy malos ratos, y si usted tiene dificultades con los hombres porqué de los nuestros y tenga indulgencia que al fin sirven sin sueldo y hace 38 años que esto dura en esta tierra que nada dura. Yo deseo poner en cada escuela (ojalá pudiera en cada casa) un manual de educación. Mándeme los que pueda. Si hay catecismos, cosa preciosa, mándeme, y en suma lo que pueda. Le repito, esto es confidencial. Si no hay, queda entre nosotros, pero yo deseo que mi puesto deje alguna ventaja y quiero hacer algo, ya sabe usted que he tenido otro luto, estoy cansada de penas, así que pase un poco esta tempestad le he de ver para tomar algunas noticias o consejos para mi plan. Trabajemos pues como podamos, que en nuestro corazón está la recompensa.

Su afecta siempre.

María S. de Mendeville [1]

El tono confidencial de la carta es clásico en la correspondencia de Mariquita Sánchez y lo hemos analizado a lo largo de esta colección muchas veces. Escribe desde un "yo" que sabe el lugar que ocupa y que esa misma posición social le permite enunciar. Sin embargo, ¿seguía siendo un capital importante en esa situación política "después de Caseros"?

Mariquita comienza la carta yendo directamente al grano:

Mi estimado señor:

Me han dicho que usted ha publicado un cuaderno en el que se hace un proceso a la Sociedad de Beneficencia. Mándeme usted ese cuaderno, que deseo leerlo, pero ya veo lo que le han de responder, que peor están las suyas, que desean tener un buen modelo a imitar. En fin, veremos lo que usted dice.

El "cuaderno" que menciona es un informe redactado por Sarmiento sobre la situación de las escuelas administradas por la Sociedad de Beneficencia. Mariquita parece conocer este informe y se lo pide confidencialmente a Sarmiento, poniendo en juego la amistad y la influencia que pudiera tener sobre él. No olvidemos que Bernardino

Rivadavia debió recurrir a la propia Mariquita Sánchez para la concreción del proyecto de la Sociedad de Beneficencia cuando las señoras de la alta sociedad de la ciudad no quisieron comprometerse por temor a la crítica social. De modo que la Sociedad era también producto de Mariquita Sánchez y su influencia.

Esta carta es confidencial, inspiración mía y nada más. El Gobierno nos dijo que se había decretado una suma (no tengo la nota a la mano por la cantidad) para traer libros para las escuelas de ambos sexos, los que se comunicaron a la Sociedad, etc., etc.

Como señalamos, el problema en cuestión es económico: Sarmiento y la Sociedad están en disputa por el dinero que puede aportar un Estado de Buenos Aires en guerra permanente con la Confederación Argentina. El escaso dinero se usa para la compra de libros, la construcción de edificios y el pago de sueldos a los maestros, y allí es precisamente donde Mariquita y Sarmiento disputan sus proyectos educativos, una poniendo en juego su capital social, el otro poniendo en juego su capital político.

Mariquita sabe con quién habla y por eso la carta debe ser confidencial, para llevar la discusión de lo público a lo privado, lo que siempre fue su modo de actuar en sociedad:

> *Como usted está en guerra con esta pobre Sociedad, cosa que yo siento mucho porque no soy guerrera, nadie le hablará de esto; pero como yo lo conozco, le pregunto: ¿podemos pedirle libros?, ¿hay en los depósitos para nuestras escuelas?, ¿cómo nos hemos de entender?*

"¿Cómo nos hemos de entender?" es una pregunta que tiende un puente hacia el enérgico Sarmiento, que parece decidido a quitar de en medio a la Sociedad. Pese a sus dichos, Mariquita es una guerrera, que tira sus cañonazos cuando puede, tratando de dar en el centro del orgullo de Sarmiento:

> *Nuestra Sociedad va a tomar un impulso, queremos hacer muchas*

cosas, y a pesar de sus latigazos conozco que usted nos quiere y nos ha de ayudar, ni caso les hago a sus rabias, porque cuando en un momento de calma usted piense que usted es dueño absoluto con facilidades como Rosas para hacer lo que le dé la gana, con todo un departamento a sus órdenes, edecanes y subalternos y plata a su voluntad, y con todo esto tiene usted trabajos y sus escuelas tienen contrariedades, ¿qué serán las nuestras?

Como al descuido, Mariquita escribe las palabras mágicas capaces de irritar a quien escribiera una carta en el mismo escritorio del Restaurador el día de su derrota. La comparación con Rosas no es casual, ni mucho menos. Intenta dar en el blanco al contemplar la posibilidad de que el Jefe del Departamento de Escuelas del Estado de Buenos Aires sea una figura equiparable a ese "dueño absoluto" tan odiado durante años por los unitarios en el exilio.

Después de compararlo con Rosas, lanza otra crítica: si Sarmiento tiene tantas facilidades a su disposición, ¿por qué sus escuelas tienen tantos problemas? ¿Cómo podrían las escuelas de la Sociedad mejorar sin tener siquiera un departamento, edecanes, subalternos y plata a voluntad?

Para aprovechar el daño que cree haber causado con la comparación, como buena guerrera, Mariquita agrega:

En esta tierra cuesta mucho hacer algo, y le protesto que, con todos los elementos que tenemos, hay muy malos ratos, y si usted tiene dificultades con los hombres porqué de los nuestros y tenga indulgencia que al fin sirven sin sueldo y hace 38 años que esto dura en esta tierra que nada dura.

El párrafo alude a los pesares sufridos en común y, más todavía, a pesares que Sarmiento no conoce, puesto que Mariquita lleva treinta y ocho años —desde 1823— trabajando para la Sociedad de Beneficencia, sobrellevando la inestabilidad política, las pérdidas personales y materiales, y el exilio. Hace treinta y ocho años que la Sociedad existe en una unidad política tan inestable como la que

sucedió al Virreinato del Río de la Plata y Mariquita lo destaca para pedir que siga existiendo porque, bien lo sabe, sin sus escuelas la Sociedad de Beneficencia perdería gran parte de su lugar social y político.

> *Yo deseo poner en cada escuela (ojalá pudiera en cada casa) un manual de educación. Mándeme los que pueda. Si hay catecismos, cosa preciosa, mándeme, y en suma lo que pueda. Le repito, esto es confidencial.*

Pide confidencialmente —lo repite varias veces—, porque evoca un tipo de política que tiene que ver con las influencias, el tipo de política que ella misma practicó durante gran parte de su vida: ¿qué eran sus tertulias, sino lugares de convergencia de esas influencias? Y en esa confidencialidad la política se enlaza con los dramas personales porque la política de influencias es personal:

> *Le repito, esto es confidencial. Si no hay, queda entre nosotros, pero yo deseo que mi puesto deje alguna ventaja y quiero hacer algo, ya sabe usted que he tenido otro luto, estoy cansada de penas, así que pase un poco esta tempestad le he de ver para tomar algunas noticias o consejos para mi plan. Trabajemos pues como podamos, que en nuestro corazón está la recompensa.*

"Trabajemos como podamos", ofrece Mariquita, con conocimiento de esos treinta y ocho años y como una forma de reconciliación para salvar a esa Sociedad de Beneficencia que siente que también le pertenece.

Sin embargo, Sarmiento será implacable. Le responderá que ese tipo de influencias ya no tiene cabida y que el lugar de la Sociedad de Beneficencia en la educación debe ser otro: acompañar pero no administrar porque esa administración es la que debe hacer un estado nacional, esa entidad que está en proceso de construcción, a veces tambaleante en los hechos pero firme en las ideas de los intelectuales de la época. Por supuesto, esa entidad en proceso de conformación no

estaba libre de influencias, pero dichas influencias debían amoldarse a las instituciones creadas y no al revés, como propone Mariquita. Y esa tensión es precisamente la que se manifiesta en el intercambio entre ella y Sarmiento.

En septiembre de 1861, luego de la batalla de Pavón, el proceso de construcción nacional se afianzará y tendrá a uno de sus principales ideólogos, Bartolomé Mitre, a la cabeza del país unificado. La Sociedad de Beneficencia irá perdiendo "sus escuelas", que caerán bajo la égida del estado nacional con un proyecto educativo unificado que analizaremos en profundidad más adelante de la mano de una de las grandes colaboradoras de Sarmiento: Juana Manso.

Este es el último capítulo de la colección en el que Mariquita Sánchez habla para contar la historia. Murió en 1868, ya retirada de la vida pública, aunque siempre pendiente de los asuntos de la Sociedad de Beneficencia a la que había visto nacer. Sus ideas educativas, sociales, e incluso las políticas ya pertenecían a otra época, como evidencia esta discusión con Sarmiento. Pero en ella siempre estuvo la idea de escribir la historia de las mujeres de mi país porque ellas son gente. Somos herederas y deudoras de ese deseo de contar la historia de las mujeres de nuestro país y esta colección rinde tributo a ese deseo que Mariquita no pudo —o no supo— llevar adelante.

1 . Mizraje, María Gabriela, *Intimidad y política. Diario, cartas y recuerdos de Mariquita Sánchez*, Adriana Hidalgo Editora, Buenos Aires, 2010, pp. 360 y 361.

2
“Para castigo la muerte, era lo bastante...”

La tensión entre la nación y las provincias

Como señalábamos en el capítulo anterior, la unidad de la República Argentina fue un proceso complejo. Para consolidar un estado de mayor tamaño que las provincias, debía existir la idea de que no había nada superior a la nación, concepto que también estaba en evolución y cambio.

El presidente Bartolomé Mitre fue quien emprendió la tarea de vincular la República Argentina a la idea de nación. Su ideario era unitario, pero en esta época comenzó a llamarse “liberal” —por asociación con la doctrina liberal en auge en Europa— y así lo llamaremos en este libro. No obstante, dado que sus ideas eran unitarias, Mitre construyó la idea de nación tomando como base las necesidades de la provincia de Buenos Aires. De este modo, sus diferentes actividades, como militar, político e intelectual, tendieron a igualar los intereses porteños a los nacionales. Esta identificación de intereses provocó disenso y oposiciones, que Mitre enfrentó a través del consenso político, donde fue posible, o de la violencia y la represión militar, donde las fuerzas locales se opusieron a su gobierno.

Tanto federales como liberales coincidían en la idea de respetar la Constitución de 1853 y no volver atrás, en particular, a la situación de “antes de Caseros”. La Constitución se convertía así en el marco de referencia política de uno y otro bando, y las acciones —e insurrecciones— solían llevarse a cabo “en nombre de la Constitución

Nacional". Como señalamos, la idea de instaurar esa entidad llamada nación se había establecido en el ideario político y no admitía discusión. Lo que se discutió durante toda la década de 1860 fue: ¿en qué condiciones existiría esa nación?, ¿qué ideas prevalecerían?

Los partidarios del federalismo no habían desaparecido después de la batalla de Pavón. Justo José de Urquiza seguía siendo el líder federal y hacia él miraban los federales del resto del país. Pero como había hecho en Pavón, Urquiza solía dar un paso a un costado ante este tipo de conflictos, lo que eventualmente lo llevaría a perder su poder. Con los demás gobernadores federales desplazados del poder después de la batalla de Pavón, el poder de Mitre y los liberales, y del ejército porteño parecía ilimitado. El liberalismo fue instalándose en los gobiernos provinciales desde fines de 1861 y se afianzó a partir de 1862, con el ascenso de Mitre a la presidencia.

Por supuesto, en algunas zonas surgieron resistencias al poder mitrista. En La Rioja el general de tendencia federal Ángel "Chacho" Peñaloza tenía el control de la provincia y comandaba las milicias civiles locales, conocidas como montoneras. El Chacho Peñaloza era un militar que provenía de una familia de estancieros riojanos. Había sido parte de las milicias de Facundo Quiroga, aliado de Rosas, y también del fallido intento de Juan Lavalle para derrotarlo. En la década de 1850, de regreso en La Rioja, el presidente Urquiza lo nombró general y se convirtió en hombre de confianza del líder federal durante esos años. Después de la batalla de Pavón los liberales intentaron controlar la provincia de La Rioja, pero se encontraron con la fuerte resistencia de Peñaloza y sus montoneras. Las tropas de Peñaloza eran superiores en número pero las tropas del ejército de Buenos Aires, enviadas por Mitre, eran superiores en armamento. Peñaloza sufrió varias derrotas y debió firmar en San Luis la Paz de La Banderita, en la que aceptaba subordinarse a las fuerzas nacionales.

El tratado fue inmediatamente rechazado porque las tropas nacionales ejecutaron a los prisioneros federales. El Chacho Peñaloza se rebeló contra Mitre, llamando a las provincias a defender los derechos e instituciones que se habían instalado después de Caseros. También convocó a Urquiza a participar de la insurrección pero, como

dijimos, ante estos conflictos el líder federal se mantenía neutral y dentro de los límites de la provincia de Entre Ríos.

Desde San Juan, donde había sido nombrado gobernador interino, Sarmiento presionaba a Mitre para que derrotara a Peñaloza. Decretó el estado de sitio en la provincia que gobernaba y en La Rioja, tratando de contener el conflicto. Sin embargo, aun sin el apoyo de Urquiza, la rebelión federal se extendió. La guerra continuó en 1863 hasta que el ejército porteño derrotó al "Chacho" en La Rioja, donde se había replegado después de sucesivas derrotas militares.

Peñaloza fue asesinado con una lanza por el mayor Pablo Irrazábal y luego acribillado por los soldados del ejército porteño, el 12 de noviembre de 1863. Se le cortó la cabeza y se la colocó en el extremo de un poste en la plaza de Olta, donde se había rendido.

La ejecución de Peñaloza significó un grave problema para Mitre que —como presidente que buscaba la unificación— no podía aprobar un acto "barbárico" cometido justamente por quienes durante años habían peleado —tanto en el campo de batalla como desde la palabra escrita— contra la "barbarie" de los caudillos. Si la "barbarie" era ajena a ese proceso civilizatorio que Mitre pretendía llevar adelante, ¿qué postura debía tomar ante la ejecución de Peñaloza? Sarmiento recibió a Irrazábal como un héroe en San Juan, dejando clara su postura entre la civilización y la barbarie. Mitre, en cambio, publicó un escrito donde condenaba la acción, pero no castigaba a quienes la habían llevado a cabo. Irrazábal pidió la baja del ejército al año siguiente.

La muerte de Peñaloza señalaba los límites del proceso de unificación que Bartolomé Mitre intentaba llevar adelante bajo las ideas liberales de progreso y civilización. Ante las rebeliones federales, Mitre respondía con esa misma violencia que había condenado desde el exilio durante el gobierno de Rosas. Peñaloza fue una encrucijada también para Urquiza, el jefe federal. El caudillo riojano había apelado directamente a su nombre en la insurrección y él no había respondido. Desde 1853 Urquiza era uno de los referentes políticos que se había mantenido firme en la idea de que debía existir la República Argentina y que las guerras civiles, de algún modo, debían


terminar.

Una mujer federal: la Chacha

En 1864, Victoria Romero, la esposa del Chacho Peñaloza, también apelaba a Urquiza:

Rioja, agosto 12 de 1864

Excmo. capitán general Don Justo José de Urquiza, de mi singular respeto: Confiando en su reconocida prudencia, y carácter benévolo, me tomo la libertad de recomendar la atención de V. E., con la esperanza de que aliviará en algún tanto mis padecimientos en que la desgracia de la suerte me ha colocado, con la dolorosa pérdida de mi marido desgraciado, que la intriga, el perjurio y la traición, han hecho que desaparezca del modo más afrentoso, y sin piedad, dándole una muerte a usanza de turco, de hombres sin civilización, sin religión. Para castigo la muerte, era lo bastante, pero no despedazar a un hombre como lo hace un león, el pulso tiembla, señor general: haber presenciado y visto por mis propios ojos descuartizar a mi marido dejando en la orfandad a mi familia, y a mí en la última miseria, siendo yo la befa y ludibrio de los que antes recibieron de mi marido y de mí, todas las consideraciones y servicios que estaban a nuestros alcances. Me han quitado derechos de estancia, hacienda, menaje y todo cuanto hemos poseído los últimos restos me quitan por perjuicios que dicen haber inferido la gente que mandaba mi marido. Me exigen pruebas y documentos de haber tenido yo algo; me tomaron dos cargas de petacas por mandato del señor coronel Arredondo, donde estaban todos mis papeles, testamentos, hijuelas, donaciones y cuanto a mí me pertenecía.

Se me volvió la ropa mía e vestir, de donde resultó que no tengo como acreditar ni de los dos mil pesos que V. E. tuvo a bien donarme, por hacerme gracias y de buena obra, por lo que suplico a V. E. se digne informar sobre esto al Juez de esta Ciudad, para que a cuenta de esto me deje parte del menaje de la casa, siquiera por esta cantidad que expreso.

Lo pase bien, señor general, sea feliz y dichoso, que yo no cesaré en mis preces de encomendarle al Supremo Ser lo conserve por dilatados

años al lado de su amable familia, con salud, prosperidad y dicha. Y no ofreciéndose otra cosa, soy de V. E. su affma. S. S. que le ofrece el más humilde acatamiento y las mejores consideraciones de aprecio y respeto. Q.B.L.M. de V.E. – Victoria Romero de Peñaloza. [2]

Victoria Romero había nacido en La Rioja y se había casado en 1822, a los dieciocho años, con Vicente Peñaloza, unos ocho años mayor que ella (no se sabe con certeza en qué año nació). Como muchas otras mujeres de la época había vivido junto a él las guerras civiles entre unitarios y federales y compartido sus varios exilios en Chile. En el momento de la derrota de Peñaloza en Olta, Victoria estaba junto a su marido y presenció su ejecución.

Como parte del grupo derrotado, Victoria Romero sufrió la incautación de sus bienes y los de su marido, quedando en la situación que la motiva a escribir al jefe federal, Justo José de Urquiza.

Rioja, agosto 12 de 1864 – Excmo. capitán general Don Justo José de Urquiza, de mi singular respeto: Confiando en su reconocida prudencia, y carácter benévolo, me tomo la libertad de recomendar la atención de V. E., con la esperanza de que aliviará en algún tanto mis padecimientos en que la desgracia de la suerte me ha colocado…

La viuda de Peñaloza debe apelar a Urquiza porque no puede apelar a sus enemigos, sería una traición para ella y para la memoria de su propio marido. Podemos ver que la mentalidad de caudillos y jerarquías permanece en la mente de Victoria Romero, tal como permanecía la política de influencias en la mente de Mariquita Sánchez. La tensión entre la nueva política, el sostenimiento de la República Argentina y la antigua forma de hacer política no solo resultaba un conflicto para Mitre o para Urquiza, sino también para las mujeres que como ella habían vivido la guerra civil de cerca.

… con la dolorosa pérdida de mi marido desgraciado, que la intriga, el perjurio y la traición, han hecho que desaparezca del modo más afrentoso, y sin piedad, dándole una muerte a usanza de turco, de

hombres sin civilización, sin religión.

Victoria refiere la muerte de su esposo como injusta y "sin civilización". Así como Mariquita comparaba a Sarmiento con Rosas, otra vez la barbarie y la civilización se unen en una carta personal. Es que el "después de Caseros" que había sido conducido precisamente por Urquiza, y que traía la promesa de la Constitución y la civilización, no ofrecía los resultados prometidos:

Para castigo la muerte, era lo bastante...

dice Victoria Romero, acostumbrada a la violencia en la que había vivido gran parte de su vida como esposa de uno de los líderes de la guerra civil entre unitarios y federales. Sin embargo, la crueldad con la que su esposo había sido ejecutado estaba más allá de su horizonte de muertes posibles:

... pero no despedazar a un hombre como lo hace un león, el pulso tiembla, señor general: haber presenciado y visto por mis propios ojos descuartizar a mi marido dejando en la orfandad a mi familia, y a mí en la última miseria, siendo yo la befa y ludibrio de los que antes recibieron de mi marido y de mí, todas las consideraciones y servicios que estaban a nuestros alcances.

Después de la ejecución de su marido, Victoria sufría las consecuencias de ese modo personal de hacer política: el abandono, político y también económico, puesto que a los vencidos se les confiscaban los bienes privados, dejando a sus familias en una situación económica compleja:

Me han quitado derechos de estancia, hacienda, menaje y todo cuanto hemos poseído los últimos restos me quitan por perjuicios que dicen haber inferido la gente que mandaba mi marido. Me exigen pruebas y documentos de haber tenido yo algo; me tomaron dos cargas de petacas por mandato del señor coronel Arredondo, donde estaban todos mis

papeles, testamentos, hijuelas, donaciones y cuanto a mí me pertenecía.

Los documentos de su marido —y, por tanto, los suyos— habían sido sustraídos por uno de los comandantes de la guerra contra Peñaloza, el coronel Arredondo. La posición de Victoria Romero era extremadamente compleja porque las mismas tácticas que se consideraban propias de "antes de Caseros", eran empleadas ahora por sus enemigos en nombre de la civilización y la Constitución de 1853. En esta situación, ella debe recurrir a quien considera el líder del movimiento federal, heredero de las luchas de las que la misma Victoria había sido parte, y sinónimo de esa Constitución:

> *Se me volvió la ropa mía e vestir, de donde resultó que no tengo como acreditar ni de los dos mil pesos que V. E. tuvo a bien donarme, por hacerme gracias y de buena obra, por lo que suplico a V. E. se digne informar sobre esto al Juez de esta Ciudad, para que a cuenta de esto me deje parte del menaje de la casa, siquiera por esta cantidad que expreso.*

Victoria debe apelar a Urquiza para que se le entregue algo que se le concedió como una donación, un favor, dos mil pesos que el juez de la ciudad, seguramente de acuerdo con las fuerzas nacionales, se negaba a reconocerle para que ella pudiera sostener parte del mobiliario de su propia casa.

Y cierra Victoria la carta con unas fórmulas que parecen tomadas de cartas escritas varios siglos atrás:

> *Lo pase bien, señor general, sea feliz y dichoso, que yo no cesaré en mis preces de encomendarle al Supremo Ser lo conserve por dilatados años al lado de su amable familia, con salud, prosperidad y dicha. Y no ofreciéndose otra cosa, soy de V. E. su affma. S. S. que le ofrece el más humilde acatamiento y las mejores consideraciones de aprecio y respeto. Q.B.L.M. de V.E. – Victoria Romero de Peñaloza.*

La trayectoria de Victoria Romero, su carácter firme y su

participación en las montoneras del Chacho Peñaloza no condicen con la escritura de esta carta. Las fórmulas utilizadas hablan de una subordinación y una posición social inferior, propia de las cartas escritas por mujeres que analizamos en el primer libro de la colección. El texto nos indica que Victoria Romero se halla en una situación realmente delicada, que la obliga a sostener una forma discursiva para mantener el favor de quien considera su jefe político:

> *... soy de V. E. su affma. SS. que le ofrece el más humilde acatamiento...*

No parece una frase propia de la mujer a la que llamaban "la Chacha" —identificándola con su marido—, la que lucía una herida en la frente porque, según se decía, salvó la vida del "Chacho" interponiéndose en un ataque. Nuevamente, es la lógica de la política personal de influencias la que está ordenando esa despedida y la que suena arcaica en momento donde lo antiguo y lo nuevo estaban en una tensión evidente.

Pocos datos quedan sobre la Chacha, o "doña Vito", como también la llamaban, pero se sabe que murió en 1889, a los ochenta y cinco años, en La Rioja.

Las insurrecciones federales no se detuvieron con la muerte del Chacho Peñaloza. Felipe Varela sería el heredero del movimiento que se negaba a subordinarse a una República Argentina dirigida por Bartolomé Mitre y a los intereses de la provincia de Buenos Aires que intentaban convertirse en "nacionales".

Para combatir los intentos de sedición, Mitre llevó adelante una serie de reformas. Entre ellas, la creación del ejército nacional, puesto que hasta entonces se había servido de la Guardia Nacional de Buenos Aires para combatir las rebeliones armadas en distintos focos del interior. Las Guardias Nacionales provinciales no fueron desarmadas y como consecuencia las provincias conservaron fuerzas armadas propias que, eventualmente y dependiendo de los gobernantes, podían enfrentarse a las fuerzas nacionales.

La tensión entre la nación y las provincias era fuerte: ¿cuáles eran

los límites de las fuerzas provinciales?, ¿hasta dónde podía intervenir la nación en nombre del mantenimiento del orden constitucional? Cuando en 1864 Mitre licenció a la Guardia Nacional porteña, dentro de la misma provincia que le daba apoyo surgieron fuertes reacciones y el gobierno provincial ordenó nuevamente la formación de la guardia, manteniendo su autonomía. La tensión entre nación y provincias incluía la tensión con la misma Buenos Aires. Así, hacia la mitad de la década de 1860 el liberalismo porteño se dividió entre nacionalistas, que apoyaban a Mitre, y “autonomistas” dirigidos por Adolfo Alsina, que defendían la autonomía de Buenos Aires.

Los conflictos con los federales, sumados a los conflictos dentro de la provincia, se verían agudizados por un conflicto internacional que ubicaría a Bartolomé Mitre en el centro de las críticas: la guerra de la Triple Alianza contra el Paraguay.

2 . Gálvez, Lucía, *Historias de amor de la historia argentina*, Punto de Lectura, Buenos Aires, 2007, p. 165.

3
“... yo no quisiera nada, sino verte aquí”

La guerra del Paraguay

Como venimos relatando en este libro, la construcción de la República Argentina fue un proceso lento y requirió la toma de decisiones que, por primera vez en nuestra historia, tuvieran alcance a nivel nacional. De este modo, pasando por alto la autoridad de las provincias se fundaron o se reconstruyeron instituciones destinadas a fortalecer al gobierno central, que serían de alcance nacional. Para este propósito se creó el Ministerio de Guerra y Marina, cuyo ministro sería Juan Andrés Gelly y Obes. El ejército, formado durante la etapa urquicista de la Confederación, estaba compuesto por el ejército de línea y por la Guardia Nacional, cuerpo de reserva que tenía su base en las provincias. Buenos Aires seguía controlando su propia Guardia Nacional. En 1864 Mitre decretó la formación de un ejército permanente de 6000 hombres y solicitó licenciar a la Guardia Nacional de Buenos Aires, lo que provocó el disgusto de sus aliados bonaerenses. El nuevo ejército fue puesto a prueba al año siguiente en un conflicto que involucró a cuatro países e incluyó las luchas políticas internas de cada uno de ellos: la guerra de la Triple Alianza contra el Paraguay, una guerra de alcance regional en América del Sur que tuvo consecuencias importantes para los países en cuestión y para toda la región.

La Triple Alianza estaba formada por el Imperio de Brasil, la República Argentina y Uruguay. Los complejos hechos que condujeron a la guerra contra el Paraguay, que involucran la historia de la Argentina y de los otros tres países incluidos en el conflicto, así como

las divisiones políticas dentro de cada país, exceden los márgenes de este libro. En este capítulo abordaremos las causas que llevaron a la Argentina a unirse a sus aliados contra Paraguay y los resultados y consecuencias de la guerra para nuestro país.

Como vimos en el segundo volumen de esta colección, durante gran parte del siglo XIX unitarios y federales tuvieron aliados fuera de la Confederación, sobre todo en Uruguay, donde los unitarios se establecieron a partir de la década de 1830. Con el final del gobierno de Rosas, los emigrados fueron volviendo al país, pero las alianzas continuaron.

El hecho de que los federales continuaran en guerra contra Mitre y el gobierno nacional tenía repercusiones en la alianza con el partido colorado uruguayo y su líder Venancio Flores. Los federales argentinos, liderados por Justo José de Urquiza —aunque ese liderazgo empezaba a ser cuestionado por Felipe Varela— eran aliados del partido blanco uruguayo encabezado por Pedro Berro. La alianza de la República Argentina con el Imperio de Brasil era inusual. Los dos países ya habían estado en guerra en la década de 1820 y siempre habían mantenido relaciones diplomáticas tensas, equilibradas por la presencia de Gran Bretaña en el continente. Sin embargo, en la fuerza de coalición que había derrotado a Juan Manuel de Rosas —conocida como Ejército Grande, liderado por Urquiza— habían participado soldados brasileros, haciendo posible la alianza entre los tres países.

La tensión entre Brasil, Uruguay y Argentina siempre había existido, e incluso podría datarse la tensión entre España y Portugal en el período colonial. La existencia misma de Uruguay como país independiente era resultado de la guerra entre las Provincias Unidas y Brasil, con la intermediación británica. De este modo, la alianza entre Brasil, Argentina y Uruguay no era “natural” o histórica. Tenía un propósito específico.

“¿Por qué Paraguay?” es una de las preguntas centrales para entender la guerra de la Triple Alianza. La abundante historiografía sobre el tema no consigue abarcar las causas de la guerra. Paraguay se había independizado de España en 1811. Desde entonces se mantenía como un país aislado, gobernado por un “dictador perpetuo” —José

Gaspar de Francia— conservando una calma política relativa, alejada de los conflictos civiles que habían caracterizado la región meridional de América del Sur durante la primera mitad del siglo XIX. La muerte de Francia —sin descendientes o sucesores establecidos— generó un breve período de inestabilidad política hasta que asumió el poder Carlos Antonio López, el primer presidente constitucional del país. Su hijo, Francisco Solano López fue el presidente paraguayo que llevó adelante la guerra contra la Triple Alianza, guerra que tendría consecuencias terribles y perdurables en Paraguay.

Uno de los disparadores del conflicto fue, precisamente, la intervención del presidente paraguayo Francisco Solano López en apoyo del gobierno del presidente Pedro Berro —del partido blanco y aliado a los federales argentinos— cuando Venancio Flores, el líder del partido colorado —aliado a los unitarios, y por tanto, a los liberales y a Mitre— invadió Uruguay en abril de 1863.

Las alianzas políticas y diplomáticas regionales se pusieron en juego: los liberales porteños apoyaron a Venancio Flores pero el presidente Bartolomé Mitre se mantuvo neutral —buscando evitar mayores conflictos con los federales aliados a Berro— y buscó la salida diplomática. Brasil presionó al presidente uruguayo para negociar un acuerdo de paz pero sus intentos fracasaron, de modo que fuerzas militares brasileñas invadieron el territorio uruguayo. Estas fuerzas se sumaron a las de Venancio Flores contra el presidente Berro. Francisco Solano López se enfrentó al Imperio del Brasil, rompió relaciones en octubre de 1864 y prosiguió con la invasión del Mato Grosso, territorio que había sido ocupado por Brasil y estaba en disputa con Paraguay. Brasil sostuvo a Venancio Flores en la presidencia, derrocando a Berro. Paraguay y Brasil entraron en guerra.

La neutralidad del presidente de Argentina no se extendía a otros actores políticos del país. Buenos Aires apoyaba a los colorados y a Brasil, mientras que los federales veían a Solano López como un posible aliado. Mientras tanto, Urquiza —al igual que Mitre— se mantenía neutral. La neutralidad alcanzó su punto de quiebre cuando Solano López solicitó permiso para pasar por territorio argentino para invadir Rio Grande do Sul. Mitre le negó el permiso y en marzo de

1865 Paraguay le declaró la guerra a Argentina. El 1° de mayo de 1865 Argentina, Brasil y Uruguay firmaron el Tratado de la Triple Alianza contra el gobierno del Paraguay.

Mitre movilizó al ejército y a la Guardia Nacional y contó con el apoyo de Urquiza, los liberales y las fuerzas porteñas. Él mismo asumió la dirección del ejército de la Alianza y comandó las fuerzas en el frente de batalla. Apoyándose en sus aliados, convirtió la guerra en una "causa nacional", lo que le provocaría grandes costos políticos al finalizar la contienda. Sin embargo, en su inicio sentimientos nacionalistas convocaron a sectores variados, incluyendo parte de la juventud porteña que se alistó en la Guardia Nacional para pelear una guerra que, se pensaba, terminaría en pocos meses.

Benita Martínez Pastoriza y Dominguito

Uno de los jóvenes que se alistó en la Guardia Nacional para ser parte de la Guerra del Paraguay fue Domingo Fidel Castro Sarmiento —"Dominguito"—, el hijo de Domingo Faustino Sarmiento y Benita Martínez Pastoriza. Dominguito no era hijo biológico de Sarmiento, que se había casado con Benita en 1848 y había adoptado a Dominguito luego de la muerte del padre, Domingo Castro y Calvo. Si bien algunos rumores indican que Sarmiento era el padre biológico de Dominguito, es difícil de comprobar.

Cuando estalló la Guerra del Paraguay, Benita estaba separada de su esposo a causa del romance que mantenía con Aurelia Vélez Sarsfield, hija de Dalmacio Vélez Sarsfield, amigo de Sarmiento. Aunque nacida en San Juan, Benita vivía en Buenos Aires desde 1857, vigilando de cerca la relación entre Sarmiento y Aurelia. En esos momentos, Sarmiento oficiaba de embajador en los Estados Unidos.

Benita se opuso a que su hijo —que tenía veinte años— se alistara en la Guardia Nacional. No lo consiguió. Dominguito se unió al aliado de su padre y presidente de la nación, Bartolomé Mitre, y se dirigió al frente. Desde allí le escribía a su madre, que lo esperaba en Buenos Aires y le respondía con noticias y enviándole los elementos necesarios para la vida en el campo de batalla. Recordemos que el ejército argentino había sido recién organizado y que las Guardias Nacionales —las milicias provinciales— subsistían. Al ser milicias —esto es, fuerzas militares formadas por ciudadanos— no tenían un uniforme estandarizado como los cuerpos de línea. Los pedidos de Dominguito a su madre incluían desde botas de cuero y elementos de botiquín hasta botones de oro y cordones.

En una de sus cartas del principio de la guerra, Benita escribe a su hijo:

Sr. Dn. Domingo Sarmiento. Buenos Aires. Noviembre 15 de 1865

Mi querido Domingo:

Ayer llegó el vapor del Paraná, y creía tener noticias tuyas, pues hace muchos días que no tengo, pues tu última tiene fecha del 28 del pasado. Es horrible esto, que hace el gobierno de tener a todas las familias en la mayor ansiedad de saber de sus hijos, esposos o padres, porque casi no hay una familia que no tenga uno de estos seres tan queridos; para un correo no hay distancias. Lo mismo están ustedes, según veo, por algunas correspondencias, que se quejan con desesperación por la falta de comunicación. Mientras tanto escribimos dos veces por semana. En una encomienda que manda Mariquita a su marido, que la lleva Romero (pero que no saldrá hasta dentro de 6 o 7 días), te mando un bultito de las botas y cuello para la levita, y blusa, y la franja para el pantalón. Van 15 varas de trencilla de oro para el nudo húngaro que me pides. Te prevengo que esta trencilla no hay sino en lo de Capdevilla, y venden como un favor, que no hay lugar a pedir rebaja, sino lo que quieren pedir; me cuestan 450$ las 15 varas que te envío. Van también dos pares de medias, que no las creo demás, y una docena de puros, que en estas alturas te causarán placer. El alma me duele no mandarte otras cosas, pero no hay todavía cómo hacerlo; he puesto unos números de La Nación, porque esos llegarán, y verás lo que por este mundo sucede, y las noticias que hay de Chile. Aquí la novedad de estos días ha sido el Bazar, que han hecho con el objeto de favorecer a las familias de los soldados de la Guardia Nacional. Me dicen que ha sido espléndido, y como tomara el sistema de poner precio fijo a los objetos, y moderado, su resultado dicen que ha sido $600.000 moneda corriente. El viernes a la noche se casó Rufino Elizalde con una hija de Leal, el encargado de negocios de Brasil. Fue en el Colegio y asistieron las familias de uno y otro, haciendo una concurrencia numerosísima, y todos un lujo como para asistir a un gran baile, pero la novia muy sencilla sin ninguna ostentación de alhajas. Me dicen que es regular de fisonomía y más que regular, pero muy bien educada, que es lo principal.

Paz, que te hecha mucho de menos, Rosalina que si sigues el mes de María Amelia, y Elalia, recuerdos. Adolfo Passon está muy enamorado de Manuela Passari, y Adolfo hace alardes de ostentación de su amor donde se encuentran, de modo que todos se fijen en ellos. No me admiro de Adolfo que es un muchacho que se envanece por ser el preferido, sino

de ella, que se imagina de algo, sino puede salir de eso. Es muy probable que después de tantos extremos, el día que encuentre otra que le guste, no vuelva más a la casa.

Hoy hace cuatro días que Julia perdió a su hijito; parece que el niño nació enfermo, y muy débil. Yo me fui ese día que murió y me tuve que quedar hasta las ocho de la noche para consolar a Julia, y por fin a todos, porque era un duelo que no sé si a Moreno ha sido más. Baltazar, sé que recién hoy ha ido a la oficina, está como yo me imaginaba. Julia creo que no va a tener más hijos, y esta idea creo es la que más la desespera. Escríbele una carta de bromas, dile que tú le vas a traer un remedio, que tendrá por docenas, etc. Mariquita y Nena, muchos cariños. Fernanda se ha vuelto a Belgrano. Ayer desembarazó Delia, la mujer de Enrique una niña muy hermosa, me dicen que es. Felicita a Enrique y que quedan muy buenas la mamá y la niña.

Ya sabrás, o lo verás en los diarios que te remito en la encomienda, la deserción del ejército de Urquiza, y que se cree que será otro Basualdo. Estas son las consecuencias de la (...). Me temo mucho una complicación que puede sernos muy funesta.

Hoy hay un artículo en La Nación, en que habla de las ventajas y males de emprender la guerra al Paraguay en estos momentos, a las ventajas y perjuicios de postergarla. Sin comprometerse a dar el juicio por lo que cree mejor. Este artículo debe ser como para calmar la ansiedad de todos, que se preguntan que hay a cada momento. Se vienen o continúan. Para mí todo es malo; yo no miro tan sencillo rendir al Paraguay. López en su casa será más fuerte de lo que imaginan. En fin, yo no quisiera nada, sino verte aquí. Temo una complicación en la que pueden desarrollarse todas las cuestiones que van a venir naturalmente. Los que están aquí piensan ya en la cuestión capital, y los mazorqueros que nunca pierden las esperanzas, aprovechan toda ocasión de desprestigiar a Mitre. Aquí no se habla sino de jefes descontentos en el ejército, que de ser cierto, sería un desquicio. Escríbeme largo y dime lo que hay en todo lo que tú sepas. Te desea buena salud, tu mamá.

Benita

Prado vino a saber de ti, y me dijo que te dijera que estaba sentido, porque no le habías contestado su carta. Es el amigo que más fino se ha

mostrado contigo, y el que más ha venido a pedir noticias tuyas. [3]

La carta muestra un momento cotidiano de la vida durante una guerra. En esos años no se consideraba apropiado que las mujeres fueran parte de un ejército y, si bien había casos excepcionales como Juana Azurduy o Victoria Romero, las mujeres de uno y otro bando solían esperar con ansiedad las noticias de los hombres que estaban en el frente.

Mi querido Domingo:

Ayer llegó el vapor del Paraná, y creía tener noticias tuyas, pues hace muchos días que no tengo, pues tu última tiene fecha del 28 del pasado. Es horrible esto, que hace el gobierno de tener a todas las familias en la mayor ansiedad de saber de sus hijos, esposos o padres, porque casi no hay una familia que no tenga uno de estos seres tan queridos; para un correo no hay distancias. Lo mismo están ustedes, según veo, por algunas correspondencias, que se quejan con desesperación por la falta de comunicación. Mientras tanto escribimos dos veces por semana.

Desde el inicio de la carta aparece una apelación a "el gobierno" que es nueva en este tipo de fuentes, según vimos a lo largo de esta colección. Y es que, efectivamente, existe un "gobierno" central. En este caso, lleva adelante una guerra que, se suponía, sería sencilla y rápida. Es muy posible que tanto Dominguito como Benita conocieran a Bartolomé Mitre puesto que era amigo personal de Sarmiento, de modo que llama la atención ese apelativo impersonal, "el gobierno".

La queja de Benita sobre la falta de comunicaciones y las fallas del correo es clásica del período, en particular porque el sistema de correos a nivel nacional recién se estaba construyendo y la guerra retrasaba todo envío. Describe además la angustia de los que en Buenos Aires esperaban noticias de los hijos, esos jóvenes que se habían alistado en la Guardia Nacional siguiendo el espíritu nacionalista que simbolizaba Mitre.

En una encomienda que manda Mariquita a su marido, que la lleva

Romero (pero que no saldrá hasta dentro de 6 o 7 días), te mando un bultito de las botas y cuello para la levita, y blusa, y la franja para el pantalón. Van 15 varas de trencilla de oro para el nudo húngaro que me pides. Te prevengo que esta trencilla no hay sino en lo de Capdevilla, y venden como un favor, que no hay lugar a pedir rebaja, sino lo que quieren pedir; me cuestan 450$ las 15 varas que te envío. Van también dos pares de medias, que no las creo demás, y una docena de puros, que en estas alturas te causarán placer.

La escasez y la suba de precios eran normales en época de guerra. Benita se queja de la situación y hace un recuento de las cosas que envía y que son necesarias en el campo de batalla: botas, un cuello para la levita, camisas, medias, trencilla de oro con la que se hacían las charreteras de los uniformes. Presumiblemente el ejército tenía un sastre que se ocuparía de los atuendos de los milicianos más acaudalados e importantes, como el propio Dominguito. Por último, consigna los puros, una distracción en medio de la guerra.

El alma me duele no mandarte otras cosas, pero no hay todavía cómo hacerlo; he puesto unos números de La Nación, porque esos llegarán, y verás lo que por este mundo sucede, y las noticias que hay de Chile.

Este párrafo deja en claro que Dominguito y Benita conocían a Mitre y lo apoyaban. *La Nación* ya era el diario de Mitre y uno de sus principales órganos políticos, desde donde se avalaba la guerra contra el Paraguay y también se publicaban otras noticias. En otros periódicos de Buenos Aires, el respaldo a la guerra no era tan definido y habían comenzado a surgir voces en disidencia. Benita volverá sobre este tema en la carta. Por el momento, el apoyo a la guerra se mantenía firme. De ello da cuenta la organización de un bazar, una especie de feria destinada a recaudar fondos para las familias de la Guardia Nacional:

Aquí la novedad de estos días ha sido el Bazar, que han hecho con el objeto de favorecer a las familias de los soldados de la Guardia

Nacional. Me dicen que ha sido espléndido, y como tomara el sistema de poner precio fijo a los objetos, y moderado, su resultado dicen que ha sido $600.000 moneda corriente.

El sentimiento nacionalista despertaba la solidaridad y se organizaban eventos benéficos para sostener a las familias de los milicianos voluntarios. La guerra implicaba una asignación de recursos económicos que, sumada a la escasez y la inflación, afectaba el presupuesto de las familias.

A pesar de la situación, la vida social continuaba:

El viernes a la noche se casó Rufino Elizalde con una hija de Leal, el encargado de negocios de Brasil. Fue en el Colegio y asistieron las familias de uno y otro, haciendo una concurrencia numerosísima, y todos un lujo como para asistir a un gran baile, pero la novia muy sencilla sin ninguna ostentación de alhajas. Me dicen que es regular de fisonomía y más que regular, pero muy bien educada, que es lo principal.

Rufino de Elizalde era el ministro de Relaciones Exteriores de Bartolomé Mitre, el firmante del Tratado de la Triple Alianza, que estipulaba que la guerra se hacía contra Solano López y no contra el pueblo paraguayo. También había firmado papeles secretos en los que se establecía que, en el caso de una victoria, la mitad del territorio paraguayo sería entregado a la Argentina. Si bien Sarmiento era miembro del cuerpo diplomático de Mitre, su esposa Benita no parecía ser parte del grupo. Elizalde se había casado con Manuela Leal, hija de un diplomático brasilero —el matrimonio no es casual, por supuesto— y el comentario de Benita es relativamente agrio: dice que la fisonomía de la joven es “regular” pero es educada. En medio de la guerra, la novia no hacía ostentación de riqueza, aunque su boda se celebraba con un gran baile.

Luego Benita se refiere a personas menos encumbradas por las que siente más afecto, mostrando que la vida sigue, aun con sus tristezas:

Paz, que te hecha mucho de menos, Rosalina que si sigues el mes de María Amelia, y Elalia, recuerdos. Adolfo Passon está muy enamorado de Manuela Passari, y Adolfo hace alardes de ostentación de su amor donde se encuentran, de modo que todos se fijen en ellos. No me admiro de Adolfo que es un muchacho que se envanece por ser el preferido, sino de ella, que se imagina de algo, sino puede salir de eso. Es muy probable que después de tantos extremos, el día que encuentre otra que le guste, no vuelva más a la casa.

Hoy hace cuatro días que Julia perdió a su hijito; parece que el niño nació enfermo, y muy débil. Yo me fui ese día que murió y me tuve que quedar hasta las ocho de la noche para consolar a Julia, y por fin a todos, porque era un duelo que no sé si a Moreno ha sido más. Baltazar, sé que recién hoy ha ido a la oficina, está como yo me imaginaba. Julia creo que no va a tener más hijos, y esta idea creo es la que más la desespera. Escríbele una carta de bromas, dile que tú le vas a traer un remedio, que tendrá por docenas, etc. Mariquita y Nena, muchos cariños. Fernanda se ha vuelto a Belgrano. Ayer desembarazó Delia, la mujer de Enrique una niña muy hermosa, me dicen que es. Felicita a Enrique y que quedan muy buenas la mamá y la niña.

Matrimonios, hijos nacidos, enfermos, perdidos, pueblan el párrafo de Benita como si fuesen un reflejo del campo de batalla. Las menciones a los “hijos” abundan en la carta porque ella está pensando en su hijo y en lo que puede ocurrirle. Luego salta de inmediato a la guerra y a una noticia alarmante:

Ya sabrás, o lo verás en los diarios que te remito en la encomienda, la deserción del ejército de Urquiza, y que se cree que será otro Basualdo. Estas son las consecuencias de la (…). Me temo mucho una complicación que puede sernos muy funesta.

Urquiza, gobernador de Entre Ríos desde fines del gobierno de Rosas, era el líder de los sectores federales. Sin embargo, su liderazgo era cuestionado desde la ejecución del Chacho Peñaloza por parte del ejército nacional. Urquiza, que había tenido como aliado a Paraguay,

ante la guerra y el avance paraguayo sobre Corrientes cambió de postura. Se expresó en contra de Solano López y su ejército se unió al ejército nacional en contra de Paraguay. El general Paunero le solicitó que se pusiera bajo su mando y él se negó —esa es la “deserción del ejército” que refiere Benita— provocando un desbande general de las tropas que entorpeció el transcurso de la guerra. Tenía razón la esposa de Sarmiento al sospechar que sería una complicación funesta.

La última parte de la carta de Benita retoma las dudas y críticas que, a menos de seis meses de iniciada la guerra, comenzaban a extenderse en la prensa:

> *Hoy hay un artículo en La Nación, en que habla de las ventajas y males de emprender la guerra al Paraguay en estos momentos, a las ventajas y perjuicios de postergarla. Sin comprometerse a dar el juicio por lo que cree mejor. Este artículo debe ser como para calmar la ansiedad de todos, que se preguntan que hay a cada momento. Se vienen o continúan. Para mí todo es malo; yo no miro tan sencillo rendir al Paraguay. López en su casa será más fuerte de lo que imaginan.*

Si bien el inicio de la guerra había provocado entusiasmos nacionalistas, sobre todo en la provincia de Buenos Aires, las dudas sobre su desarrollo estaban en pie, incluso en el diario que era propiedad del presidente del país. Aunque seguramente el análisis de las ventajas y los perjuicios favorecía la idea de continuar la guerra, el hecho de que el debate estuviera presente en el diario del presidente indicaba que el tema estaba en la mente de todos.

En cualquier caso, Benita solo tiene un deseo:

> *En fin, yo no quisiera nada, sino verte aquí. Temo una complicación en la que pueden desarrollarse todas las cuestiones que van a venir naturalmente. Los que están aquí piensan ya en la cuestión capital, y los mazorqueros que nunca pierden las esperanzas, aprovechan toda ocasión de desprestigiar a Mitre. Aquí no se habla sino de jefes descontentos en el ejército, que de ser cierto, sería un desquicio.*

La mención a los mazorqueros revela que el fantasma de Rosas seguía presente pese a que estaba exiliado en Gran Bretaña y, por sobre todo, que seguía existiendo el temor a la guerra civil entre unitarios y federales.

Las críticas a Mitre —expresadas en la prensa— continuarían en el transcurso de la guerra, que no fue rápida ni sencilla como él había anunciado. El 22 de septiembre de 1866 la batalla de Curupaytí —una estrepitosa derrota de la Triple Alianza y, sobre todo, una derrota de su comandante en jefe, Bartolomé Mitre— tuvo una consecuencia inesperada para los Sarmiento: la muerte de Dominguito.

En la batalla de Curupaytí murieron unos 4000 argentinos y constituyó la mayor victoria paraguaya durante la guerra. El ejército de la Triple Alianza debió detener sus actividades durante diez meses para recuperarse y significó la derrota política de Bartolomé Mitre, que regresó a Buenos Aires para enfrentar dos conflictos internos: por una parte, la oposición a que la guerra continuara; por otra, los levantamientos federales en algunas provincias, liderados por Felipe Varela en noviembre de 1866.

El ejército argentino se retiró del territorio paraguayo para enfrentar ese alzamiento —la Revolución de los Colorados— derrotado un año después. De este modo se puso punto final a las rebeliones federales. A pesar de ese triunfo, además de las críticas a su desempeño en la guerra del Paraguay y a la propia participación argentina en esa guerra, Bartolomé Mitre tuvo que enfrentar una epidemia de cólera, un mal que llegó con los barcos que participaban en la contienda y se extendió por todo el país en 1867.

Mitre terminó su presidencia en medio del descrédito. Sus herederos políticos fueron derrotados en las elecciones. Domingo Faustino Sarmiento fue elegido presidente mientras se encontraba en los Estados Unidos y ya se había enemistado con su antiguo amigo, compañero de batalla, aliado y predecesor, Bartolomé Mitre.

3 . Carretero, Andrés (comp.), *Correspondencia de Dominguito en la Guerra del Paraguay*, Ediciones Librería El Lorraine, Buenos Aires, 1975, pp. 75-77.



4
“... dice tu agente que no es mala la lana negra...”

El desarrollo de la nueva economía

En 1862, cuando Bartolomé Mitre asumió la presidencia del país, la idea de progreso adquirió un papel fundamental. Desde entonces y aun después de su período de gobierno muchas medidas —sin importar que implicaran muertes— se tomaron en nombre del “progreso”. Así como “civilización” había sido la consigna de la lucha contra Rosas, progreso era la palabra que articulaba política, economía y sociedad.

En el ámbito económico la palabra progreso significaba la adopción de medidas liberales. Es decir, propiciaba la integración de Argentina —en teoría un país pacificado y unificado bajo un gobierno central— a la economía mundial, liderada desde hacía más de cincuenta años por Gran Bretaña y Francia. Pero Argentina se integraría a la economía mundial en inferioridad de condiciones, con escaso poder para imponer sus propios términos en el mercado internacional. Su papel sería el de proveedora de materias primas agrícolas para la producción industrial europea y receptora de las manufacturas producidas en Europa, lo que más tarde se conocería como “economía agroexportadora”.

Si bien el gobierno de Mitre adhería a la política de librecambio, debía manejar un delicado equilibrio entre las ideas liberales y las realidades de la economía argentina. La política liberal de Mitre y los presidentes que lo sucedieron partía de la idea de que el mercado se

autorregulaba, por lo que el estado intervenía mínimamente en la economía. Sin embargo, siguieron presentes los impuestos aduaneros —el gobierno dependía de los recursos de la Aduana de Buenos Aires para sostener los gastos del nuevo estado nacional—, y los ferrocarriles se desarrollaron gracias a las ganancias que aseguró el estado a los capitales ingleses, de modo que la adopción de la política económica liberal tenía sus límites.

Se suele suponer que la economía agrícola del país, sobre todo después de la batalla de Caseros, se centró en la cría de ganado vacuno o en la producción de trigo destinada a la exportación. De hecho, el desarrollo de la ganadería ovina —muy poco conocido por el público en general— fue de gran importancia durante la segunda mitad del siglo XIX, tanto que experimentó un auge conocido como "la fiebre del lanar", impulsado por el mercado que ofrecía la producción textil inglesa.

Desde la época colonial en todo el territorio se criaban ovejas en las tierras marginales, que no estaban dedicadas al cultivo, como complemento de la cría de vacunos. Los estancieros locales controlaban la producción de ganado vacuno y de cuero que había dominado la primera mitad del siglo XIX. En el transcurso de ese siglo hacendados extranjeros —irlandeses, franceses y vascos, con contactos en los mercados de procedencia— comenzaron a traer ejemplares ovinos de mayor calidad para mejorar la producción de lana. Gran Bretaña, Francia y Alemania fueron los principales destinos de exportación. Además, el gobierno de Bartolomé Mitre contribuyó a la expansión del lanar al ofrecer asistencia legal y financiera para la introducción de ejemplares de calidad que pudieran mejorar la producción en general. Hacia 1860, la producción ovina se había expandido considerablemente y había superado en importancia a la producción de ganado vacuno.

La guerra del Paraguay afectó considerablemente la producción de lana cuando las levas militares se llevaron gran parte de la mano de obra necesaria para el trabajo. También, como vimos en el capítulo anterior, provocó el alza de los precios locales y una crisis económica generalizada. En respuesta a esa circunstancia los estancieros —sin

importar el rubro al que se dedicaran— crearon en 1866 la Sociedad Rural Argentina, órgano de representación y presión ante el gobierno nacional. Uno de los primeros logros de la Sociedad Rural fue la reducción de los aranceles aduaneros a las exportaciones.

Si bien la producción lanar se concentró en la zona del litoral, en el oeste y el norte del país existían todavía circuitos comerciales vinculados —desde los tiempos coloniales— a Chile y a Bolivia. Tucumán comenzaba a consolidar su posición como productora azucarera. Mendoza exportaba ganado a Chile y en Salta se criaba ganado ovino y vacuno. Otras provincias, debido a sus geografías o situaciones políticas, no pudieron adaptarse a este sistema agroexportador, lo que las llevaría al estancamiento, y a una dependencia cada vez mayor del gobierno nacional para la protección de industrias locales, que entraban en competencia con productos importados. Sin embargo, la política de librecambio llevada adelante por los gobiernos nacionales hacía que toda medida que tendiera a intervenir en el mercado fuese mal vista.

Doña Gregoria hace negocios

El conjunto de cartas de Gregoria Beeche que ha sobrevivido es realmente interesante por los datos vívidos que aporta sobre la sociedad, la economía y la cultura de Salta de la segunda mitad del siglo XIX, como pudimos apreciar en una de ellas, incluida anteriormente en esta colección.

Gregoria había nacido en 1806 dentro del clásico matrimonio de la época: un funcionario español recién llegado, Marcos de Beeche y una criolla, hija de una familia importante, Josefa Estévez Medina. En 1830 Gregoria se casó con un riojano, Nicolás García Villacorta, que provenía de una familia que poseía emprendimientos mineros. El matrimonio se trasladó a Cobija —por entonces puerto de Bolivia—, y luego a Valparaíso. Gregoria quedó viuda y debió instalarse con sus hijos en Sucre, donde se hallaba su familia materna, unitaria, que se había exiliado durante la década de 1830. Después de varios años, Gregoria decidió regresar a Salta mientras sus hijos, Sergio y Adolfo, comenzaban su actividad comercial, en Cobija el primero, y en Copiapó el segundo. Como podremos observar, doña Gregoria conocía perfectamente la actividad de sus hijos y estaba en condiciones de ofrecerles información esencial para su desarrollo.

En una de sus cartas Gregoria le escribe a su hijo Adolfo, que estaba en Buenos Aires haciendo negocios:

> *Salta, mayo 18 de 1867, a Adolfo, Buenos Aires*
>
> *Mi Adolfo amado: Cada día tenemos más temores al cólera y cuáles serán los míos viéndote tan cerca del foco. Aquí han ordenado que se blanqueen todas las casas por dentro y fuera, con $25 de multa hasta el 25 del corriente. No sé qué hacer con una casa tan grande como esta. Caballero no ha resollado hasta ahora respecto del pleito de la casa.*
>
> *En cuanto a lo que me escribes sobre el negocio de lana, no sé qué pensar al ver que no contesta una palabra el tal Molina. Temo que se haya perdido tu carta, y espero el correo del 22 para ver si contesta a la que yo le escribí. A Jorge, que está de ocioso, como sabes, le ha entrado*

la fajina de ir a Jujuy a ver si su tío Pedro le da 2.000 pesos para recorrer la provincia de Jujuy comprando lana para vendértela a vos.

Ayer vino a pedirme datos sobre calidad y precios. Supongo que Jacoba le escribirá a Don Pedro. Puede ser que este muchacho alguna vez se ocupe de algo serio, porque hasta hoy no ha hecho sino perder lastimosamente su tiempo. Puede ayudar a reunir lana, pero le he advertido que no debe hablar con alma nacida de este negocio. Piensa irse mañana a Jujuy.

Me parece bien que vaya Antonio con una facturita de efectos, cuando se despache la lana. Es inteligente este niño. Lo espero a Don Desalín, padre de Antonio, para que me de datos de Sumalao, porque dice Antonio que solo irá a casa de adobe, pues teme que le roben en un rancho.

Por lo que he leído en la carta que te mandé, dice tu agente que no es mala la lana negra, y quiero que me des instrucciones sobre ella. Hoy escribo a Isaac Royo, y le hablaré también a Ricardo Isasmendi en cuanto regrese a Molinos.

Las ventas están paralizadas, lo que es raro, puesto que se han terminado las montoneras de los Valles, de donde ha regresado Juan Solá dejando aquello en paz.

Dale nuestros recuerdos a Taboada, y dile que veré de mandarle chirimoyas, pues es asombrosa la cantidad y calidad de las de este año.

Con el temor del cólera, están expuestas en la Catedral las efigies del Milagro. Todos los salteños nos creemos protegidos por ellas. [4]

Lo primero que preocupa a Gregoria es el estado de salud de su hijo Adolfo. No es casual. Desde los barcos brasileños con los que el puerto de Buenos Aires tenía un estrecho contacto —dadas las circunstancias de la guerra— el cólera se había expandido por todo el país.

Mi Adolfo amado: Cada día tenemos más temores al cólera y cuáles serán los míos viéndote tan cerca del foco. Aquí han ordenado que se blanqueen todas las casas por dentro y fuera, con $25 de multa hasta el 25 del corriente.

Gregoria relata algunas de las medidas que se tomaban para prevenir la propagación de la enfermedad. Poco se sabía sobre su contagio a través del agua, de modo que una de las medidas preventivas era el blanqueamiento de las paredes de las casas. La multa de 25 pesos nos indica que el estado provincial o municipal se hacía cargo de la contención de la epidemia. No se trataba de una iniciativa privada o de la comunidad en general.

El segundo párrafo de la carta va directo a los asuntos de negocios:

> *En cuanto a lo que me escribes sobre el negocio de lana, no sé qué pensar al ver que no contesta una palabra el tal Molina. Temo que se haya perdido tu carta, y espero el correo del 22 para ver si contesta a la que yo le escribí. A Jorge, que está de ocioso, como sabes, le ha entrado la fajina de ir a Jujuy a ver si su tío Pedro le da 2.000 pesos para recorrer la provincia de Jujuy comprando lana para vendértela a vos.*

El hecho de que una mujer se hiciera cargo de los asuntos económicos de su marido o hijo ausente es una constante a lo largo de la historia que hemos relatado en esta colección. Tal como lo hacían desde los siglos anteriores, las mujeres asumían roles usualmente propios del mundo masculino. Y lo harían hasta mediados de la década de 1870, cuando el Código Civil redactado por Dalmacio Vélez Sarsfield cambiaría su situación.

¿Cuál era el negocio que interesaba a la familia? La lana, por supuesto. La oveja es un animal capaz de adaptarse mejor a las condiciones de la geografía salteña y jujeña que las vacas, por lo que la cría de ovejas era una actividad mucho menos compleja que la cría de ganado vacuno. Como gran parte de los comerciantes argentinos de la época, Adolfo se había interesado en el negocio más rentable en esos momentos: la exportación de lana. Al parecer, los García Beeche no eran productores sino comerciantes que probablemente llevarían la lana hasta Buenos Aires, desde donde sería vendida por una casa exportadora a los mercados interesados: Gran Bretaña, Francia, Bélgica.

El mencionado “Jorge” —¿un pariente?— reunía lana para que

Adolfo la vendiera en Buenos Aires. Pero doña Gregoria tenía sus dudas y le pedía que no hablase con nadie sobre el tema. En los negocios la información siempre fue pieza central y cualquier dato podía alterar el precio de la transacción, sobre todo considerando que Jorge no era un muchacho confiable:

> *Ayer vino a pedirme datos sobre calidad y precios. Supongo que Jacoba le escribirá a Don Pedro. Puede ser que este muchacho alguna vez se ocupe de algo serio, porque hasta hoy no ha hecho sino perder lastimosamente su tiempo. Puede ayudar a reunir lana, pero le he advertido que no debe hablar con alma nacida de este negocio. Piensa irse mañana a Jujuy.*

En cambio Antonio, quizá un empleado de los García Beeche, era hombre de confianza de doña Gregoria:

> *Me parece bien que vaya Antonio con una facturita de efectos, cuando se despache la lana. Es inteligente este niño.*

La “facturita de efectos” de Antonio es en realidad una lista de bienes importados, que todavía conservaban una denominación propia del comercio colonial. Los “efectos de Castilla” eran los bienes que traficaban los comerciantes coloniales de Buenos Aires y que incluían sobre todo telas, vajillas y distintos bienes suntuarios. Probablemente la “facturita de efectos” era un pedido que se despacharía luego, junto con la lana reunida, hacia Buenos Aires, donde se encontraba Adolfo. Esta carta nos muestra el mecanismo de la economía agroexportadora: la exportación de materias primas y la importación de mercadería manufacturada de Europa.

> *Por lo que he leído en la carta que te mandé, dice tu agente que no es mala la lana negra, y quiero que me des instrucciones sobre ella. Hoy escribo a Isaac Royo, y le hablaré también a Ricardo Isasmendi en cuanto regrese a Molinos.*

Como mencionamos, el auge del comercio lanar impulsó la importación de razas ovinas para obtener una producción de mayor calidad. Doña Gregoria parece hacer un sencillo estudio de mercado para obtener datos sobre las calidades de lana, los animales y sus precios. La información era una herramienta esencial a la hora de hacer negocios a distancia.

Otra circunstancia sumamente importante para la realización de los negocios era la pacificación de la región:

> *Las ventas están paralizadas, lo que es raro, puesto que se han terminado las montoneras de los Valles, de donde ha regresado Juan Solá dejando aquello en paz.*

Doña Gregoria señala sorprendida que las ventas están paralizadas pese a que las montoneras han terminado. Lo cierto es que Chacho Peñaloza había sido derrotado pero Felipe Varela y sus montoneras comenzaban a moverse nuevamente. Por ese motivo, después de la derrota de Curupaytí, Mitre debió volver a Buenos Aires a contener los movimientos federales que intentaban alzarse contra el gobierno nacional. Felipe Varela entraría en la ciudad de Salta en octubre de ese mismo año.

La carta cierra con una postal típica de Salta:

> *Con el temor del cólera, están expuestas en la Catedral las efigies del Milagro. Todos los salteños nos creemos protegidos por ellas.*

El Señor y la Virgen del Milagro habían sido sacados de la iglesia para proteger a la ciudad del cólera. Aun hoy esas imágenes salen en procesión por las calles de Salta todos los 15 de septiembre.

Esta carta de doña Gregoria es un claro ejemplo de que una fuente breve y sencilla puede hablarnos de la época en que fue producida. Y, en este caso, sorprendernos con la intervención de una mujer en los negocios de sus hijos, oficiando de informante y de intermediaria. Su carta nos habla de que el interés de su familia estaba puesto en Buenos Aires y en el negocio de la lana, que tuvo su auge durante la segunda

mitad del siglo XIX y fue el modo de que Argentina se integrara a la economía mundial. Una vez más, comprobamos que las mujeres no solo bordaban y espiaban por la ventana, también podían interesarse por la calidad de la lana negra y desconfiar de la información de algunos enviados.

4 . Ojeda Uriburu, Gabino (comp.), *De Salta a Cobija: cartas de Gregoria Beeche a sus hijos*, Fundación Nicolás García Uriburu, Buenos Aires, 2008, p. 103.

5
“Repartían papelitos a todo el pueblo”

Las elecciones en la República Argentina

Aunque desde la década de 1820 en las provincias se realizaban elecciones y existía el sufragio universal masculino, los conflictos políticos solían resolverse a través de la violencia que caracterizó a los cuarenta años de guerras civiles, como vimos en el segundo libro de esta colección cuando analizamos la intervención de Encarnación Ezcurra en las elecciones bonaerenses de 1833.

Cuando Buenos Aires finalmente juró la Constitución de 1853 y Bartolomé Mitre fue elegido presidente de la nación a través del nuevo sistema electoral definido por esa Constitución, se produjo un cambio importante en el modo de hacer política en Argentina. Las elecciones se transformaron en el centro de la vida política y el principal campo de batallas políticas de los sectores dirigentes.

De todos modos, la asunción de Mitre no estuvo desprovista de enfrentamientos armados. Por el contrario, el sistema electoral argentino fue delineándose a través de la represión violenta de las oposiciones federales y de las alianzas con sectores liberales. Si bien el alcance de esta nueva forma de hacer política era nacional, se fundaba en las alianzas y enemistades existentes dentro de las jurisdicciones provinciales e incluso en las propias ciudades. La división entre “federales” y “liberales” que tenían disputas internas y alianzas diferentes en cada provincia, generaba un mosaico político móvil, a veces complejo de entender. Aun así, queda claro que los “liberales”

contaban con el apoyo nacional y de la provincia de Buenos Aires —aunque allí también había divisiones internas— y los “federales” veían cada vez más disminuido su poder aunque no habían desaparecido del todo. Urquiza seguía a la cabeza del federalismo pero su lugar era abiertamente cuestionado después de su actuación durante los alzamientos del Chacho Peñaloza y la Guerra del Paraguay.

La nueva política, centrada en las elecciones, ofreció un lugar a quienes antes no lo habían tenido. Si durante el período de las guerras civiles la política se hacía desde el caudillo y sus seguidores, los nuevos cargos políticos dieron lugar a una serie de nuevos actores. Abogados, en particular, y también médicos se empezaron a interesar en la participación pública. Por supuesto, las familias tradicionales continuaban teniendo su influencia local, de modo que con frecuencia abogados hijos de antiguos unitarios se postulaban para ser diputados provinciales e incluso para ocupar cargos de alcalde, juez de paz, comisario o inspector. También los miembros de familias de clase media se abrieron paso en esta nueva configuración política. Con los años, formarían un cuerpo político que tendría influencia en la creación de un nuevo partido en la última década del siglo XIX: la Unión Cívica.

El sufragio seguía siendo universal, masculino, pero no obligatorio. Tampoco era secreto, de modo que las elecciones no estaban libres de violencia. Era común que surgieran peleas durante los comicios o que el sector que había perdido iniciara conflictos armados argumentando fraude electoral.

Tenían derecho al voto los argentinos nativos y los naturalizados. En un período en que los inmigrantes españoles e italianos comenzaban a llegar a los puertos de Buenos Aires y Rosario, el hecho de que los extranjeros que habían adquirido la nacionalidad argentina pudieran votar posibilitó una creciente influencia política del anarquismo, ideología que traían de Europa. Por ser el voto universal, el espectro de los votantes incluía a hombres de todas las clases sociales. Pero esta “universalidad” del voto se canalizaba a través de la elección indirecta, esto es, en los comicios se elegía a electores que luego elegirían a los funcionarios públicos. La no obligatoriedad del

sufragio también contribuía al control de la democracia por parte de las clases dirigentes.

De este modo, las clases dirigentes se aseguraban el control de los cargos de importancia, y creaban una red de alianzas eficaz, más allá de la voluntad de la mayoría. Al estar sostenidos por estas redes de alianzas, los partidos que participaban de los comicios no eran instituciones estables sino organizaciones inestables que podían desarmarse luego de las elecciones.

Dado que las publicaciones periódicas eran órganos de expresión de los partidos políticos, en esta época adquirieron importancia los grandes periódicos de todo el país, entre ellos *La Nación Argentina* —refundado por Mitre como *La Nación* en 1870— , *La Tribuna* , *El Nacional* , *El Mosquito* , *El Pueblo* , *El Eco de Córdoba* , *El Imparcial* , *La Capital* de Rosario, por nombrar algunos de los que circulaban en esos años, a los que deberían sumarse otros, publicados en inglés, como *The Southern Cross* o *The Buenos Aires Herald* y los que comenzaban tímidamente a circular para las colectividades de inmigrantes. En la prensa se desarrollaban los grandes debates políticos e incluso diálogos entre opositores que ocupaban varios números.

Una informante económica y política

Las mujeres estaban ausentes de esta maquinaria electoral que se había puesto en marcha. Si la política personalista de las guerras civiles había permitido el surgimiento de mujeres al mando de grupos armados, la nueva política electoral las eliminaba casi por completo. En teoría las mujeres podían ejercer cargos públicos: por ejemplo, durante su presidencia Sarmiento elegirá a Juana Manso como la primera mujer vocal del Departamento de Escuelas y después, de la Comisión Nacional de Escuelas, pero ejemplos como este eran escasos. La política estaba vedada a las mujeres, como lo estarían muchos otros ámbitos después de la sanción del Código Civil, del que hablaremos más adelante.

Aun así, como hemos visto en otros momentos de esta colección, podemos afirmar que las elecciones tenían importancia para las mujeres de la época. Volvemos a las cartas de Gregoria Beeche de García para obtener una percepción femenina sobre los comicios:

> *Salta, junio 2 de 1867, a Adolfo, Buenos Aires*
>
> *Mi hijo querido: el dichoso Jorgito no ha llegado aún a Jujuy, no obstante haberse marchado el 19 de mayo. Anda paseando entre Perico y Los Sauces. Supongo que teme que su tío no le dará nada como es de creerse.*
>
> *Dávalos murió el 27 de mayo, a pesar de los esfuerzos de todos los médicos para salvarlo. Parece que tenía una enfermedad muy antigua. Su muerte ha causado sentimiento general en todo el pueblo. Se confesó con el Obispo el día antes de morir, y el entierro ha sido suntuoso. Momentos antes de sacar el féretro de la casa, se publicó un bando nombrando a Don Cleto Gobernador, por ser el presidente de la Sala y a Ortiz de ministro. Estos dos y los diputados, junto con todos los hombres de Salta, llevaron el ataúd hasta San Francisco, seguidos de 500 hombres de tropa uniformados y de la artillería, que casi nos deja sordos ese día con los cañonazos, aparte de los dobles de las campanas. Las oraciones fúnebres pronunciadas en el cementerio fueron muy*

elocuentes. Asistió el Obispo al entierro, y los Padres, quienes improvisaron un gran túmulo en San Francisco.

Al día siguiente, los uriburistas estaban en gran actividad y haciendo propaganda para que se designe gobernador a uno de su partido (eran los Ugarriza, Delfín Leguizamón, Ramón Zuviría, los Valdés, Ceballos y demás que conoces de la misma catadura). Repartían papelitos a todo el pueblo, invitando a reunirse a las 8 de la noche en la esquina de Galo. Dicen que se reunieron alrededor de 500 personas, y se presentó la candidatura de Joaquín Bedoya para gobernador. Formaron un club y designaron a Manuel Puch para presidente. Anoche se organizó otro club en la casa de nuestro Patricio, formado por la mayor parte de los artesanos. Parece que esto los ha destemplado a los uriburistas. Y como don Cleto ni Pancho Ortiz no se duermen, han dispuesto citar a los diputados titulares y suplentes de la sala para realizar la elección. Dios nos saque bien de este aprieto! Dice Pancho que sabe que si los Uriburu van al gobierno, le van a quitar todo lo que tiene, por lo que está dispuesto a gastar hasta el último centavo para evitarlo.

Josefina y Jacoba con las dos niñas se fueron el jueves a Sumalao. Todavía no han vuelto.

Pronto se casará en el barrio Tránsito López con Manuel Padilla.

Te incluyo el balance de abril, con venta de 600$. En mayo fue de 514$. Hablé con Ricardo sobre la lana. Me dijo que te escribiría antes de irse a Molinos, y que recorrerá su estancia para calcular la cantidad de lana que puede venderse. [5]

El capítulo anterior nos mostró el contexto de la carta de doña Gregoria a su hijo Adolfo. La familia estaba interesada en el comercio de lana y Jorge, enviado de la familia, todavía no llegaba a Jujuy, donde debía cumplir con sus obligaciones. “Anda paseando”, dice doña Gregoria, manifestando así su desconfianza hacia él.

Mi hijo querido: el dichoso Jorgito no ha llegado aún a Jujuy, no obstante haberse marchado el 19 de mayo. Anda paseando entre Perico y Los Sauces. Supongo que teme que su tío no le dará nada como es de creerse.

Luego la carta se refiere a la política local, esencial para hacer negocios. Como señalábamos en el capítulo anterior, la función de doña Gregoria en Salta es ser fuente de información para sus hijos, Adolfo en Buenos Aires y el otro en Cobija, una ciudad portuaria de Bolivia hoy desaparecida.

Las noticias de Gregoria describen la dinámica de la política provincial:

> *Dávalos murió el 27 de mayo, a pesar de los esfuerzos de todos los médicos para salvarlo. Parece que tenía una enfermedad muy antigua. Su muerte ha causado sentimiento general en todo el pueblo. Se confesó con el Obispo el día antes de morir, y el entierro ha sido suntuoso.*

“Dávalos” era José Benjamín Dávalos, abogado formado en Chuquisaca, gobernador de la provincia. Elegido en 1866, representaba a una agrupación política liberal pero “autonomista”, es decir, opuesta a Bartolomé Mitre, que lideraba la facción liberal “nacionalista”.

El sucesor de Dávalos fue elegido de inmediato por la Sala de Representantes de la provincia:

> *Momentos antes de sacar el féretro de la casa, se publicó un bando nombrando a Don Cleto Gobernador, por ser el presidente de la Sala y a Ortiz de ministro. Estos dos y los diputados, junto con todos los hombres de Salta, llevaron el ataúd hasta San Francisco, seguidos de 500 hombres de tropa uniformados y de la artillería, que casi nos deja sordos ese día con los cañonazos, aparte de los dobles de las campanas.*

“Don Cleto” era Cleto Aguirre, un médico salteño formado en la Universidad de Buenos Aires que también adhería a las ideas liberales y no pertenecía a ninguna de las familias tradicionales de Salta —Dávalos, Uriburu, Saravia, Patrón— lo que le había permitido aparecer como relativamente inofensivo ante los conflictos que habían surgido entre esas familias después de Pavón. El funeral de Dávalos

parece una muestra de luto popular mezclada con una demostración de fuerzas, dado el momento político inestable en el que se hallaba el país —por la Guerra del Paraguay— y la región, por el movimiento de las tropas de Felipe Varela. La premura con que el gobernador Aguirre —y su ministro de gobierno, Ortiz— resolvieron la sucesión de Dávalos parece inspirada por ese mismo contexto, como lo muestra el siguiente párrafo de la carta de doña Gregoria:

> *Al día siguiente, los uriburistas estaban en gran actividad y haciendo propaganda para que se designe gobernador a uno de su partido (eran los Ugarriza, Delfín Leguizamón, Ramón Zuviría, los Valdés, Ceballos y demás que conoces de la misma catadura). Repartían papelitos a todo el pueblo, invitando a reunirse a las 8 de la noche en la esquina de Galo. Dicen que se reunieron alrededor de 500 personas, y se presentó la candidatura de Joaquín Bedoya para gobernador. Formaron un club y designaron a Manuel Puch para presidente.*

Los uriburistas querían tomar el poder, aunque sin utilizar la modalidad clásica del período de las guerras civiles —es decir, un alzamiento popular— como lo hicieran cuatro años atrás en la "revolución de los Uriburu", que las familias dirigentes se ocuparon de impedir. Esta vez reclamaron de inmediato que se convocara a elecciones para elegir al sucesor de Dávalos. El mecanismo que utilizaron y que describe a la perfección doña Gregoria fue congregarse y repartir panfletos propulsando la candidatura de Joaquín Bedoya. En ausencia de partidos políticos estables, con las características que conocemos hoy, la formación de clubes era el mecanismo que generalmente se utilizaba para la seleccionar, proponer y difundir candidaturas de cualquier facción política. Considerando que doña Gregoria era intermediara e informante económica de sus hijos en Salta, es razonable que supiera exactamente cómo funcionaba la política local.

La lealtad de los García no estaba con los "uriburistas":

> *Anoche se organizó otro club en la casa de nuestro Patricio, formado*

por la mayor parte de los artesanos. Parece que esto los ha destemplado a los uriburistas. Y como don Cleto ni Pancho Ortiz no se duermen, han dispuesto citar a los diputados titulares y suplentes de la sala para realizar la elección. Dios nos saque bien de este aprieto! Dice Pancho que sabe que si los Uriburu van al gobierno, le van a quitar todo lo que tiene, por lo que está dispuesto a gastar hasta el último centavo para evitarlo.

Esta vez también se organizó un club en casa de "nuestro" Patricio —se refiere a Patricio Pardo, un vecino salteño que moriría durante la invasión de Felipe Varela— formado por artesanos, es decir, sectores medios, comerciantes de la ciudad de Salta. La formación de este club parecía afectar de algún modo a los uriburistas y todos se apresuraron a convocar a diputados para que se realizaran las elecciones. La enemistad de los García con los Uriburu aparece sugerida en la última frase, donde se mencionaba a "Pancho", probablemente el coronel Francisco Centeno, un militar salteño con negocios con Bolivia y cercano a los García.

Después de algunos datos familiares, doña Gregoria cierra la carta con otros datos comerciales sobre el negocio lanar:

Te incluyo el balance de abril, con venta de 600$. En mayo fue de 514$. Hablé con Ricardo sobre la lana. Me dijo que te escribiría antes de irse a Molinos, y que recorrerá su estancia para calcular la cantidad de lana que puede venderse.

Datos precisos, sobre la política y la economía, son los que envía doña Gregoria a su hijo. Sabía bien que ambos eran esenciales para el desarrollo de los negocios.

Como esta es la última carta de Gregoria Beeche de García que analizamos en este libro, queremos relatar cómo siguió la historia de la que ella formó parte. Curiosamente, uno de sus hijos, Sergio, de regreso en Salta, se casaría con Manuela Uriburu Arenales y daría origen a la familia García Uriburu, de la que aún hoy hay descendientes. Al parecer, doña Gregoria no se llevaba muy bien con

su nuera y podemos ver en la carta que hemos analizado algunas de las razones. Manuela era hermana de José Evaristo Uriburu quien sería presidente de la nación entre 1895 y 1898. Adolfo, el hijo que se hallaba en Buenos Aires, se casaría con Luisa de Tezanos Pinto, y daría origen a la familia García Pinto, también con descendencia hasta hoy.

Doña Gregoria —que con sus cartas nos ayudó a reconstruir la historia argentina, dando testimonio de que las mujeres participaban activamente de la vida social y económica y de que tenían un notable conocimiento de la situación política— murió en Salta, en 1884 sin que tengamos más datos sobre su vida.

Don Cleto Aguirre, médico de profesión, tuvo una notable actuación durante la epidemia de fiebre amarilla en Buenos Aires. Su sucesor, Sixto Ovejero, hacendado —hijo del fundador del ingenio Ledesma en la provincia de Jujuy— tuvo que enfrentar la invasión de Felipe Varela a la provincia de Salta, primero en los Valles Calchaquíes y luego en la misma ciudad. Parte del Ejército Nacional que, recordemos, se hallaba en la Guerra del Paraguay, fue enviada por Mitre para enfrentar a Varela.

Felipe Varela, caudillo riojano procedente de Chile, se sublevó contra el gobierno nacional en 1866. Lanzó una proclama dirigida a los "argentinos" que llamaba a combatir el centralismo de Mitre y Buenos Aires. Convocaba, sobre todo, a los entrerrianos y a Urquiza para que se sumaran al levantamiento. Urquiza, una vez más, se negaba al conducir a los federales. Varela avanzó sobre La Rioja y Catamarca y a su rebelión se sumó la "Revolución de los Colorados" en Mendoza, en la que un destacamento de soldados —en alianza con algunas tribus ranqueles de la zona— se negó a partir hacia la Guerra del Paraguay.

La situación general fue tan grave que el vicepresidente Marcos Paz se vio obligado a llamar a Mitre a Buenos Aires para que enviara tropas nacionales. De ese modo se contuvo la sublevación de Varela y sus montoneras. Las fuerzas regulares y la escasa adhesión del llamamiento obligaron a Varela a retirarse hacia el norte y poco a poco se fue acercando a Salta.

La invasión de Felipe Varela y sus montoneras a Salta fue victoriosa

y las autoridades provinciales debieron abandonar la ciudad, que fue sometida al saqueo. Varela y sus tropas se retiraron luego a Jujuy, donde también invadieron y saquearon la ciudad capital. En 1867 Varela marchó hacia Bolivia pero la inestable situación política de ese país lo obligó a regresar a la Argentina en 1868 y sería derrotado definitivamente en Jujuy en 1869. Exiliado y sin apoyo, Felipe Varela murió en Chile ese mismo año.

La figura de Mitre se debilitó con el desarrollo de la Guerra del Paraguay —sobre todo, con la derrota de Curupaytí—, no así la imagen de los liberales, que en todo el país afianzaron su poder y con ello, la idea de una nación que estaba por encima de las divisiones locales.

5 . *Ibídem*, Buenos Aires, 2008, pp. 104-105.

6
“Impertérritos en la brecha”

Las epidemias de cólera y fiebre amarilla

Entre 1867 y 1871, en pleno desarrollo de la Guerra del Paraguay y de los levantamientos federales de Felipe Varela, el país padeció dos epidemias que dejaron como resultado más de quince mil muertos.

En una sociedad en la que no abundaban los conocimientos médicos, no se daba mayor importancia al concepto o la práctica de la higiene y no había políticas de salud pública, los afectados por estas epidemias se vieron obligados a enfrentarse a ellas como pudieron. La carencia de servicios de emergencia, la falta de hospitales, incluso la falta de cementerios, dejó en claro que la construcción de la nación y del estado también debía hacerse en el ámbito de la salud pública.

La epidemia de cólera se propagó en gran parte del territorio en 1867, durante la guerra con Paraguay. La epidemia de fiebre amarilla de 1871 se concentró en Buenos Aires pero no fue menos letal sino todo lo contrario.

La narración de lo que se vivió debido a estas epidemias —durante y después— nos la ofrece Juana Manso, y la analizamos a continuación.

Oculto en las sombras

Juana Manso es autora del *Compendio de la Historia de las Provincias Unidas del Río de la Plata desde su descubrimiento hasta el año 1874,* texto histórico muy valioso que analizaremos desde el punto de vista historiográfico en un próximo capítulo y nos servirá aquí para arrojar luz sobre lo sucedido durante las epidemias de cólera y de fiebre amarilla en Argentina.

Como mencionamos en el segundo volumen de esta colección, Juana Manso fue una educadora, periodista y escritora considerada una de las primeras autoras de novela hispanoamericana, precursora de la emancipación de la mujer en Argentina. Debido a su lucha por la libertad de las mujeres —libertad de acción, de expresión y de pensamiento— fue censurada y atacada.

A continuación transcribimos su texto sobre las epidemias que diezmaron la ciudad.

> *551. La guerra fue pedida a los gritos por las calles y el presidente Mitre empujado por la opinión tuvo que aceptarla. Entonces se formó la Triple Alianza del Imperio, la Confederación Argentina y el Estado Oriental en estas nuevas complicaciones.*
>
> *552. Cerca de cuatro años duró esa guerra con el Paraguay, y ella será narrada por los historiadores de las tres naciones de la alianza como por los Paraguayos; no cabe su narración en las breves páginas de este librito.*
>
> *553. Otro enemigo más formidable que el Paraguay nos amenazaba oculto en las sombras, y ese era el cólera morbus, que se presentó por primera vez en estos climas al comenzar el año de 1867.*
>
> *554. En su segunda invasión al año siguiente, el cólera hizo víctimas considerables e ilustres; contándose entre ellas el vice-presidente de la Nación, Dr. D. Marcos Paz: acontecimiento que obliga al presidente Mitre a volverse a Buenos Aires, alejándolo del teatro de la guerra, en su clase de General en Jefe del ejército aliado.*
>
> *555. Entre tanto llegó el fin de la presidencia del general Mitre sin*

haberse decidido la cuestión de la capital de la República, y terminado el compromiso de los cinco años que federalizó este municipio. El 12 de octubre de 1868 el general Mitre entregó la presidencia de la nación al Congreso que había nombrado ya en tiempo oportuno al señor Domingo F. Sarmiento para el puesto de presidente y vicepresidente al Dr. D. Adolfo Alsina.

556. Numeroso concurso del pueblo acompañó a su residencia al ex presidente Mitre como testimonio de las infinitas simpatías que dejaba en pos de sí y de su honorable proceder en el alto puesto que acababa de resignar. Pocos meses después el general Mitre vuelto a las filas del pueblo, convertía la mitad de su casa habitación en imprenta, poniéndose el mismo al frente de la redacción del diario "La Nación". Ejemplo notable de carácter humilde y de sus principios democráticos: pasando del alto puesto de primer magistrado de la nación al de simple escritor público.

557. El asesinato alevoso de Urquiza, gobernador de la provincia de Entre Ríos en aquella época, 1870, trajo la guerra civil porque su propio asesino el general Ricardo López Jordán se hizo nombrar Gobernador y el Gobierno Nacional no pudiendo reconocer hecho tan inmoral hubo de enviar un ejército sobre el Entre Ríos que devolviese su libertad de sufragio a aquella provincia. Esta nueva guerra costando algunos millones fue otro entorpecimiento a la organización administrativa del país.

558. Sin embargo, la difusión de la instrucción pública seguía su curso antecedente cuando a los cuatro años justos de la invasión del cólera apareció entre nosotros otro terrible flagelo; la Fiebre Amarilla que había ya amagado en 1857 y que tan duras pruebas nos reservaba en 1871.

Felizmente la fiebre amarilla no se extendió sobre toda la república como el cólera, y la única víctima fue la ciudad de Buenos Aires, convertida en un vasto lazareto, donde diariamente morían familias por centenares y donde un cementerio entero quedó en pocos días lleno de restos humanos.

559. Eran tan acerbos momentos, cuando parecía que esta población iba a sucumbir en el desamparo del flagelo que la azotaba, de un meeting convocado por la plaza Victoria resultó el nombramiento de una

Comisión Popular que atendiese y socorriese los míseros atacados de la epidemia.

560. Estos héroes de la caridad, fueron los que a continuación se expresan y cuyo recuerdo deseamos sea sagrado a las generaciones venideras, porque si cumplieron con su deber no por eso son menos acreedores a la gratitud de los buenos.

He aquí sus nombres -

Héctor Varela, Dr. D. J. Roque Pérez (falleció de la epidemia), Carlos Guido Spano, Dr. Juan Carlos Gómez, José M. Cantilo (padre), Dr. Carlos Paz, Dr. Casilio Cittadini, Mitre y Vedia, Dr. Barbatti, Dr. Carriego (D. Evaristo), Dr. Manuel Argerich (falleció en la epidemia), Ballestero (lo mismo), Tomás Armstrong, Enrique Gowlan, Uzal, César (sacerdote), D. Wells, Matías Behety, Emilio Onrubia, Dr. Dillora (sacerdote), José M. Lagos, Dr. Bilbao, Lucio Mansilla, Mariano Billinghurst, Dr. A. Larroque, P. Gowland, D'Almonte, Dr. M. Quintana, A. Gigli, Corn-Argenti, Dr. Del Valle, Viñas (falleció en la epidemia), Melians, Ramella.

560. La actividad, el denuedo, desplegados por la Comisión Popular obstaron a que los estragos de la epidemia fuesen más crueles. Sin embargo, la ciudad fue desalojada, cerrada la Aduana, y solo las autoridades de la provincia y la Comisión Popular no abandonaron sus puestos un solo día impertérritos en la brecha. [6]

En un próximo capítulo explicaremos el contexto historiográfico de este *Compendio de Historia* de Juana Manso pero es necesario señalar aquí que el fragmento que citamos es parte de un manual de historia destinado a ser usado en las escuelas primarias del país. Recordemos también que la familia de Juana Manso era de filiación unitaria y que había vivido durante mucho tiempo exiliada en Montevideo y Río de Janeiro, para luego volver a Buenos Aires después de la batalla de Caseros.

551. La guerra fue pedida a los gritos por las calles y el presidente Mitre empujado por la opinión tuvo que aceptarla. Entonces se formó la Triple Alianza del Imperio, la Confederación Argentina y el Estado

Oriental en estas nuevas complicaciones.

552. Cerca de cuatro años duró esa guerra con el Paraguay, y ella será narrada por los historiadores de las tres naciones de la alianza como por los Paraguayos; no cabe su narración en las breves páginas de este librito.

Por su filiación unitaria y su amistad con Sarmiento, el comentario de Juana Manso sobre la Guerra del Paraguay es breve e intenta restarle parte de la responsabilidad a Bartolomé Mitre, con quien simpatizaba. Juana deja a los historiadores del futuro la narración de los acontecimientos de la guerra. De ese modo, evita expresar opinión sobre ella.

553. Otro enemigo más formidable que el Paraguay nos amenazaba oculto en las sombras, y ese era el cólera morbus, que se presentó por primera vez en estos climas al comenzar el año de 1867.

554. En su segunda invasión al año siguiente, el cólera hizo víctimas considerables e ilustres; contándose entre ellas el vice-presidente de la Nación, Dr. D. Marcos Paz: acontecimiento que obliga al presidente Mitre a volverse a Buenos Aires, alejándolo del teatro de la guerra, en su clase de General en Jefe del ejército aliado.

El texto se enfoca en la epidemia de cólera que asoló al país en plena guerra con Paraguay, a comienzos del año 1867. Esta enfermedad llegó al territorio argentino a través de las tropas paraguayas y el intercambio con los barcos brasileros, y se convirtió en otro motivo de preocupación para un país que no solo estaba en guerra sino también en pleno proceso de construcción de una serie de instituciones estatales. Estos conflictos, sumados a las ignorancias y carencias en relación con la salubridad y la higiene, permitieron que el cólera ocasionara una tragedia a nivel nacional.

El brote inicial surgió en marzo de 1867 y se aplacó en abril. Pero la epidemia reapareció en diciembre, y el fracaso de las medidas tomadas llevó a graves consecuencias sociales y políticas: todos los miembros de la municipalidad de Buenos Aires se vieron obligados a

renunciar a sus cargos por incompetencia, debido a la presión popular y de los medios de comunicación.

No fue la única consecuencia política. Marcos Paz, vicepresidente de la nación, fue una de las víctimas fatales del cólera y Bartolomé Mitre se vio obligado a regresar al país, abandonando la Guerra del Paraguay, que quedó a cargo del ejército brasilero.

La epidemia de cólera de 1867 dejó más de mil seiscientos muertos en todo el territorio nacional. La falta de preparación médica, edilicia y administrativa que puso en evidencia reaparecería con más notoriedad cuatro años después, con una nueva epidemia.

Continuamos con el documento de Juana Manso:

> *555. Entre tanto llegó el fin de la presidencia del general Mitre sin haberse decidido la cuestión de la capital de la República, y terminado el compromiso de los cinco años que federalizó este municipio. El 12 de octubre de 1868 el general Mitre entregó la presidencia de la nación al Congreso que había nombrado ya en tiempo oportuno al señor Domingo F. Sarmiento para el puesto de presidente y vicepresidente al Dr. D. Adolfo Alsina.*
>
> *556. Numeroso concurso del pueblo acompañó a su residencia al ex presidente Mitre como testimonio de las infinitas simpatías que dejaba en pos de sí y de su honorable proceder en el alto puesto que acababa de resignar. Pocos meses después el general Mitre vuelto a las filas del pueblo, convertía la mitad de su casa habitación en imprenta, poniéndose el mismo al frente de la redacción del diario "La Nación". Ejemplo notable de carácter humilde y de sus principios democráticos: pasando del alto puesto de primer magistrado de la nación al de simple escritor público.*
>
> *557. El asesinato alevoso de Urquiza, gobernador de la provincia de Entre Ríos en aquella época, 1870, trajo la guerra civil porque su propio asesino el general Ricardo López Jordán se hizo nombrar Gobernador y el Gobierno Nacional no pudiendo reconocer hecho tan inmoral hubo de enviar un ejército sobre el Entre Ríos que devolviese su libertad de sufragio a aquella provincia. Esta nueva guerra costando algunos millones fue otro entorpecimiento a la organización administrativa del*

país.

La cuestión de la capital de la república había sido vital durante las guerras civiles y no se resolvería mientras la Aduana siguiera en manos de Buenos Aires en lugar de ser administrada por el gobierno central.

Cuando Juana Manso dice: "Numeroso concurso del pueblo acompañó a su residencia al ex presidente Mitre como testimonio de las infinitas simpatías que dejaba en pos de sí y de su honorable proceder en el alto puesto que acababa de resignar", expresa ante todo su simpatía con Bartolomé Mitre. En realidad, desde los diarios opositores Mitre fue duramente objetado por la Guerra del Paraguay, y su popularidad no era la que describe Manso. La importancia de la prensa sería notada por el ex presidente, que en 1870, poco después de su regreso, fundaría el diario *La Nación* .

Juana Manso menciona también el asesinato de Urquiza. El 11 de abril de 1870, cincuenta hombres armados al mando del coronel Robustiano Vera tomaron por asalto una de las estancias de Urquiza, por entonces gobernador de Entre Ríos. La orden partió del general Ricardo López Jordán, que no había perdonado a Urquiza por haberse retirado de la batalla de Pavón y por no responder a los sucesivos llamados de insurrecciones federales en todo el país. Una versión sostiene que la idea inicial era arrestar a Urquiza, que se resistió a los tiros y murió en medio de la balacera. Pero ese mismo día también fueron asesinados dos hijos de Urquiza, Justo y Waldino, lo que pone en duda esa versión.

Tres días más tarde López Jordán fue elegido gobernador provisorio de Entre Ríos.

558. Sin embargo, la difusión de la instrucción pública seguía su curso antecedente cuando a los cuatro años justos de la invasión del cólera apareció entre nosotros otro terrible flagelo; la Fiebre Amarilla que había ya amagado en 1857 y que tan duras pruebas nos reservaba en 1871.

Felizmente la fiebre amarilla no se extendió sobre toda la república como el cólera, y la única víctima fue la ciudad de Buenos Aires,

convertida en un vasto lazareto, donde diariamente morían familias por centenares y donde un cementerio entero quedó en pocos días lleno de restos humanos.

559. Eran tan acerbos momentos, cuando parecía que esta población iba a sucumbir en el desamparo del flagelo que la azotaba, de un meeting convocado por la plaza Victoria resultó el nombramiento de una Comisión Popular que atendiese y socorriese los míseros atacados de la epidemia.

560. Estos héroes de la caridad, fueron los que a continuación se expresan y cuyo recuerdo deseamos sea sagrado a las generaciones venideras, porque si cumplieron con su deber no por eso son menos acreedores a la gratitud de los buenos.

He aquí sus nombres -

Héctor Varela, Dr. D. J. Roque Pérez (falleció de la epidemia), Carlos Guido Spano, Dr. Juan Carlos Gómez, José M. Cantilo (padre), Dr. Carlos Paz, Dr. Casilio Cittadini, Mitre y Vedia, Dr. Barbatti, Dr. Carriego (D. Evaristo), Dr. Manuel Argerich (falleció en la epidemia), Ballestero (lo mismo), Tomás Armstrong, Enrique Gowlan, Uzal, César (sacerdote), D. Wells, Matías Behety, Emilio Onrubia, Dr. Dillora (sacerdote), José M. Lagos, Dr. Bilbao, Lucio Mansilla, Mariano Billinghurst, Dr. A. Larroque, P. Gowland, D'Almonte, Dr. M. Quintana, A. Gigli, Corn-Argenti, Dr. Del Valle, Viñas (falleció en la epidemia), Melians, Ramella.

560. La actividad, el denuedo, desplegados por la Comisión Popular obstaron a que los estragos de la epidemia fuesen más crueles. Sin embargo, la ciudad fue desalojada, cerrada la Aduana, y solo las autoridades de la provincia y la Comisión Popular no abandonaron sus puestos un solo día impertérritos en la brecha.

En 1871 Buenos Aires fue víctima de una epidemia de fiebre amarilla. El Riachuelo, la carencia de cloacas —motivo de que los deshechos contaminaran el agua— y los conventillos —con su hacinamiento— fueron los principales focos infecciosos.

Las instituciones públicas no estaban en condiciones de enfrentar esta nueva epidemia, y por este motivo se creó una Comisión Popular

de Salubridad Pública, integrada por algunas de las personas más influyentes de la sociedad. Al mismo tiempo, la Iglesia creó una Comisión Parroquial, también destinada a hacerse cargo de la situación.

¿Cuáles eran las tareas de estas comisiones? La Comisión Popular se encargaba de expulsar de sus viviendas a las personas afectadas —mayormente inmigrantes que vivían en conventillos— y de quemar sus pertenencias. También realizaban rondas de control. Por su parte, la Comisión Parroquial atendía a los enfermos y buscaba hogar para algunas de las personas expulsadas de sus viviendas. Es importante señalar dos cosas: la Comisión Popular y la Comisión Parroquial eran fuerzas enfrentadas entre sí, y los recursos eran limitados.

Esta epidemia de fiebre amarilla comenzó en enero de 1871 y finalizó, gracias a la ayuda del frío, en junio del mismo año. Dejó aproximadamente quince mil muertos. Entre ellos, Carlos Guido Spano, quien fuera director del Archivo General de la Nación y cofundador de la Sociedad Protectora de Animales, y el legislador entrerriano Evaristo Carriego, antepasado del poeta también llamado Evaristo Carriego.

Como consecuencia de las dos epidemias —cólera y fiebre amarilla— con un saldo aproximado de diecisiete mil muertos, las autoridades tuvieron que inaugurar un nuevo cementerio, ya que el cementerio de la Recoleta no era suficiente. De este modo se creó el cementerio de la Chacarita.

Además, las autoridades se vieron obligadas a valorar la higiene como elemento imprescindible para la salud y a reformar áreas del estado relacionadas con la salubridad. Comenzaría a imponerse en la salud pública la doctrina del higienismo que —de la mano del liberalismo económico— tendría como objetivo cuidar la salud de la sociedad a través de la instalación de redes de agua corriente y cloacas, la iluminación de las calles, el control de la salud de los niños y de las mujeres embarazadas, y el traslado de mataderos, fábricas y cementerios a zonas alejadas de la ciudad.

Como la epidemia de fiebre amarilla tuvo su epicentro en el barrio de San Telmo, las familias que se encontraban en una buena posición

económica huyeron al norte de la ciudad, a los barrios del Retiro y Recoleta, hasta ese momento deshabitados. De este modo, la epidemia tuvo una consecuencia colateral, de índole social: la ampliación de la cobertura demográfica y la ocupación de nuevos barrios de la ciudad.

6 . Manso, Juana, *Compendio de la Historia de las Provincias Unidas del Río de la Plata desde su descubrimiento hasta el año 1874*, Librería Universal, Buenos Aires, 1881, pp. 148-150.

7
“La libertad no tiene otra base que la educación universal”

El proyecto educativo de Sarmiento

Cuando se habla de la educación pública en Argentina, de sus inicios y su desarrollo, se habla de Sarmiento: “el padre de la escuela”, “el que nunca faltó a clase”. Y la mención es merecida: fue Sarmiento quien propuso una educación estatal, libre e igualitaria. Es decir, propuso que todos, niños y niñas, tuvieran acceso a la misma educación. Sin embargo, hubo otra figura de vital importancia para la educación igualitaria del país, que el mismo Sarmiento reconoció y a la que recurrió para dirigir la revista *Anales de la Educación Común* , órgano creado por él para difundir su política educativa. Esa figura era una mujer de la que ya hemos hablado: Juana Manso.

Juana Manso nació en 1819. Su padre, José María Manso, adepto al partido unitario, fue parte de la creación de la Sociedad de Beneficencia Educativa. La familia de Juana, perseguida por Rosas, emigró en 1839 a Montevideo y luego, en 1842, a Brasil. Ella se casó con Francisco de Saa Noronha, un músico portugués, con quien tuvo dos hijas. Tiempo más tarde el matrimonio se separó. En Brasil, Juana fundó un periódico llamado *O Jornal das Senhoras,* que fue el primer periódico latinoamericano destinado a un público femenino. Luego de la caída de Rosas, regresó a Buenos Aires y fundó la versión argentina de *O Jornal das Senhoras:* el periódico *Álbum de Señoritas,* que hemos analizado en el segundo volumen de esta colección.

Además de maestra, escritora, traductora, periodista y pionera en la

defensa de los derechos de la mujer —en especial del derecho a la libertad de expresión— fue una pionera en una actividad que las mujeres veían con recelo: dar conferencias. El hecho de que una mujer se expusiera a hablar en un lugar público era todavía inconcebible. Como veremos hacia el final de este libro, esa idea fue tornándose concebible solo al final del siglo XIX. Entretanto Manso sería insultada por dar una conferencia sobre libertad religiosa en Chivilcoy.

Precisamente en Chivilcoy, en 1866, Juana Manso inauguró la primera Biblioteca Pública del país. El testimonio que compartimos a continuación es nada menos que un fragmento del extenso discurso que dio Juana Manso en dicha inauguración, en el que se refirió a las políticas educativas ideadas por Sarmiento a las que ella adhería.

Una nueva era en la vida de los pueblos

Vecinos de Chivilcoy: todos los regocijos humanos pueden compararse al humo que se disipa en el espacio: por eso aquellos acontecimientos que abren una nueva era en la vida de los pueblos, merecen dejar huella más profunda que los recuerdos de un banquete, de un baile, de los brindis y arranques de entusiasmo popular.

La iniciación de una Biblioteca Pública me ha parecido el resultado más lógico e inmediato que podía traeros la inauguración de un ferrocarril que ha puesto a este pueblo a distancia de cinco horas de la capital de la provincia; el resultado lógico del telégrafo que ha suprimido las distancias y os ha puesto al habla con Buenos Aires. ¿De qué servirían los ferrocarriles si no tuviesen por misión además del desarrollo del comercio, de la industria, el contacto de las ideas, el intercambio de las conquistas del pensamiento? ¿Y cómo pueden los hombres que no leen seguir el rápido curso del movimiento intelectual del siglo?

¿Para qué quieren los que no saben leer o no leen jamás libros y diarios, ferrocarriles ni telégrafos?

Por eso, a la vez que debéis crear escuelas, necesitáis bibliotecas como complemento de las primeras.

No basta aprender a leer, es también necesario cultivar el gusto por la lectura para que ese pasatiempo venga a ayudarnos en la obra de nuestra educación propia.

El hombre recibe de la escuela los primeros rudimentos que contribuyen más tarde a su engrandecimiento o que estacionarios se esterilizan por la inacción del espíritu y son como la simiente de que nos habla Jesús en una de sus parábolas. Como el Evangelio no es popular todavía entre nosotros, me tomaré la libertad de repetirla aquí, porque el ejemplo de ésta como todas las palabras del Salvador, eran dirigidas a los sencillos habitantes de los campos. Él decía:

“La palabra del Hijo del Hombre es como la semilla que siembra el labrador. Unas veces cae sobre la tierra pegada a la roca que aunque brote no tiene consistencia en la raíz; otra cae sobre la roca viva, vienen las aves del cielo y se la llevan en sus picos; otras caen sobre tierra fértil

y produce ciento por uno".

Hay niños que sin oportunidad de cultivar lo que aprendieron en la escuela lo olvidan antes de llegar a ser hombres: esa es la semilla que cayó en la roca. Otros conservan lo que aprendieron apenas para su uso particular, esa es la semilla que cayó en tierra pegada a la roca. Otros en fin, como Franklin, pobre niño hijo de un velero, aprendiz tipógrafo, filántropo toda su vida, millonario al morir, bienhechor eterno de la humanidad, por el descubrimiento del pararrayos, por el del telégrafo eléctrico que preparó y Morse perfeccionó; por la iniciación de las bibliotecas públicas; como Lincoln, leñador de las florestas del Oeste, correo de un pueblo, almacenero, abogado, capitán de milicias, redentor, en fin, de la esclavitud de una raza que su triste color condenaba a la degradación, la preocupación y la injusticia; como Sarmiento, en fin, el Horacio Mann de la República Argentina, hijo de una familia honesta y pobre mozo, de tienda primero, maestro de escuela después, ministro, gobernador de provincia y honor de nuestra patria; tales hombres representan la tierra fértil que da ciento por uno. Todos ellos han tenido por punto de partida el rancho y la cartilla de la escuela, el resto ha sido la obra del libro, de la meditación y de la perseverancia.

El hombre que no contrae temprano el hábito de leer, se disipa en la necesidad de alimentar aquella actividad incesante del espíritu humano, busca pasatiempos frívolos, estériles, cuando no peligrosos a su moral, a su salud. Las facultades mentales se extravían y la vida es una oscilación o una vegetación según las organizaciones; pero se desvía de su destino y deja de ser un progreso.

Voy a explicar mi pensamiento: ¿Qué hemos venido a hacer al mundo? ¿Qué objeto tiene la vida, que por tan limitado espacio de tiempo nos concede el Altísimo? ¿Hemos reflexionado alguna vez sobre esto?

El primer hombre que encaró la vida desde este punto de vista, fue Horacio Mann, otro humilde niño, hijo de un labrador y labrador él mismo, educado en los campos, por el libro leído en los momentos de solaz. Sí, ese hombre, Horacio Mann, fue el primero que una vez se fijó en esta gran cuestión: "el carácter progresivo de la raza humana".

Este carácter progresivo es ingénito e inherente a la humanidad, es el

don de la divinidad y el impulso dado a la vida individual, que trae por la aglomeración de hombres educados, el progreso colectivo de la raza en particular y de la especie en general.

Un niño que nace en la ignorancia y en ella crece, cuando llega a ser hombre, ¿cómo habrá contribuido al progreso de esa especie ni de su raza?

Planta agreste, su fruto será amargo. La vida impone deberes y tiene un fin: Dios la concede como un beneficio, no, como una tortura, como un bien inapreciable, no como un castigo. No para sufrir y curvarse, sino para trabajar y avanzar por el camino de la perfección desconocida que se llama inmortalidad.

El libro, pues, considerado como el locomotor de los conocimientos útiles de los sentimientos castos, de los fallos severos de la historia, es un gran poder moralizador en la vida moderna, en que los pueblos se agitan movidos por las corrientes eléctricas, de la libertad del pensamiento, de la conciencia y del trabajo.

Considerando el libro desde otro aspecto, cuando las miserias de nuestras pasiones, traen al corazón el desencanto de los amores que creíamos eternos, de las amistades que supusimos invariables, cuando la muerte en su cosecha incesante nos roba los caros objetos de nuestras afecciones; ¿Qué amigo más fiel, qué consolador más asiduo que el libro con quien nos hallamos frente a frente en la hora del consuelo o la decepción?

Es tiempo, también, de dar una base sólida a la administración local, propendiendo al desarrollo intelectual y moral de nuestros pueblos; no nos hagamos ilusiones por más tiempo: la libertad no tiene otra base que la educación universal; la República sin inteligencia cultivada y sin virtudes públicas, es imposible.

Es tiempo de reflexionar y de obrar. Dios se cansa de soportar los desaciertos de los hombres y de los pueblos, por eso se dice vulgarmente: "Dios consiente y no para siempre".

Todos los días, a cada momento, se nos vienen a los labios los Estados Unidos; Chivilcoy es conocido por el vulgar apodo de "el pueblo yankee". Mostremos entonces que merecemos el honor de representar el carácter iniciador y perseverante de los yankees, y más que todo, su

respeto y gratitud para con sus bienhechores.

(...)

Aquí Rivadavia creaba escuelas para las mujeres, y dijo: "La escuela es el secreto de la prosperidad de los pueblos jóvenes". A la vez que en los Estados Unidos se ensayaba el sistema de Lancaster, y allá como aquí el año 25 oyó el "sursuncorda" que emprendían los estadistas norteamericanos y el estadista argentino. ¿Por qué fenómeno desconocido no estamos hoy nosotros a la altura de aquel pueblo; si la misericordia divina nos deparó un guía tan sabio como el que tuvo Norte América?

¿Por qué habiendo tenido un general Belgrano, corazón honrado y virtuoso al par de Washington; por qué habiendo tenido un Rivadavia, genio colosal como Webster, nos encontramos hoy rezagados a la retaguardia de los Estados Unidos , le volvimos la espalda, lo arrojamos de la patria en vez de encontrarnos a la par?

¿Por qué, sí, por qué? Voy a decirlo: Los americanos creyeron en la palabra de Webster y amaron a Washington y aún hoy día se venera su memoria y se cumplen sus preceptos. Nosotros no reparamos en estas humildes palabras de Belgrano: "La virtud se recompensa a sí misma"; lo crucificamos; nos sublevamos contra las doctrinas de Rivadavia

¿Y cuáles han sido los resultados de conducta tan opuesta? Allá el progreso y la felicidad nacional, la libertad afianzada, la república en el apogeo de su esplendor.

Aquí, la guerra civil, la tiranía de veinte años azotándonos, y hoy la rápida degradación de nuestra raza, a punto de correr el riesgo de desaparecer el gobierno republicano, porque los resortes del sistema representativo no juegan, no hay electores y los tribunos elegidos están para convertirse en asalariados, en mercachifles, porque los deberes de la ciudadanía son pesados y los derechos, despreciados por inútiles.

Paremos al borde del abismo, hay una tabla, esa tabla, esa ancla, esa rama providencial, es la educación universal. No la escuela gratuita, no la escuela comunal. La escuela común: la educación de todos costeada por todos.

La caridad cristiana en acción, la enseñanza mutua por la palabra hablada y por la palabra escrita: el cumplimiento del precepto religioso y

de la libertad civil: amaos mutuamente, enseñaos mutuamente toda noción benéfica y pura.

Voy a la ciudad a pedir libros para la Biblioteca de Chivilcoy y a los vecinos de este pueblo les confío, no mi pensamiento, sino su propio interés.

(...)

Señoras de Chivilcoy: a vosotras confío el empuje de nuestra biblioteca pública que va a formarse con el primer plantel: un libro de Sarmiento y los silenciosos amigos de mis horas de angustia; los compañeros de mis soledades; voy a desprenderme de ellos, para hacer acto de abnegación de todos los bienes de la tierra.

Todavía considerada por el lado material, la idea de la biblioteca es oportuna, hoy más que nunca para Chivilcoy. Si planteamos aquí el sistema de escuelas comunes, de modo que todos los niños reciban el beneficio de la educación y puedan darle aplicación útil e inmediata por el libro Chivilcoy alcanzará en breves años el destino que le señala su posición en nuestra campaña y la riqueza de sus campos. Es preciso no contentarse con enviar sus trigos al mercado, ni sus lanas a Europa; Chivilcoy ganará más estableciendo molinos para sus granos y centros fabriles de tejido para su lana. Entonces, ensanchando su comercio, por la industria, en vez de simple abastecedor de materia prima, Chivilcoy será industrial también; pero ese cambio de su modo de ser actual, sólo tendrá lugar por intermedio de la escuela común y de las bibliotecas públicas.

El hombre iletrado, que nada sabe, nada puede producir tampoco; es menester enseñarlo antes, educar sus facultades intelectuales, educar sus sentimientos para que después, él a su vez también, eduque la tierra que produce mejor, eduque sus animales para sacar de ellos mejor partido; del caballo, el manejo del arado; de la vaca, la lechería modelo. Pero lo repito: sin previa educación, no hay más que barbarie, progreso negativo y los propios ferrocarriles y telégrafos se esterilizan por la falta de una buena dirección dada al espíritu humano.

Hace ocho años, en la introducción de "Los Anales", decía Sarmiento: "Dentro de diez años el humo de la locomotora avanzará en los campos desiertos del Oeste, sin que los habitantes estén dispuestos con

antecedencia al manejo de los delicados resortes de la civilización". He aquí la profecía realizada: ahí tenéis a vuestras puertas el beneficio que la vialidad moderna ofrece al ensanche de la riqueza; ¿estáis preparados para recibirlo?

Sé que vuestros campos están bien cultivados, que poseéis ganadería numerosa, máquinas también, de las que libertando el brazo del hombre del trabajo manual, centuplican las fuerzas productoras del pensamiento; pero no hay otro elemento creador indispensable. Usando de las palabras de Washbur, un inteligente gobernador de alguno de los Estados del Oeste, os preguntaré: ¿Qué cantidad de cerebros cultivados posee Chivilcoy? ¿Cuántos hombres saben leer en este partido? ¿Cuántos se educan? ¿Cuántos quedan por educarse? El progreso que anhelamos no tiene otra solución que la cantidad de cerebro cultivado, en posesión de cada país. La libertad, este bello ideal de las almas generosas, esa aspiración ingénita de la humanidad, ¿cómo se alcanza?

(...)

Réstame agradecer en nombre de la civilización y del progreso de esta localidad, la cooperación de las personas que han querido hacerme un honor en contribuir a "la lectura" de esta noche, primer óbolo del pueblo a su biblioteca. En primer lugar, el Sr. Inspector de Escuelas, que acaso disiente conmigo en este momento, y como hombre de espíritu merced a su buena índole, ha comprendido que los individuos no somos más que los servidores de las ideas y que éstas nos imponen sacrificios de toda clase, entre los cuales las afecciones y los resentimientos personales están en primera línea.

Agradezco al señor Juan Madero y a su talentosa niña, haber retardado su regreso a la ciudad para prestar hoy el contingente de su buena voluntad e inteligencia. Doy mil gracias a la comisión de damas que han querido ser tesoreras del primer dinero con que fundamos su futura biblioteca; asimismo agradezco a las que han amenizado los intermedios con las suaves armonías del piano.

Ahora, mis amigos de Chivilcoy, réstame deciros que me separo de vosotros con el corazón penetrado de un sentimiento indeleble de profunda gratitud, no sólo por las demostraciones de simpatía de que he sido objeto, sino porque "Los Anales" cuentan entre vosotros más

patrocinadores que en la populosa ciudad de mi nacimiento. Buenos Aires me da 38 suscriptores; Chivilcoy 40, hecho significativo que abonará en el porvenir por el buen criterio de este pueblo, sobre el que pido la bendición de Dios para las mieses de sus campos, la unión de sus vecinos y el acierto de su administración local. Juana Manso. [7]

Juana Manso toma con mucho orgullo y responsabilidad este discurso inaugural. Y resulta particularmente interesante lo que dice al principio:

La iniciación de una Biblioteca Pública me ha parecido el resultado más lógico e inmediato que podía traeros la inauguración de un ferrocarril que ha puesto a este pueblo a distancia de cinco horas de la capital de la provincia; el resultado lógico del telégrafo que ha suprimido las distancias y os ha puesto al habla con Buenos Aires. ¿De qué servirían los ferrocarriles si no tuviesen por misión además del desarrollo del comercio, de la industria, el contacto de las ideas, el intercambio de las conquistas del pensamiento? ¿Y cómo pueden los hombres que no leen seguir el rápido curso del movimiento intelectual del siglo?

¿Para qué quieren los que no saben leer o no leen jamás libros y diarios, ferrocarriles ni telégrafos?

¿Por qué menciona el ferrocarril y el telégrafo para abrir el discurso de inauguración de una biblioteca? Porque la política educativa de Sarmiento, que ella compartía, declaraba que no existía progreso sin educación: el progreso económico, comercial, industrial, necesitaban del progreso educativo para seguir desarrollándose. Esta idea se refuerza más adelante:

Hay niños que sin oportunidad de cultivar lo que aprendieron en la escuela lo olvidan antes de llegar a ser hombres: esa es la semilla que cayó en la roca. Otros conservan lo que aprendieron apenas para su uso particular, esa es la semilla que cayó en tierra pegada a la roca. Otros en fin, como Franklin, pobre niño hijo de un velero, aprendiz tipógrafo, filántropo toda su vida, millonario al morir, bienhechor eterno de la

humanidad, por el descubrimiento del pararrayos, por el del telégrafo eléctrico que preparó y Morse perfeccionó; por la iniciación de las bibliotecas públicas; como Lincoln, leñador de las florestas del Oeste, correo de un pueblo, almacenero, abogado, capitán de milicias, redentor, en fin, de la esclavitud de una raza que su triste color condenaba a la degradación, la preocupación y la injusticia; como Sarmiento, en fin, el Horacio Mann de la República Argentina, hijo de una familia honesta y pobre mozo, de tienda primero, maestro de escuela después, ministro, gobernador de provincia y honor de nuestra patria; tales hombres representan la tierra fértil que da ciento por uno. Todos ellos han tenido por punto de partida el rancho y la cartilla de la escuela, el resto ha sido la obra del libro, de la meditación y de la perseverancia.

El hombre que no contrae temprano el hábito de leer, se disipa en la necesidad de alimentar aquella actividad incesante del espíritu humano, busca pasatiempos frívolos, estériles, cuando no peligrosos a su moral, a su salud. Las facultades mentales se extravían y la vida es una oscilación o una vegetación según las organizaciones; pero se desvía de su destino y deja de ser un progreso.

Como se puede ver, es fundamental equiparar la educación igualitaria con el progreso. De acuerdo con la política educativa que ella defiende, no puede existir una cosa sin la otra. Juana Manso pone como ejemplos a hombres que iniciaron su vida en la pobreza, la carencia, y que sin embargo obtuvieron grandes logros gracias a la educación. Hombres norteamericanos porque, tal como Sarmiento, ella admiraba el modelo norteamericano, a diferencia de otros intelectuales del período que admiraban los modelos de Francia e Inglaterra.

Y no solo equipara la educación con el progreso, también resalta la importancia de la educación para mantener los estándares morales que se consideraban adecuados: “El hombre que no contrae temprano el hábito de leer, se disipa en la necesidad de alimentar aquella actividad incesante del espíritu humano, busca pasatiempos frívolos, estériles, cuando no peligrosos a su moral, a su salud”.

Juana Manso no deja de mirar hacia los Estados Unidos. En sus

ejemplos de modelos a seguir menciona a Franklin y Horace Mann. ¿Por qué? Porque el modelo educativo de Sarmiento es una copia del modelo educativo estadounidense. Por eso compara a Sarmiento con Horace Mann. ¿Quién fue Horace Mann, y por qué Juana Manso hace esa comparación?

Horace Mann fue un maestro y político estadounidense, creador de la política educativa en la que se basó Sarmiento para crear la suya. Los ejes de la política educativa de Mann eran, básicamente, los siguientes: el pueblo, para ser libre, no puede ser ignorante; la educación del pueblo debe ser pagada y controlada por el sector público; los maestros deben estar debidamente preparados para su trabajo; y esta educación no debe dejar afuera a ningún niño, sin importar su clase social. En estos ejes basó Sarmiento su propia política de educación nacional.

Tanto Sarmiento como Juana Manso mantenían contacto epistolar con Horace Mann y con su esposa, Mary, que también era maestra. Ellos serían los encargados de seleccionar a las maestras estadounidenses que vendrían a trabajar a Argentina. ¿Por qué maestras estadounidenses? Porque el estado argentino estaba en plena formación y las instituciones, tal como las conocemos ahora, no existían o estaban gestándose; no había en Argentina maestras y maestros suficientes para la cantidad de escuelas que Sarmiento pretendía crear.

Más adelante en su discurso Juana Manso vuelve a poner el acento en la importancia de la educación como eje de la libertad y de la República:

> *Es tiempo, también, de dar una base sólida a la administración local, propendiendo al desarrollo intelectual y moral de nuestros pueblos; no nos hagamos ilusiones por más tiempo: la libertad no tiene otra base que la educación universal; la República sin inteligencia cultivada y sin virtudes públicas, es imposible.*

Luego hace hincapié en una comparación particular:

Todos los días, a cada momento, se nos vienen a los labios los Estados Unidos; Chivilcoy es conocido por el vulgar apodo de "el pueblo yankee". Mostremos entonces que merecemos el honor de representar el carácter iniciador y perseverante de los yankees, y más que todo, su respeto y gratitud para con sus bienhechores.

Se supone que el apodo que se le daba a Chivilcoy, "el pueblo yankee", era vulgar y mal recibido por sus habitantes. Sin embargo, Juana Manso lo ve de otra manera: lo considera motivo de orgullo precisamente porque ella toma a los Estados Unidos como modelo de educación igualitaria y libre para la Argentina que está en construcción:

¿Por qué habiendo tenido un general Belgrano, corazón honrado y virtuoso al par de Washington; por qué habiendo tenido un Rivadavia, genio colosal como Webster, nos encontramos hoy rezagados a la retaguardia de los Estados Unidos en vez de encontrarnos a la par?

¿Por qué, sí, por qué? Voy a decirlo: Los americanos creyeron en la palabra de Webster y amaron a Washington y aún hoy día se venera su memoria y se cumplen sus preceptos. Nosotros no reparamos en estas humildes palabras de Belgrano: "La virtud se recompensa a sí misma"; lo crucificamos; nos sublevamos contra las doctrinas de Rivadavia, le volvimos la espalda, lo arrojamos de la patria.

¿Y cuáles han sido los resultados de conducta tan opuesta? Allá el progreso y la felicidad nacional, la libertad afianzada, la república en el apogeo de su esplendor.

Aquí, la guerra civil, la tiranía de veinte años azotándonos, y hoy la rápida degradación de nuestra raza, a punto de correr el riesgo de desaparecer el gobierno republicano, porque los resortes del sistema representativo no juegan, no hay electores y los tribunos elegidos están para convertirse en asalariados, en mercachifles, porque los deberes de la ciudadanía son pesados y los derechos, despreciados por inútiles.

Juana Manso se pregunta por qué los Estados Unidos experimentaban un progreso que no se veía en Argentina, y se

responde que se debe a que hombres como Belgrano y Rivadavia no fueron justamente valorados. Compara a Washington —que además de haber sido presidente de los Estados Unidos fue comandante en jefe del Ejército Continental en la guerra de la independencia de su país, donde se lo considera “el Padre de la Patria”— con Manuel Belgrano, e insiste durante todo su discurso en la necesidad de tomar el ejemplo norteamericano como el modelo a seguir.

Señoras, a vosotras confío...

Un detalle para destacar es que en su discurso, Juana Manso le habla al pueblo de Chivilcoy en general, pero al momento de dirigirse a un público en particular le habla a las mujeres:

> *Señoras de Chivilcoy: a vosotras confío el empuje de nuestra biblioteca pública que va a formarse con el primer plantel: un libro de Sarmiento y los silenciosos amigos de mis horas de angustia; los compañeros de mis soledades; voy a desprenderme de ellos, para hacer acto de abnegación de todos los bienes de la tierra.*
>
> *Todavía considerada por el lado material, la idea de la biblioteca es oportuna, hoy más que nunca para Chivilcoy. Si planteamos aquí el sistema de escuelas comunes, de modo que todos los niños reciban el beneficio de la educación y puedan darle aplicación útil e inmediata por el libro. Chivilcoy alcanzará en breves años el destino que le señala su posición en nuestra campaña y la riqueza de sus campos. Es preciso no contentarse con enviar sus trigos al mercado, ni sus lanas a Europa; Chivilcoy ganará más estableciendo molinos para sus granos y centros fabriles de tejido para su lana. Entonces, ensanchando su comercio, por la industria, en vez de simple abastecedor de materia prima, Chivilcoy será industrial también; pero ese cambio de su modo de ser actual, sólo tendrá lugar por intermedio de la escuela común y de las bibliotecas públicas.*

Sarmiento y Manso les confían las bibliotecas públicas a las mujeres, y no es un dato menor: como dice Juana en su discurso, las bibliotecas son el complemento de la escuela, la continuación y la ampliación de la educación formal. Y vuelve a resaltar la importancia de la educación en relación al progreso de una nación:

> *El hombre iletrado, que nada sabe, nada puede producir tampoco; es menester enseñarlo antes, educar sus facultades intelectuales, educar sus sentimientos para que después, él a su vez también, eduque la tierra que*

produce mejor, eduque sus animales para sacar de ellos mejor partido; del caballo, el manejo del arado; de la vaca, la lechería modelo. Pero lo repito: sin previa educación, no hay más que barbarie, progreso negativo y los propios ferrocarriles y telégrafos se esterilizan por la falta de una buena dirección dada al espíritu humano.

Hace ocho años, en la introducción de "Los Anales", decía Sarmiento: "Dentro de diez años el humo de la locomotora avanzará en los campos desiertos del Oeste, sin que los habitantes estén dispuestos con antecedencia al manejo de los delicados resortes de la civilización". He aquí la profecía realizada: ahí tenéis a vuestras puertas el beneficio que la vialidad moderna ofrece al ensanche de la riqueza; ¿estáis preparados para recibirlo?

Este era el eje del discurso con que Juana Manso difundía la política educativa de Sarmiento: poner a la par las facultades intelectuales y la capacidad de trabajo de una persona. No habría progreso, república o libertad sin educación igualitaria, esto es, educación para hombres y mujeres.

7 . *Anales de la Educación Común*, vol. IV, octubre 31 de 1866, número 40, Buenos Aires, pp. 74-87.

8
“No abrigo la pretensión de haber escrito la historia de mi país...”

La escritura de la historia

En este capítulo haremos una historia diferente, una historia del modo de hacer historia usualmente conocido como “historiografía”. Después de Caseros —usamos la frase una vez más porque los mismos protagonistas así lo entendían—, además del proceso de unificación de las provincias se llevó adelante un proceso intelectual que daría inicio a la historiografía argentina.

La historiografía es una disciplina que se ocupa de estudiar los modos de hacer historia a lo largo del tiempo. Incluye el análisis de los libros de historia que se escribieron en un período determinado y también del contexto en que esos libros fueron escritos, en el que esa manera de hacer historia está plenamente enraizada.

En 1857 se publicó en Buenos Aires una colección llamada *Galería de celebridades argentinas: biografías de los personajes más notables del Río de la Plata* , en la que figuras como Bartolomé Mitre, Juan María Gutiérrez y Domingo Sarmiento, entre otros, habían escrito biografías de personalidades civiles y militares: Manuel Belgrano, Bernardino Rivadavia, José de San Martín, Florencio Varela, Juan Lavalle. La biografía de Belgrano escrita por Mitre sería una especie de texto preparatorio para lo que se considera el inicio de la historiografía argentina: la publicación, entre 1858 y 1859, de la *Historia de Belgrano y de la Independencia* de Bartolomé Mitre.

Con la *Historia de Belgrano* Mitre se pone al frente de la

reconstrucción del pasado reciente, un pasado que era escrito "después de Caseros", una batalla que el mismo Mitre había peleado como parte del Ejército Grande conducido por Urquiza. La historia que hace Mitre tiene influencias europeas pero también regionales, puesto que en Chile se estaba llevando adelante una producción historiográfica similar.

¿Qué características tiene este modo de hacer historia? Evidentemente se centra en las personalidades como representantes de un espíritu de época. En un proceso de selección de figuras históricas que no fue casual, Manuel Belgrano es elegido por Mitre como el espíritu de la época revolucionaria. En él encuentra cualidades que no ve, por ejemplo, en Juan José Castelli o Cornelio Saavedra (que "hacen" la Revolución de Mayo al entrevistarse con Cisneros para anunciarle la lista de miembros de una junta que no lo incluía). Y a partir de esas cualidades de Manuel Belgrano —el revolucionario consecuente que está donde las circunstancias lo exigen— Mitre decide escribir sobre una revolución ocurrida unos cincuenta años atrás, que todavía tenía sus consecuencias.

La otra característica, menos evidente pero fundamental, fue la documentación. Para escribir su *Historia de Belgrano* , Mitre cita y publica como apéndice una gran cantidad de documentos, las "fuentes", que estaban allí para fundamentar las afirmaciones que se hacían en el libro. Un paso fundamental desde el aspecto historiográfico porque da inicio a lo que se conoce como "historia erudita" teniendo por erudita a la historia fundamentada en el uso de las fuentes.

El libro tuvo repercusión inmediata y fue aceptado y criticado al mismo tiempo. El primero de los críticos fue un cordobés —Dalmacio Vélez Sarsfield— que dio a conocer su opinión a través de la prensa, en el periódico *El Nacional* . La principal crítica de Vélez Sarsfield era la sobredimensión de la figura de Belgrano y la subestimación de la actuación de los pueblos de las provincias en la guerra de independencia. En el marco de los levantamientos del Chacho Peñaloza y de Felipe Varela, estas críticas estaban cargadas de contenido político. Mitre respondió señalando que los "pueblos"

habían sido los responsables de la división mientras que "héroes" como Belgrano eran los que encarnaban a "la nación" y que terminarían unificando a la Argentina.

La otra crítica llegó de la mano de Juan Bautista Alberdi, un tucumano educado en Buenos Aires que residía fuera de la Argentina. En los caudillos —que para Mitre representaban una forma de democracia semi-bárbara— Alberdi veía la encarnación de la "soberanía de los pueblos". Sostenía además la idea de un período revolucionario que abarcaba a toda América y que comenzaba en 1776 y no en 1810 como había sostenido Mitre. Podemos ver que no distaba mucho de la idea de Vélez Sarsfield y que la disputa se ubicaba en la dicotomía héroes-pueblos contra caudillos. También, queda en evidencia que la escritura de la historia no estaba lejos de las disputas políticas del momento en que eran escritas.

Entre tanto, Bartolomé Mitre derrotó a Urquiza en la batalla de Pavón y fue elegido presidente en 1862. A pesar de las oposiciones y las críticas, predominó la versión de Mitre —centrada en los héroes y la historia documental— aunque siguió teniendo críticas y detractores. Si bien su historia llegaba al público a través de la prensa, ese público aún era limitado, por lo que inicialmente se la discutía en círculos intelectuales. Pero la historia de Mitre encontró un aliado fundamental en el sistema educativo, en Sarmiento, y en Juana Manso, de quien hablaremos en este capítulo en su vertiente de historiadora.

Juana Manso historiadora

Tanto en el segundo volumen de la colección como en este, analizamos distintos textos de Juana Manso. Fue, sin dudas, una mujer intelectual completamente dedicada a las letras, al periodismo y a la educación, la gran aliada de Sarmiento, a quien conoció en Buenos Aires en 1859. Adhirió al proyecto educativo que dio lugar a la educación pública en Argentina y fue parte de ese sistema educativo. Fundó y dirigió escuelas, creó bibliotecas populares, dirigió hasta su muerte la publicación *Anales de la Educación Común* —destinada a educadores de todo el país— y, además, escribió uno de los primeros manuales de historia —tal vez el primero— que serían autorizados para la enseñanza de la materia.

Ese texto fue publicado en 1862 y su primer título fue *Compendio de historia de las Provincias Unidas del Río de la Plata, desde su descubrimiento hasta la declaración de su independencia el 9 de julio de 1816* . El *Compendio* —así lo llamaremos en este capítulo— fue ampliado en sucesivas reediciones en las que se agregaban períodos hasta llegar a 1874. La versión que analizamos aquí es la que lleva por nombre *Compendio de la Historia de las Provincias Unidas del Río de la Plata desde su descubrimiento hasta el año 1874* . En la portada del libro figura el nombre de su autora, Juana Manso, y una leyenda obligatoria que lo transformaba en un manual de distribución escolar oficial: “Adoptada para el uso de las escuelas de la República Argentina”. La edición del libro es de 1881 —Manso había muerto en 1875— e indica que casi veinte años después de su edición original continuaba circulando como material oficial y disponible para la enseñanza de la historia en las escuelas.

En un capítulo anterior lo utilizamos como fuente para analizar la epidemia de la fiebre amarilla en Buenos Aires. Aquí analizaremos su prólogo para descubrir los objetivos e ideas presentes en el proyecto de Manso, en este caso como historiadora. El libro comienza con un prólogo para los docentes:

Breves palabras sobre este libro

La enseñanza de la historia patria constituye uno de los ramos fundamentales de toda buena educación popular; ella es imprescindible en el progreso de la civilización, siendo una necesidad inherente a todas las razas, puesto que aún en el estado primitivo o salvaje, las generaciones se han transmitido, en falta de narración escrita, la tradición oral de su origen y acontecimientos anteriores a su época.

El libro de la historia patria debe ser, pues, el primer libro de lectura para las escuelas, porque es la piedra angular del civismo. Al revisar, corregir y aumentar el presente compendio, aleccionada por la experiencia de cuatro años de enseñanza que me he empeñado en aplicar el sistema inductivo consiguiendo algunos resúmenes escritos, he juzgado mejor suprimir las preguntas numeradas y dejar el libro en condiciones generales de libro de lectura; a la vez que he conservado la numeración de los períodos, dejando a los maestros la libertad de escoger uno u otro sistema de enseñar la historia. Esto es; y con las lecciones orales para las clases superiores: ya con la lectura explicada para las clases menores.

No abrigo la pretensión de haber escrito la historia de mi país; pero sí, estoy convencida que he conseguido incorporar en un libro la narración sencilla de los principales hechos acaecidos, que más tarde, ampliará el análisis razonado a la luz de la filosofía histórica.

Por otra parte, un libro de estas condiciones, no solo tiene su puesto marcado en las clases de la escuela primaria, como puede ser el vademécum del estudiante de alta enseñanza; como el mentor del hogar, para los padres que aspiran a instruir a sus hijos, cimentando en sus corazones el amor a la patria, y el respeto a la memoria de las viriles generaciones que la redimieron de la esclavitud colonial para labrar a costa de mil sacrificios, la independencia patria.

La recitación transitoria de las palabras no enseña nada por lo general, puesto que solo se trata de ejercitar una facultad que cuando existe la organización mental, se ampara sin esfuerzo de los sonidos vocales y los repite como los de los sonidos musicales que reproduce; pero cuando la memoria de las palabras es escasa, el esfuerzo del aprendizaje de estas, perjudica a las demás facultades. Como regla

general, deben preferirse los resúmenes escritos en todas las materias a las recitaciones dialogadas, con excepción del estudio de las lenguas extranjeras porque allí entra una mecánica imprescindible.

Esta nueva edición de nuestro librito abarca todo el período histórico hasta 1874 -impulsándonos a darle este ensanche el deseo de completar el bosquejo o narración de la historia Argentina, como una enseñanza a las jóvenes generaciones.

J. M. [8]

Lo primero que observamos es que el libro no está destinado a los niños —como ocurre en la actualidad— sino a los propios maestros, con algunas indicaciones para su uso. Por esta razón, todo el prólogo trata de una concepción de la historia, los propósitos de la educación y el proyecto de país que este libro proponía llevar adelante. El primer párrafo es preciso en sus afirmaciones:

La enseñanza de la historia patria constituye uno de los ramos fundamentales de toda buena educación popular…

En esa primera frase está el ideario de Sarmiento: la educación debe ser popular y común —para niños y niñas— y la historia debe ser una de las materias que integran el plan de estudios.

… ella es imprescindible en el progreso de la civilización…

La civilización, en oposición a la barbarie, era el objetivo —y la obsesión— de Sarmiento, y formaba parte de su programa educativo: a la civilización se llegaba a través de la educación común.

… siendo una necesidad inherente a todas las razas, puesto que aún en el estado primitivo o salvaje…

Esta es una interesante interpolación sobre las razas y la teoría evolutiva que ya circulaba en Europa y que consideraba a la raza blanca como la superior y civilizada. A partir de allí se remontaba

hasta el estado primitivo o de salvajismo. La teoría evolutiva indicaba que las razas —en esa época consideradas divisiones según características físicas, hoy las llamamos genéticas, entre los seres humanos— eran estadios de civilización y que la educación permitía ir superándolos, aunque la raza blanca siempre tendría supremacía.

> *... puesto que aún en el estado primitivo o salvaje, las generaciones se han transmitido, en falta de narración escrita, la tradición oral de su origen y acontecimientos anteriores a su época.*

Juana Manso justifica la escritura del manual en la necesidad de unificar las versiones orales en una narración escrita que pueda dar cuenta de la historia de la República Argentina y que sería difundida por el sistema escolar que Sarmiento, y ella en parte, habían consolidado. Así como Bartolomé Mitre conducía las tropas en la batalla de Cepeda y al mismo tiempo preparaba la *Historia de Belgrano* , Juana Manso daba forma al sistema educativo y sus contenidos, al tiempo que era parte de él. Tal como lo hacían Mitre, Sarmiento o Vélez Sarsfield, Manso construía la "nación argentina" mientras le daba una historia y planificaba un futuro.

> *El libro de la historia patria debe ser, pues, el primer libro de lectura para las escuelas, porque es la piedra angular del civismo.*

El civismo, entendido como participación ciudadana, también era parte del ideario de Sarmiento. El libro de historia patria que ella misma estaba escribiendo era para Manso la piedra angular de esa participación del individuo educado por la educación común en la República Argentina.

Manso apela directamente a los docentes, destinatarios del libro, responsables de la creación de ese civismo:

> *Al revisar, corregir y aumentar el presente compendio, aleccionada por la experiencia de cuatro años de enseñanza que me he empeñado en aplicar el sistema inductivo consiguiendo algunos resúmenes escritos, he*

juzgado mejor suprimir las preguntas numeradas y dejar el libro en condiciones generales de libro de lectura; a la vez que he conservado la numeración de los períodos, dejando a los maestros la libertad de escoger uno u otro sistema de enseñar la historia. Esto es; y con las lecciones orales para las clases superiores: ya con la lectura explicada para las clases menores.

Según entendemos por este párrafo, el manual se utilizaba para todas las edades. Variaba el modo en que los docentes enseñaban y los alumnos aprendían. Es muy interesante la breve mención que Manso hace de su experiencia como educadora en la aplicación de los diferentes métodos. Habla de igual a igual con los docentes que son receptores del libro y al mismo tiempo da cuenta del proceso de construcción del sistema educativo que se estaba llevando adelante.

Luego hace un breve señalamiento historiográfico en el que hay cierta resonancia de la frase de Mariquita Sánchez que inicia los tres volúmenes de esta colección: “Voy a escribir la historia de las mujeres de mi país, ellas son gente”:

No abrigo la pretensión de haber escrito la historia de mi país; pero sí, estoy convencida que he conseguido incorporar en un libro la narración sencilla de los principales hechos acaecidos, que más tarde, ampliará el análisis razonado a la luz de la filosofía histórica.

Mariquita Sánchez deseó escribir la historia de las mujeres de su país pero no lo hizo, Manso escribe una historia de su país pero dice no abrigar “la pretensión” de haberla escrito. ¿Es posible que esté disminuyendo su obra como una forma de protección frente a las posibles críticas? Ella conocía de cerca las críticas más acérrimas sobre su participación pública, que le habían valido el epíteto de “loca”, e incluso había sido agraviada por su escandalosa actitud de dar una conferencia. Su libro *es* una historia del país, desde la misma definición que ella le da: “la narración sencilla de los principales hechos acaecidos”. Es posible que buscara protegerse de nuevos ataques pero el libro es un manual de historia y podríamos nominar,

quizá un poco temerariamente, a Juana Manso para ocupar el lugar de la primera historiadora del país.

En el párrafo siguiente añade otro posible uso del *Compendio* :

> *Por otra parte, un libro de estas condiciones, no solo tiene su puesto marcado en las clases de la escuela primaria, como puede ser el vademécum del estudiante de alta enseñanza; como el mentor del hogar, para los padres que aspiran a instruir a sus hijos, cimentando en sus corazones el amor a la patria, y el respeto a la memoria de las viriles generaciones que la redimieron de la esclavitud colonial para labrar a costa de mil sacrificios, la independencia patria.*

¿Se refería a un uso generalizado en los hogares argentinos? Considerando que el sistema de educación común recién estaba extendiéndose en Argentina, podemos suponer que aún quedaba parte de la población con cierto grado de analfabetismo y escaso acceso a la compra de libros de este estilo. También podemos suponer que si este *Compendio* estaba destinado a la enseñanza pública y, sobre todo, a los maestros, ese “hogar” al que se hace referencia es el hogar de los docentes, que el mismo Estado argentino debía formar en el amor a la patria y a las “viriles generaciones” que hicieron la independencia.

Después de recomendar el uso del texto dentro del propio hogar, Manso agrega otra recomendación didáctica:

> *La recitación transitoria de las palabras no enseña nada por lo general, puesto que solo se trata de ejercitar una facultad que cuando existe la organización mental, se ampara sin esfuerzo de los sonidos vocales y los repite como los de los sonidos musicales que reproduce; pero cuando la memoria de las palabras es escasa, el esfuerzo del aprendizaje de estas, perjudica a las demás facultades. Como regla general, deben preferirse los resúmenes escritos en todas las materias a las recitaciones dialogadas, con excepción del estudio de las lenguas extranjeras porque allí entra una mecánica imprescindible.*

Como educadora, estaba en contra de la recitación memorística de

las lecciones porque consideraba que los textos se aprendían por la cadencia y la sonoridad de las palabras y no por lo que realmente significaban. Estaba a favor de un sistema de aprendizaje que consistiera en los resúmenes escritos ya que, de este modo, el niño era parte activa de la enseñanza de las materias al reproducir el conocimiento que se le daba en una re-escritura personal luego corregida por el docente.

El prólogo finaliza con la mención de la nueva edición y del período con que concluye: la presidencia de Sarmiento, su propio mentor y protector. Copiamos a continuación el fragmento que habla de la administración Sarmiento, de la que ella misma era parte:

> *Administración Sarmiento*
>
> *561. Cúpole al nuevo Gabinete la terminación de la Guerra del Paraguay, con la muerte de Francisco Solano López, pero cuando todo presagiaba algunos días de calma que restaurasen las agotadas fuerzas nacionales reponiendo los gastos de dinero y el desperdicio de sangre argentina, recientes sucesos luctuosos vinieron a conmover esta sociedad, trayéndonos de nuevo una guerra civil no menos dolorosa que las anteriores y que infelizmente era apenas el preludio de las más hondas aflicciones.*
>
> *562. Libre de flagelo, la ciudad de Buenos Aires ha ido poco a poco enjugando sus lágrimas, y la República prosperando en ilustración y riqueza. La locomoción en esta ciudad, barata y fácil ha extendido la población considerablemente. Las vías férreas y los telégrafos han llevado el progreso y el desarrollo del comercio a la campaña; como la navegación de los ríos y el Gran Central Argentino han aproximado un poco las provincias, del Paraná hasta el día en que todos los caminos de hierba y los telégrafos que se proyectan sean una realidad, lo que no tardará mucho tiempo porque las propuestas se cruzan en ese sentido.*
>
> *Tenemos telégrafos que nos han puesto al habla con los confines de la República y que han atravesado los Andes, y bajo las corrientes del Océano nos ponen de inmediato en contacto con las otras Repúblicas del Pacífico y que han suprimido la distancia entre ambos Mundos como la navegación del Estrecho de Magallanes nos ha puesto a unos días de*

distancia.

563. Surgen escuelas y bibliotecas públicas por todas partes merced a las sabias leyes promulgadas por el Congreso.

La inmigración afluye a nuestras playas y las líneas de paquetes a vapor se duplican revelando la grande importancia que nuestros mercados adquieren en Europa con la estabilidad de las instituciones que nos rigen. Nuestro crédito es inmejorable en las plazas europeas y con algunos años de paz la transformación será completa. Ese deseo de paz, de población y de progreso está en todos los corazones y su realización depende solo de que el valor invada el desierto. Que se colonicen las tierras hoy incultas, que un ferrocarril nos ligue a Bolivia como el ferrocarril a Chile nos unirá más al Pacífico. Como cada provincia irá con su ferrocarril a Córdoba, a buscar la gran arteria del Central Argentino, que ya une aquella ciudad con el Paraná.

564. En todos los progresos materiales ha sido fecunda la Administración Sarmiento que sin iniciar muchos de estos adelantos le ha cabido en suerte inaugurar, aun cuando hayan sido conquistas del espíritu creativo de nuestro siglo que obedece a la ley del progreso social que nos impulsa adelante.

Por fin el 12 de octubre de 1874 ha terminado el período legal que señala la constitución, el señor Sarmiento entregó la presidencia al Dr. D. Nicolás Avellaneda escogido para sustituirlo. [9]

El primer párrafo que seleccionamos silencia la represión de los levantamientos del general federal Francisco López Jordán en Entre Ríos, que incluirían el asesinato de Urquiza en 1870 y que Sarmiento reprimiría con esas mismas tropas que habían regresado de la Guerra del Paraguay. López Jordán sería derrotado en enero de 1871 en la batalla de Ñaembé y terminaría refugiándose en Brasil, dando por terminados los últimos intentos de levantamientos federales en el país. ¿Tiene el silencio de Manso una razón política o una razón didáctica? ¿Prefiere no referir esos levantamientos armados y su represión por lealtad a Sarmiento, porque considera que no eran aptos para la mente de un niño, o porque eran temas difíciles de tratar para los maestros que eran los destinatarios del texto? Son preguntas de difícil solución,

aunque quizá en la suma de ellas esté la respuesta.

Luego Manso continúa:

> *562. Libre de flagelo, la ciudad de Buenos Aires ha ido poco a poco enjugando sus lágrimas, y la República prosperando en ilustración y riqueza. La locomoción en esta ciudad, barata y fácil ha extendido la población considerablemente. Las vías férreas y los telégrafos han llevado el progreso y el desarrollo del comercio a la campaña; como la navegación de los ríos y el Gran Central Argentino han aproximado un poco las provincias, del Paraná hasta el día en que todos los caminos de hierba y los telégrafos que se proyectan sean una realidad, lo que no tardará mucho tiempo porque las propuestas se cruzan en ese sentido.*

"Libre del flagelo" es una frase sorprendente pero que habla claramente de sus lealtades como intelectual y política. Ella era deudora de Sarmiento y, en gran parte, si podía escribir esos párrafos, era gracias a su amistad con él. Era la provincia de Buenos Aires la que había quedado libre del flagelo —recordemos que Juana Manso era hija de un militar unitario que había debido emigrar con su familia a Montevideo en la época de Rosas— y había prosperado. Como para tantos intelectuales de su época, el progreso y la civilización "libre del flagelo" venían de la mano. El progreso era el futuro y Manso lo estaba escribiendo.

> *La inmigración afluye a nuestras playas y las líneas de paquetes a vapor se duplican revelando la grande importancia que nuestros mercados adquieren en Europa con la estabilidad de las instituciones que nos rigen. Nuestro crédito es inmejorable en las plazas europeas y con algunos años de paz la transformación será completa. Ese deseo de paz, de población y de progreso está en todos los corazones y su realización depende solo de que el valor invada el desierto.*

Inmigración, comunicaciones, mercados, instituciones, paz, población, educación y progreso eran elementos fundantes del ideario de civilización que guió a Mitre tanto como a Sarmiento y a los

presidentes que los sucedieron. También a Juana Manso. La última frase de ese párrafo “su realización depende solo de que el valor invada el desierto” es en cierto modo, premonitoria. Había un desierto por conquistar y un general que había sido parte de la Guerra del Paraguay acometería esa empresa. Pero aún faltaban algunos años. Manso no llegó a ver la campaña de Julio Argentino Roca.

Juana Manso murió en Buenos Aires en abril de 1875, a los cincuenta y cinco años. Había tenido una vida intensa, llena de contratiempos, exilios, abandonos y críticas feroces. También había sido una educadora —la mano derecha de Sarmiento en su proyecto educativo—, una periodista que defendía la educación de la mujer como modo de emanciparla, una escritora, una historiadora. Probablemente fuera la mujer intelectual más progresista de su generación, e incluso algunos no dudan en llamarla feminista.

Juana, que era protestante —más específicamente metodista— no quiso recibir la extremaunción. Por ese motivo el Cementerio de la Recoleta no aceptó que fuera sepultada allí, de modo que fue enterrada en el Cementerio Británico. En 1915 sus restos fueron trasladados al panteón de Maestros del Cementerio de la Chacarita.

8 . Manso, Juana, *Compendio de la Historia de las Provincias Unidas del Río de la Plata desde su descubrimiento hasta el año 1874*, Librería Universal, Buenos Aires, 1881, pp. III y IV. Obra digitalizada por Unidixital en la Biblioteca América de la Universidad de Santiago de Compostela. Enlace permanente: www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmczp4c1.

9 . *Ibídem*, pp. 151-152.

9
“Tuvimos todo el campamento indio a la vista”

La población indígena de la Patagonia

El 14 de abril de 1874 se realizaron elecciones presidenciales, en las que Nicolás Avellaneda se impuso sobre Bartolomé Mitre. Avellaneda fue el primer presidente civil, es decir que no pertenecía a ninguna de las fuerzas armadas, y fue el tercer y último mandatario del período de las presidencias conocidas como “liberales”. Como Mitre y Sarmiento, su concepto de nación era el de entidad superior que unificaba a todas las provincias, y tenía por objetivo la construcción y el reforzamiento de las instituciones estatales nacionales en todo el territorio nacional. Su presidencia tuvo tres metas: “nación, constitución y libertad”.

Avellaneda decidió conquistar los territorios pertenecientes a las poblaciones indígenas. De acuerdo con su ideario esas tierras pertenecían por derecho al estado y era su deber ocuparlas, para sumarlas al proceso de producción y, de ese modo, dar por finalizados los conflictos entre las poblaciones originarias y el sector agropecuario. Por esta razón, a fines de 1878 comenzó la campaña militar conocida como Conquista del Desierto. Fue una ofensiva militar que, efectivamente, permitió ocupar extensos territorios habitados por pueblos indígenas como pampas, araucanos y tehuelches. Su resultado fue la exterminación de poblaciones nativas de la Patagonia y la concentración y el traslado de los escasos sobrevivientes a fuertes y ciudades de otras regiones, donde fueron utilizados como mano de obra esclava en trabajos que requerían fuerza física, o bien alistados en el ejército.

Una viajera en la Patagonia

El testimonio en el que se basa este capítulo tiene la particularidad de pertenecer a una mujer extranjera, Florence Dixie. Nacida en Escocia en 1855, en una aristocrática familia británica, se casó a los diecinueve años con Alexander Beaumont Churchill Dixie, aristócrata como ella. Dos meses después del nacimiento de su segundo hijo, viajó a la Patagonia junto a su marido y dos de sus hermanos. Florence deseaba conocer una región poco explorada, sobre la que no se sabía casi nada. El viaje, realizado a fines de 1878, coincidió en parte con el inicio de la Campaña al Desierto de Roca.

Florence Dixie escribía novelas para adultos y cuentos para niños. Era además cronista de viajes. Como resultado de su viaje por la Patagonia escribió un libro con sus crónicas y artículos de interés general. El libro fue publicado en Edimburgo en 1880, con el título de *Across Patagonia,* y generó tanto interés que más tarde el periódico *Morning Post* de Londres le encargó la cobertura periodística de la campaña contra los zulúes.

El texto que compartimos a continuación nos permitirá analizar su particular visión de la Patagonia y de la población indígena. Lo más valioso de este testimonio radica en que la crónica de Florence Dixie es previa a la Conquista del Desierto, cuando los territorios de la Patagonia aún estaban ocupados por los pueblos originarios.

Desde que dejamos Punta Arenas, nuestros perros no habían tenido una alimentación regular y habían subsistido principalmente con arroz y galletas; un tipo de comida que, al estar acostumbrados solamente a carne, era incompatible con sus gustos y poco provechosa para sus cuerpos. En consecuencia, tanto por ellos como por nosotros mismos, ansiábamos visitar el campamento indio, porque aparte de otros motivos de interés, teníamos la esperanza de obtener un suministro de carne que alcanzara para todos hasta que llegáramos a la tierra de caza prometida.

Después del desayuno los caballos fueron ensillados y, tomando algo

de azúcar, tabaco y otros artículos con propósito de trueque, salimos hacia el campamento indio acompañados por Gregorio y Gillaume, Jaria y Storer quedaron a cargo de nuestro refugio y Francoise salió hacia el cabo Gregorio con los perros, donde esperaba encontrarse con algún ñandú o guanaco extraviado. El clima estaba bueno y por una vez pudimos regocijarnos con la ausencia de los fuertes vientos que eran nuestro fastidio cotidiano. No habíamos andado mucho cuando vimos a un jinete que se aproximaba lentamente hacia nosotros, y en pocos minutos nos encontramos frente a un auténtico indio patagónico. Cuando estuvo cerca tiramos de las riendas de nuestros caballos para verlo bien, como él hizo lo mismo, por unos minutos lo observamos todo lo que quisimos, recibiendo de su parte una mirada escrutadora tan minuciosa y cuidadosa como la nuestra. Sea lo que fuera que haya pasado de nosotros, por nuestra parte le creímos objeto particularmente poco atractivo y, por el bien de su raza, esperábamos que solo fuera un espécimen desfavorable de ella. Su sucia cara morena, cuyo rasgo principal era un par de agudos ojos negros, estaba medio escondida por masas enredadas de cabello despeinado, sujetas por un pañuelo atado sobre su frente; y su fornido cuerpo venía envuelto en una grasienta capa de guanaco, considerablemente gastada por el uso. Tenía los pies descalzos, aunque uno de sus talones estaba armado por una pequeña espuela de madera, de ingeniosa hechura. Después de completar su exploración sobre nuestras personas y de intercambiar unos gruñidos guturales con Gregorio, cuyo sentido era que había perdido algunos caballos y estaba en su búsqueda, se alejó al galope. Contentos por encontrar alguna virtud en él, pudimos admirar la gracia con la que montaba su pequeño caballo —que parecía de raza—, el cual, aunque estaba considerablemente por debajo de su peso, era sin dudas capaz de servir bien a su amo.

Continuando nuestro camino, al poco tiempo vimos a varios indios montados, inmóviles sobre sus caballos como centinelas, que, desde la cima de una elevada cresta ubicada delante de nosotros, observaban evidentemente nuestros movimientos. Al acercarnos desaparecieron sobre la cresta, detrás de la cual estaba su asentamiento. Galopando un poco más, pronto tuvimos todo el campamento indio a la vista: estaba

instalado en un amplio valle, flanqueado a ambos lados por escarpas profundas, y tenía un arroyuelo que corría por el medio. Había cerca de una docena de carpas grandes de pieles, frente a las que permanecían parados grupos de hombres y mujeres, que miraban nuestra llegada con perezosa curiosidad. Unos cuantos niñitos se entretenían en la corriente de agua, que tuvimos que vadear para poder llegar a las carpas. Dos indios, más inquisitivos que sus hermanos, salieron a nuestro encuentro montados en el mismo caballo y nos saludaron con muchas sonrisas y parloteo. Al llegar al campamento fuimos pronto rodeados por un grupo de curiosos, algunos de los cuales nos miraban fijamente con impasible seriedad, mientras que otros reían y gesticulaban como si discutieran nuestra apariencia en su áspero lenguaje gutural, con una actitud vivaz que estaba bastante en desacuerdo con las tradiciones admitidas sobre la inclinación solemne de la mentalidad india. Nuestros avíos y ropas parecieron generar gran interés; mis botas de montar, en particular, fueron objeto de un atento examen y aparentemente de las más serias especulaciones. Al principio estaban satisfechos con observarlas a la distancia, pero al poco tiempo un niñito fue delegado por los mayores para avanzar e inspeccionarlas de cerca. Esto hizo, viniendo hacia mí con gran cuidado, y cuando estuvo suficientemente cerca, estiró su mano y tocó las botas suavemente con la punta de los dedos. La hazaña fue recibida con carcajadas y exclamaciones, e infundidos de valor por este éxito, muchos se aventuraron a seguir su ejemplo. Algunos espíritus emprendedores extendieron sus investigaciones hasta la textura de mi sobretodo, y uno fue incluso tan lejos como para tomar mi mano en la suya, mientras sometía a un estudio exhaustivo y profundo una pulserita que llevaba puesta.

Mientras se ocupaban en esto, tuve tiempo para observar su apariencia general. No me sorprendió tanto su altura como su extraordinario desarrollo pectoral y muscular. En lo que se refiere a la estatura, no creo que la media de los hombres excediese los seis pies; como mi esposo tiene seis pies y dos pulgadas, tuve una oportunidad favorable para hacer una estimación precisa. Desde luego, había uno o dos que se alzaban por encima de él, pero constituían excepciones. Las mujeres eran en su mayoría de estatura común, aunque noté a una que

debe haber tenido cerca de seis pies, si no más.

Las facciones del tehuelche puro son extremadamente regulares y de ningún modo desagradables. La nariz es generalmente aguileña, la boca bien delineada y embellecida por la blancura de los dientes, la expresión de los ojos es inteligente y la forma de la cabeza ofrece un indicador favorable de sus capacidades mentales. Estos comentarios no se aplican a los tehuelches que tienen una mezcla de sangre araucana o fueguina en sus venas. Las narices chatas, los ojos oblicuos y las figuras mal proporcionadas de estos últimos los convierten en objetos repulsivísimos, y son en todo sentido tan diferentes de un tehuelche puro como Wheel of Fortune [nombre de un caballo pura sangre] lo es de un ordinario caballo de tiro. Tienen el pelo largo y grueso. Lo usan con raya al medio y para evitar que caiga sobre sus caras lo sujetan con un pañuelo o una especie de faja atada alrededor de la frente. Por naturaleza tienen poco pelo en la cara, y ni bien crece es erradicado cuidadosamente: operación dolorosa que muchos extienden incluso hasta sus cejas.

Su vestimenta es simple. Consiste en un chiripá, o trozo de tela que rodea la cintura, y la indispensable capa de guanaco que cae suelta sobre los hombros y es sostenida alrededor del cuerpo con la mano, aunque parecería obviamente más conveniente asegurarla en torno a la cintura con un cinturón o algo parecido. Por razones de economía, sus botas de piel de potro solo son usadas cuando salen a cazar. Las mujeres visten como los hombres excepto en lo referente al chiripá, en su lugar llevan una especie de vestido suelto debajo de la capa, que aseguran al cuello con un broche o alfiler de plata. Dejan que los niños anden desnudos hasta los cinco o seis años, y entonces son vestidos como los adultos. En parte por adorno, en parte también como una forma de protección contra el viento, muchos indios se pintan la cara. Su color favorito, por lo que pude ver, es el rojo; aunque uno o dos que observé habían preferido una mezcla entre ese color y el negro, obteniendo con esta combinación una apariencia muy diabólica.

La tehuelche es una raza que rápidamente se está acercando a la extinción, incluso en el presente apenas suman unas ochocientas almas. Llevan una existencia nómada, cambiando sus campamentos de una región a otra, cada vez que la caza huye o escasea en las vecindades.

Tienen suerte de que la inmensa cantidad de guanacos y ñandúes existentes facilite el encontrar medios de subsistencia, dado que son extremadamente perezosos y, abundante como es la caza a su alrededor, a menudo pasan dos o tres días sin comida por no hacer el mínimo esfuerzo que demanda un día de caza.

Pero son solamente los hombres los que están maldecidos o bendecidos con este espíritu indolente. Las mujeres son infatigablemente trabajadoras. Todo el trabajo de la vida tehuelche está hecho por ellas, excepto la caza. Cuando no están ocupadas en el aseo de las viviendas se dedican a hacer capas de guanaco, tejer coloridas ligas y fajas para el cabello, trabajar ornamentos en plata, y así sucesivamente. Recolectar leña no es una de las tareas más fáciles que tienen; al ser un artículo siempre escaso, se vuelve doblemente difícil de encontrar, salvo que hagan grandes distancias cuando acampan por largo tiempo en un lugar.

Pero aunque son tratadas injustamente en lo que respecta a la división del trabajo, las mujeres no pueden por ningún modo quejarse de la falta de devoción por parte de los hombres. Los matrimonios son asuntos de gran solemnidad y el lazo es mantenido estrictamente. Marido y mujer se demuestran mutuamente gran afecto, y ambos coinciden en el desmesurado amor que tienen hacia sus descendientes, a quienes miman y consienten a gusto.

La característica más prominente del tehuelche es su inalterable buen humor, porque mientras muchas razas aborígenes se inclinan por el silencio y la gravedad saturnina, el tehuelche es todo sonrisas y charla. Las otras cualidades positivas de la raza están desapareciendo rápidamente bajo la influencia del aguardiente, a cuyo uso se están volviendo más y más adictos, y pronto, es de temer, se transformarán en nada más que una sarta de pelagatos empobrecidos, sucios y ladrones.

(...)

Los indios estaban por realizar su visita anual a Punta Arenas, adonde van para obtener las raciones de azúcar, tabaco y otros artículos concedidos por el gobierno chileno, y para trocar con los habitantes los lujos de la civilización a cambio de pieles y plumas de ñandú. Como pocas veces están sobrios durante su estadía en la colonia, generalmente son vencidos por el astuto hombre blanco en esas transacciones. Después

de haber satisfecho nuestra curiosidad respecto de los indios y de haber obtenido de ellos toda la carne que pudimos, emprendimos el regreso a nuestro lugar. [10]

Un auténtico indio patagónico

Desde que dejamos Punta Arenas, nuestros perros no habían tenido una alimentación regular y habían subsistido principalmente con arroz y galletas; un tipo de comida que, al estar acostumbrados solamente a carne, era incompatible con sus gustos y poco provechosa para sus cuerpos. En consecuencia, tanto por ellos como por nosotros mismos, ansiábamos visitar el campamento indio, porque aparte de otros motivos de interés, teníamos la esperanza de obtener un suministro de carne que alcanzara para todos hasta que llegáramos a la tierra de caza prometida.

Después del desayuno los caballos fueron ensillados y, tomando algo de azúcar, tabaco y otros artículos con propósito de trueque, salimos hacia el campamento indio acompañados por Gregorio y Gillaume, Jaria y Storer quedaron a cargo de nuestro refugio y Francoise salió hacia el cabo Gregorio con los perros, donde esperaba encontrarse con algún ñandú o guanaco extraviado. El clima estaba bueno y por una vez pudimos regocijarnos con la ausencia de los fuertes vientos que eran nuestro fastidio cotidiano.

El primer párrafo deja en evidencia que Florence Dixie era una narradora con talento para la crónica. Estas primeras palabras nos permiten observar el tipo de vida que ella y sus acompañantes llevaban en la Patagonia: una vida con ciertas comodidades —sus perros rechazaban el arroz porque estaban acostumbrados a comer carne— que se debían, sin duda, a su posición social y económica. También queda en claro que uno de los motivos que llevó a Florence a visitar la Patagonia a finales de 1878 fue el deseo de conocer a las personas que la habitaban:

... ansiábamos visitar el campamento indio, porque aparte de otros motivos de interés, teníamos la esperanza de obtener un suministro de carne que alcanzara para todos hasta que llegáramos a la tierra de caza prometida.

Esta frase revela una certeza que va más allá de la curiosidad de la viajera: los pobladores de la Patagonia eran cazadores y su provisión de carne era abundante. Y cuando dice: "Después del desayuno los caballos fueron ensillados y, tomando algo de azúcar, tabaco y otros artículos con propósito de trueque", señala que existía una costumbre de intercambio y de comercio de objetos entre la población blanca y los pueblos originarios.

> *No habíamos andado mucho cuando vimos a un jinete que se aproximaba lentamente hacia nosotros, y en pocos minutos nos encontramos frente a un auténtico indio patagónico. Cuando estuvo cerca tiramos de las riendas de nuestros caballos para verlo bien, como él hizo lo mismo, por unos minutos lo observamos todo lo que quisimos, recibiendo de su parte una mirada escrutadora tan minuciosa y cuidadosa como la nuestra. Sea lo que fuera que haya pasado de nosotros, por nuestra parte le creímos objeto particularmente poco atractivo y, por el bien de su raza, esperábamos que solo fuera un espécimen desfavorable de ella. Su sucia cara morena, cuyo rasgo principal era un par de agudos ojos negros, estaba medio escondida por masas enredadas de cabello despeinado, sujetas por un pañuelo atado sobre su frente; y su fornido cuerpo venía envuelto en una grasienta capa de guanaco, considerablemente gastada por el uso. Tenía los pies descalzos, aunque uno de sus talones estaba armado por una pequeña espuela de madera, de ingeniosa hechura. Después de completar su exploración sobre nuestras personas y de intercambiar unos gruñidos guturales con Gregorio, cuyo sentido era que había perdido algunos caballos y estaba en su búsqueda, se alejó al galope. Contentos por encontrar alguna virtud en él, pudimos admirar la gracia con la que montaba su pequeño caballo —que parecía de raza—, el cual, aunque estaba considerablemente por debajo de su peso, era sin dudas capaz de servir bien a su amo.*

Esta descripción de Florence Dixie puede resultar incómoda y ofensiva. La visión que la viajera tenía de los pobladores patagónicos

hoy nos parece racista y condescendiente. Pero, ¿ella lo veía así? Muy probablemente no. Para una joven rica de origen noble, el “auténtico indio patagónico” representaba una novedad. Florence ve a los indígenas como los veía gran parte de la población europea. Por otra parte, este documento nos permite saber cómo vivían los pobladores de la región antes de la Conquista del Desierto.

La viajera sigue narrando su encuentro con la población indígena:

> *Continuando nuestro camino, al poco tiempo vimos a varios indios montados, inmóviles sobre sus caballos como centinelas, que, desde la cima de una elevada cresta ubicada delante de nosotros, observaban evidentemente nuestros movimientos. Al acercarnos desaparecieron sobre la cresta, detrás de la cual estaba su asentamiento. Galopando un poco más, pronto tuvimos todo el campamento indio a la vista: estaba instalado en un amplio valle, flanqueado a ambos lados por escarpas profundas, y tenía un arroyuelo que corría por el medio. Había cerca de una docena de carpas grandes de pieles, frente a las que permanecían parados grupos de hombres y mujeres, que miraban nuestra llegada con perezosa curiosidad. Unos cuantos niñitos se entretenían en la corriente de agua, que tuvimos que vadear para poder llegar a las carpas. Dos indios, más inquisitivos que sus hermanos, salieron a nuestro encuentro montados en el mismo caballo y nos saludaron con muchas sonrisas y parloteo. Al llegar al campamento fuimos pronto rodeados por un grupo de curiosos, algunos de los cuales nos miraban fijamente con impasible seriedad, mientras que otros reían y gesticulaban como si discutieran nuestra apariencia en su áspero lenguaje gutural, con una actitud vivaz que estaba bastante en desacuerdo con las tradiciones admitidas sobre la inclinación solemne de la mentalidad india. Nuestros avíos y ropas parecieron generar gran interés; mis botas de montar, en particular, fueron objeto de un atento examen y aparentemente de las más serias especulaciones. Al principio estaban satisfechos con observarlas a la distancia, pero al poco tiempo un niñito fue delegado por los mayores para avanzar e inspeccionarlas de cerca. Esto hizo, viniendo hacia mí con gran cuidado, y cuando estuvo suficientemente cerca, estiró su mano y tocó las botas suavemente con la punta de los dedos. La hazaña fue*

recibida con carcajadas y exclamaciones, e infundidos de valor por este éxito, muchos se aventuraron a seguir su ejemplo. Algunos espíritus emprendedores extendieron sus investigaciones hasta la textura de mi sobretodo, y uno fue incluso tan lejos como para tomar mi mano en la suya, mientras sometía a un estudio exhaustivo y profundo una pulserita que llevaba puesta.

La capacidad narrativa de Florence Dixie es evidente. Su relato es claro y conciso. En este párrafo la cronista nos permite ver lo que ella misma vio, algo que poco tiempo después sería arrasado por la Campaña del Desierto: un asentamiento indígena al borde de un arroyo, carpas hechas con pieles, caballos. La descripción del acercamiento de algunos niños a Florence y su gente nos muestra que la curiosidad no era unilateral. Así como los viajeros sentían curiosidad por los pobladores patagónicos, ellos también se preguntaban quiénes eran esos forasteros, y qué querían.

Florence relata sus impresiones, lo que ella percibe: el áspero lenguaje gutural, una actitud vivaz que no coincidía con la solemnidad que, por costumbre, esperaba. También describe el interés que despertó su vestimenta, en especial las botas de montar. Muestra a los integrantes de este campamento como un grupo bien dispuesto, curioso, interesado en los forasteros y sus cosas.

Mientras se ocupaban en esto, tuve tiempo para observar su apariencia general. No me sorprendió tanto su altura como su extraordinario desarrollo pectoral y muscular. En lo que se refiere a la estatura, no creo que la media de los hombres excediese los seis pies; como mi esposo tiene seis pies y dos pulgadas, tuve una oportunidad favorable para hacer una estimación precisa. Desde luego, había uno o dos que se alzaban por encima de él, pero constituían excepciones. Las mujeres eran en su mayoría de estatura común, aunque noté a una que debe haber tenido cerca de seis pies, si no más.

Las facciones del tehuelche puro son extremadamente regulares y de ningún modo desagradables. La nariz es generalmente aguileña, la boca bien delineada y embellecida por la blancura de los dientes, la expresión

de los ojos es inteligente y la forma de la cabeza ofrece un indicador favorable de sus capacidades mentales. Estos comentarios no se aplican a los tehuelches que tienen una mezcla de sangre araucana o fueguina en sus venas. Las narices chatas, los ojos oblicuos y las figuras mal proporcionadas de estos últimos los convierten en objetos repulsivísimos, y son en todo sentido tan diferentes de un tehuelche puro como Wheel of Fortune [nombre de un caballo pura sangre] lo es de un ordinario caballo de tiro. Tienen el pelo largo y grueso. Lo usan con raya al medio y para evitar que caiga sobre sus caras lo sujetan con un pañuelo o una especie de faja atada alrededor de la frente. Por naturaleza tienen poco pelo en la cara, y ni bien crece es erradicado cuidadosamente: operación dolorosa que muchos extienden incluso hasta sus cejas.

Su vestimenta es simple. Consiste en un chiripá, o trozo de tela que rodea la cintura, y la indispensable capa de guanaco que cae suelta sobre los hombros y es sostenida alrededor del cuerpo con la mano, aunque parecería obviamente más conveniente asegurarla en torno a la cintura con un cinturón o algo parecido. Por razones de economía, sus botas de piel de potro solo son usadas cuando salen a cazar. Las mujeres visten como los hombres excepto en lo referente al chiripá, en su lugar llevan una especie de vestido suelto debajo de la capa, que aseguran al cuello con un broche o alfiler de plata. Dejan que los niños anden desnudos hasta los cinco o seis años, y entonces son vestidos como los adultos. En parte por adorno, en parte también como una forma de protección contra el viento, muchos indios se pintan la cara. Su color favorito, por lo que pude ver, es el rojo; aunque uno o dos que observé habían preferido una mezcla entre ese color y el negro, obteniendo con esta combinación una apariencia muy diabólica.

Luego dice, como al pasar, algo de vital importancia:

La tehuelche es una raza que rápidamente se está acercando a la extinción, incluso en el presente apenas suman unas ochocientas almas. Llevan una existencia nómada, cambiando sus campamentos de una región a otra, cada vez que la caza huye o escasea en las vecindades. Tienen suerte de que la inmensa cantidad de guanacos y ñandúes

existentes facilite el encontrar medios de subsistencia, dado que son extremadamente perezosos y, abundante como es la caza a su alrededor, a menudo pasan dos o tres días sin comida por no hacer el mínimo esfuerzo que demanda un día de caza.

Es decir que la población tehuelche no aumentaba y que sus condiciones de vida eran cada vez más difíciles. Esta observación resulta de particular interés. Como mencionamos al principio de este capítulo, las descripciones de Florence Dixie —que hoy se considerarían ofensivas— retratan una realidad próxima a desaparecer: la vida de la población indígena de la Patagonia. Este retrato incluye datos de gran interés histórico. Nos habla de los animales que cazaban, guanacos y ñandúes. Nos describe su vestimenta, chiripá, capa de piel de guanaco, cinturón, botas de piel de potro para ir a cazar. Según esta descripción, la vestimenta combinaba elementos que usaba el gaucho con otros, característicos de las poblaciones originarias; una prueba más del intercambio entre pueblos y etnias.

En el siguiente párrafo Florence Dixie es más amable, en especial con las mujeres:

Pero son solamente los hombres los que están maldecidos o bendecidos con este espíritu indolente. Las mujeres son infatigablemente trabajadoras. Todo el trabajo de la vida tehuelche está hecho por ellas, excepto la caza. Cuando no están ocupadas en el aseo de las viviendas se dedican a hacer capas de guanaco, tejer coloridas ligas y fajas para el cabello, trabajar ornamentos en plata, y así sucesivamente. Recolectar leña no es una de las tareas más fáciles que tienen; al ser un artículo siempre escaso, se vuelve doblemente difícil de encontrar, salvo que hagan grandes distancias cuando acampan por largo tiempo en un lugar.

Pero aunque son tratadas injustamente en lo que respecta a la división del trabajo, las mujeres no pueden por ningún modo quejarse de la falta de devoción por parte de los hombres. Los matrimonios son asuntos de gran solemnidad y el lazo es mantenido estrictamente. Marido y mujer se demuestran mutuamente gran afecto, y ambos coinciden en el

desmesurado amor que tienen hacia sus descendientes, a quienes miman y consienten a gusto.

La cronista muestra a la mujer patagónica como una mujer trabajadora y fuerte, que se encarga de tareas pesadas como recolectar leña, limpiar su vivienda, coser y tejer. Florence dedica especial atención a los lazos familiares. Resalta la “devoción” de los hombres hacia las mujeres y la sacralidad del matrimonio, así como el amor “desmesurado” hacia los hijos. Es evidente que para ella constituye una novedad esa demostración de amor en público, esa falta de pudor —según sus pautas culturales— ante los forasteros, testigos de esas relaciones francas e intensas.

Los indios estaban por realizar su visita anual a Punta Arenas, adonde van para obtener las raciones de azúcar, tabaco y otros artículos concedidos por el gobierno chileno, y para trocar con los habitantes los lujos de la civilización a cambio de pieles y plumas de ñandú. Como pocas veces están sobrios durante su estadía en la colonia, generalmente son vencidos por el astuto hombre blanco en esas transacciones. Después de haber satisfecho nuestra curiosidad respecto de los indios y de haber obtenido de ellos toda la carne que pudimos, emprendimos el regreso a nuestro lugar.

Este párrafo vuelve a poner en evidencia que los pobladores originarios tenían contacto con los blancos, específicamente cuando Florence habla de artículos concedidos por el gobierno chileno. Por otra parte, el contacto con la población blanca hacía que se embriagaran: “Como pocas veces están sobrios durante su estadía en la colonia...” y eso los perjudicaba al momento de las transacciones.

Si la relación entre los pueblos nativos y la población blanca era traumática desde los tiempos de la conquista de América, más traumática sería la Campaña al Desierto de Roca, que tendría por objetivo el desplazamiento de los pobladores originarios de los territorios de la Patagonia por medio de la violencia, la masacre y el sometimiento. En su libro *A través de la Patagonia* , Florence Dixie no

hace referencia a estos hechos. ¿Por qué la cronista viajera omitió esta información trascendental? ¿No le interesaba o simplemente la ignoraba? Lamentablemente no tenemos respuesta a esta pregunta.

La autora de la obra que citamos publicó otros libros, entre los que se encuentran *In the land of misfortune* (1882) y *Gloriana, or the revolution* (1890). A pesar de su evolucionismo, ideología de la época, Florence Dixie suele ser considerada una feminista que defendió los derechos de la mujer. Murió en 1905 siendo reconocida como cronista y escritora.

10 . Dixie, Florence Caroline, *A través de la Patagonia. Itinerario ecuestre de una viajera inglesa (1878-1879)*, Ediciones Continente, Buenos Aires, 2014, pp. 51-56.

10
“... al penetrar en una cárcel, lejos de entenebrerse mi espíritu, se inundó de luz”

La construcción del estado nacional

Este volumen, como señalamos en el prólogo, toma como eje la construcción de la República Argentina. Cuando decimos “construcción” no apelamos a una metáfora, nos referimos a la realidad: la República Argentina debía construirse porque no existía. El fenómeno de la “construcción del estado-nación” que experimentó Argentina atravesó toda América y también Europa. Escuelas, hospitales y cárceles imponían la noción de estado y eran su cara visible. En ese sentido, durante las presidencias de Mitre, Sarmiento y Avellaneda un modo concreto de plasmar la idea de nación fue, precisamente, destinar gran cantidad de recursos a la construcción de edificios públicos que albergarían instituciones representativas del estado nacional.

A mediados del siglo XIX el desarrollo del capitalismo condujo a la conformación de una sociedad de masas, con agudas desigualdades —reflejadas en la literatura realista de la época, por ejemplo, en las obras de Charles Dickens—, aumento del crimen, y de la intervención del estado en los ámbitos que se consideraban públicos.

En 1866 se aprobó en Argentina un código penal redactado por Carlos Tejedor que debía aplicarse a nivel nacional. Siguiendo las premisas de este código, el condenado debía trabajar para el estado, por lo que se construyeron en el país penitenciarías que se adecuaran a esta idea de “cárcel-industria”, una nueva forma de lidiar con el

delito.

La Penitenciaría Nacional se inauguró en 1877 en el terreno que actualmente se conoce como Parque Las Heras y su primer gobernador —el funcionario a cargo de dirigirla— fue Enrique O'Gorman, hermano de Camila O'Gorman y nieto de Ana Perichon de Vandeuil. O'Gorman había sido jefe de la policía de la provincia de Buenos Aires y había organizado las tareas para la contención de las epidemias de cólera y fiebre amarilla.

Eduarda Mansilla, escritora y periodista, formó parte del grupo de intelectuales constructores del ideario que dio marco al estado-nación llamado República Argentina. Y si bien no fue funcionaria estatal, sus artículos publicados tanto en *El Nacional* como en *La Nación* —nombres para nada casuales— fueron parte de ese mismo proceso de construcción. Desde su perspectiva de intelectual perteneciente al grupo de familias gobernantes, el trabajo periodístico de Eduarda Mansilla abordó el tema de la construcción de instituciones estatales, en este caso, un sistema judicial y penitenciario a nivel nacional.

En línea con artículos comunes en la prensa europea de la época, "Una visita a la Penitenciaría" es una larga crónica que escribió Eduarda Mansilla y que fue publicada en dos partes en el periódico *El Nacional* los días 17 y 18 de junio de 1879. Aunque desconocemos el motivo, un detalle interesante, por inusual, es que Eduarda incluye una dedicatoria a su madre: se trata de Agustina Ortiz de Rozas, hermana de Juan Manuel de Rosas, muerto en Southampton en 1877.

Transcribimos algunos fragmentos del extenso artículo:

> *Una visita a la Penitenciaría*
>
> *A mi madre*
>
> *(...)*
>
> *Visitando, días pasados, el monumento que en la exposición de París admiré en pequeño, sentí dilatarse mi pecho, y un sentimiento de viva satisfacción dobló mis facultades mentales. Sí, al penetrar en una cárcel, lejos de entenebrerse mi espíritu, se inundó de luz. Sígame el lector.*
>
> *Tras la maciza puerta, hallé aquel inmenso patio, así denomino, por no encontrar nombre más adecuado, donde una mullida alfombra de*

verde alfalfa alta y tupida encuadra la escalera principal, ancha, espaciosa, de suave declive, cuya blancura y limpieza son dignas de la mansión de un Burgomaestre holandés.

La arquitectura del edificio, me trajo a la mente, aunque con proporciones diferentes y una sobriedad adecuada, al albergue del dolor, el castillo de Pierrefonds cerca de Compiegne restaurado durante el Imperio por el insigne Violet-Leduc. Idénticos torreones, con pequeñas almenas, igual distribución de explanadas, todo ello en punto mayor, si bien con menor elevación.

Al salvar las gradas, que conducen al cuerpo principal de la Penitenciaría, fijó mis ojos una pequeña alfombra de esparto en la cual la voz salve, indica al visitante ser aquella una mansión de paz. Confieso que me sentí conmovida: hasta entonces, las centinelas apostadas en las puertas y circulando por las explanadas con el fusil al hombro, me hicieron la ilusión de guardianes de una vasta fortaleza. Aquel salve me dio la nota sensible del gran todo que iba a visitar.

Gracias a la afabilidad y cortesía del Gobernador de la Penitenciaría, penetré en compañía de este señor y del amigo que me acompañaba en el claustro o galería número 5. El lector sabe quizá que la Penitenciaría está dividida en una serie de galerías, con celdas en los costados; estas galerías, las hay altas y bajas, son anchas, elevadas, espaciosas, y la luz del sol penetra en ellas con lujosa prodigalidad. Cárcel y sombra fueron en un tiempo sinónimos. Nadie imagine por un momento en la Penitenciaría de mi patria hay un solo rincón en donde el sol, el gran amigo de la naturaleza, no tenga el derecho de penetrar libremente, alegrando todo cuanto toca; lo he hallado en todas partes, inundando con sus rayos la celda del prisionero, el taller donde el trabajo amigo del hombre distrae, conforta y bonifica al encarcelado. -Sol radiante, sol americano, encontré en el claustro silencioso, en la reducida celda del penado, en la capilla, donde la religión que consuela y enseña a esperar, lo recibe por sus innumerables ventanas que comienzan en el techo y acaban en tierra. El sol no ha sido escaseado al desgraciado privado de la libertad. Ignoro si el distinguido ingeniero que levantó la Penitenciaría se ha dado cuenta cabal del bien que ha hecho a esos desamparados derramando sobre ellos con prodigalidad, la luz y el aire que conforta el

espíritu y templan el cuerpo.

Penetramos en una celda vacía a la sazón por hallarse todos los encarcelados en los talleres; confieso que experimenté gran satisfacción, al contemplar los enseres del prisionero. La cama es idéntica a la de los aspirantes de marina en la Escuela Naval de Francia, hallela doblada y arrollada, como debe permanecer durante el día con toda la minuciosa prolijidad, el brazo de gas, que en la noche presta su luz al preso durante una hora, bruñido y reluciente como el de una sala de baile, se hallaba diamantado por una caricia de sol. El suelo lustroso, y sin un átomo de polvo, indicaba la observancia estricta de la disciplina, el penado es el encargado de la limpieza; nada faltaba para el confort del detenido. En un ángulo noté una pequeña rinconera tapizada con figurillas de colores, representando niños, mujeres y hasta flores, sobre la cual había tres volúmenes, solaz del prisionero durante aquella hora de luz que le permite el reglamento, después de los trabajos del día; un tomo de la Biblioteca Popular de mi amigo Navarro Viola. Y Duci Celebri de un autor italiano cuyo nombre me escapa, y un Tratado de Geografía en español.

Llegamos por fin a los talleres. Qué extraño sentimiento se apoderó entonces de mí; penetré en aquel recinto, lo confieso, con turbación y respeto a la vez. Así que los prisioneros engolfados en sus faenas notaron nuestra llegada, con militar espontaneidad se pusieron de pie.

El Gobernador con un gesto suave y paternal les ordenó continuar su trabajo. No se oía una voz, solo el ruido del martillo y de las ruedas en movimiento interrumpía aquel silencio disciplinario del trabajo obligatorio, vestidos con blusas de lana azul oscuro, con los cabellos cortados a la malcotení todos los prisioneros prolijamente afeitados presentan en el primer momento una misma fisonomía. Un número rojo impreso en la manga de cada uno, único nombre por el cual allí son conocidos, parece ser la sola diferencia que existe entre ellos; pero acercándose a los trabajadores, cada fisonomía cobra su carácter propio y los números desaparecen revelando criaturas humanas con pasiones y amarguras. Quién que tenga corazón no me comprenderá -Al penetrar en aquel recinto del trabajo que conforta, que distrae, que ocupa, que mata el tiempo, ese amigo del hombre, el más cruel enemigo del

prisionero, sentí una turbación invencible. Recordé que si bien ya lejana de la edad temprana en que las galas de la juventud acrecientan las dotes físicas, era mujer y que para el prisionero privado de la libertad de la madre, de la hermana, de la amante, eso bastaba; que mi presencia allí podía ser intempestiva despertando un cúmulo de impresiones múltiples, de aspiraciones legítimas pero insensatas, -me sentí apocada, deploré mi visita.

(...)

Cruzando anchas galerías, aseadas con extremo, en las cuales hállanse colocados en fila los lavatorios de metal y piedra donde vienen todas las mañanas los prisioneros, con militar regularidad, a lavarse, llegamos al taller de sastrería, en donde unos veinte presos, cosían en máquinas americanas los pantalones, blusas y ropa interior que gastan. Examiné con atención ese trabajo, ejecutado con minuciosidad y solidez; y aquí me ocurrió preguntar al gobernador, si estos trabajos bastaban suficientemente para ocupar el tiempo de los penados y su respuesta fue desgraciadamente negativa. ¿Por qué no utilizar, me dije, la labor de estos hombres para hospitales, escuelas y aun el ejército? -La ejecución es excelente, y en el taller de zapatería, en donde las máquinas inertes por falta de trabajo me causaron cierta pena, pues las hallé espléndidas, vi calzado perfectamente cosido que me pareció muy sólido.

Hácense impresiones y encuadernaciones, en la Penitenciaría con suma perfección, y cosa de notarse a medida que visitábamos ciertos talleres, en los cuales las faenas son menos vulgares, más intelectuales, si se me permite la expresión, hallaba fisonomías más inteligentes, semblantes más plácidos, aunque debo reconocer que en cuanto a la placidez era casi general, la de todos los prisioneros. Haciendo notar que mi visita repentina y sin ningún carácter especial tenía la ventaja de mostrarme los objetos y los hombres, tales cuales son en la rutina diaria. Así fue como aprecié, la excelente calidad del pan que comen los prisioneros; una grande-angarilla, rebozando de pan blanco, bien amasado, cruzaba uno de los claustros impelida por un negrillo, esbelto y bien plantado, de fisonomía alegre y abierta que se detuvo respetuosamente ante nosotros; grande fue mi sorpresa: llevaba el número reglamentario. El sabor y la calidad del pan son inmejorables.

Cruzando claustros, después de ver a los pobrecillos que hacen escobas y cepillos, cuya fisonomía encubierta y dormía revela poco pensamiento, llegamos al taller que llamaré de bellas artes. El número 223 es todo un artista y como grabador es notable. Ironía de la suerte, el falsificador copia hoy por deber con minuciosa fidelidad las obras maestras del arte moderno. El célebre cuadro de Pradilla de doña Juana la Loca, lo reproduce el encarcelado magistralmente.

En el mismo taller se graban e incrustan mates y objetos varios, con adornos de plata, y se ejecutan primorosas obras de galvano-plástico. Nadie creyera al ver al número 223 explicar con toda modestia y desenvoltura el procedimiento que emplea para obtener por medio de la electricidad y otros elementos químicos lo que llama fototipia, que aquel es un condenado cumpliendo su tiempo de cárcel. Ni sombra de amargura hay en aquella fisonomía despejada en donde la navaja y las tijeras no han dejado ni un pliegue de la boca y de las sienes que no esté al descubierto. Por otra parte, aquel preso, es un modelo de pasividad y regularidad según me lo aseguró con paternal benevolencia el Gobernador de la Penitenciaría. Pobre número 223, allá en su patria tiene quizá una madre, que cuenta los meses, los años!

No es posible hallar mayor aseo, mejor porte en los detenidos, ni en la actitud de los empleados: a ese respecto no me cansaba de hacer justos elogios al señor Gobernador.

(...)

Siento no poder dejar de criticar algo en un establecimiento tan admirablemente administrado y cuya construcción puede rivalizar con las Penitenciarías de Inglaterra y Estados Unidos; pero faltaría a mi deber si no hiciera notar el grande error que a mi entender se comete en nuestra Penitenciaría, permitiendo que presos, ya juzgados, que van a cumplir allí una condena, que están sujetos a un reglamento severo, pero de fácil observancia se hallen en contacto con los enjuiciados sometidos a las tramitaciones judiciales, que forzosamente se halla en condiciones diferentes. No me parece justa ni prudente esa asociación de criminales ya juzgados, castigados, con individuos sobre los cuales la justicia no ha pronunciado su fallo. -La disciplina tiene forzosamente que resentirse en esa confusión y no sé, que ninguna Penitenciaría del mundo se halle en

tales condiciones; si bien yo no he estudiado seriamente estas instituciones como lo ha hecho persona más competente, que muy de cerca me toca creo a ese respecto no equivocarme en mi apreciación.

Lo repito, salvo esa anomalía que someto al juicio de los pensadores: nuestra Penitenciaría puede presentarse como modelo; ella me ha dado la medida de nuestros adelantos intelectuales, morales y sociales.

Al separarme de esos prisioneros desgraciados quiero fijar mi vista en el solaz principal que les permite la disciplina de la cárcel: la agricultura, que eleva el espíritu del hombre, el contacto con esa tierra madre, de donde todo nace, que ensancha el corazón del ser privado de libertad. Esos desterrados de la sociedad, esos encarcelados solitarios pueden experimentar múltiples sensaciones inefables y puras. Ellos pueden labrar la tierra, echar en ella la semilla que la madre Isis les devuelve con usura en plantas en legumbres y en flores: tal semilla del bien depositada en el espíritu de aquellos desventurados germinará, brotará lo espero, a la sombra del trabajo metódico, reglamentado y justo para convertirse más tarde, con el amparo de Dios, en flores y frutos. Salve!

Eduarda Mansilla de García

Junio 14 de 1879.

Publicado en El Nacional los días 17 y 18 de junio de 1879. [11]

El texto de Mansilla, reconocida escritora en esos años, está escrito en una primera persona que invita a recorrer la penitenciaría como si fuera una casa. No parece casual que sea una mujer la que invita a recorrer una casa. El de anfitriona era un lugar femenino por excelencia, y si bien Mansilla no es la “dueña de casa” adopta ese tono, como vemos en los primeros párrafos:

Visitando, días pasados, el monumento que en la exposición de París admiré en pequeño, sentí dilatarse mi pecho, y un sentimiento de viva satisfacción dobló mis facultades mentales. Sí, al penetrar en una cárcel, lejos de entenebrerse mi espíritu, se inundó de luz. Sígame el lector.

Tras la maciza puerta, hallé aquel inmenso patio, así denomino, por no encontrar nombre más adecuado, donde una mullida alfombra de verde alfalfa alta y tupida encuadra la escalera principal, ancha,

espaciosa, de suave declive, cuya blancura y limpieza son dignas de la mansión de un Burgomaestre holandés.

Una puerta y luego un patio, la clásica arquitectura de las casas coloniales. Una alfombra verde y una escalera ancha y espaciosa, como en los palacios que la elite de Buenos Aires empezaba a construir en la zona norte de la ciudad al huir de los barrios del sur, donde había aparecido la fiebre amarilla.

La arquitectura del edificio, me trajo a la mente, aunque con proporciones diferentes y una sobriedad adecuada, al albergue del dolor, el castillo de Pierrefonds cerca de Compiegne restaurado durante el Imperio por el insigne Violet-Leduc. Idénticos torreones, con pequeñas almenas, igual distribución de explanadas, todo ello en punto mayor, si bien con menor elevación.

En sus artículos Eduarda Mansilla solía relatar sus experiencias de viajera a un público que empezaba a ser masivo y no disponía de las ventajas de viajar como ella, por ser esposa del embajador argentino en los Estados Unidos. Este párrafo hace referencia a esos viajes —¿quién podía discutirle que la penitenciaría era igual al castillo sin haber salido siquiera de Buenos Aires?— pero también a una pauta que sería central en la ideología de la elite argentina de fines del siglo XIX: la comparación con Francia. Los ojos puestos en París y su permanente comparación con Buenos Aires nacen en estos años y tendrán un gran arraigo en la construcción de la identidad argentina.

Al salvar las gradas, que conducen al cuerpo principal de la Penitenciaría, fijó mis ojos una pequeña alfombra de esparto en la cual la voz salve, indica al visitante ser aquella una mansión de paz. Confieso que me sentí conmovida: hasta entonces, las centinelas apostadas en las puertas y circulando por las explanadas con el fusil al hombro, me hicieron la ilusión de guardianes de una vasta fortaleza. Aquel salve me dio la nota sensible del gran todo que iba a visitar.

El ingreso a la penitenciaría afecta los sentimientos de Eduarda, ofreciendo al lector una sensación diferente de la que podría imaginar. Su artículo parece orientado a contrarrestar la prensa sensacionalista que, como veremos en un capítulo próximo, le produce horror. Allí donde alguien podría sentirse asustado por la presencia de guardias armados con fusiles al hombro, ella ve centinelas de una fortaleza similar a un castillo europeo y eso la conmueve.

> *Gracias a la afabilidad y cortesía del Gobernador de la Penitenciaría, penetré en compañía de este señor y del amigo que me acompañaba en el claustro o galería número 5. El lector sabe quizá que la Penitenciaría está dividida en una serie de galerías, con celdas en los costados; estas galerías, las hay altas y bajas, son anchas, elevadas, espaciosas, y la luz del sol penetra en ellas con lujosa prodigalidad.*

Mansilla describe la arquitectura de la penitenciaría, que seguía los modelos penitenciarios de la época. La periodista asigna el nombre monacal de “claustros” —iluminados por la lujosa luz del sol— a las galerías del edificio, que daban a un patio central. Esta arquitectura penitenciara estaba destinada a la vigilancia permanente de los reclusos por parte de los guardias. Al mismo tiempo, los reclusos podían observar también de manera permanente a los guardias, siempre atentos a cualquier situación fuera de lo común, y saber que eran vigilados.

Para la periodista la luz del sol tenía incluso un tono americano:

> *Cárcel y sombra fueron en un tiempo sinónimos. Nadie imagine por un momento que en la Penitenciaría de mi patria hay un solo rincón en donde el sol, el gran amigo de la naturaleza, no tenga el derecho de penetrar libremente, alegrando todo cuanto toca; lo he hallado en todas partes, inundando con sus rayos la celda del prisionero, el taller donde el trabajo amigo del hombre distrae, conforta y bonifica al encarcelado. -Sol radiante, sol americano, encontré en el claustro silencioso, en la reducida celda del penado, en la capilla, donde la religión que consuela y enseña a esperar, lo recibe por sus innumerables ventanas que*

comienzan en el techo y acaban en tierra. El sol no ha sido escaseado al desgraciado privado de la libertad. Ignoro si el distinguido ingeniero que levantó la Penitenciaría se ha dado cuenta cabal del bien que ha hecho a esos desamparados derramando sobre ellos con prodigalidad, la luz y el aire que conforta el espíritu y templan el cuerpo.

Según este párrafo, no parece haber diferencia entre una abadía y una penitenciaría. La similitud era producto del "sol radiante, sol americano", que al iluminarlas, transformaba las celdas de los reclusos.

Penetramos en una celda vacía a la sazón por hallarse todos los encarcelados en los talleres; confieso que experimenté gran satisfacción, al contemplar los enseres del prisionero. La cama es idéntica a la de los aspirantes de marina en la Escuela Naval de Francia, hallela doblada y arrollada, como debe permanecer durante el día con toda la minuciosa prolijidad, el brazo de gas, que en la noche presta su luz al preso durante una hora, bruñido y reluciente como el de una sala de baile, se hallaba diamantado por una caricia de sol. El suelo lustroso, y sin un átomo de polvo, indicaba la observancia estricta de la disciplina, el penado es el encargado de la limpieza; nada faltaba para el confort del detenido. En un ángulo noté una pequeña rinconera tapizada con figurillas de colores, representando niños, mujeres y hasta flores, sobre la cual había tres volúmenes, solaz del prisionero durante aquella hora de luz que le permite el reglamento, después de los trabajos del día; un tomo de la Biblioteca Popular de mi amigo Navarro Viola. Y Duci Celebri de un autor italiano cuyo nombre me escapa, y un Tratado de Geografía en español.

Lo primero que describe Mansilla es la disciplina asociada al orden, disciplina militar similar a la francesa. El sol reluciente marca los adelantos del progreso en el "brazo de gas", que va a iluminar al preso durante la noche. La celda ofrece confort. Pero, ¿quién es este recluso iluminado por el "sol americano" y el progreso? La pequeña biblioteca lo sugiere: imaginamos que se trata de un inmigrante italiano que está

aprendiendo el idioma utilizando un tomo de la Biblioteca Popular y un libro de geografía. El tema del extranjero, que no abandona el texto de Mansilla, refuerza nuestra suposición.

> *Llegamos por fin a los talleres. Qué extraño sentimiento se apoderó entonces de mí; penetré en aquel recinto, lo confieso, con turbación y respeto a la vez. Así que los prisioneros engolfados en sus faenas notaron nuestra llegada, con militar espontaneidad se pusieron de pie.*
>
> *El Gobernador con un gesto suave y paternal les ordenó continuar su trabajo. No se oía una voz, solo el ruido del martillo y de las ruedas en movimiento interrumpía aquel silencio disciplinario del trabajo obligatorio, vestidos con blusas de lana azul oscuro, con los cabellos cortados a la malcotení todos los prisioneros prolijamente afeitados presentan en el primer momento una misma fisonomía. Un número rojo impreso en la manga de cada uno, único nombre por el cual allí son conocidos, parece ser la sola diferencia que existe entre ellos; pero acercándose a los trabajadores, cada fisonomía cobra su carácter propio y los números desaparecen revelando criaturas humanas con pasiones y amarguras. Quién que tenga corazón no me comprenderá –Al penetrar en aquel recinto del trabajo que conforta, que distrae, que ocupa, que mata el tiempo, ese amigo del hombre, el más cruel enemigo del prisionero, sentí una turbación invencible. Recordé que si bien ya lejana de la edad temprana en que las galas de la juventud acrecientan las dotes físicas, era mujer y que para el prisionero privado de la libertad de la madre, de la hermana, de la amante, eso bastaba; que mi presencia allí podía ser intempestiva despertando un cúmulo de impresiones múltiples, de aspiraciones legítimas pero insensatas, –me sentí apocada, deploré mi visita.*

Disciplina y trabajo, como si fuese un taller dirigido por un gobernador y no una penitenciaría. Podemos ver ya que uno de los temas centrales del texto de Mansilla es hacer que el lector la siga y olvide que está entre personas que habían quebrantado la ley. Los reclusos que ella retrata son "criaturas humanas con pasiones y amarguras" a quienes la presencia de una mujer —madre, hermana o

amante parece ser lo mismo— puede afectar.

Detalle notable: es la presencia femenina, que la propia Mansilla personifica, la que cambia el punto de vista y transforma a los trabajadores en hombres que desean con “aspiraciones legítimas pero insensatas”.

Cruzando anchas galerías, aseadas con extremo, en las cuales hállanse colocados en fila los lavatorios de metal y piedra donde vienen todas las mañanas los prisioneros, con militar regularidad, a lavarse, llegamos al taller de sastrería, en donde unos veinte presos, cosían en máquinas americanas los pantalones, blusas y ropa interior que gastan. Examiné con atención ese trabajo, ejecutado con minuciosidad y solidez; y aquí me ocurrió preguntar al gobernador, si estos trabajos bastaban suficientemente para ocupar el tiempo de los penados y su respuesta fue desgraciadamente negativa. ¿Por qué no utilizar, me dije, la labor de estos hombres para hospitales, escuelas y aun el ejército? –La ejecución es excelente, y en el taller de zapatería, en donde las máquinas inertes por falta de trabajo me causaron cierta pena, pues las hallé espléndidas, vi calzado perfectamente cosido que me pareció muy sólido.

El sistema penal de fines del siglo XIX estaba basado en la división de los reclusos en irrecuperables —destinados a hacer para el estado las tareas más duras, como la construcción de caminos, canales, puentes, vías ferroviarias—, y aptos para reinsertarse en la sociedad. Para estos últimos se diseñaban las penitenciarías. Mansilla describe los talleres donde los presos aprendían oficios que luego les permitirían volver a la sociedad. En su opinión, por la calidad de sus trabajos —“espléndidos”— podían aprovecharse en hospitales, en escuelas y en el ejército, esas otras ramas donde el estado nacional marcaba su presencia. A la periodista le resultan aún más interesantes otro tipo de talleres:

Hácense impresiones y encuadernaciones, en la Penitenciaría con suma perfección, y cosa de notarse a medida que visitábamos ciertos talleres, en los cuales las faenas son menos vulgares, más intelectuales, si

se me permite la expresión, hallaba fisonomías más inteligentes, semblantes más plácidos, aunque debo reconocer que en cuanto a la placidez era casi general, la de todos los prisioneros. Haciendo notar que mi visita repentina y sin ningún carácter especial tenía la ventaja de mostrarme los objetos y los hombres, tales cuales son en la rutina diaria. Así fue como aprecié, la excelente calidad del pan que comen los prisioneros; una grande-angarilla, rebozando de pan blanco, bien amasado, cruzaba uno de los claustros impelida por un negrillo, esbelto y bien plantado, de fisonomía alegre y abierta que se detuvo respetuosamente ante nosotros; grande fue mi sorpresa: llevaba el número reglamentario. El sabor y la calidad del pan son inmejorables.

La panadería y los talleres gráficos de la penitenciaría estaban en manos de los reclusos con rostros más inteligentes, puesto que para Mansilla eran las tareas "menos vulgares": el pan por ser el símbolo del alimento, incluso símbolo religioso, y los talleres gráficos porque la ilustración y la civilización, como ya hemos mencionado, iban de la mano. La periodista llama la atención sobre otro recluso: un "negrillo, esbelto y bien plantado, de fisonomía alegre" que la sorprende cuando nota el número que lo identifica dentro de la penitenciaría. La confianza que tenía Mansilla en el poder civilizatorio de la religión y la educación era tal que no podía identificar a un prisionero por más que estuviera dentro de la prisión. Para ella era un muchacho de fisonomía alegre hasta que vio el número. En otros talleres, en cambio, donde se hace otro tipo de tareas, las fisonomías apenas pueden distinguirse:

Cruzando claustros, después de ver a los pobrecillos que hacen escobas y cepillos, cuya fisonomía encubierta y dormía revela poco pensamiento, llegamos al taller que llamaré de bellas artes. El número 223 es todo un artista y como grabador es notable. Ironía de la suerte, el falsificador copia hoy por deber con minuciosa fidelidad las obras maestras del arte moderno. El célebre cuadro de Pradilla de doña Juana la Loca, lo reproduce el encarcelado magistralmente.

Las escobas y cepillos nublan los rostros pero el arte, incluso el de un falsificador, los transforma. El “número 223” es para Mansilla un artista.

> *En el mismo taller se graban e incrustan mates y objetos varios, con adornos de plata, y se ejecutan primorosas obras de galvano-plástico. Nadie creyera al ver al número 223 explicar con toda modestia y desenvoltura el procedimiento que emplea para obtener por medio de la electricidad y otros elementos químicos lo que llama fototipia, que aquel es un condenado cumpliendo su tiempo de cárcel. Ni sombra de amargura hay en aquella fisonomía despejada en donde la navaja y las tijeras no han dejado ni un pliegue de la boca y de las sienes que no esté al descubierto. Por otra parte, aquel preso, es un modelo de pasividad y regularidad según me lo aseguró con paternal benevolencia el Gobernador de la Penitenciaría. Pobre número 223, allá en su patria tiene quizá una madre, que cuenta los meses, los años!*

El preso 223 tiene otra característica, que aparece con regularidad en el texto: es un extranjero, oriundo de una patria que no se nombra. Podemos suponer que se trata de España porque, según nos cuenta la cronista, describe con claridad los procedimientos químicos que realiza. Y así como el preso 223 tiene una madre que lo espera en su patria, el gobernador de la penitenciaría ocupa un lugar paternal para contenerlo.

Una sola crítica contiene el artículo sobre la organización de la penitenciaría:

> *Siento no poder dejar de criticar algo en un establecimiento tan admirablemente administrado y cuya construcción puede rivalizar con las Penitenciarías de Inglaterra y Estados Unidos; pero faltaría a mi deber si no hiciera notar el grande error que a mi entender se comete en nuestra Penitenciaría, permitiendo que presos, ya juzgados, que van a cumplir allí una condena, que están sujetos a un reglamento severo, pero de fácil observancia se hallen en contacto con los enjuiciados sometidos a las tramitaciones judiciales, que forzosamente se halla en condiciones*

diferentes. No me parece justa ni prudente esa asociación de criminales ya juzgados, castigados, con individuos sobre los cuales la justicia no ha pronunciado su fallo. –La disciplina tiene forzosamente que resentirse en esa confusión y no sé, que ninguna Penitenciaría del mundo se halle en tales condiciones; si bien yo no he estudiado seriamente estas instituciones como lo ha hecho persona más competente, que muy de cerca me toca creo a ese respecto no equivocarme en mi apreciación.

Lo repito, salvo esa anomalía que someto al juicio de los pensadores: nuestra Penitenciaría puede presentarse como modelo; ella me ha dado la medida de nuestros adelantos intelectuales, morales y sociales.

A partir de su experiencia como viajera y conocedora de Inglaterra y los Estados Unidos Mansilla puede esbozar su crítica haciendo una comparación. Para ella los presos ya juzgados son criminales mientras que para los que aún esperan una sentencia rige el principio de presunción de inocencia. Por lo tanto, no considera apropiada su convivencia. La confusión social, siempre temida en esos años, era indeseable y molesta. Por lo demás, la penitenciaría era un modelo, comparable a las de Europa y los Estados Unidos, símbolo del progreso y la civilización que estaba llevando adelante la República Argentina.

Y si de progreso se trata, Eduarda Mansilla sabe cuál es su motor:

Al separarme de esos prisioneros desgraciados quiero fijar mi vista en el solaz principal que les permite la disciplina de la cárcel: la agricultura, que eleva el espíritu del hombre, el contacto con esa tierra madre, de donde todo nace, que ensancha el corazón del ser privado de libertad. Esos desterrados de la sociedad, esos encarcelados solitarios pueden experimentar múltiples sensaciones inefables y puras. Ellos pueden labrar la tierra, echar en ella la semilla que la madre Isis les devuelve con usura en plantas en legumbres y en flores: tal semilla del bien depositada en el espíritu de aquellos desventurados germinará, brotará lo espero, a la sombra del trabajo metódico, reglamentado y justo para convertirse más tarde, con el amparo de Dios, en flores y frutos. Salve!

Civilización, progreso y agricultura no están asociados de manera casual en ese final. Descendiente de familia de estancieros, ella sabía que el progreso económico de la Argentina tenía que ver con el campo, el cultivo, la agricultura.

Queremos cerrar este capítulo con un tema que aparece en el artículo sin que la autora lo aborde directamente: la inmigración. Mansilla dirige su atención a tres reclusos a los que ilumina el “sol americano” de la penitenciaría: probablemente uno sea italiano, otro español y el otro, de piel negra, afrodescendiente. Ningún criollo parece habitar esos “claustros”. Por esa razón el sol, para Mansilla, debía ser americano, porque al parecer consideraba que el crimen provenía del exterior y no de la población criolla local, a la que ella pertenecía. La asociación entre criminalidad e inmigración —que analizaremos más adelante en este libro— se convertiría en una compleja problemática estatal, social y política.

11 . Guidotti, Marina (ed.), *Escritos periodísticos completos. Eduarda Mansilla de García (1860-1892)*, Corregidor, Buenos Aires, 2015, pp. 294-303.

11

“... como dice el poeta, argentino y hermano no son sinónimos?”

La Generación del 80

Hacia 1880 el territorio de la República Argentina vivía un estado de relativa pacificación. Las últimas rebeliones —la de López Jordán en Entre Ríos y la de Bartolomé Mitre en Buenos Aires— habían sido controladas por el gobierno nacional. La forma de hacer política, el acceso a la toma de decisiones, ya no pasaría por los intentos de revoluciones armadas, como en los anteriores setenta años. Los cargos gubernativos más importantes se obtendrían a través de una serie de conciliaciones, acuerdos y favores políticos dentro de un grupo de familias gobernantes de todas las provincias. La conformación definitiva y la estabilidad del territorio implicó: la derrota de todos los sectores federales provinciales durante las décadas de 1860 y 1870, la derrota política de Bartolomé Mitre en 1873, la apropiación de los territorios de los pueblos originarios —en la llamada Conquista del Desierto, pero también en el control de zonas como la selva chaqueña — y la federalización de Buenos Aires, es decir, la derrota final de la provincia de Buenos Aires.

En los dos primeros volúmenes de la colección hablamos de la importancia de la Aduana de Buenos Aires y de sus recursos como interés en disputa en cualquier intento de unificación de las Provincias Unidas. Después de la batalla de Pavón, Buenos Aires se había convertido en capital de la Argentina pero seguía formando parte de la

provincia homónima, por lo que el gobierno nacional era huésped del provincial.

En 1880 se produjo lo que podríamos considerar el último enfrentamiento de las guerras civiles surgidas después de la independencia de España. La rebelión contra el gobierno nacional surgió en la misma Buenos Aires. Carlos Tejedor era el gobernador de la provincia y posible candidato a presidente, adversario de Julio Argentino Roca, el candidato de la Liga de Gobernadores y también del presidente saliente, Nicolás Avellaneda. El comienzo del enfrentamiento coincidió con la repatriación de los restos de José de San Martín, a fines de mayo de 1880. Tanto la provincia de Buenos Aires como el gobierno nacional movilizaron tropas para el acontecimiento. Sin embargo, el vapor que traía los restos de San Martín se detuvo y las tropas siguieron movilizadas. Las tropas nacionales sitiaron la ciudad de Buenos Aires. Los porteños se aprestaron para el enfrentamiento. Hubo varios choques entre el 12 y el 22 de junio, y Buenos Aires —la provincia díscola que aún conservaba vestigios de autonomía— fue finalmente derrotada.

El 20 de septiembre Avellaneda presentó al Congreso un proyecto de ley que pondría fin a casi setenta años de guerras civiles: la federalización de la ciudad de Buenos Aires y de su Aduana. De acuerdo con las disposiciones de esta ley, el gobierno nacional tendría control sobre la ciudad y sus ingresos. La provincia de Buenos Aires tendría una nueva capital, que se construiría a tal efecto: la ciudad de La Plata, fundada en 1882.

Julio Argentino Roca asumiría la presidencia con un país pacificado gracias al poder militar, y en crecimiento gracias a la incorporación de la Argentina al mercado mundial como país productor de materias primas. Sobre todo, lana, que todavía constituía la exportación más importante.

Roca asumió la presidencia en nombre de un partido, el Partido Autonomista Nacional (PAN), surgido de alianzas políticas en las que convergían el Partido Autonomista —en su origen, un partido puramente porteño liderado por Alsina en contra de Mitre— y el Partido Nacional liderado por Nicolás Avellaneda, el presidente

saliente.

El PAN dominaría la escena política argentina de fines del siglo XIX y principios del XX, no sin contratiempos y oposiciones. Pero en el momento de la asunción de Roca como presidente el consenso era generalizado. Su lema fue “Paz y administración”. El orden y el progreso estaban en la agenda política y económica. El PAN adhería a las doctrinas liberales y positivistas de la época: el progreso económico y la civilización iban de la mano y a ellos se llegaba a través del liberalismo y la integración de la Argentina al mercado mundial como país agroexportador e importador de productos manufacturados. Roca contaba con el apoyo generalizado de los políticos del país, gracias a su exitosa —en sus propios términos— Campaña al Desierto. El orden sin movilizaciones militares era visto como una condición necesaria para el progreso de Argentina y de gran parte de los países de la región (Brasil, por ejemplo, tiene la leyenda “*Ordem e progresso* ” —orden y progreso— en su bandera). Para terminar con las movilizaciones militares provinciales se eliminaron las Guardias Nacionales de las provincias, de modo que el monopolio del ejercicio de la fuerza quedó definitivamente en manos del estado nacional.

El período de hegemonía del PAN se conocería más tarde como “el orden conservador” o el de la “Generación del 80”. Fue una generación liberal, positivista, elitista, compuesta por una serie de familias aliadas en todas las provincias del país, que encontró diversas formas de mantenerse en el poder democrático. Por estas características, también se conoce a este grupo como “oligarquía”.

Mirar a París

Eduarda Mansilla continuó ejerciendo el periodismo durante este período. Su descripción de la penitenciaría había sido parte de la construcción intelectual del momento, que tenía como horizonte la civilización y el progreso. Cuando analizamos la visita de Mansilla a la penitenciaría señalamos esa mirada hacia Europa que caracterizaría a la Generación del 80. Los intelectuales de la época miraban a Francia como el modelo a imitar en la arquitectura, los viajes, las lecturas e incluso en los modismos del lenguaje.

El texto que reproducimos a continuación fue publicado en el periódico *El Nacional* en mayo de 1880, apenas unos días antes de la rebelión armada de Carlos Tejedor en Buenos Aires. En él, Mansilla habla de París y de la repatriación de los restos de San Martín:

> *Desde la Patria*
>
> *Hay en París en el número 5 de la calle de Berlín, una mansión (mansion como dicen los ingleses), que bien conocen y nunca olvidan los Argentinos que visitan a París: es ésta la Legación Argentina.*
>
> *La Legación del país a que uno pertenece, es para el viajero la patria en el extranjero, es el asilo seguro en los momentos de hastío, y no los tiene poco el que viaja, que como dice Mme. de Stael "viajar es un triste placer". La Legación es un centro donde se reúnen, donde se acogen lejos de su home, los hijos del mismo suelo; es la fuente donde acuden los que ansían por noticias íntimas ciertas, directas que llegan de esa patria, tanto más querida, cuanto más lejana. La Legación es el punto de reunión obligatorio de aquellos que divididos en el propio suelo por discordias, por rencillas, por mal entendus políticos, siempre transitorios, se unen, se estrechan y a veces hasta que se aman profundamente en el extranjero. Cuántas veces he visto a hombres que parecían enemigos irreconciliables en su país, empezar por darse el título de compatriota fuera de él y acabar por el de amigo. La Legación es la casa paterna de los que llegan a tierra extraña con frecuencia solos, a veces pobres, desvalidos y están empero seguros de ser comprendidos, casi queridos en*

aquel centro.

Díganlo los argentinos que han viajado, allá "allende los mares", como dice el poeta, argentino y hermano no son sinónimos? Gracias al cielo las desavenencias, las discordias que nos agitan por más vehementes, que ellas se manifiesten en la hora aguda de la fiebre, no son de esas desavenencias que llamaré trascendentales y que siendo la lucha de intereses opuestos, antagónicos que vienen desgarrando la humanidad desde su origen, y no es atrevido el decirlo, llegarán difícilmente a encontrar solución pacífica en el viejo mundo. Pero nosotros que tenemos todos Meme coeur, como canta V. Hugo, nosotros, lo repito, estamos siempre en camino de entendernos, de estrecharnos, por más que ello parezca estrafalario o romanezco. Ceda el uno, consienta el otro hoy o mañana, el tema es idéntico, amor a las instituciones republicanas y pasión por la patria común, las variantes van siempre siguiendo la grata melodía y solo se pierde tiempo, tinta y a veces lágrimas.

Pero que los disidentes se encuentren en París a la reja de la calle de Berlín y me dirán si las pasadas miserias no les parecen como miradas por el reverso de un anteojo del teatro. Muy pequeñas!

Todos saben que al penetrar en la Legación Argentina, esa mansión de paz y confraternidad, serán recibidos fraternalmente por un hombre de maneras afables y corteses que parece tener el don extraño de representar en su persona a la patria madre con sus dulzuras y sin sus amarguras. Cómo no sentirse puramente argentino en aquel centro en donde todo es afabilidad, cultura y buen tono!

En otro tiempo había en los salones de la calle Berlín una mujer amable y distinguida, que poseía como nadie el talento de poner á son aise, desde luego, a cuentos tenían la dicha de penetrar aquel recinto. Doña Mercedes San Martín era por su cultura y distinción una notabilidad. Su trato, de una lady inglesa suavizado por la cortesía francesa, reunía ese no sé qué sud-americano que se siente y no se explica.

Todos los que a ella se acercaron con intimidad, saben que su padre el General San Martín dirigió casi exclusivamente la educación de su hija amada y que ésta fue la compañera fiel y asidua del anciano hasta su

hora postrera. Misia Merceditas, como los argentinos la llamábamos, no hablaba nunca de tatita sin que sus ojos se arrasaran en lágrimas. Bello modelo de piedad filial! Me parece verla segundada por la dulce Pepita y el distinguido señor D. Mariano, hacer con sencillez encantadora los honores de esos salones suntuosos, en donde el arte y el buen gusto han coleccionado tantas bellezas. Qué argentino no recuerda con grata emoción las soirées de la Legación Argentina, punto de reunión de lo más escogido de la colonia americana y en las noches diplomáticas de cuanto de más encumbrado reúne París. No puedo sin enternecimiento recordar desde la patria el salón cuadrado adornado con copias magistrales de los mejores cuadros del mundo; algunas de ellas obra de Misia Merceditas, eximia artista.

Quién de mis compatriotas no recuerda ese retrato colocado en un costado del salón, representando a un hombre de más de treinta y cinco años, de tez morena, nariz ligeramente aguileña y ojos negros centellantes.

En el fondo se verá los pliegues del estandarte azul y blanco tan caro a todos los argentinos, y en un ángulo aparece una rama de laurel. Aquel hombre no es otro que el General San Martín retratado por su hija. Con un talento digno de un gran maestro, la artista amorosa ha logrado estampar en el lienzo los rasgos característicos del héroe.

Aquellos ojos lanzan rayos y en la frente luminosa aparece la majestad del triunfo y del sufrimiento. No es posible apartar la mirada de aquel semblante severo y bueno a la vez. Se ve que el hombre nació para imperar, el respeto y la admiración se imponen a su vista.

En el salón cuadrado está colocado el piano, que en aquella casa se cultivan todas las artes. Más de una vez, el caro representante de nuestra patria, me dijo con esa sonrisa amena que todos le conocen:

"Eduardita: Aquí canta vd. mejor que en ninguna parte".

"Es cierto, le respondí, miro ese retrato y me inspiro".

Que los escépticos no crean, hoy no trato con ellos; pero nunca ha resonado más pura mi voz, que en aquel salón cuadrado.

Pobre amigo querido, que me leerá en esa Francia su segunda patria, de donde acaban de arrancarle un pedazo del corazón. Lo proclamo bien alto, el Sr. D. Mariano Balcarce al desprenderse de esas cenizas

ilustres, para él tan queridas, ha hecho un sacrificio inmenso, que los argentinos todos deben retribuirle con agradecimiento ferviente y si es posible con mayor suma de respeto. Díganlo todos aquellos que pisaron aquella mansión hospitalaria, es posible ser más afable, más benévolo, más patriota?

No. Yo que tantas consideraciones debo a esta familia modelo, que fue para mí y mis hijos un centro cariñoso, invito a las damas argentinas a enviar al hijo del General San Martín una palabra de reconocimiento. Sé que mi viejo amigo la recibirá con dulce enternecimiento y profunda gratitud. Propongo la idea para que la lleven a cabo mis compatriotas en la forma que les sea más agradable. El General San Martín amó mucho a Balcarce.

Ya que el pueblo argentino va a rendir homenaje al héroe, que las madres y las esposas, cumplan con la tarea de dulcificar la pena de un corazón enlutado, donde han debido luchar sentimientos generosos y encontrados; pero en el cual venció el patriotismo.

Eduarda Mansilla de García

Mayo 21 de 1880 [12]

Eduarda Mansilla vivía por entonces en Buenos Aires, separada formalmente de su esposo Manuel García, que integraba el cuerpo diplomático argentino. En 1863 Manuel Aguirre había sido designado por Bartolomé Mitre como Secretario de la Legación Argentina en Francia, España e Italia, que estaba a cargo de Mariano Balcarce, el esposo de Mercedes de San Martín. Eduarda había viajado con su marido a Francia y había residido allí con él y sus hijos, de modo que conocía a los miembros y las actividades de la delegación diplomática en Francia.

Pero, además de dejar en claro sus conocimientos de Francia como viajera y parte de esa Legación Argentina, Eduarda va a construir un París que prácticamente será el segundo hogar de los argentinos en Europa, gracias a la herencia sanmartiniana en el matrimonio de Mariano Balcarce y Mercedes de San Martín.

Hay en París en el número 5 de la calle de Berlín, una mansión

(mansion como dicen los ingleses), que bien conocen y nunca olvidan los Argentinos que visitan a París: es ésta la Legación Argentina.

La Legación del país a que uno pertenece, es para el viajero la patria en el extranjero, es el asilo seguro en los momentos de hastío, y no los tiene poco el que viaja, que como dice Mme. de Stael "viajar es un triste placer". La Legación es un centro donde se reúnen, donde se acogen lejos de su home, los hijos del mismo suelo; es la fuente donde acuden los que ansían por noticias íntimas ciertas, directas que llegan de esa patria, tanto más querida, cuanto más lejana.

París puede ser un lugar cercano para los viajeros gracias al número 5 de la calle Berlín y esa mansión que se convierte en centro y hogar de los "hijos del mismo suelo".

Todos saben que al penetrar en la Legación Argentina, esa mansión de paz y confraternidad, serán recibidos fraternalmente por un hombre de maneras afables y corteses que parece tener el don extraño de representar en su persona a la patria madre con sus dulzuras y sin sus amarguras. Cómo no sentirse puramente argentino en aquel centro en donde todo es afabilidad, cultura y buen tono!

En esa mansión parisina los viajeros encuentran a un hombre que representa a la "patria madre", dice Mansilla, palabras contradictorias —porque la raíz de "patria" refiere al padre— que le sirven para construir aquello que está interesada en construir: una filiación posible entre París y Buenos Aires, entre Francia y Argentina, una madre y un padre que reciben a un hijo que viaja y llega a una mansión donde todo es cultura y "buen tono".

La Legación es ese lugar casi mágico donde las diferencias se disuelven:

La Legación es el punto de reunión obligatorio de aquellos que divididos en el propio suelo por discordias, por rencillas, por mal entendus políticos, siempre transitorios, se unen, se estrechan y a veces hasta que se aman profundamente en el extranjero. Cuántas veces he

visto a hombres que parecían enemigos irreconciliables en su país, empezar por darse el título de compatriota fuera de él y acabar por el de amigo.

El "propio suelo" y la nación residen en la mansión del número 5 de la calle Berlín.

Díganlo los argentinos que han viajado, allá "allende los mares", como dice el poeta, argentino y hermano no son sinónimos?

Pregunta difícil de responder, sobre todo porque la propia Mansilla tenía por tío a Juan Manuel de Rosas, representante de un bando que había sido parte de las guerras civiles de la historia argentina durante más de cincuenta años. Pero Mansilla encuentra en París y esa mansión un lugar donde las desavenencias desaparecen y aparece la nación —"los argentinos"— como unificadora.

¿Quiénes eran los responsables de esa unificación y ausencia de malos entendidos? El matrimonio Balcarce:

En otro tiempo había en los salones de la calle Berlín una mujer amable y distinguida, que poseía como nadie el talento de poner á son aise, desde luego, a cuantos tenían la dicha de penetrar aquel recinto. Doña Mercedes San Martín era por su cultura y distinción una notabilidad. Su trato, de una lady inglesa suavizado por la cortesía francesa, reunía ese no sé qué sud-americano que se siente y no se explica.

Mansilla describe a Doña Mercedes San Martín como una mujer de gran cultura y no le coloca el obligatorio "de Balcarce" porque, entendemos, quiere mantener la filiación paterna, que en este caso es más importante que la de su marido, Mariano Balcarce. Doña Mercedes tenía los modales corteses franceses y el trato de una *lady* inglesa unido con un "no sé qué" sudamericano equiparable al "sol americano" que iluminaba la penitenciaría en el capítulo anterior. Era Mercedes de San Martín y su modelo filial el que se unía a la mansión

para darle su particular característica:

> *Todos los que a ella se acercaron con intimidad, saben que su padre el General San Martín dirigió casi exclusivamente la educación de su hija amada y que ésta fue la compañera fiel y asidua del anciano hasta su hora postrera. Misia Merceditas, como los argentinos la llamábamos, no hablaba nunca de tatita sin que sus ojos se arrasaran en lágrimas. Bello modelo de piedad filial!*

Si para Mansilla y los demás intelectuales de su generación la educación era *el modo* de alcanzar el progreso y la civilización, el hecho de que el propio San Martín hubiera dirigido la educación de su hija Mercedes la convertía en ese faro de cultura y nación que Mansilla estaba buscando:

> *Qué argentino no recuerda con grata emoción las soirées de la Legación Argentina, punto de reunión de lo más escogido de la colonia americana y en las noches diplomáticas de cuanto de más encumbrado reúne París. No puedo sin enternecimiento recordar desde la patria el salón cuadrado adornado con copias magistrales de los mejores cuadros del mundo; algunas de ellas obra de Misia Merceditas, eximia artista.*
>
> *Quién de mis compatriotas no recuerda ese retrato colocado en un costado del salón, representando a un hombre de más de treinta y cinco años, de tez morena, nariz ligeramente aguileña y ojos negros centellantes.*
>
> *En el fondo se verá los pliegues del estandarte azul y blanco tan caro a todos los argentinos, y en un ángulo aparece una rama de laurel. Aquel hombre no es otro que el General San Martín retratado por su hija. Con un talento digno de un gran maestro, la artista amorosa ha logrado estampar en el lienzo los rasgos característicos del héroe.*

Misia Mercedes era una artista plástica y había hecho un retrato de su padre que colgaba en uno de los salones de la casa donde se reunía lo más encumbrado de la diplomacia americana. El cuadro representaba a un San Martín de treinta y cinco años —que Mercedes

no había conocido— y describe la iconografía sanmartiniana tal como la conocemos hoy: tez morena, nariz aguileña y ojos negros, con la bandera celeste y blanca y rodeado de laureles.

Es tan fuerte la presencia de San Martín que influye incluso en los que son parte de las veladas en la mansión parisina:

> *En el salón cuadrado está colocado el piano, que en aquella casa se cultivan todas las artes. Más de una vez, el caro representante de nuestra patria, me dijo con esa sonrisa amena que todos le conocen:*
>
> *“Eduardita: Aquí canta vd. mejor que en ninguna parte”.*
>
> *“Es cierto, le respondí, miro ese retrato y me inspiro”.*
>
> *Que los escépticos no crean, hoy no trato con ellos; pero nunca ha resonado más pura mi voz, que en aquel salón cuadrado.*

Como si fuera una muestra concentrada de la patria, ese salón cuadrado en París estaba revestido de la imagen de San Martín y de lo que, para los que estaban construyendo la idea de nación argentina en esos años, ese hombre representaba. No es casual entonces, que en ese lugar Mansilla pudiera expresar sus mejores dotes de cantante.

San Martín había sido repatriado, al igual que Rivadavia. Junto con el inicio de la escritura de la historia por parte de Bartolomé Mitre y otros historiadores, se estaba construyendo el panteón de héroes argentinos que daba un sustento intelectual a lo que se llamaba “patria” y “nación”:

> *Pobre amigo querido, que me leerá en esa Francia su segunda patria, de donde acaban de arrancarle un pedazo del corazón. Lo proclamo bien alto, el Sr. D. Mariano Balcarce al desprenderse de esas cenizas ilustres, para él tan queridas, ha hecho un sacrificio inmenso, que los argentinos todos deben retribuirle con agradecimiento ferviente y si es posible con mayor suma de respeto. Díganlo todos aquellos que pisaron aquella mansión hospitalaria, es posible ser más afable, más benévolo, más patriota?*

Las características que hoy podemos reconocer como propias de la

“nación argentina” fueron establecidas en esos años a partir de libros de historia, artículos periodísticos, obras de arte y, también, a través de la repatriación de aquellos que habían muerto en el exilio. Iniciamos este volumen refiriéndonos al significado de la expresión “después de Caseros” y agregamos ahora que los repatriados no fueron todos. Rosas, que había muerto pocos años antes exiliado en Gran Bretaña, no integró la nómina. Los intelectuales elegían a quiénes poner en el panteón: Belgrano, San Martín, Rivadavia. Y dejaban al margen a otros como Juan José Castelli, Mariano Moreno o Nicolás Rodríguez Peña. Fue una selección intelectual, pensada, con sus correspondientes discusiones y oposiciones. Sin embargo, no hay duda de que tuvo un objetivo: construir una idea de una nación —una entidad que se superponía y englobaba a las provincias— que no existía hasta entonces.

> *Ya que el pueblo argentino va a rendir homenaje al héroe, que las madres y las esposas, cumplan con la tarea de dulcificar la pena de un corazón enlutado, donde han debido luchar sentimientos generosos y encontrados; pero en el cual venció el patriotismo.*

El más patriota de los patriotas era entonces Mariano Balcarce, porque aceptaba separarse de las cenizas de su suegro, que había custodiado hasta entonces. Y por eso Mansilla hace un llamado a las mujeres, que en tanto madres y esposas debían consolar a quien entregó la cuasi reliquia que iba a formar parte del panteón de héroes argentinos.

Tanto este artículo como la descripción de la penitenciaría nos permiten ubicar a Eduarda Mansilla como una intelectual más entre aquellos que construyeron lo que después de Pavón se hizo necesario construir: una nación, una entidad que fuera más que la suma de las provincias que componían la República Argentina. No es casual que la repatriación de los restos de San Martín coincidiera con la derrota y el fin de la autonomía de la provincia de Buenos Aires. Fue parte de un proceso llevado adelante por una generación que ya no estaba interesada en sostener intereses locales —y por eso derrota a federales

y a unitarios por igual— sino en integrar un estado-nación a un mercado internacional en condiciones de “paz y administración”. Así como se construyeron escuelas, hospitales, juzgados, también se construyó una historia para ese estado-nación que se estaba edificando.

Eduarda Mansilla fue parte de esa construcción intelectual. Perteneció a la elite porteña por ser miembro de una de sus familias fundantes. Fue la hija de un general federal, la sobrina de Juan Manuel de Rosas, la esposa de un diplomático, pero consiguió hacerse de un nombre propio a través de la palabra escrita. Murió en 1892, siendo una escritora y periodista reconocida y respetada, con una obra literaria y periodística destacada.

12 . *El Nacional*, año XXIX, número 10,140 Buenos Aires, miércoles 26 de mayo de 1880. Citado en Guidotti, Marina (ed.), *Escritos periodísticos completos. Eduarda Mansilla de García (1860-1892)*, Corregidor, Buenos Aires, 2015, pp. 375-378.

12
“En provecho de muchos no debe sacrificarse a nadie”

La prensa de fines del siglo XIX

En 1870 Bartolomé Mitre fundó el diario *La Nación* y con su creación dio lugar a un nuevo tipo de periodismo, hasta ese momento desconocido en el territorio argentino. Durante las décadas anteriores, el periodismo había sido muy diferente del que conocemos hoy. Su principal característica residía en que un medio de comunicación era un reflejo del pensamiento y de las opiniones de su dueño.

Gracias a adelantos tecnológicos como el telégrafo, la prensa comenzó a reproducir noticias del extranjero a una velocidad antes desconocida. La “noticia”, entendida como lo “inmediato que debía conocerse” se convirtió en un elemento muy apreciado. Por esos años nació la figura del periodista-reportero, siempre en busca de las novedades.

Con la creación de *La Nación* , la prensa se modernizó y con esa modernización cambió el modo de comunicar las noticias: en vez de centrarse en las opiniones personales, esta nueva prensa comenzó a publicar notas relacionadas con la vida cotidiana de la sociedad, y también dejó espacio para grandes avisos publicitarios que mostraban, entre otras cosas, maquinaria agrícola y productos de lujo que provenían del extranjero. Claramente, era una prensa orientada a la clase alta de la sociedad, y era, también, el inicio del periodismo sensacionalista.

¿Cómo era la prensa sensacionalista de esa época? Esta pregunta es

crucial para entender el testimonio que protagoniza este capítulo. Este tipo de prensa se encargaba de presentar noticias llamativas, no exentas de escándalo, por lo general con titulares exagerados o, incluso, no del todo fieles a la verdad. Lo que se buscaba —y se busca aún hoy— en el periodismo sensacionalista es vender. Hasta entonces, Argentina había conocido un periodismo intelectual: un periódico era un medio para expresar por escrito ideas, con estilo literario. A los periodistas que cultivaban ese estilo se los denominaba publicistas. El texto de Eduarda Mansilla sobre la penitenciaría que vimos en un capítulo anterior es ejemplo de ese tipo de periodismo.

Con los adelantos tecnológicos, la llegada de información novedosa y el nacimiento del reportero, estos dos modos de hacer periodismo entraron en tensión. En este capítulo compartiremos una nota de opinión que Eduarda Mansilla, detractora del periodismo sensacionalista, publicó en el diario *El Nacional* en enero de 1881.

Imitemos lo bueno y no lo malo

Como dijimos, Eduarda Mansilla fue una escritora argentina, entre otras cosas, precursora de la literatura para niños. Eduarda pertenecía a un círculo cultural, social y político de elite: además de escritora respetada, era hija del general Lucio N. Mansilla y sobrina de Juan Manuel de Rosas, ya que doña Agustina, la hermana menor de Rosas, fue su madre.

Colaboradora de varios periódicos, Eduarda Mansilla tenía un público propio, que seguía sus columnas y daba importancia a sus opiniones. Sus columnas se caracterizaban por cierta altura intelectual y cultural, y cualquiera que fuera el tema tratado, siempre respetaba las normas de buen gusto de la época. Este era uno de los motivos por los que su público la seguía con tanta fidelidad.

A continuación, la opinión de Eduarda Mansilla sobre la prensa de finales del siglo XIX.

¿En dónde empieza, en dónde acaba el dominio del público? Tal pregunta me asaltó ayer, al leer muy de paso y con la menor detención posible, lo confieso, los detalles crudísimos que trae un diario de la mañana sobre el desdichado cuerpo de la que fue al señora Calviño.

Al ver la minuciosidad atroz, horrenda, con que el reporter, a quien no culpo ciertamente, pues esa es falta que va haciéndose general en muchas partes del mundo, ha desempeñado su cruel misión, un sentimiento de horror, de humanidad, de pudor ofendido se apoderó de mí. ¿Cómo? Exclamé, no le basta a esa mujer haber sido quizá víctima de un crimen, haber sucumbido presa de atroces sufrimientos, es menester que su pobre cadáver violado por el ojo del curioso, del público indiferente, que horrorizado, quizá un momento exclamará. "Es espantoso!" sea destrozado, analizado, detallado fríamente hasta describir aquello que mi pluma no puede mentar y que mi memoria quisiera olvidar. Horror!

Mañana porque a un quidam cualquiera se le ocurra suponer, inventar un envenenamiento practicando sobre este o aquel individuo,

será forzoso que la madre abandone el cadáver de su hija a la avidez curiosa del público, que el esposo entregue la mitad de su amada, para que so pretexto de ciencia, aquel cuerpo adorado que fue su encanto, que celoso, enamorado, ocultaba a los ojos de todos, sea revisado, detallado sin piedad como pasto a la pública curiosidad, como la señora Calviño. Que esa señora no tiene marido, ni hijas, que pidan en nombre del pudor, de la caridad, secreto y discreción para ese pobre cuerpo mutilado.

No la ciencia, la moral pública no han menester de esa exhibición horrenda, de esa carnicería vergonzosa, de esa publicidad impúdica, que hace alarde de aquello que en casos análogos debe ser exclusivamente de dominio del sabio.

¿Qué se pretende buscar en esas vísceras inertes? Las trazas del veneno. ¿Y con qué objeto? Con el de castigar un crimen, si crimen hay; o evitar por el estudio de los rastros que el mal debió dejar, cunda y se propague un germen mórbido, que puede ser fatal a muchos? El propósito no puede más laudable, justo. Pero el medio que para él se emplea es bárbaro, yo lo rechazo.

En provecho de muchos no debe sacrificarse a nadie, sobre todo inútilmente.

Busquen los médicos, estudien, analicen cuanto les sea dable ese cuerpo que la muerte no ha puesto al abrigo del sufrimiento es triste necesidad; lo reconozco.

Deseo que esas entrañas desgarradas, ese cráneo que el escalpelo escudriña con una mira caritativa, no sean luego enseñados sin piedad al público indiferente cual lo hiciera triunfante un prestidigitador exclamando "no nada ni adentro ni afuera!" Espantoso! Se trata de un ser humano, que sintió, que pensó, que fue amado, de una mujer cuyo seno fecundado nacieron otros seres pensantes, amantes. Madres, hijas, esposas, no os sobrecoge invencible horror, al pensar que tal cosa pudiera suceder o a vosotras o a alguna prenda de nuestro corazón?

No, la ciencia pontifica que tal debe ser la verdadera ciencia, no se aprende ni se practica en la plaza pública como la elocuencia entre los atenienses, sino en el recogimiento del gabinete anatómico, de la vasta pero silenciosa sala de disección. La ciencia como el buzo atrevido se

sumerge solitaria recogida en los abismos profundos y viene luego con su perla sobre la superficie a ostentar su tesoro, a la clara luz del sol.

El diarismo, la publicidad de los tiempos modernos, ese gran moderador de la moral política, ese árbitro supremo de todo cuanto toca los intereses tangibles de los pueblos, no está llamada y no lo será nunca a pronunciarse en materias científicas.

La ciencia supone grandes estudios, gran preparación y ésta se halla solo al alcance de pocos. Odi profanun vulgo.

El dominio del vulgo, del público empieza precisamente donde se acaba el de la ciencia. Los médicos estudian un caso de medicina legal como el que da motivo a estas líneas, lo hacen, deben hacerlo privadamente entre ellos, una vez el estudio terminado presentan su dictamen a quien corresponde, para los fines morales y sociales que motivaron la investigación, es entonces, solo entonces que empieza recién la acción de la prensa a ser competente y esto con todas las reservas necesarias, según la mayor o menor complicidad del caso.

Esta opinión con otros desenvolvimientos mayores, respecto a la acción de la justicia en las causas criminales, la he visto tratar con atención en Francia, alegando que la publicidad excesiva y prematura tiende con frecuencia a paralizar y aun torcer los resortes judiciales.

Se me objetará de seguro que en Francia y en Inglaterra los diarios están plagados de detalles espantosos. No lo niego y solo respondo sencillamente: imitemos lo bueno y no lo malo.

No faltará quien me tache de sentimentalismo exagerado quizá, llegando hasta pretender que hago la guerra a la ciencia. Fuera injusticia: nadie ama más la ciencia, nadie la respeta más que yo, que sé cuán errados andan aquellos que creen haber resuelto todo con la palabra materialista. Materialistas, positivistas conozco yo que no se atreverían a destrozar inútilmente ni el ala de una mosca; en la cual ven y admiran el gran conjunto de leyes armónicas que preside a todo lo creado, respetando, acatando esas aspiraciones elevadas, sublimes que son el ideal de toda naturaleza superior.

Con descripciones brutales, groseras, repugnantes se hieren las fibras más puras, delicadas de la fracción femenina de la sociedad. Ténganse en cuenta que el diarismo vive precisamente del sufragio universal, ese

soberano absoluto del siglo XIX constituido en gran parte de América por las mujeres. Suprímanse los horrores inútiles y se habrá dado siempre un paso más en el camino de la civilización, dejando a la ciencia trazarse su camino, lento, silencioso, pero seguro, separada del reportismo brillante, ligero, efímero, flor de un día. Aquello a que aspiro para mi país con todas las veras de mi alma, es a ver elevarse siempre en él su nivel moral, intelectual y social, ya se trate de simples modas, usos, cuestiones literarias o análisis anatómicos. Que en otras partes se cometan faltas es cosa de que no me preocupo sino con la mira de que no incurramos en ellas nosotros, recordando el dicho de la gran trágica francesa a quien alguien decía alguna vez: "Que puede Vd. admirar en esa mala actriz de provincia a quien no cesa Vd. de mirar con el anteojo?". "Yo, respondió Rachel, no admiro, solo observo, aprendo; y me repito, me guardaré bien de caer en tales errores que son feos feísimos.

Eduarda

Enero 15

Publicado en El Nacional el sábado 15 de enero de 1881 [13]

El periodismo que hacía Eduarda Mansilla era refinado, intelectual, de buen gusto. Trataba temas relacionados con la cultura y las artes. Su público la seguía y la respetaba por eso. En esta nota de opinión, deja en evidencia su mirada sobre el periodismo sensacionalista que estaba surgiendo.

Al ver la minuciosidad atroz, horrenda, con que el reporter, a quien no culpo ciertamente, pues esa es falta que va haciéndose general en muchas partes del mundo, ha desempeñado su cruel misión, un sentimiento de horror, de humanidad, de pudor ofendido se apoderó de mí. ¿Cómo? Exclamé, no le basta a esa mujer haber sido quizá víctima de un crimen, haber sucumbido presa de atroces sufrimientos, es menester que su pobre cadáver violado por el ojo del curioso, del público indiferente, que horrorizado, quizá un momento exclamará. "Es espantoso!" sea destrozado, analizado, detallado fríamente hasta describir aquello que mi pluma no puede mentar y que mi memoria

quisiera olvidar. Horror!

Como dijimos, había nacido un nuevo tipo de periodista distinto del publicista, ese "reporter" que se ocupa de "una cruel misión". Eduarda Mansilla se horroriza ante el tratamiento mediático que se le dio a la muerte de una mujer, y resalta que a la difunta "no le basta haber sido quizá víctima de un crimen": el periódico, al describir con minuciosidad los detalles de la muerte, la veja por segunda vez.

> *Mañana porque a un quidam cualquiera se le ocurra suponer, inventar un envenenamiento practicando sobre este o aquel individuo, será forzoso que la madre abandone el cadáver de su hija a la avidez curiosa del público, que el esposo entregue la mitad de su amada, para que so pretexto de ciencia, aquel cuerpo adorado que fue su encanto, que celoso, enamorado, ocultaba a los ojos de todos, sea revisado, detallado sin piedad como pasto a la pública curiosidad, como la señora Calviño. Que esa señora no tiene marido, ni hijas, que pidan en nombre del pudor, de la caridad, secreto y discreción para ese pobre cuerpo mutilado.*
>
> *No la ciencia, la moral pública no han menester de esa exhibición horrenda, de esa carnicería vergonzosa, de esa publicidad impúdica, que hace alarde de aquello que en casos análogos debe ser exclusivamente de dominio del sabio.*
>
> *¿Qué se pretende buscar en esas vísceras inertes? Las trazas del veneno. ¿Y con qué objeto? Con el de castigar un crimen, si crimen hay; o evitar por el estudio de los rastros que el mal debió dejar, cunda y se propague un germen mórbido, que puede ser fatal a muchos? El propósito no puede más laudable, justo. Pero el medio que para él se emplea es bárbaro, yo lo rechazo.*
>
> *En provecho de muchos no debe sacrificarse a nadie, sobre todo inútilmente.*

La nota de Eduarda Mansilla pone el foco en la importancia de mantener cierto nivel de pudor, de intimidad. Esto nos lleva, indirectamente, a repasar lo que ocurría apenas unas décadas atrás

con el cuerpo de la mujer. Como mencionamos en los volúmenes anteriores de *La historia argentina contada por mujeres* , el cuerpo femenino y todos sus asuntos debían estar rodeados de silencio. El cuerpo de la mujer, su desarrollo, su sexualidad, su estética, los eventuales embarazos y partos, incluso la muerte, debían permanecer en el ámbito privado, adentro de la casa. El sensacionalismo quiebra ese silencio, y lo hace en referencia a un cuerpo asesinado, unas "vísceras inertes", unas "entrañas desgarradas".

> *Busquen los médicos, estudien, analicen cuanto les sea dable ese cuerpo que la muerte no ha puesto al abrigo del sufrimiento es triste necesidad; lo reconozco.*
>
> *Deseo que esas entrañas desgarradas, ese cráneo que el escalpelo escudriña con una mira caritativa, no sean luego enseñados sin piedad al público indiferente cual lo hiciera triunfante un prestidigitador exclamando "no nada ni adentro ni afuera!" Espantoso! Se trata de un ser humano, que sintió, que pensó, que fue amado, de una mujer cuyo seno fecundado nacieron otros seres pensantes, amantes. Madres, hijas, esposas, no os sobrecoge invencible horror, al pensar que tal cosa pudiera suceder o a vosotras o a alguna prenda de nuestro corazón?*
>
> *No, la ciencia pontifica que tal debe ser la verdadera ciencia, no se aprende ni se practica en la plaza pública como la elocuencia entre los atenienses, sino en el recogimiento del gabinete anatómico, de la vasta pero silenciosa sala de disección. La ciencia como el buzo atrevido se sumerge solitaria recogida en los abismos profundos y viene luego con su perla sobre la superficie a ostentar su tesoro, a la clara luz del sol.*

En este fragmento, Eduarda Mansilla reclama que la ciencia no se corrompa. Pide que los médicos analicen el cuerpo de la víctima sin que ese análisis sea motivo de conversación del público. Mansilla separa el conocimiento popular del conocimiento científico, y sostiene que la muerte de una persona debía ser analizada por este último.

> *El diarismo, la publicidad de los tiempos modernos, ese gran moderador de la moral política, ese árbitro supremo de todo cuanto toca*

los intereses tangibles de los pueblos, no está llamada y no lo será nunca a pronunciarse en materias científicas.

La ciencia supone grandes estudios, gran preparación y ésta se halla solo al alcance de pocos. Odi profanun vulgo.

El dominio del vulgo, del público empieza precisamente donde se acaba el de la ciencia. Los médicos estudian un caso de medicina legal como el que da motivo a estas líneas, lo hacen, deben hacerlo privadamente entre ellos, una vez el estudio terminado presentan su dictamen a quien corresponde, para los fines morales y sociales que motivaron la investigación, es entonces, solo entonces que empieza recién la acción de la prensa a ser competente y esto con todas las reservas necesarias, según la mayor o menor complicidad del caso...

En el último párrafo Mansilla critica, de manera directa, a la prensa sensacionalista. Pide a los periodistas que sean serios y competentes. Este reproche, este reto, resulta interesante y valioso por dos motivos: primero, porque la propia Eduarda Mansilla era parte del periodismo de la época, y segundo, porque era una de las pocas mujeres que se encontraban firmes y seguras en esa posición. Basta recordar los capítulos sobre el inicio del periodismo femenino que tratamos en el segundo volumen de esta colección: sus protagonistas —Rosa Guerra, Juana Manso, Petrona Rosende de Sierra— fundaron publicaciones que no contaron con ningún tipo de mecenazgo, que por ese y otros motivos tuvieron escasa duración en el tiempo y que las habían convertido en objeto de burlas y desprecios. Pocas décadas median entre esas publicaciones menospreciadas y esta columna de la respetada Eduarda Mansilla. El hecho de que ella alce la voz para reprocharle al periodismo que no estaba siendo serio —y que su reproche sea publicado en un periódico tan importante como *El Nacional* — indica que su voz era respetada y escuchada.

Esta opinión con otros desenvolvimientos mayores, respecto a la acción de la justicia en las causas criminales, la he visto tratar con atención en Francia, alegando que la publicidad excesiva y prematura tiende con frecuencia a paralizar y aun torcer los resortes judiciales.

Se me objetará de seguro que en Francia y en Inglaterra los diarios están plagados de detalles espantosos. No lo niego y solo respondo sencillamente: imitemos lo bueno y no lo malo.

No faltará quien me tache de sentimentalismo exagerado quizá, llegando hasta pretender que hago la guerra a la ciencia. Fuera injusticia: nadie ama más la ciencia, nadie la respeta más que yo, que sé cuán errados andan aquellos que creen haber resuelto todo con la palabra materialista. Materialistas, positivistas conozco yo que no se atreverían a destrozar inútilmente ni el ala de una mosca; en la cual ven y admiran el gran conjunto de leyes armónicas que preside a todo lo creado, respetando, acatando esas aspiraciones elevadas, sublimes que son el ideal de toda naturaleza superior.

En la construcción de este nuevo periodismo sensacionalista se tomó como ejemplo a la prensa de Francia e Inglaterra. Eduarda Mansilla, siendo ella misma parte de esa predilección de la época por todo lo que fuera francés o inglés, señala que no era necesario adoptar todo: "imitemos lo bueno y no lo malo". Que los periódicos extranjeros estuvieran "plagados de detalles espantosos" no significa que la versión argentina deba ser igual.

La nota de opinión contiene un argumento novedoso para la época, esto es, que las mujeres eran parte de la sociedad a la que van dirigidas esas noticias:

Con descripciones brutales, groseras, repugnantes se hieren las fibras más puras, delicadas de la fracción femenina de la sociedad. Ténganse en cuenta que el diarismo vive precisamente del sufragio universal, ese soberano absoluto del siglo XIX constituido en gran parte de América por las mujeres. Suprímanse los horrores inútiles y se habrá dado siempre un paso más en el camino de la civilización, dejando a la ciencia trazarse su camino, lento, silencioso, pero seguro, separada del reportismo brillante, ligero, efímero, flor de un día. Aquello a que aspiro para mi país con todas las veras de mi alma, es a ver elevarse siempre en él su nivel moral, intelectual y social, ya se trate de simples modas, usos, cuestiones literarias o análisis anatómicos.

Este final funciona como una advertencia: si van a continuar con "descripciones brutales, groseras, repugnantes" tengan en cuenta que gran parte de la sociedad está constituida por mujeres, y que las mujeres, de acuerdo con la periodista, no quieren ser partícipes de ese tipo de periodismo. Tal vez gran parte de las mujeres lectoras de periódicos de esa época disfrutaban de los detalles brutales y groseros. Pero Eduarda Mansilla considera que las mujeres eran seres puros y delicados que no debían corromperse con este tipo de lecturas. Su opinión refleja el tipo de pensamiento de la sociedad patriarcal en la que vivía.

El artículo de Mansilla nos señala una tensión interesante dentro del periodismo de fines del siglo XIX. Lejos de ser silenciosa, era una discusión que se planteaba dentro de los mismos periódicos. Siendo Mansilla una periodista destacada y reconocida por el público, su voz podía hacerse escuchar en uno de los periódicos más importantes de Buenos Aires.

13 . Guidotti, Marina (ed.), *Escritos periodísticos completos. Eduarda Mansilla de García (1860-1892)*, Corregidor, Buenos Aires, 2015, pp. 426-428.

13

"... súbdita-autómata esclava"

El Código Civil de Vélez Sarsfield

Como mencionamos en varios capítulos, la República Argentina fue construida a través de un lento proceso de creación de instituciones estatales a nivel nacional. Instituciones que ejercieran el poder en nombre de "la nación", creadas desde cero o a partir de elementos provinciales, sobre todo en Buenos Aires, pero siempre diferenciándose de ellos. La nación era una entidad superior a las provincias y en función de esa idea debían constituirse las instituciones que las representaban.

Las presidencias de Bartolomé Mitre, Domingo Faustino Sarmiento y Nicolás Avellaneda se caracterizaron por una profunda centralización destinada a concentrar el poder en las instituciones estatales nacionales. Durante la presidencia de Mitre se llevó adelante una tarea legislativa importante: en 1864 se encargó a Dalmacio Vélez Sarsfield la redacción de un Código Civil que pudiera ponerse en vigor a nivel nacional. La tarea demandó más de cuatro años a Vélez Sarsfield y a sus ayudantes, Victorino de la Plaza —futuro vicepresidente del país —, Eduardo Díaz de Vivar, y Aurelia Vélez Sarsfield, hija de Dalmacio.

El abogado cordobés Dalmacio Vélez Sarsfield, además de fundador del periódico *El Nacional* —donde Eduarda Mansilla publicaba sus artículos— y docente de la Universidad de Buenos Aires, fue ministro del interior durante la presidencia de Sarmiento. La tarea de

codificación de leyes no era nueva para él: ya había redactado el Código de Comercio de la provincia de Buenos Aires, que luego sería utilizado como base para el Código de Comercio de la República Argentina.

Nos detenemos especialmente en el Código Civil porque uno de sus artículos, el número 55, tendría consecuencias sobre la vida de las mujeres. El artículo 55 del código se basaba en los mismos preceptos del Código Napoleónico y del derecho romano: la mujer casada era una incapaz de hecho y debía estar sujeta a su marido. La importancia del código —finalizado en 1869, puesto en vigor en 1871, durante la presidencia de Sarmiento— radica en haber puesto esta idea por escrito y hacer que se aplicara a todo el país: en todas las provincias, en todas las ciudades y pueblos la mujer casada se volvió una "menor adulta", sin derechos sobre sus bienes ni sus hijos, ni siquiera sobre ella misma. Solo cuando se convertía en viuda la mujer podía obtenía derechos sobre sus hijos y sus propiedades.

Esta imposición del Código Civil afectaba a todas las mujeres argentinas sin que ellas hubiesen tenido alguna decisión a ese respecto, ya que ni siquiera tenían la capacidad de elegir a sus representantes. Iba, además, en contra de ideas de las mujeres escritoras y periodistas que, desde mediados del siglo XIX, peleaban por la emancipación de la mujer. Hemos visto que desde diferentes periódicos se hablaba de la emancipación femenina a través de la educación como un futuro posible o un ideal a seguir. Pero las disposiciones del código y su vigencia hicieron que estas mujeres no solo siguieran difundiendo sus ideas de emancipación y educación. También, de alguna manera, fueron el germen que las impulsó a defender sus derechos civiles, los que finalmente obtuvieron en el siglo XX. [14]

Para las mujeres casadas —el estado civil de la mayoría de las periodistas y escritoras— no era sencillo protestar contra el Código Civil porque con las nuevas disposiciones era potestad del marido permitir que lo hicieran. Una de las mujeres que se atrevió fue Josefina Pelliza, escritora entrerriana que fue una de las primeras poetas argentinas. Nacida en 1848, era hija del coronel José María

Pelliza y de Virginia Pueyrredón —hija de Juan Martín de Pueyrredón — y hermana de Amalia Pelliza, mujer que sufriría en carne propia las consecuencias del nuevo código civil.

Hacemos un breve paréntesis para hablar del matrimonio entre Amalia Pelliza y el doctor Carlos Durand. Se casaron en 1865, Amalia tenía quince años y Durand cuarenta y tres. Durand era médico y había ejercido cargos en el Congreso pero después de casarse había abandonado la vida social y se había recluido con su familia. A su esposa no se le permitía salir de la casa y solo podía observar lo que ocurría afuera a través de una ventana. En el año 1900 Amalia se fugó de su casa y presentó los trámites de divorcio (una mujer podía hacerlo si consideraba que su vida estaba en peligro). El pedido fue denegado y Durand la desheredó, un derecho que le otorgaba el Código Civil. Amalia Pelliza solo obtendría parte de sus bienes gananciales a la muerte de Durand, en 1904. El resto de la fortuna fue donada por su marido para la construcción del hospital que hoy lleva su nombre. Esas eran las consecuencias posibles del Código Civil redactado por Vélez Sarsfield. Una mujer casada quedaba en condiciones de inferioridad jurídica frente a su marido y poco podía hacer para salir de su situación si así lo deseaba.

La hermana de Amalia, Josefina Pelliza, se casó con Félix Sagasta Guerrico y vivió en Buenos Aires. Los testigos de su matrimonio, realizado en 1867, fueron Justo José de Urquiza y su esposa, Dolores Costa de Urquiza. No existen muchos datos sobre la vida de Josefina pero se sabe que escribió tres novelas, un volumen que reunía sus conferencias —comentamos un fragmento en este capítulo— y tres libros de poemas. Sus artículos también aparecieron en revistas como *Parnaso poético* y *La Alborada del Plata* , esta última que había dirigido junto a Juana Manuela Gorriti.

Josefina Pelliza fue una de esas mujeres que —si bien acotada por la tensión entre la emancipación de la mujer, su capacidad de procrear, los derechos civiles y los derechos políticos— pudo hablar sobre el Código Civil y la emancipación de la mujer.

A continuación transcribimos fragmentos de *El libro de las madres* :

El libro de las madres (1885)
(Fragmentos)

La mujer enaltecida por medio de la instrucción sólida no podrá ser nunca inferior al hombre; sabrá tanto como él. Dejará la hipocresía, esa falsedad culpable, que no es en ella un vicio de la naturaleza, sino una consecuencia de esa poca estimación con que se sabe cuenta en el espíritu del hombre. Dejará de ser considerada un ser ilógico, para constituirse en entidad, aprendiendo la ciencia, no como medio un profesional, sino como un medio de obtener el desarrollo de sus facultades intelectuales, paralizadas en la inercia de la ignorancia.

La mujer así instruida quedará libertada de la injusticia que hoy pesa sobre ella; quedará a los ojos del amo rehabilitada y en posesión de sí misma. Solo así podrá ascender la escala donde ve brillar sus derechos y sus deberes, aparejados, unidos, buscando y alcanzando por medio de esa palanca de fuerza, la ilustración, la emancipación moral, que todo ser inteligente debe disfrutar.

De esa actitud en la mujer surgirá la participación en el manejo de sus bienes, participación de que hoy se ve despojada por su propia inferioridad. Las leyes, seguras estamos, serán dulcificadas en su favor y llegará el día en que los legisladores fijen sobre las páginas de nuestro Código reformado, al reformar los derechos que nivelan al hombre con la mujer, una ley hermosa de reciprocidad, dando a entrambos cónyuges, al unir dos fortunas y dos almas, un mismo derecho administrativo, una ley de confianza mutua y salvadora de los bienes comunes, que resguarde a los hijos y garanta el porvenir, muchas veces perdido en la disipación de una vida gastada en desórdenes.

Esta ley de confianza mutua, como la hemos llamado con suma propiedad, reportaría más de una ventaja. Daría ante todo su verdadera posición a la mujer, de ser automático y perfectamente consciente, le asignaría su lugar en la familia, donde solo cosecha y carga resignada deberes grandes y profundamente dolorosos, con la negación de todo derecho, despojada hasta de aquellos que Dios le dio como cosa suya, exclusivamente suya: los hijos. El derecho sagrado sobre los hijos que llevó en sus entrañas, la enaltecería ante los ojos de la familia, de la

sociedad, dándole una autonomía moral y una individualidad de que carece.

Esa ley salvaría en muchos casos los intereses en peligro por la disipación del esposo, ya en el juego, ya en el galanteo; intereses casi siempre de menores que el padre deja a veces reducidos a la miseria, porque la madre débil y sin derechos, se dejó despojar en su carácter de súbdita-autómata esclava.

Pudiendo la madre administrar sus bienes ni trabas ni dependencias, la fortuna de sus hijos estaría asegurada y libre de la ruina en que se envuelven tantas familias. (...)

Esta ley que quisiéramos ver efectiva para la mujer en vida del marido, está en vigencia tratándose de la soltera mayor de edad y de la viuda: ambas reintegradas en sus derechos las coloca la ley de nuestro Código en igual condición al hombre. Ambas pueden percibir, administrar, ser tutoras y curadoras legales, así como autorizar con su firma todo género de negocios y contratos, siempre que sean hábiles por sus condiciones de fortuna y capacidad legal. Entonces, y solo por olvido punible, la mujer esposa, la madre muchas veces de edad avanzada, es la única que está despojada de todo y en calidad de servidora obligada a la maternidad, condenada en su santa resignación a dar la vida, ella la que padece, la que sufre y ama, sin un derecho, sin más prerrogativas que las del perro. (...)

Queremos la mujer rehabilitada no emancipada; esto es: dependiente del hombre pero no envilecida por él; compañera, no sierva...

No la queremos en la vida pública; ella es más bella en la vida privada, al abrigo del hogar, ajena a las turbulencias de la actividad comercial, de los procedimientos en derecho, y hasta de la medicina.

Mujer más que todo: es decir, madre y esposa.

Solo pedimos para ella la ley sublime y justa de la equidad.

Esto es, cierta igualdad de derechos que la habiliten para ejercer su autoridad...

¿Qué haría la mujer inmiscuida en los negocios del Estado, en las corrientes impuras de la política? ¿Cómo desempeñaría su cargo cualquiera sujeta como está a las pruebas de la maternidad? –siempre delicada y enferma, como la ha llamado Michelet?

No son esas las funciones que debe y puede desempeñar. Su índole, su naturaleza, se lo prohíben…

Su papel está asignado. El derecho político es una idea imposible de llevarse a cabo, mientras que el derecho civil es una gran cuestión que alcanzará su condición y le dará importancia. [15]

En este texto de Josefina Pelliza podemos ver que el Código Civil afectaba a las mujeres y las llevaba a reflexionar sobre su posición en la sociedad civil y dentro de la familia. Comienza con una reflexión sobre la educación de la mujer que nos resulta familiar porque ya la hemos tratado varias veces en esta colección:

La mujer enaltecida por medio de la instrucción sólida no podrá ser nunca inferior al hombre; sabrá tanto como él. Dejará la hipocresía, esa falsedad culpable, que no es en ella un vicio de la naturaleza, sino una consecuencia de esa poca estimación con que se sabe cuenta en el espíritu del hombre. Dejará de ser considerada un ser ilógico, para constituirse en entidad, aprendiendo la ciencia, no como medio un profesional, sino como un medio de obtener el desarrollo de sus facultades intelectuales, paralizadas en la inercia de la ignorancia.

La educación como medio de igualar a la mujer con el hombre es un tema común en los textos que hemos analizado antes, pero Pelliza parte de la idea de que la mujer es inferior, lo cual le da un nuevo matiz a su reflexión. Para ella, la mujer sin educación tiene una hipocresía que es consecuencia de la subestimación por parte del hombre. Para que la mujer dejara de ser considerada un ser ilógico, dice Pelliza, servirían la educación y la ciencia, aunque no como profesión. Es un párrafo complejo que muestra la limitación de su pensamiento: parte de una desigualdad que es producto de una percepción, desigualdad que podía eliminarse a través de la educación y el conocimiento científico pero sin que éste se transformara en profesión. La misma tensión recorrerá los siguientes párrafos.

La mujer así instruida quedará libertada de la injusticia que hoy pesa

sobre ella; quedará a los ojos del amo rehabilitada y en posesión de sí misma. Solo así podrá ascender la escala donde ve brillar sus derechos y sus deberes, aparejados, unidos, buscando y alcanzando por medio de esa palanca de fuerza, la ilustración, la emancipación moral, que todo ser inteligente debe disfrutar.

El núcleo del texto de Josefina Pelliza es "la injusticia que hoy pesa sobre ella": la mujer no tiene patria potestad sobre sus hijos ni puede disponer de sus bienes. Vemos de nuevo la tensión que mencionábamos antes cuando dice "quedará a los ojos del amo rehabilitada y en posesión de sí misma" y si bien creemos que la palabra "amo" aparece de manera irónica, no podemos pasar por alto que para ella la mujer sigue estando en un nivel de desigualdad básica ante el hombre que solo podría ser nivelado a través de la ilustración, esa "palanca de fuerza" que la llevaría a la emancipación moral.

Es decir que Pelliza acepta la acusación de "hipocresía" y "falsedad culpable" y es por eso que la emancipación de la mujer es "moral", porque no considera que la hipocresía y la falsedad estuvieran en la naturaleza de la mujer, sino que eran producto de la forma en que se veía a sí misma, y podía revertirse a través de la educación. Podemos decir que para Pelliza la inferioridad de la mujer está dada por cuestiones culturales y que, por esa razón, puede ser transformada.

De esa actitud en la mujer surgirá la participación en el manejo de sus bienes, participación de que hoy se ve despojada por su propia inferioridad. Las leyes, seguras estamos, serán dulcificadas en su favor y llegará el día en que los legisladores fijen sobre las páginas de nuestro Código reformado, al reformar los derechos que nivelan al hombre con la mujer, una ley hermosa de reciprocidad, dando a entrambos cónyuges, al unir dos fortunas y dos almas, un mismo derecho administrativo, una ley de confianza mutua y salvadora de los bienes comunes, que resguarde a los hijos y garanta el porvenir, muchas veces perdido en la disipación de una vida gastada en desórdenes.

Uno de los temas que interesa a la autora es el control de los bienes,

que no tenían las mujeres casadas, a diferencia de las mujeres solteras y las mujeres viudas. Ella sostiene que es la propia inferioridad la que despoja a la mujer del control de sus bienes y espera que las leyes sean "dulcificadas" y que algún día el Código sea reformado en favor de la mujer. Apenas desliza un tema que debía ser un problema real: si los bienes de la mujer quedaban bajo control del marido, podían ser completamente enajenados por él sin consulta ni permiso y sin que ella pudiera hacer algo para detenerlo. Un hombre podía endeudar por completo a su familia y dejar a sus hijos sin su herencia. O, como en el caso de su hermana Amelia, podía privar a su esposa de sus libertades más básicas, como la de salir de su casa.

Lo que Josefina Pelliza en definitiva pide, de manera muy dulcificada —para usar sus propios términos— es una ley de "hermosa reciprocidad", una reforma del Código para que las mujeres pudieran disponer de sus propios bienes en casos como los de su propia hermana.

En el párrafo siguiente logra definir sus objetivos de manera consciente:

> *Esta ley de confianza mutua, como la hemos llamado con suma propiedad, reportaría más de una ventaja. Daría ante todo su verdadera posición a la mujer, de ser automático y perfectamente consciente, le asignaría su lugar en la familia, donde solo cosecha y carga resignada deberes grandes y profundamente dolorosos, con la negación de todo derecho, despojada hasta de aquellos que Dios le dio como cosa suya, exclusivamente suya: los hijos. El derecho sagrado sobre los hijos que llevó en sus entrañas, la enaltecería ante los ojos de la familia, de la sociedad, dándole una autonomía moral y una individualidad de que carece.*

Pelliza abogaba por la autonomía de la mujer dentro del contrato matrimonial —que el Código eliminaba—, para que ocupara un lugar dentro de la propia familia, convertida en sujeto de derecho —diríamos hoy— sobre sus bienes y sus hijos. De esta manera, la reforma del Código le daría una "autonomía moral" y "una

individualidad” de la que carecía.

El Código reforzaba en cambio a la sociedad patriarcal situando debajo del jefe de familia —el hombre— a los demás miembros de grupo familiar con sus bienes. Su esposa quedaba sometida por completo a su voluntad:

> *Esa ley salvaría en muchos casos los intereses en peligro por la disipación del esposo, ya en el juego, ya en el galanteo; intereses casi siempre de menores que el padre deja a veces reducidos a la miseria, porque la madre débil y sin derechos, se dejó despojar en su carácter de súbdita-autómata esclava.*

La caracterización de la mujer casada como “súbdita-autómata esclava” que hace Pelliza es fuerte y es su reclamo más radical dentro del texto. El Código Civil sometía a la mujer casada a un estado que ni las solteras ni las viudas poseían:

> *Esta ley que quisiéramos ver efectiva para la mujer en vida del marido, está en vigencia tratándose de la soltera mayor de edad y de la viuda: ambas reintegradas en sus derechos las coloca la ley de nuestro Código en igual condición al hombre. Ambas pueden percibir, administrar, ser tutoras y curadoras legales, así como autorizar con su firma todo género de negocios y contratos, siempre que sean hábiles por sus condiciones de fortuna y capacidad legal. Entonces, y solo por olvido punible, la mujer esposa, la madre muchas veces de edad avanzada, es la única que está despojada de todo y en calidad de servidora obligada a la maternidad, condenada en su santa resignación a dar la vida, ella la que padece, la que sufre y ama, sin un derecho, sin más prerrogativas que las del perro.*

El párrafo plantea una contradicción social: aunque el matrimonio seguía siendo el ideal en la vida de la mujer, en el plano jurídico tenía más libertades una mujer soltera o una mujer viuda. En la práctica, la mayoría de las mujeres solteras se casaban antes de cumplir la mayoría de edad, obligadas por sus padres a contraer matrimonio. La

viudez era el estado en el que la mujer podía alcanzar una plena autonomía —al menos en teoría—, mientras que la mujer casada y con hijos estaba sometida a la autoridad y la voluntad de su marido y a padecer lo que le tocara en suerte. El texto señala uno de los principales límites que tendría el siglo XIX —y gran parte del XX— a la hora de tratar el problema de la mujer, cuando dice: “en calidad de servidora obligada a la maternidad”. Maternidad y mujer venían de la mano. Los métodos anticonceptivos eran conocidos pero no siempre usados y, con frecuencia, ineficaces. En el matrimonio —salvo en casos de infertilidad— la vida de la mujer consistía en procrear. Y de nuevo vemos una tensión entre ese “deber sagrado” que Josefina Pelliza mencionaba antes y la “servidora obligada” que “sufre y ama” sin derechos civiles.

La tensión se hace mucho más evidente en el párrafo siguiente:

> *Queremos la mujer rehabilitada no emancipada; esto es: dependiente del hombre pero no envilecida por él; compañera, no sierva...*
>
> *No la queremos en la vida pública; ella es más bella en la vida privada, al abrigo del hogar, ajena a las turbulencias de la actividad comercial, de los procedimientos en derecho, y hasta de la medicina.*
>
> *Mujer más que todo: es decir, madre y esposa.*
>
> *Solo pedimos para ella la ley sublime y justa de la equidad.*

La vida privada es el terreno que Josefina Pelliza defiende para la mujer, a pesar de ser el mismo terreno que la convierte en una servidora obligada a ser madre. Aunque el Código se reformara —lo que no sucedió hasta 1926—, la maternidad era el destino de la mujer casada.

Pelliza promovía la educación de la mujer para subsanar esa desigualdad que ella creía cultural y emocional. Pero la educación no debía llevarla por los caminos del comercio, el derecho o la medicina, ámbitos “turbulentos” de la vida pública y, por tanto, del hombre. ¿Por qué no eran ámbitos adecuados para una mujer? Precisamente por su “naturaleza”:

Esto es, cierta igualdad de derechos que la habiliten para ejercer su autoridad...

¿Qué haría la mujer inmiscuida en los negocios del Estado, en las corrientes impuras de la política? ¿Cómo desempeñaría su cargo cualquiera sujeta como está a las pruebas de la maternidad? -siempre delicada y enferma, como la ha llamado Michelet?

Ya hemos hablado en esta colección sobre lo que implicaba para una mujer el embarazo y el parto. Las prácticas anticonceptivas conocidas no se utilizaban —tal vez porque no se deseaba controlar la natalidad— o eran poco efectivas, de modo que las mujeres seguían teniendo muchos embarazos a lo largo de su vida fértil, con el riesgo que eso implicaba para su vida, sobre todo en el momento del parto, a pesar de que los conocimientos sobre higiene habían avanzado mucho. Por eso, “las pruebas de la maternidad” hacían imposible que una mujer pudiera intervenir en la esfera pública:

No son esas las funciones que debe y puede desempeñar. Su índole, su naturaleza, se lo prohíben...

Su papel está asignado. El derecho político es una idea imposible de llevarse a cabo, mientras que el derecho civil es una gran cuestión que alcanzará su condición y le dará importancia.

El papel de la mujer estaba asignado por la naturaleza: debía ser madre. La esfera pública iba en contra de la función femenina, nos dice Josefina. Sin embargo, algunas de sus contemporáneas estaban francamente en desacuerdo con estos postulados. Tenían la intención —y lo lograron— de formarse en la ciencia y de participar en la vida política, en la medida que fuera posible.

La vida de Josefina Pelliza fue corta: murió a los cuarenta años, en 1888, dejando una interesante producción de textos que supo combinar con la maternidad, pese a sus opiniones contrarias a mezclar la esfera pública y la esfera doméstica. En sus expresiones en contra del Código Civil encontramos una tensión profunda entre los derechos de la mujer, su posición dentro de la sociedad y la naturaleza del

cuerpo femenino, tensión que era parte de las ideas y de la sociedad que había dado origen a ese Código y que también daría origen a mujeres que lucharían por cambiarlo.

14 . Dado que excede la cronología de esta colección, indicaremos brevemente que recién en 1926 la Ley de Derechos Civiles de la Mujer habilitaría a la mujer como sujeto de plena capacidad civil. En 1947 las mujeres obtendrían el derecho al sufragio. Y recién en 1985 la patria potestad de los hijos sería compartida entre el padre y la madre.

15 . Frederick, Bonnie (comp.), *La pluma y la aguja: las escritoras de la Generación del 80*, Feminaria Editora, Buenos Aires, 1993, pp. 51-69.

14
"... un todo homogéneo, como correspondía a familias pertenecientes al mismo mundo"

La elite argentina de fines del siglo XIX

Con la Generación del 80 se consolidó una elite dominante en Argentina, constituida por una red de alianzas familiares y económicas que se extendía a lo largo del país. Esta elite dirigente moldeaba al país según sus intereses económicos y también debió moldearse a sí misma en la construcción de ese dominio.

Desde mediados de la década de 1870, para diferenciarse, las familias de esta elite cambiaron sus ropas, sus comportamientos, sus hogares. Uno de los cambios más notorios fue el arquitectónico, sobre todo en la ciudad de Buenos Aires —Capital Federal desde 1880—, gracias a la activa iniciativa de su primer intendente Torcuato de Alvear. Pero basta con recorrer las actuales Córdoba, Rosario, Santa Fe, Salta y demás ciudades capitales de provincias para ver que siguieron el mismo modelo: se construyeron edificios nuevos y se demolieron los antiguos —asociados a un pasado que se quería olvidar—, se crearon avenidas, pasajes, parques, paseos, siguiendo los modelos franceses e ingleses. Se trajeron arquitectos, ingenieros, escultores y se delinearon ciudades según el modelo europeo. Europa era el punto de referencia y Argentina, con una economía creciente basada en la exportación agrícola y la llegada de contingentes de inmigrantes, se sumaba a la oleada expansiva del mundo occidental.

Los cambios en los comportamientos sociales fueron más difíciles de registrar que los cambios arquitectónicos. Los modales se refinaron,

tanto en la esfera pública como privada. La mesa se llenó de cubiertos y loza provenientes de Europa. Los vestidos se cortaban utilizando los patrones que llegaban de Francia o se compraban directamente en París. El modo de hablar, incluso, se llenó de palabras en inglés y en francés. Estaba mal visto gritar, la voz debía ser reprimida.

Mientras los inmigrantes trabajaban, la elite dirigente construyó una nueva forma de vivir basada en el ocio: quien era rico tenía la posibilidad de permanecer ocioso y así nació el turismo, gracias a la combinación de medios de transporte mucho más veloces y un nuevo modo de vida. Si para Mariquita Sánchez era toda una travesía llegar a su quinta de San Isidro en verano, a fines del siglo XIX para la elite de Buenos Aires la casa de fin de semana en las afueras se convirtió en segundo hogar.

Las verdaderas vacaciones se hacían en Mar del Plata. La zona donde se fundaría esta ciudad balnearia había sido reconocida por Juan de Garay en 1581. En ese momento estaba habitada por poblaciones originarias. En 1746 llegaron los jesuitas —pocos años antes de su expulsión de América— y fundaron tres misiones con una reducción en lo que hoy es “Laguna de los Padres”. A mitad del siglo XIX se instalaría en la zona un saladero, que propiciaría el afincamiento de sus trabajadores. El establecimiento sería comprado por Patricio Peralta Ramos en 1860 y en 1870 Pedro Luro instalaría otro saladero y también daría impulso a la agricultura en la zona. Finalmente, en 1874 el pueblo conocido como “Laguna de los Padres” sería reconocido como puerto, adquiriendo el nombre de Mar del Plata, sugerido por su fundador Patricio Peralta Ramos.

En 1886 la llegada del ferrocarril transformaría la ciudad y la convertiría en balneario privilegiado de la elite porteña. En 1888 abrió sus puertas el Bristol Hotel, que daría un nuevo impulso a la ciudad como destino turístico. De este cambio y este impulso habla Elvira Aldao en el fragmento de *Veraneos marplatenses* que analizamos en este capítulo.

La nueva elite argentina

Elvira Aldao pertenecía a una de las más prestigiosas familias rosarinas, los Aldao Cullen, con raíces en el pasado colonial, que habían tenido gran importancia durante todo el siglo XIX. Juan María Gutiérrez, de quien hablamos en el segundo volumen de esta colección, se había unido a la familia Cullen al casarse con Ana Josefa Gerónima Cullen Rodríguez del Fresno, cuya madre, Joaquina Rodríguez del Fresno se había casado en segundas nupcias con Pedro Aldao Candioti, y había dado a luz a su medio hermano, Camilo Aldao Rodríguez del Fresno, el padre de Elvira. Tal vez la relación entre ellos sea un poco intrincada, pero así funcionaban las alianzas familiares dentro y fuera de las provincias: así como en el norte del país los García Beeche se habían transformado en García Uriburu y García Pinto, según vimos en un capítulo anterior, en todo el territorio argentino unos pocos apellidos dieron lugar a alianzas familiares, sociales y económicas.

Elvira Aldao fue una escritora rosarina que dejó interesantes memorias, tanto de la vida social en Rosario y en Buenos Aires —donde había vivido— como de sus veraneos en Mar del Plata durante la década de 1880. Se había casado con Manuel Díaz, un hombre dedicado a los negocios, y con su autorización —recordemos que, de acuerdo con el Código Civil, la esposa requería el consentimiento del marido para cualquier actividad— Elvira se dedicaba a la beneficencia.

Los libros de Elvira Aldao fueron autobiográficos y de memorias. (Una de sus primas, Mercedes Cullen de Aldao, se dedicó en cambio a la novedosa tarea de publicar un libro de cocina. Como veremos más adelante, no fue el único). Elvira publicó, ya en el siglo XX, sus *Veraneos marplatenses* (1927), *Recuerdos de antaño* (1931) y *Recuerdos dispersos* (1933).

De *Veraneos marplatenses* extraemos el siguiente fragmento:

Al año siguiente, como por encantamiento, surgió el Bristol Hotel,

chalet de estilo simplísimo, pero con sus tres pisos de altura parecía de grandes proporciones en aquel espacio ilimitado y aplastó sin consideración a su vecino el chato Grand Hotel, que en ese otro año de existencia había agregado otra parte a su edificio. Estos dos hoteles han sido la base del engrandecimiento de Mar del Plata.

Con la aparición del Bristol cambió radicalmente la vida de la playa: la vida sans-façon del verano precedente. Desaparecieron las matinées y las capelinas —éstas, con sus largos velos blancos— y desapareció el baño común. Sin convenio previo, tácitamente, los sexos se separaron —cual si no quisieran que la misma onda los cobijara— formando dos grupos, divididos por un buen trecho de mar. Esta división se mantuvo varios años, y tal vez no podría fijarse la fecha en la cual se inició la vuelta a la comunidad en las aguas —como ocurrió en el primer año— para extenderla, en la época presente, sobre las rubias arenas. Cada generación tiene sus modalidades propias y las implanta considerándolas mejores que las precedentes.

También desapareció el íntimo compañerismo del año anterior. Algunas familias de las que se habían alojado en la cuartería conventual del Grand Hotel —que lo mismo puede ser convento que cuartel— desertaron al Bristol, por la ventaja del mayor confort y la atracción del centro elegante; y las que retornaron al mismo punto tuvieron que adaptarse a la transformación operada, pues en la playa se reunían a sus compañeras del primer veraneo marplatense, y habría sido imposible presentarse con el cómodo negligé de aquel próximo pasado —tan próximo que parecía extraordinario que se hubiera producido un vuelvo tan completo—.

La playa también se había transformado: las casillas, agrandadas y multiplicadas, se enfilaban al borde de la rambla de madera, cuyos trabajos se proseguían con ahínco para inaugurarla en una gran fiesta, destinada a ser el clou de la estación veraniega.

Con la rambla adquirió la playa inusitada importancia. Los numerosos veraneantes se dispersaban en ella, en pequeños grupos, y reposaban en sillones de paja o en banquetas rústicas. No habiendo aún ni un solo toldo, las sombrillas eran todavía indispensables: todas abiertas formaban techos de mezclados tonos a los varios grupos —

elegantemente ataviados, tanto las damas como los hombres, con especiales trajes de playa—.

El grupo de veraneantes del año anterior, vestidos a su antojo, sin disciplina reglamentaria, y sentados o tendidos en el colchón de doradas arenas de la playa inmensa, parecía ya un recuerdo del lejano pasado.

Y si tampoco pudo establecerse en el Bristol la intimidad de la anterior temporada, no por ello en sus reuniones dejó de reinar la más amable cordialidad. Siendo la concurrencia relativamente numerosa, era natural que las afinidades se atraparan para charlar, pero formando al mismo tiempo un todo homogéneo, como correspondía a familias pertenecientes al mismo mundo.

El grupo era selecto y la personalidad de Pellegrini se destacaba entre todos, como se destacaba su alta talla de la talla general de los hombres que lo rodeaban. Sobre estos, el prestigio político de Pellegrini ejercía un poderoso influjo, siendo entusiastas partidarios suyos el mayor número y entre los pocos que no lo eran, su talento se imponía por la sola fuerza de su irradiación; y a las damas les encantaba su savoir-faire mundano: con todas charlaba con llaneza espiritual.

El prestigio personal y político del doctor Carlos Pellegrini en Mar del Plata se mantuvo durante toda su vida: él ha sido uno de los principales factores de su sorprendente progreso; pero nunca rayó más alto que en ese verano de 1888, cuando con la inauguración del Bristol Hotel y de la rambla, se inició la vida elegante en la playa atlántica.

Pellegrini fue el factótum de todo el movimiento mundano de la temporada veraniega; él —como un derivativo a sus tareas de estadista — resolvía los paseos y las excursiones, y transmitía a todo el grupo su empuje decidor. Con esa general disposición de ánimo los paseos se efectuaban en un entrain entusiasta que no decaía ni un momento.

Los paseos cortos se realizaban a pie, por el borde del mar, hasta las piedras, y saltar entre éstas, para treparlas y descenderlas, era motivo de algazara, tan gimnásticos eran algunos de los saltos. En esos casos se necesitaban dos caballeros para ayudar a una dama: ésta apoyaba sus manos finas en las fuertes de ellos para dar el salto.

De estos paseos a pie se regresaba temprano al hotel, y se hacían en coche —en las jardineras de la época— cuando tenían carácter de

excursión: los luncheon en la gruta se repetían frecuentes. Otras veces iban al Faro; y otras, se llegaba hasta la Lobería para ver a los oscuros lobos marinos tendidos en la playa cual masas inertes.

¡Y qué deliciosos eran los almuerzos campestres bajo los sauces del arroyo Camet! Descendían los excursionistas de las jardineras y se sentaban o se tendían en el mullido pastizal mientras se preparaban las vituallas para saborearlas, ahí mismo, sobre servilletas extendidas en las gramíneas verdes y frescas. ¡Y qué animadas y bulliciosas se desenvolvían las charlas y las bromas bajo la batuta que manejaba Pellegrini con aquella su mano fuerte, que llegó a ser un símbolo en las controversias de política nacional!

Pellegrini era entonces vicepresidente de la República, pero en Mar del Plata se le consideraba como el presidente efectivo, tanto que cuando apareció en el Bristol el presidente Juárez Celman, se produjo un repentino enfriamiento, que se hizo más evidente en la primera reunión del salón, después de su llegada. Mal espíritu que pasó rápido, tal vez por obra del mismo Pellegrini, pues entre el presidente y el vice reinaba, en apariencia al menos, una gran cordialidad —manifestada en las pocas veces que se reunieron en Mar del Plata, pues Pellegrini asumió el gobierno para que Juárez Celman tomara sus vacaciones veraniegas—.

Descartado sensatamente el partidismo político del movimiento social del balneario, y siendo Juárez Celman y su distinguida familia, muy sencillos y simpáticos, contribuyeron a la animación general. Fueron elemento activo en los paseos y excursiones, y en las reuniones de salón. [16]

Como podemos observar, la misma Elvira era consciente del cambio que se estaba viviendo a fines de la década de 1880 y del que ella misma era protagonista:

Al año siguiente, como por encantamiento, surgió el Bristol Hotel, chalet de estilo simplísimo, pero con sus tres pisos de altura parecía de grandes proporciones en aquel espacio ilimitado y aplastó sin consideración a su vecino el chato Grand Hotel, que en ese otro año de existencia había agregado otra parte a su edificio. Estos dos hoteles han sido la base del engrandecimiento de Mar del Plata.

El Bristol Hotel era la renovación mientras que el Grand Hotel era “chato” y ya formaba parte de lo antiguo. El Grand Hotel se había establecido en 1881, antes de la llegada del ferrocarril al puerto. Tenía una sola planta que recordaba la arquitectura colonial española, en contraste con las tres plantas del Bristol Hotel, que se construyó enfrente. Según Elvira Aldao, estos dos hoteles constituyeron la fuerza renovadora de Mar del Plata como centro turístico mientras que la instalación de frigoríficos en la zona de Berisso y Avellaneda contribuyó a la declinación del saladero, que había sido la primera actividad económica de la zona.

> *Con la aparición del Bristol cambió radicalmente la vida de la playa: la vida sans-façon del verano precedente. Desaparecieron las matinées y las capelinas —éstas, con sus largos velos blancos— y desapareció el baño común. Sin convenio previo, tácitamente, los sexos se separaron —cual si no quisieran que la misma onda los cobijara— formando dos grupos, divididos por un buen trecho de mar. Esta división se mantuvo varios años, y tal vez no podría fijarse la fecha en la cual se inició la vuelta a la comunidad en las aguas —como ocurrió en el primer año— para extenderla, en la época presente, sobre las rubias arenas. Cada generación tiene sus modalidades propias y las implanta considerándolas mejores que las precedentes.*

Aldao no parece reconocer por qué motivo se cambiaron los comportamientos en la playa pero sí logra reconocer que hubo un cambio en esa vida *sans-façon* del verano anterior a la inauguración del Bristol. El motivo se encontraba en normas legales aprobadas ese mismo año, que establecían pautas sobre el traje de baño admitido, prohibían el baño conjunto de hombres y mujeres y el uso de largavistas para evitar que las señoras fueran “espiadas”. En general estas leyes tenían dos objetivos: separar a los hombres de las mujeres (con sus niños) y cubrir los cuerpos que se bañaban. El cuerpo femenino, sobre todo, era el vedado. Aldao considera que estas usanzas eran propias de una generación. Puede decirse que eran

también propias de la mentalidad de la “época victoriana” que dominaba gran parte del mundo occidental.

También desapareció el íntimo compañerismo del año anterior. Algunas familias de las que se habían alojado en la cuartería conventual del Grand Hotel —que lo mismo puede ser convento que cuartel— desertaron al Bristol, por la ventaja del mayor confort y la atracción del centro elegante; y las que retornaron al mismo punto tuvieron que adaptarse a la transformación operada, pues en la playa se reunían a sus compañeras del primer veraneo marplatense, y habría sido imposible presentarse con el cómodo negligé de aquel próximo pasado —tan próximo que parecía extraordinario que se hubiera producido un vuelvo tan completo—.

La diferencia era notoria. La arquitectura del Grand Hotel se parecía demasiado a esa arquitectura colonial española que la nueva elite argentina quería dejar en el pasado. El Bristol aportaba modernidad, elegancia, confort y una lejanía con respecto a ese pasado que un año atrás —como bien menciona Aldao— había alcanzado para todos. Algunas familias optaron entonces por la elegancia y el confort del Bristol en detrimento de lo “conventual” o “acuartelado” del Grand Hotel, parecido a una de esas casas de los barrios de Monserrat y San Telmo convertidas en conventillos luego de la fiebre amarilla. El objetivo buscado era, precisamente, diferenciarse de los contingentes de inmigrantes que comenzaban a concentrarse en los conventillos de un barrio que, veinte años atrás, había sido el centro de residencia de las familias importantes de Buenos Aires.

La ciudad no solo se benefició con la edificación de un nuevo hotel que había transformado las costumbres. La construcción de una rambla permitía pasear junto al mar:

Con la rambla adquirió la playa inusitada importancia. Los numerosos veraneantes se dispersaban en ella, en pequeños grupos, y reposaban en sillones de paja o en banquetas rústicas. No habiendo aún ni un solo toldo, las sombrillas eran todavía indispensables: todas

abiertas formaban techos de mezclados tonos a los varios grupos —elegantemente ataviados, tanto las damas como los hombres, con especiales trajes de playa—.

La rambla que describe Elvira no es la misma que fue demolida para construir el Casino y el Hotel Provincial de la actualidad —conocida como “rambla Bristol”— sino una rambla anterior, formada por una estructura de madera que luego se cubriría con toldos. Destruida por un temporal en 1890, la reemplazó la llamada “Rambla Pellegrini”, lo que denota la influencia del entonces vicepresidente en Mar del Plata. Esta rambla también sería destruida en 1912, por un incendio, y recién en 1913 sería inaugurada la Rambla Bristol.

La temporada iniciada con la inauguración del Bristol Hotel fue aún más espectacular gracias a la presencia del vicepresidente de la Nación, Carlos Pellegrini:

Y si tampoco pudo establecerse en el Bristol la intimidad de la anterior temporada, no por ello en sus reuniones dejó de reinar la más amable cordialidad. Siendo la concurrencia relativamente numerosa, era natural que las afinidades se atraparan para charlar, pero formando al mismo tiempo un todo homogéneo, como correspondía a familias pertenecientes al mismo mundo.

El grupo era selecto y la personalidad de Pellegrini se destacaba entre todos, como se destacaba su alta talla de la talla general de los hombres que lo rodeaban. Sobre estos, el prestigio político de Pellegrini ejercía un poderoso influjo, siendo entusiastas partidarios suyos el mayor número y entre los pocos que no lo eran, su talento se imponía por la sola fuerza de su irradiación; y a las damas les encantaba su savoir-faire mundano: con todas charlaba con llaneza espiritual.

El prestigio personal y político del doctor Carlos Pellegrini en Mar del Plata se mantuvo durante toda su vida: él ha sido uno de los principales factores de su sorprendente progreso; pero nunca rayó más alto que en ese verano de 1888, cuando con la inauguración del Bristol Hotel y de la rambla, se inició la vida elegante en la playa atlántica.

El doctor Pellegrini parecía moverse con comodidad y simpatía en ese “grupo selecto”. El vicepresidente tenía un *savoir-faire* mundano que seducía a las damas y un prestigio político que ejercía poderoso influjo en los hombres. Pellegrini hizo de Mar del Plata su ciudad de veraneo, y su presencia como parte de esas “familias pertenecientes al mismo mundo”, convertiría a Mar del Plata en el destino obligado de la elite argentina que paseaba su “vida elegante” por la rambla.

Las diferencias entre hombres y mujeres se marcaban en todo momento:

> *Los paseos cortos se realizaban a pie, por el borde del mar, hasta las piedras, y saltar entre éstas, para treparlas y descenderlas, era motivo de algazara, tan gimnásticos eran algunos de los saltos. En esos casos se necesitaban dos caballeros para ayudar a una dama: ésta apoyaba sus manos finas en las fuertes de ellos para dar el salto.*

Los hombres saltaban como gimnastas. Las damas necesitaban de dos caballeros para apoyar sus manos finas, dependían de los hombres y sus manos fuertes para dar un salto. El respeto por los roles de cada género y el autocontrol eran norma estricta, también durante las vacaciones.

Imitando la costumbre europea —sobre todo, inglesa— los paseos concluían con almuerzos campestres o *luncheon* en la gruta o en el Faro, en la Lobería o en la zona del arroyo Camet. La alegría iluminaba los comportamientos, aunque siempre liderados por la mano “fuerte” de un hombre, en este caso, Carlos Pellegrini:

> *De estos paseos a pie se regresaba temprano al hotel, y se hacían en coche —en las jardineras de la época— cuando tenían carácter de excursión: los luncheon en la gruta se repetían frecuentes. Otras veces iban al Faro; y otras, se llegaba hasta la Lobería para ver a los oscuros lobos marinos tendidos en la playa cual masas inertes.*
>
> *¡Y qué deliciosos eran los almuerzos campestres bajo los sauces del arroyo Camet! Descendían los excursionistas de las jardineras y se sentaban o se tendían en el mullido pastizal mientras se preparaban las*

vituallas para saborearlas, ahí mismo, sobre servilletas extendidas en las gramíneas verdes y frescas. ¡Y qué animadas y bulliciosas se desenvolvían las charlas y las bromas bajo la batuta que manejaba Pellegrini con aquella su mano fuerte, que llegó a ser un símbolo en las controversias de política nacional!

Aldao incluye en su relato algunos pormenores de la vida política:

Pellegrini era entonces vicepresidente de la República, pero en Mar del Plata se le consideraba como el presidente efectivo, tanto que cuando apareció en el Bristol el presidente Juárez Celman, se produjo un repentino enfriamiento, que se hizo más evidente en la primera reunión del salón, después de su llegada. Mal espíritu que pasó rápido, tal vez por obra del mismo Pellegrini, pues entre el presidente y el vice reinaba, en apariencia al menos, una gran cordialidad —manifestada en las pocas veces que se reunieron en Mar del Plata, pues Pellegrini asumió el gobierno para que Juárez Celman tomara sus vacaciones veraniegas—.

Descartado sensatamente el partidismo político del movimiento social del balneario, y siendo Juárez Celman y su distinguida familia, muy sencillos y simpáticos, contribuyeron a la animación general. Fueron elemento activo en los paseos y excursiones, y en las reuniones de salón.

El hecho de que la política de la Generación del 80 estuviera consolidada no significaba que fuera homogénea. Dentro de la elite había conflictos. En el momento en que Elvira Aldao hace su relato, era presidente de la nación Miguel Juárez Celman, cuñado del ex presidente Julio Argentino Roca, por entonces en gira turística por Europa. Roca lo había elegido como sucesor por su parentesco pero la distancia política había crecido entre ellos. Juárez Celman era partidario del "presidencialismo": el presidente debía controlar todas las alianzas políticas dentro del Partido Autonomista Nacional como jefe único, lo que sería conocido como "unicato". No es casual entonces que, en la descripción de Aldao, el clima cálido que había establecido el vicepresidente Pellegrini se "enfriara" por la presencia del presidente.

El clima político del país también cambiaría. En 1890, en medio de una crisis económica y financiera se produciría una crisis política y una revolución armada en Buenos Aires que llevaría al nacimiento de un nuevo partido, la Unión Cívica. Juárez Celman, aislado políticamente y sin el apoyo de Pellegrini ni de Roca, debió renunciar a la presidencia. Carlos Pellegrini asumió entonces el cargo.

Elvira Aldao, protagonista consciente de la vida que llevaba, dejó en sus obras un panorama muy interesante de la vida de la elite argentina de fines del siglo XIX y principios del XX. Murió en 1923 en Buenos Aires. Sus escritos, rescatados y nuevamente publicados, son testimonio de una época crucial de la historia argentina.

16 . Aldao, Elvira, *Veraneos marplatenses. De 1887 a 1923*, Buena Vista Editores, Córdoba, 2012, pp. 26-30.

15

“¡Vivan los revolucionarios del 26 de julio!”

La crisis de 1890 y el nacimiento de la Unión Cívica Radical

En 1890 Argentina vivió una crisis general. Ya en 1873 una crisis económica en Europa había tenido repercusiones en nuestro país y su balanza de pagos. La economía argentina, centrada en la exportación de bienes primarios —en particular, lana— sufrió la caída de los precios de sus materias primas mientras que los precios de las importaciones —la mayoría de los productos manufacturados que se consumían— aumentaron sin control. Los préstamos y las inversiones de capital se detuvieron y se produjeron quiebras de bancos y casas financieras. La contracción en todos los sectores de la economía provocó la consiguiente desocupación, sobre todo en las ciudades. Como el gobierno nacional dependía de los ingresos aduaneros, entró en una grave crisis financiera que solucionó a través de la toma de préstamos que se sumaron a otras deudas ya contraídas. La crisis coincidió con el alzamiento de Bartolomé Mitre y la provincia de Buenos Aires, y su derrota militar, con el desplazamiento de Mitre de la escena política, aunque no significó la derrota definitiva de Buenos Aires, que volvería a alzarse en 1880.

La crisis de 1890 fue similar. La hegemonía del Partido Autonomista Nacional de Julio Argentino Roca había logrado encauzar al país en un crecimiento económico que significó la expansión de las exportaciones y un resultado positivo en la balanza de pagos. Los

contingentes de inmigrantes llegaban aportando mano de obra tanto rural como urbana, empezaban a surgir pequeñas industrias destinadas al mercado local y el clima de relativa tranquilidad que el PAN había logrado establecer en el país promovía la afluencia de inversiones.

Aun así, existían fisuras. El PAN se sostenía en el poder a través de una extensa red familiar y política en todo el país, que intervenía en las elecciones haciendo fraude. La centralización en la figura del presidente hacía posible esa red de alianzas y al mismo tiempo, la debilitaba. Roca era capaz de concentrar en sí mismo las alianzas políticas pero, ¿podía decirse lo mismo de sus sucesores? En 1886 Miguel Juárez Celman, cordobés, cuñado de Roca —que lo había elegido como candidato— ocupó la presidencia.

Al parecer, las ambiciones políticas de Juárez Celman superaron las previsiones de Roca. El nuevo presidente se dedicó a construir su propio poder, al margen del apoyo de su antecesor. Se convirtió en jefe del PAN a nivel nacional, desplazando a Roca y aprovechando que su cuñado había partido en un largo viaje a Europa. Juárez Celman se convirtió en el jefe único del PAN y su influencia fue conocida como “unicato”.

El poder de Juárez Celman creció a medida que la economía argentina se expandía. Sin embargo, cuando en 1890 la economía sufrió una profunda contracción, el descontento se manifestó contra el gobierno. El fraude en las elecciones, la entrega de concesiones estatales y obras públicas a familiares y amigos y la concentración del poder en Juárez Celman fueron el centro de las críticas. Si bien esas críticas se manifestaban a nivel político, la crisis económica tenía su causa en que la economía argentina dependía profundamente del mercado mundial. Cualquier cambio en el precio de las exportaciones producía un impacto profundo en las finanzas, dado que el gobierno nacional seguía dependiendo de la Aduana, que después de la federalización de la ciudad de Buenos Aires era nacional. Por otra parte, el gasto estatal generaba un déficit creciente que no podía saldarse tomando más deuda. Así, la moneda se devaluaba en relación con el oro —el patrón monetario de la época— y se devaluaban

también los ingresos del estado y de gran parte de la población, sobre todo, de la masa de población urbana que había crecido en esos años y dependía de bienes importados para la subsistencia.

Se sucedieron los ministros de economía, pero ninguno encontró la solución a la devaluación y al aumento del costo de vida. En ese marco, comenzaron a movilizarse las fuerzas políticas para las elecciones.

En Buenos Aires un grupo político heterogéneo conformado por mitristas, autonomistas opositores y católicos se interesó en intervenir en la esfera política. El primero de septiembre de 1889, en un mitin en el Jardín Florida, se definió quiénes serían los líderes del movimiento: Francisco Barroetaveña, Leandro N. Alem, Bartolomé Mitre, Vicente Fidel López, Bernardo de Irigoyen, Aristóbulo del Valle, entre otros. Uno de los rasgos notables de la mayoría de estos dirigentes era su juventud. Otro, que habían sido alumnos del Colegio Nacional. En ese mitin nacería la Unión Cívica de la Juventud, una agrupación política que lanzó una dura crítica a los funcionarios de gobierno y a la elite gobernante, y apeló a la ciudadanía.

Los "cívicos", como fueron conocidos, se organizaron en clubes políticos en la ciudad de Buenos Aires que reunían gran cantidad de simpatizantes. La situación económica fue cada vez más acuciante y en 1890, reunidos en la cancha de El Frontón nació la Unión Cívica, un partido que tenía por objetivo oponerse al PAN.

El 26 de julio de 1890 esta nueva fuerza política organizó un levantamiento armado conocido como "Revolución del Parque". El movimiento estaba compuesto tanto por fuerzas civiles como militares que tomaron el Parque de Artillería, donde se establecieron esperando la reacción positiva del resto de la ciudad. Como el movimiento se había mantenido en secreto, la población de Buenos Aires no respondió de inmediato al levantamiento aunque simpatizara con él. La revuelta duró cuatro días y concluyó con la derrota de la insurrección.

Sin embargo, Juárez Celman también fue derrotado. Por temor, se había marchado de la ciudad de Buenos Aires rumbo a Córdoba. Carlos Pellegrini fue el encargado de reprimir la insurrección. Esta

derrota política de Juárez Celman condujo a su renuncia y al ascenso de Carlos Pellegrini como presidente del país.

Una mujer y un discurso

Las mujeres no estuvieron ausentes de este movimiento político que culminaría con la formación del partido llamado Unión Cívica Radical. Durante la insurrección, Elvira Rawson, una joven estudiante de medicina, junto con algunos médicos se ofreció a curar a los heridos de la Revolución del Parque estableciendo un hospital de campaña. Elvira Rawson fue la segunda médica recibida en el país, después de Cecilia Grierson, de quien hablaremos más adelante.

La renuncia de Juárez Celman a la presidencia mereció festejos callejeros por parte de la población, que lo consideraba causante de la crisis económica. La Unión Cívica convocó a una manifestación para el 10 de agosto de 1890. Los manifestantes —hombres y mujeres— comenzaron a congregarse desde las diez de la mañana en la Plaza de Mayo. Llegaban desde los barrios de Buenos Aires, con banderas y bandas musicales. El resto de la población los saludaba desde techos y balcones. Entre esos manifestantes se encontraba Eufrasia Cabral, maestra, escritora y partidaria de la Unión Cívica que, vestida de celeste y blanco dio un discurso ante la multitud:

10 de agosto de 1890
En la Plaza de Mayo

Argentinos:

El principio de la soberanía del pueblo descansa en el libre sufragio; y así, cuando la coacción oficial usurpa este derecho, el pueblo tiene el sagrado deber de reivindicarlo. El amor patrio debe ser un culto divino de todo corazón honrado.

Las olas desencadenadas del mar de la ambición, amenazaban arrastrar consigo la soberanía de la República. Y nuestra juventud se mostró potente con el vigor extraordinario de los héroes de Mayo y alojó lejos de sí el deforme esqueleto del despotismo vergonzoso.

¡Qué! ¿Se creyó que no existían ya aquellas almas impetuosas que al calor del más divino entusiasmo, llenaban el mundo de heroísmo y de

virtud?

Hay algo de grandioso en lo que pasa actualmente, algo que hace estremecer el corazón de alegría y erguir la frente regocijada.

Os creyeron degenerados, Argentinos, que no erais, no, los descendientes de los titanes de 1810, porque el despotismo satisfacía todas sus vanidades, de un modo bochornoso e inaudito.

Y allí, hasta en la cima de nuestras montañas, asilo de los cóndores, mirabais escrito por la espada inmortal de San Martín: ¡Libertad! ¡Libertad! ¡Libertad!

Para resistir al empuje de la fuerza brutal del despotismo, no hay que engañarse, es necesario el impulso de la fuerza indestructible del pueblo vengador.

Un lazo común unió a los ciudadanos que abandonaron su retraimiento prolongado y estremeciendo con sus armas, que encendió el patriotismo, la tierra de la patria fatigada de ser tan largo tiempo teatro del desorden y la ignominia, cayó a sus golpes de muerte todo el poder arbitrario y despótico que tendía como el genio a la ruina, sus alas negras sobre la República.

¿Qué poder aislado podrá resistir a la fuerza poderosa de un gobierno que trabaja para esclavizarnos? Se me decía–

¿Cómo se osará resistir a ese omnipotente poder que se levanta apoyado por las bayonetas; qué fuerza será capaz de contenerle? Se me preguntaba-

¡Qué fuerza!

¡La del pueblo! –Respondía.

Escuché su latido que era de febril agitación, la nota sobrehumana de su angustia, y con orgullo, bravamente, esperé este día glorioso, compatriotas, porque creí siempre en el indomable valor y pureza de la joven patria.

Se alzó soberbia Buenos Aires con la luz de la libertad, guiando sus pasos, e hizo rodar por tierra, toda esa fantasmagoría que, como gigantes de cartón, rodeaban la República.

La justicia agitó sus brazos, y un himno triunfal desde el Plata hasta los Andes, se dilató en los aires, y a su acorde supremo, alzó a la libertad el alma de las multitudes.

¡Que tiemblen los tiranos ante el grito solemne del corazón del hombre libre! Déspotas cobardes que se levantan para anegar en sangre nuestra patria o arrastrar a nuestros padres, hijos o esposos a la desolación o la esclavitud, esas dos noches del alma.

¡Argentinos!

¡Viva la patria!

¡Vivan los revolucionarios del 26 de julio!

¡Viva Bartolomé Mitre, el prócer ilustre de las libertades públicas! [17]

El discurso de Eufrasia Cabral, agitado y violento, difería bastante de lo que podía esperarse en una señorita. Poco se sabe sobre su vida, más allá del discurso del 10 de agosto de 1890 y de otros que pronunció junto a Leandro Alem y en la casa de Dardo Rocha. Sus discursos fueron recopilados por ella misma y su familia en un pequeño volumen de treinta y siete páginas: *Discursos de Eufrasia Cabral* . Su participación, sobre todo en la Plaza de Mayo, también fue registrada en los diarios *La Prensa* y *La Nación* del día siguiente, donde se destacaba su arenga a la multitud.

¿Es Eufrasia Cabral la primera mujer que hizo oír su voz en un discurso político en la Plaza de Mayo? Las conferencias de Juana Manso, tan cuestionadas en su momento, se realizaban en lugares cerrados y destinados a esa finalidad. Eufrasia, en cambio, habló en la Plaza de Mayo, probablemente el mayor centro simbólico de la Argentina, y ciertamente el centro simbólico y político de Buenos Aires.

A partir de los escasos datos disponibles sobre Eufrasia Cabral podemos decir que en el momento de la Revolución del Parque se la llama “señorita”, por lo que podemos inferir que estaba soltera, aunque no se menciona su edad. Los periódicos afirman que llegó a la Plaza de Mayo acompañada por su hermano en un coche tirado por caballos. También se dice que era educacionista y poeta, que firmaba sus poemas con un seudónimo —“Zoraida”— y que habían sido publicados en la revista *La Alborada del Plata* dirigida por Juana Manuela Gorriti. Al parecer una multitud de mil personas escuchó su arenga. Entusiasmados por el discurso, un grupo de hombres

desenganchó el coche de los caballos, arrastró el coche con sus propios brazos y la llevó hasta el local de la Unión Cívica donde luego, parada sobre una silla, daría otro discurso. No se conocen más datos de Eufrasia Cabral, su fecha de nacimiento o muerte, si se casó o tuvo descendencia.

Si tomamos en cuenta la situación de la mujer en esos años —nos basta con remitirnos al capítulo sobre el Código Civil— el discurso de Eufrasia Cabral y su participación directa en la arena pública sorprenden por su virulencia, su alto contenido político y su escasa —o nula— referencia a su condición de mujer, un tema al que aludiría en otro de sus discursos. Eufrasia Cabral dice a los "argentinos" reunidos en la Plaza de Mayo:

> *Argentinos:*
>
> *El principio de la soberanía del pueblo descansa en el libre sufragio; y así, cuando la coacción oficial usurpa este derecho, el pueblo tiene el sagrado deber de reivindicarlo. El amor patrio debe ser un culto divino de todo corazón honrado.*

Soberanía del pueblo, sufragio, derechos políticos. Temas infrecuentes en los textos producidos por las mujeres en esos años, exceptuando los escritos por las mujeres anarquistas. La apelación de Cabral es directa y llama a la acción en defensa de la república:

> *Las olas desencadenadas del mar de la ambición, amenazaban arrastrar consigo la soberanía de la República. Y nuestra juventud se mostró potente con el vigor extraordinario de los héroes de Mayo y alojó lejos de sí el deforme esqueleto del despotismo vergonzoso.*

En este párrafo, Cabral introduce la apelación a la Revolución de Mayo como antecedente de la Revolución del Parque y como su justificación. No era un recurso extraño: después de la batalla de Pavón lo habían utilizado los líderes federales, así como la Generación del 37 había propuesto una segunda revolución. Lo extraño es encontrar esa referencia en un discurso notoriamente político y, sobre

todo, en boca de una mujer:

Os creyeron degenerados, Argentinos, que no erais, no, los descendientes de los titanes de 1810, porque el despotismo satisfacía todas sus vanidades, de un modo bochornoso e inaudito.

Y allí, hasta en la cima de nuestras montañas, asilo de los cóndores, mirabais escrito por la espada inmortal de San Martín: ¡Libertad! ¡Libertad! ¡Libertad!

San Martín, fragmentos del himno nacional y la referencia a la Revolución de Mayo recorren el discurso de Eufrasia Cabral a través de distintos símbolos como los Andes, los cóndores, el pueblo de Buenos Aires reunido en la Plaza de Mayo e incluso, según relatan los cronistas, de su propia vestimenta de colores celeste y blanco.

Cabral toma los elementos simbólicos de la nación —creados por el mismo Mitre y la generación posterior a Pavón— para justificar la revolución armada contra el gobierno de Juárez Celman y en nombre del sufragio:

Un lazo común unió a los ciudadanos que abandonaron su retraimiento prolongado y estremeciendo con sus armas, que encendió el patriotismo, la tierra de la patria fatigada de ser tan largo tiempo teatro del desorden y la ignominia, cayó a sus golpes de muerte todo el poder arbitrario y despótico que tendía como el genio a la ruina, sus alas negras sobre la República.

La "República" se veía amenazada. Cabral arengaba y justificaba el alzamiento armado que había sido reprimido pero había conseguido su objetivo, al menos parcial: la renuncia de Juárez Celman.

Cómo se osará resistir a ese omnipotente poder que se levanta apoyado por las bayonetas; qué fuerza será capaz de contenerle? Se me preguntaba-

¡Qué fuerza!

¡La del pueblo! –Respondía.

Escuché su latido que era de febril agitación, la nota sobrehumana de su angustia, y con orgullo, bravamente, esperé este día glorioso, compatriotas, porque creí siempre en el indomable valor y pureza de la joven patria.

El pueblo al que refiere Cabral es el pueblo de Buenos Aires. Es el mismo que hizo la Revolución de Mayo y también es un pueblo diferente, un pueblo "joven", como indicaba el nombre de la agrupación que había liderado en parte el alzamiento, la Unión Cívica de la Juventud, cuya cualidad mayor era la "pureza" dada, precisamente, por su juventud.

El discurso, que llama la atención por la violencia que recorre sus palabras y porque Eufrasia Cabral no menciona la condición de la mujer, termina con esta arenga:

¡Argentinos!
¡Viva la patria!
¡Vivan los revolucionarios del 26 de julio!
¡Viva Bartolomé Mitre, el prócer ilustre de las libertades públicas!

La referencia a Mitre tal vez desconcierta, porque no es el primer protagonista al que se puede relacionar con la Revolución del Parque, pero no es extraña porque todo el discurso de Cabral hace referencia a la "soberbia Buenos Aires" y a la revolución armada en nombre del sufragio y la república. Bartolomé Mitre, aunque desplazado de la política, era aún un hombre influyente en Buenos Aires a través de su periódico *La Nación* , y un historiador que construía la historia al mismo tiempo que era su protagonista. ¿Podríamos decir que el discurso de Eufrasia Cabral tiene un tinte "unitario" a pesar de los años que la separaban de las batallas de Caseros y Pavón y de la federalización de Buenos Aires? Si bien la respuesta es compleja, ciertamente el alzamiento porteño de 1874 encabezado por Mitre y el de 1880 encabezado por Carlos Tejedor seguían en la mente de los porteños que protagonizaron la Revolución del Parque de 1890, más allá de que fue también un movimiento de nivel nacional.

El discurso de Eufrasia Cabral, su participación directa en la arena pública, en el sitio simbólico más importante de Buenos Aires, iniciaría un camino lento hacia la participación política de las mujeres en pos del sufragio femenino. A la cabeza de ese reclamo estaría el Partido Socialista, fundado en 1896, al que se afiliarían mujeres como Cecilia Grierson, Sara Justo, Julieta Lanteri y Alicia Moreau, esposa del primer diputado socialista de América, Juan B. Justo. También serían las primeras mujeres “feministas” del país.

La biografía de Eufrasia Cabral es una deuda pendiente en la historiografía argentina y en el estudio de la historia de las mujeres: conocer su origen, su formación, su familia, sus trabajos nos permitiría entender mucho mejor cómo llegó a convertirse en una de las primeras mujeres —si no la primera— en dar un discurso político en la Plaza de Mayo.

17 . Gallo, Rosalía, *Las mujeres en el radicalismo argentino. 1890-1991*, Eudeba, Buenos Aires, 2001, pp. 166-167.

16

“Quiero decir lo que siento”

El cuerpo femenino I

A fines del siglo XIX la medicina se consolidó como saber avalado por el estado. El saber médico se convirtió en poder, y siendo parte de una sociedad patriarcal, la corporación médica decidió qué era o no era “normal” en el cuerpo femenino.

En el primer tomo de esta colección hablamos del control que la sociedad patriarcal ejercía sobre la mujer y sobre su cuerpo. Era un control total: las mujeres no tenían participación social directa, mucho menos participación política, debían quedarse en sus casas y ser sumisas, devotas y obedientes. El control del patriarcado abarcó, desde siempre, el cuerpo femenino: todo lo relacionado con el cuerpo de la mujer debía permanecer en la severa intimidad del hogar.

Ese control fue evolucionando, como lo demuestra un episodio incluido en el segundo volumen de *La historia argentina contada por mujeres* , el juicio por mala praxis a una partera. Pese al creciente predicamento de la medicina, ejercida por hombres, durante mucho tiempo algo quedó —literal y exclusivamente— en manos de las mujeres: el parto. Las mujeres parían asistidas por una comadrona, que aprendía el oficio de su madre, y a su vez lo enseñaba a sus hijas. Cuando la medicina se consolidó como institución, se produjo un cambio que significó un retroceso para la relación que las mujeres tenían con su cuerpo.

El cuerpo que delimita

La medicina de fines del siglo XIX, ejercida exclusivamente por hombres, se encargó de determinar las características y las diferencias entre el cuerpo masculino y el cuerpo femenino. Y fue más allá: la medicina decretó que la anatomía define la psiquis. Es decir que la personalidad, los deseos, los impulsos, están predeterminados por el cuerpo que nos tocó. Según esta teoría, que la academia médica instaló como verdad absoluta, los hombres tenían deseo sexual. Las mujeres tenían deseo maternal, carecían de deseo sexual porque estaban biológicamente *programadas* de esta manera. Más aún: en una mujer el deseo sexual era considerado una perversión, una patología, así como se consideraba perversión y patología que una mujer pretendiera trabajar en tareas *masculinas* , o involucrarse en política.

En los libros de la época, la anatomía femenina rara vez incluía el clítoris. Porque el clítoris, cuya única función es el placer sexual, desmitifica la teoría de que la mujer no siente deseo sexual. ¿Qué se hizo entonces con el clítoris? Lo mismo que se hizo con las mujeres: se lo invisibilizó.

Este presunto saber médico indicaba también cómo debía vestirse una mujer, ya que unas prendas favorecían la higiene y otras no. Recomendaba que las mujeres comieran lácteos y dulces, y que evitaran beber alcohol, ya que el aparato digestivo femenino era más delicado que el masculino y no lo toleraría.

Las particularidades del cuerpo femenino eran presentadas como *anomalías* , ya que diferían del tipo de cuerpo *perfecto* , esto es, el cuerpo masculino. La menstruación y el parto, entonces, se veían como traumas. Una mujer a punto de parir se consideraba una mujer *enferma* de parto; aquí se ve el retroceso del que hablábamos antes: en manos de una comadrona, el parto era un proceso natural; cuando la institución médica del patriarcado se hizo cargo, la mujer embarazada pasó a estar *enferma* .

¿Hasta cuándo la medicina fue una institución conformada en exclusividad por hombres? Hasta 1890, cuando Cecilia Grierson se

convirtió en la primera mujer médica de Argentina.

A continuación compartimos el prólogo de su tesis.

Que ello sirva de aliento a las que vendrán después

Señor Presidente.
Señores Académicos.

Como casi todos los estudiantes al dejar el aula, me he encontrado en vacilaciones, para elegir el punto de tesis, entre las múltiples observaciones, investigaciones y lecturas, que hemos hecho en el transcurso de nuestros estudios médicos; más difícil aún se hace cuando llevamos el pleno conocimiento, de que nada nuevo podemos agregar a las verdades conquistadas.

Las condiciones de mi sexo, me han puesto naturalmente en más relación con el Hospital de Mujeres, como practicante externa, durante los cuatro primeros años y después como interna en los últimos dos; así he podido seguir durante estos seis años, el movimiento científico de aquel centro.

Dedicada por deber de conciencia a las enfermedades de mujeres, aspiré y obtuve ser encargada de las salas de Ginecología, para seguir más de cerca en sus más íntimos detalles, la evolución de esas dolencias propias del sexo; esto me ha permitido presenciar y ayudar en casi todas las grandes operaciones efectuadas durante estos seis años. Por estas circunstancias especiales he podido estudiar, entre las muchas efectuadas, aquellas que, por medidas antisépticas, sólo un reducido número de alumnas tiene la suerte de ver, pues son de alta cirugía ginecológica; estas son: once histero-ovariotomías de entre diez y seis secciones abdominales que he presenciado.

Como me he familiarizado con estas operaciones, he elegido como tema de disertación, las "Histero-ovariotomías efectuadas en el Hospital de Mujeres (hoy Rivadavia) desde el año 1883 hasta 1889" y en conformidad con mi lema, un poco vulgar, "res non verba", expondré simplemente lo que he visto, lo que he aprendido prácticamente.

Antes de entrar en materia, permitidme dos palabras; como primera

mujer, argentina, que sube a esta tribuna, quiero decir lo que siento; y que ello sirva de aliento a las que vendrán después.

Las dificultades que he encontrado en mi carrera son menos de las que esperaba; solo palabras de gratitud tengo para mis maestros, mis condiscípulos y amigos; todos y cada uno, han tenido atenciones y delicadezas que solo un hermano puede prodigar.

No he dedicado mi tesis a aquellos que tanto me han ayudado en mi carrera, carrera que se hace pesada, cuando a la lucha por la ciencia, se une la lucha por la vida, no la he dedicado repito, porque siempre me quedaría alguien más, a quien mencionar agradecida.

Termino esta corta introducción, manifestando a vosotros, señores profesores, mi más profunda gratitud, por lo que me habéis enseñado y un recuerdo cariñoso para mis compañeros, de quienes siempre he recibido aliento. [18]

Cecilia Grierson había nacido el 22 de noviembre de 1859 en Buenos Aires. Hija de inmigrantes escoceses, trabajó como maestra de enseñanza primaria hasta que la muerte de una amiga debido a una enfermedad respiratoria le despertó la necesidad de dedicarse a la medicina. Hasta ese momento no había mujeres médicas en Argentina. Si bien la medicina era una carrera reservada a los hombres, no existía ninguna norma en el reglamento universitario que impidiera a una mujer estudiar esa carrera. Apelando a la normativa vigente, y al precedente de Elida Passo, que había estudiado la carrera de Farmacia, Cecilia logró la admisión, no sin cierto recelo por parte de profesores y alumnos: era una mujer en un ambiente de hombres.

Mientras estudiaba medicina, Cecilia fue ayudante de laboratorio de Histología. ¿Cómo consiguió este puesto? Tras enterarse de la renuncia de quien era el ayudante hasta ese momento, Cecilia le escribió una carta al profesor a cargo, solicitando que la tuviera en cuenta. Este detalle revela dos cosas: primero, que Cecilia Grierson no se intimidaba fácilmente; y segundo, que dentro de la universidad existían personas que la consideraban una estudiante capaz, *a pesar de ser mujer* .

Cecilia Grierson egresó en 1889, y escribió su tesis de graduación

sobre *Histero-ovarotomías ejecutadas en el Hospital de Mujeres, desde 1883 a 1889.* Su especialidad como médica fue la ginecología y la obstetricia. Es decir que la primera mujer médica de Argentina eligió especializarse en el cuerpo femenino, aunando el saber científico con el conocimiento de su propio cuerpo. Sus tareas no se detuvieron allí: Cecilia Grierson fundó la primera escuela de enfermeras de América Latina con uso de uniforme y un plan de estudios responsable. Este modelo de escuela fue adoptado, luego, por la mayoría de los países latinoamericanos. Fue miembro fundadora de la Asociación Médica Argentina (1891) y en 1892 creó la Sociedad Argentina de Primeros Auxilios, que luego se uniría a la Cruz Roja.

Cecilia Grierson comienza el texto diciendo:

> *Como casi todos los estudiantes al dejar el aula, me he encontrado en vacilaciones, para elegir el punto de tesis, entre las múltiples observaciones, investigaciones y lecturas, que hemos hecho en el transcurso de nuestros estudios médicos; más difícil aún se hace cuando llevamos el pleno conocimiento, de que nada nuevo podemos agregar a las verdades conquistadas.*

La primera médica argentina se sitúa en nivel de igualdad con sus compañeros estudiantes para hablar de su experiencia en la universidad. Se presenta también como investigadora, observadora y, en definitiva, como aquello que era: una científica que duda al momento de hacer su tesis, es decir, de aportar una idea novedosa al conocimiento científico.

> *Las condiciones de mi sexo, me han puesto naturalmente en más relación con el Hospital de Mujeres, como practicante externa, durante los cuatro primeros años y después como interna en los últimos dos; así he podido seguir durante estos seis años, el movimiento científico de aquel centro.*

Las condiciones de igualdad el primer párrafo son puestas en cuestión en el siguiente. Como mujer, Grierson se relacionó

"naturalmente" con el Hospital de Mujeres, donde hizo sus prácticas durante sus seis años de estudios en la universidad y donde pudo conocer de cerca los planteos científicos de la medicina en esos momentos. Nos preguntamos, de nuevo, si estaba realmente interesada en la ginecología o si las "condiciones de su sexo" la habían llevado "naturalmente" a interesarse en ese tema. Como ya hemos visto, muchas mujeres consideraban "naturales" características que hoy podemos señalar como culturales. No obstante, la decisión de hacer su tesis doctoral sobre ginecología no cambia el hecho revolucionario de que Grierson fuera la primera médica argentina y de que se especializara, precisamente, en los estudios sobre el cuerpo femenino.

> *Dedicada por deber de conciencia a las enfermedades de mujeres, aspiré y obtuve ser encargada de las salas de Ginecología, para seguir más de cerca en sus más íntimos detalles, la evolución de esas dolencias propias del sexo; esto me ha permitido presenciar y ayudar en casi todas las grandes operaciones efectuadas durante estos seis años. Por estas circunstancias especiales he podido estudiar, entre las muchas efectuadas, aquellas que, por medidas antisépticas, sólo un reducido número de alumnas tiene la suerte de ver, pues son de alta cirugía ginecológica; estas son: once histero-ovariotomías de entre diez y seis secciones abdominales que he presenciado.*
>
> *Como me he familiarizado con estas operaciones, he elegido como tema de disertación, las "Histero-ovariotomías efectuadas en el Hospital de Mujeres (hoy Rivadavia) desde el año 1883 hasta 1889" y en conformidad con mi lema, un poco vulgar, "res non verba", expondré simplemente lo que he visto, lo que he aprendido prácticamente...*

¿Cecilia Grierson eligió especializarse en ginecología y obstetricia, o aceptó, por la lógica de su tiempo, que el lugar de una mujer médica está con las demás mujeres? En cualquier caso, luego de un total dominio masculino, el cuerpo femenino contaba con una mujer para ocuparse de él.

> *Antes de entrar en materia, permitidme dos palabras; como primera*

mujer, argentina, que sube a esta tribuna, quiero decir lo que siento; y que ello sirva de aliento a las que vendrán después.

Este fragmento nos permite dar cuenta de que Cecilia es consciente de ese punto de partida que ella misma estaba creando. Aprovecha su discurso para mencionar —remarcar, recordar— que es la primera mujer en egresar de la carrera de medicina, y luego, con dos frases muy breves, dice mucho. La primera: "quiero decir lo que siento". Si tenemos en cuenta que, en la sociedad patriarcal en la que vivía, poco tiempo atrás las mujeres no podían decir lo que sentían ni lo que pensaban a menos que un hombre las habilitara, esa frase se convierte en símbolo: el hecho de que Cecilia Grierson pudiera decir lo que sentía simbolizó el cambio en la comunicación y en la sociabilización femenina.

Luego, dice: "y que ello sirva de aliento a las que vendrán después". Su frase sugiere que ella no es única, que no tiene por qué ser la excepción. Invita a otras mujeres a seguir el camino para el que ella sentó precedente: el de la medicina como carrera *también* para mujeres.

Cecilia Grierson finaliza su discurso mostrando gratitud:

Las dificultades que he encontrado en mi carrera son menos de las que esperaba; solo palabras de gratitud tengo para mis maestros, mis condiscípulos y amigos; todos y cada uno, han tenido atenciones y delicadezas que solo un hermano puede prodigar.

No he dedicado mi tesis a aquellos que tanto me han ayudado en mi carrera, carrera que se hace pesada, cuando a la lucha por la ciencia, se une la lucha por la vida, no la he dedicado repito, porque siempre me quedaría alguien más, a quien mencionar agradecida.

Termino esta corta introducción, manifestando a vosotros, señores profesores, mi más profunda gratitud, por lo que me habéis enseñado y un recuerdo cariñoso para mis compañeros, de quienes siempre he recibido aliento.

Seguramente no habrá sido fácil ser la primera mujer en un mundo

de hombres. Seguramente habrá sufrido burlas y desprecios. Sin embargo, agradece a los hombres que le demostraron respeto y que creyeron en su capacidad.

No obstante, hay algo que debemos destacar: Cecilia Grierson fue la primera mujer argentina en recibirse de médica, pero nunca pudo ejercer como cirujana, que fue su especialidad, debido a su condición de mujer. Queremos cerrar este capítulo con la frase clave que pronuncia de su Cecilia Grierson, porque consideramos que vale la pena repetirla:

> *Antes de entrar en materia, permitidme dos palabras; como primera mujer, argentina, que sube a esta tribuna, quiero decir lo que siento; y que ello sirva de aliento a las que vendrán después.*

18 . Grierson, Cecilia, *Histero-ovariotomías efectuadas en el Hospital de Mujeres desde 1883 hasta 1889*, Imp & Lit Mariano Moreno, Buenos Aires, 1889, pp. 9-11.

17
“Sea lo que quiera”

El cuerpo femenino II

En el segundo volumen de *La historia argentina contada por mujeres* dedicamos varios capítulos a los primeros periódicos hechos por y para mujeres: *La Camelia* , *La Aljaba* , *Álbum de Señoritas* . Y allí contamos las dificultades que tuvieron esas primeras periodistas a la hora de crear y mantener esos medios de comunicación, ya que en la sociedad patriarcal de mediados del siglo XIX se cuestionaba con dureza al periodismo hecho por mujeres.

En 1896 surgió un nuevo periódico hecho por mujeres, que se diferenciaba en varios aspectos de sus predecesores. Hablamos de *La Voz de la Mujer* , fundado por mujeres anarquistas. ¿Cuáles eran esas diferencias entre los periódicos surgidos unas décadas atrás y *La Voz de la Mujer?* Para comprenderlo, es necesario tomar como marco las ideas planteadas por el anarquismo.

El anarquismo es una ideología que se opone a todo tipo de autoridad, en particular la del estado, y se proclama a favor de la lucha de clases entre la burguesía y la clase obrera. Junto con el socialismo y el comunismo, es una de las corrientes políticas que desde la mitad del siglo XIX denunciaban la explotación de la clase trabajadora por parte de la burguesía, sobre todo la industrial. Cada corriente admitía una diversidad de tendencias, que habilitaba tanto la participación democrática como las propuestas revolucionarias. A fines del siglo XIX los grupos más extremistas y revolucionarios comenzaron a ser expulsados de Europa y llegaron a América, sobre todo a los Estados Unidos y Argentina.

En esa época existían dentro del anarquismo varias tendencias: el anarquismo individualista, el anarquismo sindical, el anarquismo mutualista, el colectivismo y el anarquismo comunista. Las ideas anarquistas llegaron a la Argentina con la gran oleada inmigratoria y tuvieron una amplia repercusión entre los inmigrantes. Ya hemos visto que la Unión Cívica Radical representaba democráticamente a un conjunto de la población que se sentía descontenta con los manejos fraudulentos del PAN y que desde 1890 había comenzado a participar de la vida política argentina.

Pero un sector de la población, que aumentaba de manera exponencial, no tenía representación alguna a nivel político: los inmigrantes. El anarquismo rechazaba toda participación en el estado, incluida la participación política, por lo que las ideas anarquistas tuvieron una recepción importante en los inmigrantes que vivían en Argentina carentes de representación. La llegada de importantes líderes del anarquismo internacional como el italiano Enrico Malatesta contribuyó a difundir el anarquismo, sobre todo en ciudades con gran afluencia inmigratoria como Buenos Aires y Rosario.

En Argentina los anarquistas daban a conocer sus ideas a través de periódicos y panfletos que, escritos en español e italiano, se distribuían de mano en mano entre los trabajadores. A fines del siglo XIX se publicaba —de manera clandestina, debido a la persecución policial— un periódico anarquista, *El Perseguido* . Otro de los periódicos anarquistas de la época fue *La Voz de la Mujer* , sobre el que volveremos en varios capítulos de este libro puesto que nos ofrece una mirada particular sobre su tiempo, sobre la mujer y sobre la política.

El anarquismo tenía muy en cuenta a la población femenina. Primero, porque en la clase trabajadora había una gran proporción de mujeres, y segundo, porque sostenía que para la emancipación de la humanidad era imprescindible la emancipación de la mujer.

El tono de las redactoras de *La Voz de la Mujer* contrasta con el de Eduarda Mansilla, Josefina Pelliza e incluso con el tono de la más progresista de las escritoras y periodistas que hemos analizado hasta ahora: Juana Manso. El anarquismo es una corriente política revolucionaria, que defiende la adopción de la violencia como práctica

de protesta y por lo tanto *La Voz de la Mujer* es un periódico de tono combativo.

La Voz de la Mujer difundía el ideario de la corriente comunista-anárquica. Se publicó en Buenos Aires entre 1896 y 1897 —con una reedición en Rosario en 1899— bajo el lema: "Ni dios, ni patrón, ni marido", siendo el tercero un agregado a los dos pilares de la doctrina anarquista: el ateísmo y su carácter antiburgués. *La Voz de la Mujer* surgió en respuesta a la apelación que los hombres anarquistas hacían a las mujeres trabajadoras pero se enfrentó con ellos porque, al parecer, no todos los hombres anarquistas estuvieron de acuerdo con el tono combativo de sus redactoras. El periódico sumaba a la lucha obrera de las mujeres la invitación a liberarse de la opresión masculina en todas sus formas: patronal, eclesiástica y conyugal. Sus redactoras fueron defensoras del amor libre, predicaron en contra del matrimonio, denunciaron delitos sexuales y explotación de trabajadoras. En suma, lucharon contra todo lo que consideraban opresión para la mujer.

En la portada de *La Voz de la Mujer* se leía: "Aparece cuando puede y por suscripción voluntaria", es decir, que no se publicaba con una frecuencia regular. Y al igual que otros periódicos anarquistas de la época, era un medio de prensa clandestino. Durante su corta vida el periódico cambió varias veces de comité editorial. Se conocen unos pocos números, ninguno de la versión rosarina. Sin embargo, a fines del siglo XIX fue una voz diferente, que denunciaba sin represiones ni disculpas la opresión a la que eran sometidas las mujeres.

Acepta las primicias de tu cuerpo

El primer artículo de *La Voz de la Mujer* que compartimos y analizamos es un texto de Pepita Guerra, redactora principal del periódico, sobre un tema al que por su importancia nos referimos en más de una oportunidad: el cuerpo de la mujer.

¿Amemos? No ¡Luchemos!

¿Qué tienes, tierna e inocente niña? ¿Por qué el rubor cubre tus mejillas? ¿Por qué estás agitada y vergonzosa? ¿Qué tienes? ¿Qué sufres?

¡Ah! No lo digas, no, no lo digas, ya he comprendido cuál es tu situación, cuál es el pesar que te aqueja. Ya sé por qué a veces tus ojos son un raudal de lágrimas en vez de ser un foco de radiante luz.

Yo sé también por qué tus mejillas se cubren de pronto de un vivo carmín. Sí, niña, ¡tú amas!

¿Y por eso te avergüenzas y te muestras tan apesadumbrada? ¡Ah! ¿Te han dicho que es una "falta" decirle al objeto de tu amor que le amas?

¿Qué tú crees que es cierto que debas fingir, ser hipócrita? ¿Crees que tu amor te deshonra? ¿Crees que no tienes derecho a sentir amor hasta que te lo confiesen a ti?

No lo creas niña, no, te han engañado, se burlaron cruelmente de tu cándida inocencia. Sí, te han engañado, porque tu amor lejos de ser un crimen, es todo lo contrario. ¡Amar es vivir!

¡Amar es la ley de la existencia!

¡Ama, pues, niña ama con toda la fuerza de tu juvenil y tierno corazón! ¡Ama!

¡Ama! Sí, y con tu amor embellece y llena de encanto, de dicha, de felicidad y de magia la existencia del dichoso objeto de tu amor.

Ama, y con tu amor endulza tu existencia, y todo cuanto te rodea. Ama y sé amada. ¡Amar y ser amada, es ser feliz!

¿Por qué vacilas, pues? ¿Qué te detiene? Ama, niña, que la existencia

te sonríe.

Fija tu mirada en la mirada de aquel que sin saberlo te magnetiza; rodéale el cuello con tus ebúrneos y redondos brazos, aprisiónalo en ellos y al compás cadencioso del ondular de tu virginal seno que promete un mar de mágicos deleites, murmura quedo, muy quedo, a su oído: ¡Yo te amo!... díselo y verás cómo cae a tus pies, loco, loco y enajenado de amor y placer!

(...)

Pero no, niña, no se lo digas, no se lo digas porque él creerá que eres una loca ¿oyes? ¡una loca! Y lo contará a sus amigos en la calle, en el taller, en el hogar, en fin, y entonces ¡ay de ti! Niña ¡ay de ti! ¿Adónde irás que la rechifla no te siga?

¡Oculta pues tu amor, ocúltalo cual una asquerosa lacra, ocúltalo cual si fuese un crimen!

Busca en la masturbación un lenitivo a tus voluptuosas ansias. Hazlo todo, todo, menos amar hasta que te amen, ¿sabes? porque nosotras no somos seres que puedan y deban sentir hasta que nos lo permitan, del mismo modo que el cigarrillo no pide que lo fumen y espera a que su poseedor quiera "usarlo".

No se lo digas, por favor, niña, no se lo digas, que si se lo dices y acepta las primicias de tu cuerpo, gentil y esbelto cual la gallarda palmera del "oasis" del desierto, qué harás luego cuando la estupidez de tus padres y parientes te insulte y escarnezca, porque creerán que tu amor los llena de ignominia, despreciada e insultada por esta sociedad; mofada por tus ex compañeras, que en su ignorancia creerán también una falta el más grande y notable de los sentimientos: ¡el Amor!

¿Qué harás entonces desamparada y sola entre el inmenso número de seres que te rodearán? ¿A do irás, cuando aterida de frío o desfalleciente de calor, te halles sola, muy sola, sin pan para ti, sin leche para tu hijo y sin techo con que cobijarte? Sin una voz que te aliente, ¿adónde irás con tu hijito en brazos? ¿A mendigar? ¿Lo arrojarás a un potrero?

¿Lo arrojarás a una casa de esas llamadas de Expósitos?

¿Venderás tu cuerpo, que aún esbelto, codiciarán?

¡Ah! No niña, ¡no hagas eso, niña, que no sabes con qué saña feroz,

con qué cruel encarnizamiento te perseguirá la sociedad repleta de virtuosas y elegantes damas, de religiosas y piadosísimas matronas, mujeres que son quizá esposas, hijas o madres de aquellos mismos que comprarían tu cuerpo y lo cubrirían de cieno, de ese cieno babeante, corruptor y nauseabundo, que corre en forma de pequeños arroyuelos debajo del aristocrático frac y de la elegante vestimenta de las señoras tal y cual!

¡Ah, si tú vendieses tu cuerpo para tener pan, ya verías a esas matronas, esas mismas que para sí tienen un marido y diez amantes, esas mismas que en los apartados y lujosos gabinetes paternales de la señorial mansión se entregan con rabioso y erótico furor al ***noble*** *y* ***elevado*** *ejercicio de la masturbación, escarnecerte y con frenesí inhumano tratar de arrojar sobre tu cuerpo un poco del mucho pus que en el de ellas tienen!*

No ames pues niña, no, sé hipócrita, rastrera y vil, acepta al primero que se presente, ¿qué importa que el tal te repugne? Siempre podrás hacer lo que las grandes matronas, un marido para el lecho y diez queridos para todas partes.

Pero antes, niña, oye: si como nosotras tienes fuerte el ánimo y sereno el corazón, ven con nosotras, apártate de la tiniebla y vamos hacia donde el vivo fulgor de la naciente luz nos anuncia el nuevo día.

¿No lo ves brillar, ya en lontananza? ¿Ves aquello que de entre las sombras se destaca? ¿Ves cómo irradia en torno diamantina claridad?

¡Mírala! ¡mírala! Ya se acerca a pasos agigantados.

¿La conoces? Es la ***Anarquía*** *. Sí; es ella que nos trae paz y libertad, igualdad y felicidad para todos.*

¡No temas, no, por que veas que en su izquierda chispea una antorcha y en su diestra blande un puñal, si tal trae, es porque tiene que abrirse paso por entre tinieblas, y porque en ellas anida el cuervo, el grajo y el vampiro, o sea, la religión, la ley y el poder; la Burguesía, en fin! (…)

¡Jóvenes, niñas, mujeres en general, de la presente sociedad!

Si no queréis convertiros en prostitutas, en esclavas sin voluntad de pensar ni sentir, ¡no os caséis!

Vosotras, las mujeres, ¿Qué somos? ¡Algo! ¿Qué se nos considera?

¡Nada!

Vosotras las que pensáis encontrar amor y ternezas en el hogar, sabed que no encontraréis otra cosa que un amo, un señor, un rey, un tirano.

El amor no puede ser eterno ni inmutable y fijo, luego si éste tiene un término, ¿qué queda en esa impía institución que dura lo que la vida? ¿qué quedará, cuando el amor termine, de vuestro matrimonio? Fastidio, tedio, y como es natural la prostitución.

Sí, la ley natural nos impele a amar continuamente; no nos impele igualmente a amar el mismo objeto, no, y entonces, ¿por qué permanecer sujetas a tal o cual hombre para toda vuestra vida?

Miles de casos se ven en que una infeliz mujer huye del hogar marital, no quiero saber por qué causa, sea ella cualquiera, el caso es que el marido acude a la autoridad y ésta obliga a la esposa a ir nuevamente al lado del hombre a quien detesta y odia.

¡Más no hiciera un pastor con una oveja o una cabra!

Yo no digo que en la presente sociedad pueda una mujer tener el grado de libertad que anhelamos, pero sí que en nuestra futura y próxima sociedad, donde nada faltará a nadie, donde nadie padecerá hambre ni miseria, allí sí que querremos el amor libre completamente. Es decir que la unión terminará cuando termine el amor, y que si yo porque la gana me da, no quiero estar sujeta a ningún hombre, no se me desprecie, porque cumpliendo y satisfaciendo la ley natural y un deseo propio tenga un amante y críe dos, cuatro o los hijos que quiera.

En la sociedad presente no lo hago, porque como yo no quiero ser la fregona de ningún hombre y no siendo suficiente mi salario para mantenerme a mí, menos a mis hijos, pues yo creo que si los tuviera, me vería obligada por huir de ser la hembra de uno o ser la de diez más.

Por otra parte, no creáis que la crítica me importe, yo no soy de aquellas que tienen la ***desvergüenza*** *de querer tener vergüenza.*

Es por eso que yo no pienso jamás enlazarme con nadie, ni tampoco (si llega el caso), ahogar en mis entrañas para conservar la negra honrilla al fruto de mi amor o momentánea unión; quede eso para la "distinguida" niña fulanita que va (en tiempo de invierno) a reponer su apreciable salud a la estancia de tal o cual, y que (a) los pocos meses ¡oh, prodigio! vuelve sana y ***desembarazada*** *de la pícara enfermedad*

que la aquejaba.

Es por esto, queridas compañeras, que yo digo y pienso que a los falsos anarquistas que critican la iniciativa vuestra de proclamar el amor libre, quisiera tenerlos a mi lado para cuando, desgarradas las entrañas, estuviera próximo mi postrer aliento, para escupirles al rostro, envuelta en una baba sanguinolenta, esta frase: ¡MARICAS!

Sea lo que quiera.

Adelante con "La Voz de la Mujer" y con el amor libre.

¡Viva la Anarquía!

Pepita Guerra [19]

La primera parte de este texto pone en evidencia una notable diferencia con los periódicos femeninos de mediados del 1800: el lenguaje. Mientras que *La Aljaba* , *La Camelia* y *Álbum de Señoritas* mantenían cierta amabilidad, cierto decoro, tal como se esperaba de las mujeres —incluso de las que se animaban a fundar un periódico—, *La Voz de la Mujer* ostentaba un lenguaje feroz, combativo, a tono con el espíritu anarquista:

Pero no, niña, no se lo digas, no se lo digas porque él creerá que eres una loca ¿oyes? ¡una loca! Y lo contará a sus amigos en la calle, en el taller, en el hogar, en fin, y entonces ¡ay de ti! Niña ¡ay de ti! ¿Adónde irás que la rechifla no te siga?

¡Oculta pues tu amor, ocúltalo cual una asquerosa lacra, ocúltalo cual si fuese un crimen!

Este lenguaje imperativo, que llama a la rebeldía, no se parece en nada al lenguaje de los periódicos femeninos que precedieron a *La Voz de la Mujer* . Es un periódico combativo, destinado a despertar la polémica, a cuestionar la sociedad de clases y la opresión de la mujer.

Pepita Guerra les habla a las mujeres jóvenes. Un acto revolucionario de por sí, ya que la sociedad estaba acostumbrada a resguardar a las jóvenes solteras como si fueran un objeto frágil y puro que no debía mancharse.

¿Qué tienes, tierna e inocente niña? ¿Por qué el rubor cubre tus mejillas? ¿Por qué estás agitada y vergonzosa? ¿Qué tienes? ¿Qué sufres?

¡Ah! No lo digas, no, no lo digas, ya he comprendido cuál es tu situación, cuál es el pesar que te aqueja. Ya sé por qué a veces tus ojos son un raudal de lágrimas en vez de ser un foco de radiante luz.

Yo sé también por qué tus mejillas se cubren de pronto de un vivo carmín. Sí, niña, ¡tú amas!

¿Y por eso te avergüenzas y te muestras tan apesadumbrada? ¡Ah! ¿Te han dicho que es una "falta" decirle al objeto de tu amor que le amas?

¿Qué tú crees que es cierto que debas fingir, ser hipócrita? ¿Crees que tu amor te deshonra? ¿Crees que no tienes derecho a sentir amor hasta que te lo confiesen a ti?

No lo creas niña, no, te han engañado, se burlaron cruelmente de tu cándida inocencia. Sí, te han engañado, porque tu amor lejos de ser un crimen, es todo lo contrario. ¡Amar es vivir!

¡Amar es la ley de la existencia!

¡Ama, pues, niña ama con toda la fuerza de tu juvenil y tierno corazón! ¡Ama!

¡Ama! Sí, y con tu amor embellece y llena de encanto, de dicha, de felicidad y de magia la existencia del dichoso objeto de tu amor.

Ama, y con tu amor endulza tu existencia, y todo cuanto te rodea. Ama y sé amada. ¡Amar y ser amada, es ser feliz!

¿Por qué vacilas, pues? ¿Qué te detiene? Ama, niña, que la existencia te sonríe.

Fija tu mirada en la mirada de aquel que sin saberlo te magnetiza; rodéale el cuello con tus ebúrneos y redondos brazos, aprisiónalo en ellos y al compás cadencioso del ondular de tu virginal seno que promete un mar de mágicos deleites, murmura quedo, muy quedo, a su oído: ¡Yo te amo!.. díselo y verás cómo cae a tus pies, loco, loco y enajenado de amor y placer!

El artículo incita a las mujeres a sentir libremente, sentir desde el corazón pero también desde el cuerpo. Si tenemos en cuenta que

durante siglos el cuerpo femenino fue tabú, algo que debía mantenerse en secreto, esta incitación de *La Voz de la Mujer* a amar físicamente —"rodéale el cuello con tus ebúrneos y redondos brazos, aprisiónalo en ellos"— es un llamado a la liberación, a la igualdad de los sexos. Como mencionábamos en el capítulo anterior, a partir de su interpretación de la anatomía la institución médica había decretado que la mujer tenía deseos maternales pero no sexuales. El deseo sexual era… ¿un privilegio? del sexo masculino. Con este texto —de la misma época—, las mujeres anarquistas refutan esa teoría: ama y rodéale el cuello con tus brazos. Y en el párrafo siguiente esa refutación se refuerza. Cuando dice: "¿Qué tú crees que es cierto que debas fingir, ser hipócrita? ¿Crees que tu amor te deshonra?", Pepita Guerra hace referencia al comportamiento típico de otras clases sociales, que concertaban matrimonios por conveniencia. Desde esa perspectiva el amor era una frivolidad.

> *Pero no, niña, no se lo digas, no se lo digas porque él creerá que eres una loca ¿oyes? ¡una loca! Y lo contará a sus amigos en la calle, en el taller, en el hogar, en fin, y entonces ¡ay de ti! Niña ¡ay de ti! ¿Adónde irás que la rechifla no te siga?*
>
> *¡Oculta pues tu amor, ocúltalo cual una asquerosa lacra, ocúltalo cual si fuese un crimen!*
>
> *Busca en la masturbación un lenitivo a tus voluptuosas ansias. Hazlo todo, todo, menos amar hasta que te amen, ¿sabes? porque nosotras no somos seres que puedan y deban sentir hasta que nos lo permitan, del mismo modo que el cigarrillo no pide que lo fumen y espera a que su poseedor quiera "usarlo".*
>
> *No se lo digas, por favor, niña, no se lo digas, que si se lo dices y acepta las primicias de tu cuerpo, gentil y esbelto cual la gallarda palmera del "oasis" del desierto, qué harás luego cuando la estupidez de tus padres y parientes te insulte y escarnezca, porque creerán que tu amor los llena de ignominia, despreciada e insultada por esta sociedad; mofada por tus ex compañeras, que en su ignorancia creerán también una falta el más grande y notable de los sentimientos: ¡el Amor!*
>
> *¿Qué harás entonces desamparada y sola entre el inmenso número de*

seres que te rodearán? ¿A do irás, cuando aterida de frío o desfalleciente de calor, te halles sola, muy sola, sin pan para ti, sin leche para tu hijo y sin techo con que cobijarte? Sin una voz que te aliente, ¿adónde irás con tu hijito en brazos? ¿A mendigar? ¿Lo arrojarás a un potrero?

¿Lo arrojarás a una casa de esas llamadas de Expósitos?

¿Venderás tu cuerpo, que aún esbelto, codiciarán?

En esta última parte *La Voz de la Mujer* hace referencia a lo que les ocurría a las mujeres que quedaban embarazadas siendo solteras: quedaban desamparadas, negadas por su familia y su entorno, y muchas veces se veían obligadas a mendigar y/o prostituirse.

¡Ah! No niña, ¡no hagas eso, niña, que no sabes con qué saña feroz, con qué cruel encarnizamiento te perseguirá la sociedad repleta de virtuosas y elegantes damas, de religiosas y piadosísimas matronas, mujeres que son quizá esposas, hijas o madres de aquellos mismos que comprarían tu cuerpo y lo cubrirían de cieno, de ese cieno babeante, corruptor y nauseabundo, que corre en forma de pequeños arroyuelos debajo del aristocrático frac y de la elegante vestimenta de las señoras tal y cual!

¡Ah, si tú vendieses tu cuerpo para tener pan, ya verías a esas matronas, esas mismas que para sí tienen un marido y diez amantes, esas mismas que en los apartados y lujosos gabinetes paternales de la señorial mansión se entregan con rabioso y erótico furor al ***noble*** *y* ***elevado*** *ejercicio de la masturbación, escarnecerte y con frenesí inhumano tratar de arrojar sobre tu cuerpo un poco del mucho pus que en el de ellas tienen!*

Aquí se insiste con la prostitución como peligro. Aunque el peligro no residía en el juicio de la sociedad hacia las mujeres que se prostituían, al menos, no exclusivamente. Pepita Guerra advierte a las mujeres que la prostitución les reduciría la calidad y el tiempo de vida. Pero aún más importante, la prostituta como mercancía, la *mujer* como mercancía, era inaceptable para este anarquismo femenino.

No ames pues niña, no, sé hipócrita, rastrera y vil, acepta al primero que se presente, ¿qué importa que el tal te repugne? Siempre podrás hacer lo que las grandes matronas, un marido para el lecho y diez queridos para todas partes.

Pepita Guerra dice algo fundamental, que hasta ese momento nunca se había dicho —al menos por escrito— y que tal vez sigue siendo tabú en el siglo XXI:

Busca en la masturbación un lenitivo a tus voluptuosas ansias.

Para la medicina la masturbación era una aberración. Y desde *La Voz de la Mujer* , Pepita Guerra invita a las mujeres a masturbarse. ¿Quién habla de masturbación femenina en 1896? Podríamos afirmar que nadie en la esfera pública. Entonces, mientras la medicina —conformada en su totalidad por hombres antes de Cecilia Grierson— afirma que las mujeres no sienten deseos sexuales, las mujeres anarquistas hablan de masturbación femenina.

¿Pero por qué este texto incita a la mujer a amar y luego se contradice? Porque, como decíamos al principio, el anarquismo consideraba que la subordinación de la mujer era una injusticia, y amar, en esas condiciones, para las mujeres sólo podía representar desgracias: un hombre que las sometía a través del matrimonio. *La Voz de la Mujer* exigía un amor libre —esto es, sin matrimonio— y esa libertad incluía que las mujeres no fueran juzgadas por amar.

Luego dice el artículo:

Pero antes, niña, oye: si como nosotras tienes fuerte el ánimo y sereno el corazón, ven con nosotras, apártate de la tiniebla y vamos hacia donde el vivo fulgor de la naciente luz nos anuncia el nuevo día.

¿No lo ves brillar, ya en lontananza? ¿Ves aquello que de entre las sombras se destaca? ¿Ves cómo irradia en torno diamantina claridad?

¡Mírala! ¡mírala! Ya se acerca a pasos agigantados.

¿La conoces? Es la ***Anarquía*** *. Sí; es ella que nos trae paz y libertad, igualdad y felicidad para todos.*

¡No temas, no, por que veas que en su izquierda chispea una antorcha y en su diestra blande un puñal, si tal trae, es porque tiene que abrirse paso por entre tinieblas, y porque en ellas anida el cuervo, el grajo y el vampiro, o sea, la religión, la ley y el poder; la Burguesía, en fin!

Con este fragmento, *La Voz de la Mujer* les decía a las mujeres trabajadoras que no estaban solas. Que estaba surgiendo una nueva era, que la anarquía —ese ideal perseguido por el que luchaban— traería paz e igualdad y sería el fin de todos los males que sufría la clase obrera por aquellos años a manos de la iglesia, el estado y la burguesía.

El lema de este periódico era "Ni Dios, ni patrón, ni marido". El siguiente párrafo hace referencia específica a "ni marido":

¡Jóvenes, niñas, mujeres en general, de la presente sociedad!

Si no queréis convertiros en prostitutas, en esclavas sin voluntad de pensar ni sentir, ¡no os caséis!

Vosotras, las mujeres, ¿Qué somos? ¡Algo! ¿Qué se nos considera? ¡Nada!

Vosotras las que pensáis encontrar amor y ternezas en el hogar, sabed que no encontraréis otra cosa que un amo, un señor, un rey, un tirano.

El amor no puede ser eterno ni inmutable y fijo, luego si éste tiene un término, ¿qué queda en esa impía institución que dura lo que la vida? ¿qué quedará, cuando el amor termine, de vuestro matrimonio? Fastidio, tedio, y como es natural la prostitución.

Sí, la ley natural nos impele a amar continuamente; no nos impele igualmente a amar el mismo objeto, no, y entonces, ¿por qué permanecer sujetas a tal o cual hombre para toda vuestra vida?

Miles de casos se ven en que una infeliz mujer huye del hogar marital, no quiero saber por qué causa, sea ella cualquiera, el caso es que el marido acude a la autoridad y ésta obliga a la esposa a ir nuevamente al lado del hombre a quien detesta y odia.

¡Más no hiciera un pastor con una oveja o una cabra!

Yo no digo que en la presente sociedad pueda una mujer tener el grado de libertad que anhelamos, pero sí que en nuestra futura y

próxima sociedad, donde nada faltará a nadie, donde nadie padecerá hambre ni miseria, allí sí que querremos el amor libre completamente. Es decir que la unión terminará cuando termine el amor, y que si yo porque la gana me da, no quiero estar sujeta a ningún hombre, no se me desprecie, porque cumpliendo y satisfaciendo la ley natural y un deseo propio tenga un amante y críe dos, cuatro o los hijos que quiera.

En la sociedad presente no lo hago, porque como yo no quiero ser la fregona de ningún hombre y no siendo suficiente mi salario para mantenerme a mí, menos a mis hijos, pues yo creo que si los tuviera, me vería obligada por huir de ser la hembra de uno o ser la de diez más.

Por otra parte, no creáis que la crítica me importe, yo no soy de aquellas que tienen la ***desvergüenza*** *de querer tener vergüenza.*

Es por eso que yo no pienso jamás enlazarme con nadie, ni tampoco (si llega el caso), ahogar en mis entrañas para conservar la negra honrilla al fruto de mi amor o momentánea unión; quede eso para la "distinguida" niña fulanita que va (en tiempo de invierno) a reponer su apreciable salud a la estancia de tal o cual, y que (a) los pocos meses ¡oh, prodigio! vuelve sana y ***desembarazada*** *de la pícara enfermedad que la aquejaba.*

Las anarquistas redactoras del periódico se oponían al matrimonio convencional, tanto civil como religioso. Una de las proclamas de su movimiento era el amor libre, entendido como un sentimiento mutuo, en igualdad de condiciones, sin unión civil o consagrada. Por eso, *La Voz de la Mujer* incitaba a las mujeres a que se negaran a unirse a un hombre en un matrimonio arreglado por conveniencia, porque así se lo ordenaban sus padres y/o la sociedad.

El artículo plantea la posibilidad de un futuro distinto, con una clase de amor también distinto, que podría romper con el modelo matrimonial establecido:

Yo no digo que en la presente sociedad pueda una mujer tener el grado de libertad que anhelamos, pero sí que en nuestra futura y próxima sociedad, donde nada faltará a nadie, donde nadie padecerá hambre ni miseria, allí sí que querremos el amor libre completamente.

El último párrafo de este texto nos muestra, sin embargo, uno de los dos límites del anarquismo:

> *Es por esto, queridas compañeras, que yo digo y pienso que a los falsos anarquistas que critican la iniciativa vuestra de proclamar el amor libre, quisiera tenerlos a mi lado para cuando, desgarradas las entrañas, estuviera próximo mi postrer aliento, para escupirles al rostro, envuelta en una baba sanguinolenta, esta frase: ¡MARICAS!*

Uno de los dos límites del pensamiento revolucionario del anarquismo de 1896 era la homosexualidad. Pese al discurso emancipatorio radicalizado que hemos analizado, las mujeres anarquistas no la aceptaban. La homosexualidad era considerada una depravación, una debilidad masculina, y más aún, una degeneración de una sociedad que se consideraba a sí misma en continuo avance y progreso.

El otro límite era la maternidad. Incluso estas mujeres anarquistas, que bregaban por la emancipación de la mujer y por el amor libre, consideraban que toda mujer era una madre en potencia. Si tenemos en cuenta el contexto, en 1896 no existía la posibilidad del control efectivo de la natalidad, que llegaría recién en la década de 1960 con la píldora anticonceptiva. Entonces, para las anarquistas de 1896 las mujeres eran madres en potencia simplemente porque aún no se podía imaginar la posibilidad de que no lo fueran. El cuerpo femenino, a pesar de *La Voz de la Mujer* , a pesar del anarquismo, seguía sujeto a mandatos sociales anclados en rasgos naturales.

19 . *La Voz de la Mujer. Periódico Comunista-Anárquico. 1896-1897*, Universidad Nacional de Quilmes, Buenos Aires, 2002, pp. 61-64.

18
“Decidme después si no hay razón para odiarlos”

La violencia de género

En el capítulo anterior hablamos de las diferencias entre los periódicos femeninos surgidos a mediados del 1800 y *La Voz de la Mujer* , periódico anarquista fundado en 1896. Y señalamos que mientras los periódicos pioneros respetaban, hasta cierto punto, lo que se esperaba de una mujer —docilidad, obediencia, sumisión, amabilidad—, *La Voz de la Mujer* rompía con esas formas de manera abrupta.

El lema de *La Voz de la Mujer* —“Ni Dios, ni patrón, ni marido”— resume el pensamiento anarquista de la época. Al rechazo a la autoridad y al anticlericalismo —propios del anarquismo en general— suma el rechazo a la opresión que la institución matrimonial ejercía sobre las mujeres y la defensa del amor libre en oposición al matrimonio. ¿Por qué las mujeres anarquistas rechazaban el matrimonio? Porque consideraban que en un matrimonio, civil o religioso, la mujer quedaba subordinada al hombre, y que eso era una injusticia. Estas mujeres abogaban por un amor igualitario, que estableciera las mismas condiciones para ambas partes.

Otra de las instituciones sacrosantas a las que se oponía el anarquismo femenino de *La Voz de la Mujer* es la Iglesia. Por entonces el anticlericalismo no era una posición exclusiva del anarquismo. En 1884, durante la presidencia de Julio Argentino Roca, la República Argentina había roto relaciones con el Vaticano debido a la sanción de

la Ley de Matrimonio Civil, que había desatado la lucha entre los clericalistas y los liberales defensores del laicismo. A partir de esa ley, el matrimonio abandonaba la esfera de la Iglesia y pasaba a la esfera del estado: el matrimonio civil era el único legalmente válido. Como es presumible, provocó la oposición generalizada de la Iglesia y, como resultado, Roca ordenó la expulsión del Nuncio Apostólico del territorio argentino.

Ellos callan y bien sabrán el porqué

El anticlericalismo de *La Voz de la Mujer* se manifiesta en el siguiente artículo:

La inmunda cloaca clerical (Fragmento)

Compañeras de LA VOZ DE LA MUJER

Al narrar el atentado de que estuve a punto de ser víctima decía, entre otras cosas, que podía narrar muchos casos análogos de los cuales han sido víctimas algunas de mis compañeras de infancia.

Ahora bien, muchos al leer el relato de la Confesión habrán creído que es una farsa inventada por mí para dañar la buena reputación de esos no buenos señores.

Pero, para que vean que no son farsas, y sí cosas reales que a diario acontecen, transcribiré una pequeña nota publicada no hace mucho tiempo por el diario "Giordano Bruno", que se publicaba en esta capital.

Habla el diario… y Uds. escuchen:

ASUNTOS PENDIENTES

"Francisco Ponza, violador de Catalina Toninetti en la Colonia Trébol, continúa impune. ¿No habrá algún lector que sepa dónde anda?

Del cura Rassore de La Plata, violador de dos niñas, no se sabe nada y su asunto sigue encarpetado.

Los fetos de Puente Alsina… bien de salud. Las dignas madres… tan tranquilas en su casa.

El presbítero Iglesias, violador de una niña de diez años en la Colonia San Justo, continúa diciendo misa en el Convento de San Francisco, en Santa Fe.

El jefe que en el Rosario ordenó los 200 azotes al soldado Netto y el capitán que hirió a Felipe Guzmán continúan sin novedad en su importante salud.

Esas monjas Catalinas prosiguen el sistema de las palizas con sus pobres dementes, y a pesar de nuestras denuncias nada se ha hecho para evitar que siga realizándose este método de curación."

Y bien, ¿qué os parece todo esto compañeras? ¿son falsas por ventura

estas cosas? No, porque de lo contrario los señores clericales ya habrían puesto el grito en el cielo, diciendo que los que tal cosa escriben son unos calumniadores, asesinos, apóstatas, y otras tantas lindezas escritas en estilo puramente clerical; ya hubieran gestionado y puesto en movimiento todo el personal de la inmunda cloaca para pedir ante las autoridades el castigo de los culpables.

Pero no, ellos callan y bien sabrán el porqué, ellos no dicen una palabra sobre los hechos denunciados, ni tan siquiera los desmienten. ¿Sabéis compañeros que desde el tiempo de San Pedro hasta hoy que ocupa la silla papal León XIII, siempre estuvieron metiendo las manos en el fango?

Formaos una idea, ¡oh mujeres! de todos estos crímenes y muchos más que quedan ignorados, y decidme después si no hay razón para odiarlos.

(…)

El diario en cuestión, en uno de sus números pedía el castigo de los culpables.

¿Ignoran acaso los individuos que escriben ese diario que el pedir castigo de los culpables es pedir peras al olmo? ¿No saben que ellos son los señores de horca y cuchillo y derecho de pernada, de la sociedad actual, que dominan en todas partes y que sus primeros protectores son la AUTORIDAD Y EL GOBIERNO?

Y aun suponiendo que sean castigados esos sátiros, nada se remediaría, porque deben saber esos individuos que el castigarlos no sería más que atender a los efectos, dejando intactas las causas; vendría a ser lo mismo que si nosotros matáramos una hormiga que viniera a dañarnos una planta, porque mientras no destruyamos el hormiguero, será inútil pretender acabar con las hormigas.

Pues bien, lo mismo sucede con esta cáfila de infames y cobardes; mientras castiguemos los efectos y dejemos subsistentes las causas, siempre violarán niñas de diez años de edad, es decir que mientras no les destruyamos el hormiguero (léase iglesias, conventos, etc.) será inútil pretender acabar con esas hormigas dañinas (curas, frailes, etcétera). [20]

Queda claro que las mujeres anarquistas no piden permiso para

expresar sus opiniones. No están dispuestas a cuidar las formas ni el lenguaje. Hoy puede parecer una nimiedad. En 1896 era un acto revolucionario. El lenguaje formaba parte de una revolución emancipadora.

Las mujeres anarquistas cuestionan el lugar de los sacerdotes, sobre todo con respecto a las mujeres porque tenían una relación muy cercana con ellos. Con la ferocidad que caracteriza a *La Voz de la Mujer* , a las denuncias contra los curas se unen denuncias por violencia de género, dado que estos curas eran hombres y, por lo tanto, parte de esa opresión de las que las mujeres eran víctimas. Para comprender las terribles denuncias que se realizan en este artículo, analicemos el primer párrafo:

> *La inmunda cloaca clerical (Fragmento)*
>
> *Compañeras de LA VOZ DE LA MUJER*
>
> *Al narrar el atentado de que estuve a punto de ser víctima decía, entre otras cosas, que podía narrar muchos casos análogos de los cuales han sido víctimas algunas de mis compañeras de infancia.*

¿De qué atentado se habla? Este testimonio fue redactado por Luisa Violeta, que en el número 3 de *La Voz de la Mujer* narró el abuso sexual del que fue víctima cuando tenía diez años de edad. Ella se encontraba en el confesionario cuando el sacerdote que oficiaba la confesión le preguntó si se masturbaba, y si había visto los genitales de algún hombre. Luego, el sacerdote le dijo que lo siguiera hasta una oficina; una vez allí, el hombre se desnudó y se abalanzó sobre Luisa Violeta, que logró librarse de él y huir. Nunca volvió a la iglesia y ya adulta se dedicó a advertir a los padres de familia que no enviaran a sus hijos “a esos antros de ignorancia y depravación, no mandéis a vuestros hijos al confesionario porque esos infames buscarán de corromperlos y hacerlos servir de pasto para sus lúbricas pasiones”.

Y para reforzar estas denuncias, *La Voz de la Mujer* ofrece nombres propios publicados en una nota de otro periódico de la época:

> *Pero, para que vean que no son farsas, y sí cosas reales que a diario*

acontecen, transcribiré una pequeña nota publicada no hace mucho tiempo por el diario "Giordano Bruno", que se publicaba en esta capital.

Habla el diario... y Uds. escuchen:

ASUNTOS PENDIENTES

"Francisco Ponza, violador de Catalina Toninetti en la Colonia Trébol, continúa impune. ¿No habrá algún lector que sepan dónde anda?

Del cura Rassore de La Plata, violador de dos niñas, no se sabe nada y su asunto sigue encarpetado.

Los fetos de Puente Alsina... bien de salud. Las dignas madres... tan tranquilas en su casa.

El presbítero Iglesias, violador de una niña de diez años en la Colonia San Justo, continúa diciendo misa en el Convento de San Francisco, en Santa Fe.

El jefe que en el Rosario ordenó los 200 azotes al soldado Netto y el capitán que hirió a Felipe Guzmán continúan sin novedad en su importante salud.

Esas monjas Catalinas prosiguen el sistema de las palizas con sus pobres dementes, y a pesar de nuestras denuncias nada se ha hecho para evitar que siga realizándose este método de curación."

Y bien, ¿qué os parece todo esto compañeras? ¿son falsas por ventura estas cosas? No, porque de lo contrario los señores clericales ya habrían puesto el grito en el cielo, diciendo que los que tal cosa escriben son unos calumniadores, asesinos, apóstatas, y otras tantas lindezas escritas en estilo puramente clerical; ya hubieran gestionado y puesto en movimiento todo el personal de la inmunda cloaca para pedir ante las autoridades el castigo de los culpables.

Pero no, ellos callan y bien sabrán el porqué, ellos no dicen una palabra sobre los hechos denunciados, ni tan siquiera los desmienten. ¿Sabéis compañeros que desde el tiempo de San Pedro hasta hoy que ocupa la silla papal León XIII, siempre estuvieron metiendo las manos en el fango?

Formaos una idea, ¡oh mujeres! de todos estos crímenes y muchos más que quedan ignorados, y decidme después si no hay razón para odiarlos.

Violaciones, fetos aparecidos en el Puente Alsina sin más explicaciones, castigos corporales a mujeres enfermas, noticias que circulaban en los diarios y probablemente entre la población sin que los culpables recibieran sus castigos y sin saber qué había ocurrido con las víctimas. Las mujeres anarquistas culpan a las autoridades por no castigar a los culpables, muchos de ellos hombres pertenecientes a la Iglesia. Para ellas estos crímenes son una cuestión política porque su ideología, precisamente, consideraba a la Iglesia como parte de la dominación burguesa y patriarcal.

Cuando *La Voz de la Mujer* dice:

> *Los fetos de Puente Alsina... bien de salud. Las dignas madres... tan tranquilas en su casa.*

¿A qué se refiere? ¿A mujeres que abortaron? ¿A niños muertos al nacer? El periódico no especifica y nos preguntamos si en los diarios de la época había aparecido una noticia que inspirara ese fragmento misterioso. La nota destaca que si esas acusaciones fueran falsas, la Iglesia habría decidido protestar y denunciar calumnias. Este testimonio indica que no lo hizo:

> *Y bien, ¿qué os parece todo esto compañeras? ¿Son falsas por ventura estas cosas? No, porque de lo contrario los señores clericales ya habrían puesto el grito en el cielo, diciendo que los que tal cosa escriben son unos calumniadores, asesinos, apóstatas, y otras tantas lindezas escritas en estilo puramente clerical; ya hubieran gestionado y puesto en movimiento todo el personal de la inmunda cloaca para pedir ante las autoridades el castigo de los culpables.*

En este fragmento *La Voz de la Mujer* asume la dignidad de su posición anticlerical. Y para finalizar, va al centro del asunto:

> *El diario en cuestión, en uno de sus números pedía el castigo de los culpables.*
>
> *¿Ignoran acaso los individuos que escriben ese diario que el pedir*

castigo de los culpables es pedir peras al olmo? ¿No saben que ellos son los señores de horca y cuchillo y derecho de pernada, de la sociedad actual, que dominan en todas partes y que sus primeros protectores son la AUTORIDAD Y EL GOBIERNO?

Y aun suponiendo que sean castigados esos sátiros, nada se remediaría, porque deben saber esos individuos que el castigarlos no sería más que atender a los efectos, dejando intactas las causas; vendría a ser lo mismo que si nosotros matáramos una hormiga que viniera a dañarnos una planta, porque mientras no destruyamos el hormiguero, será inútil pretender acabar con las hormigas.

Pues bien, lo mismo sucede con esta cáfila de infames y cobardes; mientras castiguemos los efectos y dejemos subsistentes las causas, siempre violarán niñas de diez años de edad, es decir que mientras no les destruyamos el hormiguero (léase iglesias, conventos, etc.) será inútil pretender acabar con esas hormigas dañinas (curas, frailes, etcétera).

Es imposible exigir que los sacerdotes dejen de cometer estos abusos porque están protegidos por “la AUTORIDAD Y EL GOBIERNO”. Al hacer esta declaración, las mujeres anarquistas atacan el núcleo del problema de la sociedad en la que vivían: la autoridad, sobre todo la estatal y la clerical. Lo dicen bien claro: “Y aun suponiendo que sean castigados esos sátiros, nada se remediaría, porque deben saber esos individuos que el castigarlos no sería más que atender a los efectos, dejando intactas las causas; vendría a ser lo mismo que si nosotros matáramos una hormiga que viniera a dañarnos una planta, porque mientras no destruyamos el hormiguero, será inútil pretender acabar con las hormigas”.

El anarquismo en general y las mujeres anarquistas en particular insistían en un punto: mientras la humanidad no se emancipara, esas injusticias, esas violencias, permanecerían. Y las mujeres anarquistas de *La Voz de la Mujer* agregaban que no podía haber emancipación humana mientras la mujer estuviera subordinada al hombre. Este punto es muy interesante porque muestra la división interna y creciente del anarquismo de 1896: como el anarquismo en general se oponía a la autoridad, las mujeres anarquistas sostenían que ellas

estaban en una posición injusta en relación a los hombres, ya que la sociedad de la época les negaba derechos que los hombres tenían como privilegios.

Las redactoras de *La Voz de la Mujer* consideraban que incluso los hombres anarquistas representaban, en relación a ellas, uno de esos tipos de autoridad a los que el anarquismo se oponía. Esta consideración generó una reacción negativa en los hombres del anarquismo, que no se veían a sí mismos como figuras representantes de la autoridad. Las mujeres no estaban de acuerdo: opinaban que representaban a la autoridad por el hecho de ser hombres. Eran tensiones propias de las ideas y prácticas políticas de la época que, como hemos visto, no solo recorrían los discursos de las mujeres radicalizadas del anarquismo sino también los de otras mujeres escritoras y periodistas.

20 . *Ibídem*, pp. 103-104.

19
“El verdadero churrasco, bocado exquisito para el paladar...”

Un libro de cocina

Hay distintos modos de entender qué es la Historia: recuento de los hechos, registro de los procesos a largo plazo, descripción de la vida cotidiana, etc. Si cada manera de hacer historia contribuye al conocimiento del pasado, la historia de la vida cotidiana aporta detalles que de otro modo se nos escapan. Porque, con el paso del tiempo, ciertas costumbres se pierden, tal vez porque dejan de transmitirse o porque los avances tecnológicos las van dejando atrás. Por ejemplo, costumbres como tener el fogón siempre encendido en la cocina de una casa, conservar los alimentos sin heladera, o recoger agua del Río de la Plata para consumo doméstico.

Tal vez la cocina parezca un tema extraño para hacer historia, pero nos habla de una de las formas de la reproducción de una sociedad, a través de su alimentación y, en consecuencia, nos habla de su salud, de sus hábitos de reunión, de sus celebraciones. Un simple desayuno puede convertirse en una herramienta más para conocer el pasado. De este tipo de historia trata este capítulo.

En 1890 se publicó *Cocina ecléctica* , un libro de cocina compilado por Juana Manuela Gorriti. Mencionamos por primera vez a esta destacada escritora porque, a diferencia de Eduarda Mansilla o Juana Manso, su producción escrita se orientó primordialmente a la ficción. [21]

Juana Manuela Gorriti fue una escritora salteña que dividía su vida entre Argentina, Bolivia y Perú, como sucedía con frecuencia entre

quienes habitaban la región norte del actual territorio argentino. Es el caso de Gregoria Beeche y de Juana Azurduy, dos mujeres protagonistas de esta colección. A través de ellas comprobamos que los lazos sociales, económicos y de parentesco que se habían establecido en esa región durante la época colonial mantuvieron su influencia durante el período de la independencia y las guerras civiles.

Nacida en el campamento de Horcones (Rosario de la Frontera) en 1818, Juana Manuela ya era una escritora consagrada —quizá la más conocida de su tiempo— en 1890. Era hija de José Ignacio Gorriti y Feleciana Zuviría y llegó al mundo en plena lucha por la independencia en el territorio salteño, comandada por Martín Miguel de Güemes. Su padre era amigo personal de Güemes y también había sido gobernador de la provincia de Salta. Durante las guerras civiles José Ignacio Gorriti eligió el bando unitario y tras enfrentarse con Facundo Quiroga debió migrar con su familia a Bolivia. En La Paz, Juana Manuela se casó con el capitán Manuel Isidoro Belzú, con quien tuvo dos hijas.

La vida de Gorriti estuvo marcada por los enfrentamientos internos de cada uno de los países en los que vivió. Su esposo, Belzú intentó una insurrección contra Ballivián, el presidente boliviano, pero fue derrotado y expulsado a Perú. Juana Manuela siguió a su marido, que en 1848 intentó nuevamente tomar el poder en Bolivia y lo logró, consagrándose presidente. Ella permaneció en Lima, donde desplegó una vida intelectual notable. En Bolivia, donde también se desarrollaban guerras civiles, Belzú encontró la muerte en combate en 1865. Según su propio relato, Juana Manuela se presentó en el campo de batalla y reclamó el cuerpo de su marido, al que dio sepultura.

A partir de ese momento, su vida transcurrió entre Lima y Buenos Aires, donde la escritora fue el centro de veladas literarias, además de fundar y dirigir revistas como *La Alborada del Plata.* Amiga de Juana Manso y Eduarda Mansilla, entre otras mujeres de la época, publicó novelas y libros de cuentos. Y también compiló un libro de recetas que se publicó con el título de *Cocina ecléctica* .

El libro de cocina de Juana Manuela Gorriti es un compendio verdaderamente ecléctico: gracias a sus amistades en Perú, el norte de

Argentina y Buenos Aires reúne una diversidad de voces femeninas y recetas, de epístolas y métodos culinarios. La cocina de ascendencia española se mezcla con la criolla y la francesa que, a fines del siglo XIX, se imponía como referente a nivel mundial. Se incluye también la receta de una mujer afrodescendiente. Ese eclecticismo adquiere un orden a través de las diferentes secciones que componen el libro: Sopas, Salsas, Puré, Pescados, Tamales, Rellenos, Pasteles, Empanadas, Frituras, Tortillas, Budines, Aves, Ramillete de Confecciones de Alta Gastronomía, Conejos, etc.

Gorriti es la compiladora de las recetas y su voz puede oírse en el prólogo:

> *Prólogo*
>
> *El hogar es el santuario doméstico; su ara es el fogón; su sacerdotisa y guardián natural, la mujer.*
>
> *Ella, solo ella, sabe inventar esas cosas exquisitas, que hacen de la mesa un encanto, y que dictaron a Brantôme el consejo dado a la princesa, que le preguntaba cómo haría para sujetar a su esposo al lado suyo:*
>
> *-Asidlo por la boca.*
>
> *Yo ¡ay! nunca pensé en tamaña verdad.*
>
> *Ávida de otras regiones, arrojéme a los libros, y viví en Homero, en Plutarco, en Virgilio, y en toda esa pléyade de la antigüedad, y después en Corneille, Racine; y más tarde, aún, en Châteaubriand, Hugo, Lamartine; sin pensar que esos ínclitos genios fueron tales, porque —excepción hecha del primero— tuvieron todos, a su lado, mujeres hacendosas y abnegadas que los mimaron, y fortificaron su mente con suculentos bocados, fruto de la ciencia más conveniente a la mujer.*
>
> *Mis amigas, a quienes, arrepentida, me confesaba, no admitieron mi mea culpa, sino a condición de hacerlo público en un libro.*
>
> *Y, tan buenas y misericordiosas, como bellas, hanme dado para ello preciosos materiales, enriqueciéndolos más, todavía, con la gracia encantadora de su palabra.*
>
> *Juana Manuela Gorriti* [22]

La primera frase ya nos ubica en una forma de pensar: el lugar de la mujer es el hogar, donde ella es la sacerdotisa y puede sujetar al esposo a su lado.

> *–Asidlo por la boca.*
> *Yo ¡ay! nunca pensé en tamaña verdad.*

Frase extraña para una mujer con la vida de Gorriti, marcada por el exilio, la separación y, sobre todo, la escritura. ¿Es posible que la escribiera pensando en el público que iba a recibir su *Cocina ecléctica* ? ¿O realmente creía que el lugar de la mujer era la cocina y que, siendo en aquella época la esposa totalmente dependiente del marido, debía sujetarlo por la boca? En cualquiera de los casos, la frase remite a una de las ideas consabidas de su tiempo: la mujer debía estar en el hogar.

Sin embargo, Gorriti no olvida su lugar de escritora:

> *Ávida de otras regiones, arrojéme a los libros, y viví en Homero, en Plutarco, en Virgilio, y en toda esa pléyade de la antigüedad, y después en Corneille, Racine; y más tarde, aún, en Châteaubriand, Hugo, Lamartine; sin pensar que esos ínclitos genios fueron tales, porque —excepción hecha del primero— tuvieron todos, a su lado, mujeres hacendosas y abnegadas que los mimaron, y fortificaron su mente con suculentos bocados, fruto de la ciencia más conveniente a la mujer.*

La diferencia entre la escritora que compila y las mujeres que cocinan se hace más evidente. Gorriti se arroja a los libros y a la literatura, territorio de lo público, siempre destinada histórica y socialmente a los hombres. Sin embargo, afirma que al lado de estos hombres —no detrás— hubo mujeres que cocinaron para ellos bajo “la ciencia más conveniente para la mujer”. Hay una tensión en el prólogo entre la avidez de Gorriti por los libros y la domesticidad impuesta a las mujeres como “lo más conveniente”. Es la misma tensión que, hemos visto, recorre muchos escritos de las mujeres de fines de siglo XIX. Unas veces suena a disculpa y otras, a justificación. Todo texto habla de su época y su época lo influye. La *Cocina ecléctica* de Gorriti

iba dirigida a un público heterogéneo de mujeres que probablemente conocían más la ciencia de la cocina que a Lamartine y Châteaubriand.

Las mujeres que hicieron su contribución al libro no tenían la costumbre de la escritura o la exposición pública a las que estaba acostumbrada Gorriti:

> *Mis amigas, a quienes, arrepentida, me confesaba, no admitieron mi mea culpa, sino a condición de hacerlo público en un libro.*
>
> *Y, tan buenas y misericordiosas, como bellas, hanme dado para ello preciosos materiales, enriqueciéndolos más, todavía, con la gracia encantadora de su palabra.*

Esta contradicción —las mujeres que escriben el libro temen quedar públicamente expuestas— es la que parece recorrer el prólogo de *Cocina ecléctica* . Le corresponde a Gorriti intermediar entre el santuario doméstico de la cocina y el mundo de lo público, al que ella pertenecía.

Recetas con nacionalidad

Como dijimos al inicio del libro, el proceso de construcción de la nación asociada a un estado implicaba la creación de símbolos que la representaran, un territorio identificable con esa nación, una historia común. Algunos de estos elementos ya existían y fueron remodelados para dicha construcción —por ejemplo, ciertos personajes de la historia se convirtieron en próceres— y otros se fueron agregando con el devenir histórico: la inmigración europea, la masacre de la población indígena de la Patagonia para controlar el territorio, la creación de escuelas o penitenciarías fueron los más evidentes.

La *Cocina ecléctica* de Gorriti no es ajena a esa creación de lo nacional y a la influencia inmigratoria, procesos que marcaron el final del siglo XIX en Argentina:

> *Macarrones a la calabresa*
>
> *Cocidos los macarrones, échese queso rallado en el fondo de una fuente resistente a la acción del fuego; échense sobre el queso los macarrones; iguálese la superficie y échesele encima de los macarrones, miga de pan finamente desmenuzada y mezclada en partes iguales con queso rallado, y por encima de esta mezcla, mantequilla derretida, y póngase en el horno con fuego sobre la tapadera. Estará a punto cuando el queso de la superficie haya tomado buen color.*
>
> *Se sirve en la fuente en que ha sido hecha la cocción.*
>
> *Catalina Pardini (Cocinera napolitana-Buenos Aires)* [23]

Hacia 1890 la inmigración italiana era un hecho y comenzaba a dejar marcas en la población, que hasta entonces había tenido influencias españolas, inglesas y de la población originaria de América. Catalina Pardini encontró un lugar en la *Cocina ecléctica*. Solo sabemos que era una cocinera, es decir, una mujer trabajadora, y napolitana, es decir, inmigrante. La receta es familiar para los lectores actuales, sobre todo para los porteños y habitantes del gran Buenos Aires: pastas, queso rallado, manteca pueden estar en la mesa diaria.

Otra receta también nos resulta familiar:

Churrascos

Más de una vez he sonreído, oyendo dar este nombre a retazos de carne a medio asar en la plancha o en la parrilla, y servidos sangrientos, horripilantes.

El verdadero churrasco, bocado exquisito para el paladar, nutritivo para los estómagos débiles y de calidades maravillosas para los niños en dentición, helo aquí, cual hasta hoy lo saborean con fruición sus inventores, los que poseen el secreto de la preparación de la carne: los gauchos.

Se le corta cuadrilongo y con tres centímetros de grosor, en el solomo, o en el anca del buey o cordero. Se le limpia de pellejos, nervios y grasas; se le lava en agua fría, se le enjuga con esmero, se le da un ligerísimo sazonamiento de sal, se le golpea en la superficie con una mano de almirez, y se le extiende sobre una cama de brasas vivas, bien sopladas.

Al mismo tiempo de echar el churrasco al fuego, se hace al lado, otra cama de brasas vivas, en las que, cuando comiencen a palidecer los bordes del churrasco se le vuelve con presteza, y se le extiende del lado crudo, apresurándose a quitar del otro, las brasas a él adheridas: pues basta el corto tiempo de esta operación para que el churrasco esté a punto.

Este asado se sirve sin salsas, la que le quitaría el apetitoso sabor que le da el contacto inmediato del fuego.

Los niños en lactancia gustan con delicia de la succión del sabroso jugo que con la lengua, los labios, y la presión de sus tiernos dientencitos, arrancan al churrasco.

Mercedes Torino de Pardo (Buenos Aires)

La autora de la receta “Churrascos” ya no es una trabajadora, sino una de esas señoras casadas a las que Gorriti se refiere en el prólogo. Mercedes Torino no se apropia de la receta sino que reconoce la autoría a los gauchos. Ellos dominaban el arte de convertir una pieza de carne en un plato apetitoso, en lugar de esos “retazos de carne” que

llegaban a la mesa “sangrientos, horripilantes”. La redacción de esta receta tiene un aire arcaico, anclado en el siglo XIX:

> *Se le corta cuadrilongo y con tres centímetros de grosor, en el solomo, o en el anca del buey o cordero. Se le limpia de pellejos, nervios y grasas; se le lava en agua fría, se le enjuga con esmero, se le da un ligerísimo sazonamiento de sal, se le golpea en la superficie con una mano de almirez, y se le extiende sobre una cama de brasas vivas, bien sopladas.*

El trozo de carne se lavaba y se sazonaba. Recordemos que los métodos de conservación del siglo XIX no incluían la refrigeración, de modo que la carne de vaca o cordero era muy fresca y probablemente bastante más dura que la que conocemos hoy, por eso debía ser machacada con el “almirez”, un mortero de bronce.

El churrasco se hacía rápidamente, porque de otra forma la carne se endurecía, y se servía sin salsas para disfrutar del sabor de las brasas:

> *Al mismo tiempo de echar el churrasco al fuego, se hace al lado, otra cama de brasas vivas, en las que, cuando comiencen a palidecer los bordes del churrasco se le vuelve con presteza, y se le extiende del lado crudo, apresurándose a quitar del otro, las brasas a él adheridas: pues basta el corto tiempo de esta operación para que el churrasco esté a punto.*
>
> *Este asado se sirve sin salsas, la que le quitaría el apetitoso sabor que le da el contacto inmediato del fuego.*

Mercedes Torino menciona dos veces en el texto que el churrasco era muy provechoso para los lactantes y durante el desarrollo de la dentición:

> *Los niños en lactancia gustan con delicia de la succión del sabroso jugo que con la lengua, los labios, y la presión de sus tiernos dientencitos, arrancan al churrasco.*

El detalle con que se cuenta cómo los niños comían la carne es parte de esos datos tan interesantes que recopila esta *Cocina ecléctica* de Gorriti. ¿Cómo se alimentaban los niños de fines del siglo XIX? ¿A qué edad se les comenzaba a dar alimentos sólidos? Una receta de cocina puede decirnos mucho sobre la reproducción de un determinado grupo social y aportar datos que nos ayudan a comprender el pasado.

Por último, tomamos de *Cocina ecléctica* la receta de la bebida argentina por antonomasia, el mate:

> *El Mate*
>
> *Aunque los días de esplendor hayan pasado para esta deliciosa bebida, y no recorra ya los salones de nuestra alta vida en docenas de lujosos recipientes colocados en mancerinas de plata, siempre, el mate, es y será el favorito en los retretes, recámaras y dormitorios.*
>
> *Entre las poblaciones de la Pampa, el mate es casi, un culto. Aquellos hombres barbudos y graves lo sorben con una solemnidad parecida a la adoración. Y, cosa extraña, entre los refinados pasionistas del mate, nadie como ellos, sabe confeccionarlo. Dan a la yerba, en su infusión con el agua hirviente, un perfume exquisito, que una vez probado se echa de menos.*
>
> *Hablando de esto a un viejo gaucho, vecino de mi Estancia: —¡Claro! —respondió—. Si es la cebadura de Artigas. Diz que este caudillo nunca tomó mate sino cebado por sus mismas manos. A mí, me es ya imposible cebarlo, por la parálisis que sufro en los dedos; pero daré a Vd. la sencilla manera de hacerlo:*
>
> *Hiérvase el agua con tres hervores en una pava de barro o fierro esmaltado. En el mate ya cebado con la yerba sola, y al dar el agua el primer hervor, se echan, al través de la bombilla, dos cucharadas de agua fría. Se presiona sin revolver, y se deja humedecer la yerba, a fin de que la acción del agua fría le arranque su aroma.*
>
> *Cuando el agua de la pava haya dado los tres hervores, se extra del mate el agua fría que haya quedado después de humedecer la yerba; y a esto se procede, ladeando con cuidado el mate, y presionándolo del otro lado de la bombilla. Se le pone el azúcar, y tras éste se le echa con calma el agua caliente. Al servirlo, se mueve la bombilla en torno pero*

sin levantarla. Transcribo, cual me dictó su receta el viejo gaucho: con sus mismas meticulosas explicaciones, quizá necesarias para confeccionar este delicioso mate.

Carmen Gazcón de Vela (Buenos Aires) [24]

Carmen Gazcón muestra un cambio histórico interesante en la vida del mate:

Aunque los días de esplendor hayan pasado para esta deliciosa bebida, y no recorra ya los salones de nuestra alta vida en docenas de lujosos recipientes colocados en mancerinas de plata, siempre, el mate, es y será el favorito en los retretes, recámaras y dormitorios.

El mate, que a lo largo del siglo XIX aparecía en los relatos de viajeros como una bebida de la clase alta porteña, había desaparecido de los salones en ese proceso cultural que modelaba a la Argentina imitando a ingleses y franceses. Tampoco se hacían ya los acostumbrados mates de plata. El mate se había convertido en una bebida del ámbito íntimo. Expulsado de la escena social, había encontrado refugio en la vida cotidiana.

Sin embargo, en una región el mate tenía carácter de rito sagrado:

Entre las poblaciones de la Pampa, el mate es casi, un culto. Aquellos hombres barbudos y graves lo sorben con una solemnidad parecida a la adoración. Y, cosa extraña, entre los refinados pasionistas del mate, nadie como ellos, sabe confeccionarlo. Dan a la yerba, en su infusión con el agua hirviente, un perfume exquisito, que una vez probado se echa de menos.

El gaucho de la pampa, que sabía hacer el churrasco, también sabía hacer el mate y lo transformaba en una ceremonia. Es interesante la descripción de Carmen Gazcón sobre los gauchos, ya transformados en mito: barbudos, graves, solemnes, apasionados y refinados. En realidad, el gaucho que describe Carmen estaba en vías de ser remodelado, tal como otros símbolos que se convertían en

“nacionales”.

El gaucho había sido un personaje propio de la época de la explotación ganadera y la industria del cuero, sobre todo del período rosista. En cambio, durante el período que abarca este volumen —como ya mencionamos— la explotación dominante es la cría de lanares. La explotación del ganado vacuno requería una mano de obra que se movía a través de diversos campos aún no delimitados por alambrados. Es decir, necesitaba de un tipo de trabajador trashumante: el gaucho. Hacia fines del siglo XIX las estancias y campos de menor tamaño fueron cercados, aumentó la explotación agrícola y ovina, y el gaucho fue reemplazado por la mano de obra de los inmigrantes. El *Martín Fierro* de José Hernández refleja esa situación, así como esta receta de Carmen Gazcón: ambos podían transformar al gaucho en un ser casi mítico porque estaba en vías de extinción.

Carmen Gazcón, además, nos ofrece otro rasgo característico del mate, su capacidad de ser “rioplatense”:

> *Hablando de esto a un viejo gaucho, vecino de mi Estancia: —¡Claro! —respondió—. Si es la cebadura de Artigas. Diz que este caudillo nunca tomó mate sino cebado por sus mismas manos.*

Un viejo gaucho argentino —¿quizá veterano de las guerras civiles?— menciona a Artigas, el caudillo uruguayo. Los dichos de ese gaucho son citados por una mujer estanciera. Las luchas por la independencia y las guerras civiles habían quedado lejos y estas mujeres podían convertir al gaucho en un personaje dueño de un conocimiento digno de ser transmitido:

> *Hiérvase el agua con tres hervores en una pava de barro o fierro esmaltado. En el mate ya cebado con la yerba sola, y al dar el agua el primer hervor, se echan, al través de la bombilla, dos cucharadas de agua fría. Se presiona sin revolver, y se deja humedecer la yerba, a fin de que la acción del agua fría le arranque su aroma.*
>
> *Cuando el agua de la pava haya dado los tres hervores, se extra del*

mate el agua fría que haya quedado después de humedecer la yerba; y a esto se procede, ladeando con cuidado el mate, y presionándolo del otro lado de la bombilla. Se le pone el azúcar, y tras éste se le echa con calma el agua caliente. Al servirlo, se mueve la bombilla en torno pero sin levantarla. Transcribo, cual me dictó su receta el viejo gaucho: con sus mismas meticulosas explicaciones, quizá necesarias para confeccionar este delicioso mate.

Toda una ceremonia, que puede ser controversial en estos tiempos, con indicaciones específicas sobre la yerba, el agua, la inclinación del mate, el movimiento de la bombilla. La receta meticulosa del gaucho fue transcripta por Carmen Gazcón y ofrecida a Juana Manuela Gorriti para su *Cocina ecléctica* .

A lo largo del siglo XX y del XXI aparecieron varias ediciones de *Cocina ecléctica,* de modo que el libro es accesible al público. En él conviven sabores conocidos y procedimientos extraños, dando testimonio de una época a través de la forma en que se alimentaba la población argentina y latinoamericana.

Juana Manuela Gorriti murió en 1892, en Buenos Aires. Figura memorable de esa segunda mitad del siglo XIX que vio el surgimiento de las mujeres escritoras en Argentina, fue testigo y protagonista de la historia de tres países: Argentina, Bolivia y Perú. Nos dejó gran cantidad de novelas y cuentos que la convirtieron en la escritora más reconocida de su época. Su *Cocina ecléctica* es, también, un testimonio de los avatares, amistades y viajes de su vida.

21 . En esta colección elegimos no incorporar textos de ficción como fuentes para la historia, si bien el recurso es totalmente válido y ha dado resultados muy interesantes. El libro *La mujer romántica* de Graciela Batticuore es buen ejemplo de ello.

22 . Gorriti, Juana Manuela (comp.), *Cocina ecléctica. Recetas del 1800,* Buena Vista Editores, Córdoba, 2006 (edición original de 1890), p. 9.

23 . *Ibídem,* pp. 140 y 141.

24 . *Ibídem,* p. 221.

20

"Y si se os ofrece algo, contad con nosotras"

Las mujeres trabajadoras

Hacia fines del siglo XIX en Buenos Aires se incrementó la necesidad de mano de obra, debido al desarrollo económico y al crecimiento de la ciudad. La demanda fue satisfecha por inmigrantes italianos y españoles y también, en buena medida, por argentinos que llegaban de otras provincias. Unos y otros buscaban lo mismo: trabajo y una mejor calidad de vida.

Los cambios sociales y económicos provocaron otro cambio: las mujeres comenzaron a encargarse de tareas que antes no habían realizado en fábricas y talleres, lugares que hasta ese momento eran territorio exclusivo de los hombres. Por lo general, se trataba de mujeres viudas o solteras. Seguía siendo mal visto que una mujer casada y con hijos *descuidara* su hogar para salir a trabajar.

¿De qué trabajaban las mujeres a fines del siglo XIX? Las que la sociedad consideraba más calificadas trabajaban en puestos relacionados con la alimentación, como almacenes, lecherías, tambos, fondas, restaurantes, cocinas de hoteles, y también en labores relacionadas con el vestido, como vendedoras en mercerías y zapaterías. Aquí vale hacer una aclaración: la incursión de las mujeres de clase media en el mundo laboral se vivió como una necesidad, no como un derecho adquirido. Es decir que las mujeres salieron a trabajar porque la sociedad necesitaba mano de obra a fin de sostener el crecimiento económico. Su incorporación al mercado laboral no se

debía a que se hubiera reconocido su derecho a trabajar. Tampoco es un detalle insignificante el hecho de que —debido a mentalidad imperante— las mujeres no tuvieran acceso a labores de mayor jerarquía.

Compañeras lavanderas

Antes mencionamos que las mujeres “más calificadas” trabajaban como vendedoras en mercerías o como dependientas de tiendas en general. Pero, ¿qué pasaba con las mujeres que la sociedad no consideraba calificadas? Estas mujeres trabajaban en el amplio rubro de los servicios personales, eran lavanderas, planchadoras, costureras, niñeras, amas de leche, encargadas de todo tipo de limpieza; es decir, hacían tareas relacionadas con el quehacer doméstico. Se trataba, en general, de mujeres analfabetas y de clase social baja, con muchas carencias. Y estos llamados servicios personales constituían la mayor parte del trabajo femenino en Buenos Aires a fines del siglo XIX.

Entre fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX la necesidad de mano de obra del rubro de servicios personales disminuyó de manera drástica. Por esa época comenzó a implementarse una nueva modalidad de servicio doméstico, la trabajadora con cama adentro. De este modo, una única persona se encargaba de todo: limpiaba la casa, lavaba, planchaba, cocinaba, cuidaba a los niños. Además de reducir la demanda de trabajo para las mujeres que trabajaban por su cuenta, la novedad tuvo otra consecuencia, no tan visible pero real. Las mujeres que se convertían en empleadas domésticas con cama adentro pasaban a depender de sus patrones para casi todo: de ellos dependían sus comidas, sus descansos, su tiempo de ocio y a veces, incluso, su vestimenta. Si antes tenían una libertad limitada debido a su condición de mujer y su realidad económica, cuando se implementó la modalidad de empleada doméstica con cama adentro estas mujeres pasaron a dar cuenta de todos sus movimientos a sus nuevos patrones.

A continuación compartimos un testimonio extraído de *La Voz de la Mujer* , el periódico anarquista femenino específicamente dirigido a las mujeres de la clase trabajadora de la ciudad de Buenos Aires. Vale destacar que este tipo de periódico solía ser leído en grupo, ya que gran parte de su público era analfabeto.

En una carta que hemos recibido se nos comunica esto:

Habiendo anunciado que los lavaderos municipales serían entregados a una empresa particular, el Administrador del que lleva el número 4 situado en Balcarce entre San Juan y Comercio, temiendo quedarse sin su empleo, o por lo menos verse privado de guardar para sí la tercera parte de lo que las lavanderas pagan por el derecho de lavar, imaginó una treta tan ruin y tan infame, que basta ella para poner de relieve lo miserable de los sentimientos de tal Administrador.

Les hizo firmar una solicitud diciéndoles que en ella se pedía que los lavaderos no pasaran a manos particulares, y como la mayoría de las lavanderas no saben leer, él les leía lo que le parecía, ocultando lo demás. Las 8 o 10 que firmaron, como las demás por quienes él firmó sin consentimiento de ellas, ignoraban que la solicitud pedía que en vez de trasladar los lavaderos, se aumentara el impuesto que se cobra a las lavanderas al doble de lo de hoy, cosa con la que de ningún modo están conformes ellas, y de la que enseguida protestaron.

El tal Administrador, al saber que las lavanderas protestaban de su proceder, las amenazó con mandarlas a la cárcel, con prohibirles lavar y por fin con correrlas a balazos si no pagaban lo que él quería. Entre tanto las lavanderas se presentaron al Concejo Deliberante, en el cual es muy posible no las atiendan, porque, como ya dijo él, el Administrador disfruta de gran confianza en las esferas del Concejo.

Ahora bien, nosotras que tenemos un poco más de práctica que ellas en estas cosas aconsejamos a las lavanderas romperle algo importante al tal estafador (pues fue una estafa con engaño) la que les ha hecho.

Dicen las que nos escriben que son cerca de 200 las que protestan; pues bien, a ese tipo que tan descaradamente abusó de la buena fe e ignorancia de ellas, al tal (Manco) que firmó por varias sin su consentimiento de ellas, la mejor justicia, la mejor queja, ya lo hemos dicho, es partirle el cráneo.

En cuanto a lo de la prisión y los balazos diremos: Don Manuel, es usted un mico que ni manda preso ni pega balazos ni hace ná, porque no, porque no sirve Ud., porque Ud. no es chicha ni limoná.

Pero después de todo conocemos su domicilio (Caseros entre Perú y Chacabuco) y como llegue a nuestros oídos que Ud. hace el más mínimo acto de venganza contra las lavanderas vamos a su pocilga y ni ratones

quedan, ¿oye?, ¡so marica!

Compañeras lavanderas: lo que habéis de hacer es quitar a ese soplón lo que de hombre pueda tener y las barbas y los ojos y todo lo que os parezca quitable.

Y si se os ofrece algo, contad con nosotras y con las columnas de LA VOZ DE LA MUJER. [25]

En el primer párrafo queda bastante claro cuál era la situación que denunciaba *La Voz de la Mujer* :

Habiendo anunciado que los lavaderos municipales serían entregados a una empresa particular, el Administrador del que lleva el número 4 situado en Balcarce entre San Juan y Comercio, temiendo quedarse sin su empleo, o por lo menos verse privado de guardar para sí la tercera parte de lo que las lavanderas pagan por el derecho de lavar, imaginó una treta tan ruin y tan infame, que basta ella para poner de relieve lo miserable de los sentimientos de tal Administrador.

Les hizo firmar una solicitud diciéndoles que en ella se pedía que los lavaderos no pasaran a manos particulares, y como la mayoría de las lavanderas no saben leer, él les leía lo que le parecía, ocultando lo demás. Las 8 o 10 que firmaron, como las demás por quienes él firmó sin consentimiento de ellas, ignoraban que la solicitud pedía que en vez de trasladar los lavaderos, se aumentara el impuesto que se cobra a las lavanderas al doble de lo de hoy, cosa con la que de ningún modo están conformes ellas, y de la que enseguida protestaron.

Por lo general, las mujeres que tenían este tipo de oficio —así como las costureras, planchadoras y demás trabajadoras agrupadas en el rubro servicios personales— eran pobres y analfabetas. Y en muchos casos eran mujeres viudas que debían hacerse cargo de un hogar. El testimonio de *La Voz de la Mujer* indica que —debido a su condición— estas trabajadoras solían ser estafadas por sus empleadores.

El tal Administrador, al saber que las lavanderas protestaban de su proceder, las amenazó con mandarlas a la cárcel, con prohibirles lavar y

por fin con correrlas a balazos si no pagaban lo que él quería. Entre tanto las lavanderas se presentaron al Concejo Deliberante, en el cual es muy posible no las atiendan, porque, como ya dijo él, el Administrador disfruta de gran confianza en las esferas del Concejo.

En este caso puntual, el empleador no solo las estafó económicamente sino que además las amenazó con enviarlas a la cárcel. ¿Cuál era el motivo para encarcelarlas? ¿Cuál era su delito? Estas mujeres no sabían leer, por lo que no comprendían que al firmar esos papeles contraían una deuda —en concepto de pago de impuestos — que difícilmente podrían pagar. Además, acostumbradas a obedecer a los hombres ciegamente, podían ser manipuladas y estafadas por ellos.

Sin embargo, estas mujeres no se quedaron calladas. Dice *La Voz de la Mujer* :

Ahora bien, nosotras que tenemos un poco más de práctica que ellas en estas cosas aconsejamos a las lavanderas romperle algo importante al tal estafador (pues fue una estafa con engaño) la que les ha hecho.

Dicen las que nos escriben que son cerca de 200 las que protestan; pues bien, a ese tipo que tan descaradamente abusó de la buena fe e ignorancia de ellas, al tal (Manco) que firmó por varias sin su consentimiento de ellas, la mejor justicia, la mejor queja, ya lo hemos dicho, es partirle el cráneo.

Cerca de doscientas lavanderas protestaron por las nuevas y arbitrarias medidas laborales, y algunas de ellas, incluso, se contactaron con *La Voz de la Mujer* , el periódico anarquista, para dar a conocer el hecho. Dicho de otro modo: estas mujeres, que fueron estafadas, pidieron ayuda a otras mujeres, que manejaban un medio de comunicación donde expresaban sus ideas sin reparos o vergüenzas. Por ejemplo, cuando dicen: "*aconsejamos a las lavanderas romperle algo importante al tal estafador* ".

De hecho, el testimonio finaliza insistiendo en que las lavanderas no deben quedarse de brazos cruzados y fomenta el uso de la violencia,

propia del ideario anarquista:

> *En cuanto a lo de la prisión y los balazos diremos: Don Manuel, es usted un mico que ni manda preso ni pega balazos ni hace ná, porque no, porque no sirve Ud., porque Ud. no es chicha ni limoná.*
>
> *Pero después de todo conocemos su domicilio (Caseros entre Perú y Chacabuco) y como llegue a nuestros oídos que Ud. hace el más mínimo acto de venganza contra las lavanderas vamos a su pocilga y ni ratones quedan, ¿oye?, ¡so marica!*
>
> *Compañeras lavanderas: lo que habéis de hacer es quitar a ese soplón lo que de hombre pueda tener y las barbas y los ojos y todo lo que os parezca quitable.*
>
> *Y si se os ofrece algo, contad con nosotras y con las columnas de LA VOZ DE LA MUJER.*

No sabemos qué pasó con estas trabajadoras de las que habla el artículo de *La Voz de la Mujer* . Probablemente nada haya cambiado en el corto plazo, al menos, no para bien: ya empezado el siglo XX, para las familias de clase alta y media alta tener empleadas domésticas con cama adentro se convirtió en una costumbre, una comodidad más.

Con el correr de los años las trabajadoras autónomas de los oficios agrupados en el rubro servicios personales se fueron quedando sin trabajo, y muchos de esos oficios se transformaron o directamente desaparecieron. El anarquismo, uno de los pocos movimientos que representaba a la clase trabajadora, a principios del siglo XX se convirtió en la principal fuerza política que la convocaba.

25 . *La Voz de la Mujer. Periódico Comunista-Anárquico. 1896-1897*, Universidad Nacional de Quilmes, Buenos Aires, 2002, pp. 156-157.

21

“De la manera más civilizadora posible”

Las consecuencias de la campaña al desierto

La Conquista del Desierto fue una ofensiva militar que, entre los años 1878 y 1885, permitió el avance sobre grandes territorios pertenecientes a pueblos indígenas. Según el presidente Nicolás Avellaneda, esos territorios debían pertenecer al estado, a fin de sumarlos al desarrollo productivo y terminar, de este modo, con ciertos conflictos que perjudicaban al sector agropecuario.

A medida que se tomaban estos territorios, se implementó un proceso para singularizar al indígena, para que resultara más fácil su identificación como sujeto indeseable: un salvaje, en comparación con el hombre blanco europeo, que era el *tipo correcto.* Entonces, en vez de ser reconocidos por sus adscripciones étnicas y territoriales —pampas, araucanos, etc.—, estos individuos pasaron a ser solo *indios* .

El indio era un problema para el poder estatal, ya que su sola presencia en el territorio de la nación bastaba para poner en duda la capacidad del estado para garantizar el presunto orden al que se aspiraba. El indio era visto como un salvaje, y no coincidía con la imagen deseada del país que se estaba construyendo.

Las poblaciones originarias que sobrevivieron a este proceso de ocupación y sometimiento fueron trasladadas, generalmente a pie, a lugares donde se necesitaba mano de obra —forzada, claro está— para tareas pesadas. El destino de los hombres eran, por ejemplo, los

ingenios azucareros. También el ejército. Las mujeres y las niñas terminaron principalmente en Buenos Aires, donde se transformaron en la servidumbre de las familias de la alta sociedad. Estas familias *se veían obligadas* a darles bautismo cristiano y un nombre nuevo. De este modo, les quitaban a estas mujeres y niñas lo único que les quedaba: la identidad.

Se cazaron, queremos decir se civilizaron

El artículo que compartimos a continuación pertenece nuevamente a *La Voz de la Mujer* :

Allá por 1880, si mal no recordamos, el civilizador gobierno argentino envió parte de su ejército en misión civilizadora también, a la conquista del desierto.

Como la civilización iban en las puntas aceradas de lanzas y bayonetas del tal ejército, claro está que la cosa produjo óptimos resultados y la civilizadora cosecha fue espléndida.

Se cazaron, queremos decir se civilizaron a medias unos 800 indios, amén de los que se civilizaron del todo, que de esos no conocemos el número, porque los civilizadores no dijeron a cuántos alcanzaba el número de muertos.

Los indios a quiénes solo a medias se consiguió civilizar fueron traídos a ésta y distribuidos (de la manera más civilizadora posible) los varones en el ejército permanente y las hembras entre las distinguidas y decentísimas matronas que todos los días se confiesan, que todos los días van a misa, que todos los días desprecian a la plebe (vulgo proletario) (que según ellas y su Dios es hermano suyo), y que todos los días también pegaban de la manera más cariñosamente civilizadora posible a aquellas infelices, algunas de las cuales están aún (como se verá más abajo) continuando su aprendizaje de civilización, apenas interrumpido por las faenas de mucama, cocinera, etc., pero no se crea por esto que trabajan gratis ¡qué esperanza! reciben una espléndida remuneración (paga) en azotes, palos, cachetes y ayunos forzados ¡oh civilización!

El distinguido y pundonoroso oficial del cuerpo de Bomberos de esta capital, Sr. Fossa, es uno de los muchos (hay que confesarlo, son muchos) que continúan a través de los 16 años transcurridos la ingrata tarea de civilizar a estos testarudos de indios, que son brutos a más no poder. ¡Figúrense nuestras queridas lectoras que el caballero Fossa está civilizando a una india, mujer de edad ya, la cual (cosa increíble y que hasta parece mentira) a pesar de los 16 que lleva de estudiar en la...

tina de lavar la mugre del caballero Fossa no ha aprendido ni la O por larga!!

¿Verdad que después de 16 años de lavar patios y ropa, de cebar mate y chanchos, de cocinar, de pasar hambre, y de llevar cachetadas (parece mentira) no pueda un indio aprender la O?

Pero aún hay más, la india de Fossa (la sirvienta, no la esposa) tiene una hija a la cual los niños ¡pobrecitos! enseñan a multiplicar... en pago de lo cual su vida de ella en la casa del pundonoroso Fossa es algo peor.

Los palos, ni se diga: hambre para mantener un regimiento, y para mejor tanto es el cariño que le tienen, que le prohíben llamar madre a la autora de sus días. Per cosa? Non si sá.

Nota – El señor Fossa no cobra nada a esas dos indias por tenerlas en su casa, ni tampoco por civilizarlas.

Otra - Nos han contado las hadas del bosque que Villalba, el infeliz soldado muerto a palos por los distinguidos oficiales del 11 de infantería, repitió a cada uno de los 2.500 (dos mil quinientos) que le pegaron lo siguiente: "Hermoso sol de libertad el que hoy luce". ¿Quieran los lectores hacerme el favor de creer que los indios que están hoy todavía en el ejército permanente y las indias en poder de las familias decentes repiten lo mismo?

¡Si serán desagradecidos esos pícaros! [26]

Lo primero que queda claro es que las redactoras de *La Voz de la Mujer* utilizan un tono cargado de sarcasmo para expresar el evidente desprecio que les genera lo narrado. Junto con el ánimo de despertar la polémica, propio de este medio de prensa, ese sarcasmo descarnado sirve para poner en evidencia un problema que de otro modo pasaría desapercibido: las terribles consecuencias de la Conquista del Desierto.

Allá por 1880, si mal no recordamos, el civilizador gobierno argentino envió parte de su ejército en misión civilizadora también, a la conquista del desierto.

Como la civilización iban en las puntas aceradas de lanzas y bayonetas del tal ejército, claro está que la cosa produjo óptimos resultados y la civilizadora cosecha fue espléndida.

Se cazaron, queremos decir se civilizaron a medias unos 800 indios, amén de los que se civilizaron del todo, que de esos no conocemos el número, porque los civilizadores no dijeron a cuántos alcanzaba el número de muertos.

Las redactoras de *La Voz de la Mujer* hablan de *civilizador gobierno* , *misión civilizadora* y *civilizadora cosecha* cuando en realidad quieren demostrar su repudio a la toma de territorios indígenas ocurrida, por ese entonces, unos años atrás:

Se cazaron, queremos decir se civilizaron a medias unos 800 indios, amén de los que se civilizaron del todo, que de esos no conocemos el número, porque los civilizadores no dijeron a cuántos alcanzaba el número de muertos.

Luego, *La Voz de la Mujer* dice:

Los indios a quiénes solo a medias se consiguió civilizar fueron traídos a ésta y distribuidos (de la manera más civilizadora posible) los varones en el ejército permanente y las hembras entre las distinguidas y decentísimas matronas que todos los días se confiesan, que todos los días van a misa, que todos los días desprecian a la plebe (vulgo proletario) (que según ellas y su Dios es hermano suyo), y que todos los días también pegaban de la manera más cariñosamente civilizadora posible a aquellas infelices, algunas de las cuales están aún (como se verá más abajo) continuando su aprendizaje de civilización, apenas interrumpido por las faenas de mucama, cocinera, etc., pero no se crea por esto que trabajan gratis ¡qué esperanza! reciben una espléndida remuneración (paga) en azotes, palos, cachetes y ayunos forzados ¡oh civilización!

En este párrafo breve, las redactoras de *La Voz de la Mujer* hacen responsables a todas las figuras de autoridad posibles: las fuerzas armadas, la clase dominante y la Iglesia. Mencionan que los hombres indígenas fueros enviados al ejército, y las mujeres fueron enviadas a las casas de las familias de clase alta, cuyos miembros van a misa a diario.

De este modo, las mujeres anarquistas vuelven a manifestarse a favor del oprimido y en contra del opresor. En este caso, opresor es todo aquel que se incluya dentro de la civilización, mientras que oprimido es el que conforma la barbarie.

El distinguido y pundonoroso oficial del cuerpo de Bomberos de esta capital, Sr. Fossa, es uno de los muchos (hay que confesarlo, son muchos) que continúan a través de los 16 años transcurridos la ingrata tarea de civilizar a estos testarudos de indios, que son brutos a más no poder. ¡Figúrense nuestras queridas lectoras que el caballero Fossa está civilizando a una india, mujer de edad ya, la cual (cosa increíble y que hasta parece mentira) a pesar de los 16 que lleva de estudiar en la... tina de lavar la mugre del caballero Fossa no ha aprendido ni la O por larga!!

¿Verdad que después de 16 años de lavar patios y ropa, de cebar mate y chanchos, de cocinar, de pasar hambre, y de llevar cachetadas (parece mentira) no pueda un indio aprender la O?

Pero aún hay más, la india de Fossa (la sirvienta, no la esposa) tiene una hija a la cual los niños ¡pobrecitos! enseñan a multiplicar... en pago de lo cual su vida de ella en la casa del pundonoroso Fossa es algo peor.

Los palos, ni se diga: hambre para mantener un regimiento, y para mejor tanto es el cariño que le tienen, que le prohíben llamar madre a la autora de sus días. Per cosa? Non si sá.

Nota – El señor Fossa no cobra nada a esas dos indias por tenerlas en su casa, ni tampoco por civilizarlas.

Otra – Nos han contado las hadas del bosque que Villalba, el infeliz soldado muerto a palos por los distinguidos oficiales del 11 de infantería, repitió a cada uno de los 2.500 (dos mil quinientos) que le pegaron lo siguiente: "Hermoso sol de libertad el que hoy luce". ¿Quieran los lectores hacerme el favor de creer que los indios que están hoy todavía en el ejército permanente y las indias en poder de las familias decentes repiten lo mismo?

¡Si serán desagradecidos esos pícaros!

Como hemos visto a lo largo de esta colección, la dicotomía

civilización y barbarie recorrió la historia argentina de gran parte del siglo XIX: las guerras civiles se hacían en su nombre, la creación del sistema educativo argentino venía a civilizar a la población. Se comprende entonces el sarcasmo feroz con que se invoca la palabra civilización, tantas veces utilizada. La "civilización" como sinónimo de progreso era parte de la ideología argentina que, después de la batalla de Pavón, se había inculcado a varias generaciones.

> *Figúrense nuestras queridas lectoras que el caballero Fossa está civilizando a una india, mujer de edad ya, la cual (cosa increíble y que hasta parece mentira) a pesar de los 16 que lleva de estudiar en la... tina de lavar la mugre del caballero Fossa no ha aprendido ni la O por larga!*

Las anarquistas, conocedoras de la ecuación entre educación y civilización la usan para señalar el maltrato al que eran sometidos esos indígenas que habían sido masacrados, precisamente, en nombre de la "civilización".

> *Pero aún hay más, la india de Fossa (la sirvienta, no la esposa) tiene una hija a la cual los niños ¡pobrecitos! enseñan a multiplicar... en pago de lo cual su vida de ella en la casa del pundonoroso Fossa es algo peor.*

La Voz de la Mujer toma este caso para denunciar dos cosas: los maltratos y vejaciones que las mujeres indígenas sufrían en las casas donde trabajaban, y directamente al señor Fossa.

¿Era este el único caso de maltrato a mujeres indias que se vieron obligadas a trabajar en casas de la alta sociedad? Seguramente no. Quizás otros vean la luz en futuros estudios. El artículo finaliza con un párrafo que no resulta menos desgarrador por estar escrito con un afilado sarcasmo:

> *Nos han contado las hadas del bosque que Villalba, el infeliz soldado muerto a palos por los distinguidos oficiales del 11 de infantería, repitió a cada uno de los 2.500 (dos mil quinientos) que le pegaron lo siguiente:*

"Hermoso sol de libertad el que hoy luce". ¿Quieran los lectores hacerme el favor de creer que los indios que están hoy todavía en el ejército permanente y las indias en poder de las familias decentes repiten lo mismo?

¡Si serán desagradecidos esos pícaros!

Las redactoras cuentan aquí el caso de un soldado, un tal Villalba, que murió por los golpes que le dieron los oficiales de infantería. *La Voz de la Mujer* denuncia que este hombre repitió, ante cada uno de los *dos mil quinientos soldados* que le pegaron, la frase "Hermoso sol de libertad el que hoy luce". El texto nos lleva a concluir que el soldado Villalba fue obligado a decir esa frase mientras los oficiales de infantería le pegaban hasta matarlo.

La Voz de la Mujer es una fuente invaluable. Nos permitió contar la historia de mujeres que, de otro modo, podrían haber quedado fuera de este libro: mujeres trabajadoras estafadas, mujeres violadas, mujeres de pueblos originarios que debieron sufrir múltiples vejaciones en nombre de una civilización que era más una idea que una realidad. Los pocos números que se editaron nos dejan un testimonio de la lucha de la población trabajadora por sus derechos y de las voces femeninas que no siempre eran delicadas o cautas: sus páginas mostraron que podían adquirir matices de violencia, ironía, sarcasmo y también que manifestaban tensiones, como la tensión entre mujer y maternidad que recorrió todo el siglo XIX y parte del XX.

26 . *Ibídem*, p. 157.

22
"... en la sala, un matrimonio me esperaba"

La gran oleada inmigratoria

La gran oleada inmigratoria fue un proceso de varias décadas que transformaría por completo a la sociedad argentina. Si bien desde el período de la revolución y la independencia algunos inmigrantes —sobre todo, ingleses, franceses e irlandeses— habían llegado al territorio de la futura Argentina, el proceso de inmigración masiva comenzó con el fin de las guerras civiles. La Constitución de 1853 promovió el establecimiento de extranjeros en el territorio argentino, muy extenso y escasamente poblado. Pero fue sobre todo después de la batalla de Pavón, desde la presidencia de Mitre en adelante, cuando los gobiernos alentaron decididamente la inmigración extranjera.

La inmigración tuvo características particulares: la mayor cantidad de migrantes eran hombres, sobre todo provenientes de España e Italia, pero también había franceses, ingleses, rusos y polacos. La mayoría de los inmigrantes se concentró en las provincias de Buenos Aires, Santa Fe, Entre Ríos y Córdoba, y pese a que los gobiernos fomentaron el asentamiento de inmigrantes en zonas rurales, se establecieron en zonas urbanas. Sin trabajo estable, gran parte de esta población se hacinaba en casas de alquiler que serían llamadas "conventillos". Su compleja situación hizo que algunos de ellos regresaran a sus países de origen durante la crisis de 1890.

Los inmigrantes que permanecieron en el país formaron comunidades, clubes y asociaciones de socorro mutuo. No podían votar, de modo que no tenían representación en el gobierno. Eso no significaba que no tuvieran reclamos políticos que, como hemos visto,

fueron defendidos por las corrientes anarquistas que habían sido expulsadas de Europa. La influencia del anarquismo, y la llegada al país de importantes intelectuales del movimiento —como la de Enrico Malatesta, en 1885— creó preocupación y temor en las autoridades de gobierno y en 1902 se sancionó la Ley de Residencia, que permitía expulsar inmigrantes sin juicio previo.

Hacia fines de la década de 1890 la crisis que había dado nacimiento a la Unión Cívica Radical —y había provocado la renuncia de Miguel Juárez Celman a la presidencia— estaba cediendo. La crisis financiera del país había provocado el quiebre de la casa Baring Brothers, que tenía gran parte de la deuda argentina. El pago de la deuda fue renegociado y se redujo el gasto público para resolver la situación que atravesaba el país. Pero la recuperación más importante fue posible gracias a la economía exportadora. La cría de ganado lanar dio paso a la de ganado vacuno y, sobre todo, a la producción de trigo, maíz y lino, actividades que requerían gran cantidad de mano de obra, sobre todo estacional. En este marco la inmigración europea recuperó el vigor que había perdido durante la crisis de 1890 y comenzaron a llegar los grandes contingentes de inmigrantes. La población oriunda de Europa superó el 25% de la población total. Argentina era el segundo país, después de los Estados Unidos, con mayor cantidad de inmigrantes.

Durante la primera presidencia de Julio A. Roca se promulgó la Ley 1420 de Educación común, laica, gratuita y obligatoria. La educación estatal regulada por esa norma legal sirvió para desplazar la identidad de origen de los inmigrantes y dar homogeneidad a una sociedad compuesta por tantos elementos diversos como los que estamos nombrando.

¿Qué ocurría con las mujeres inmigrantes? Como señalamos, una gran proporción de los inmigrantes eran hombres solteros, pero también migraban las mujeres. Por lo general, llegaban primero los hombres de la familia y luego, las mujeres. Las que llegaban solas, muchas veces eran engañadas y terminaban siendo víctima de redes de prostitución, una práctica que comenzó a difundirse sobre todo en ciudades grandes como Buenos Aires y Rosario, que recibían gran

cantidad de inmigrantes masculinos. El idioma, una ventaja con que contaban las españolas, constituía una desventaja para el resto, no solo a la hora de encontrar empleo.

La pregunta sobre las mujeres inmigrantes es difícil de responder, y más difícil todavía es encontrar las voces de estas mujeres y conocer sus experiencias: el traslado a un lugar desconocido, la falta de comunicación con sus parientes, los lazos familiares rotos, la vida en el nuevo país, los traumas que podía provocar la ruptura con la tierra donde habían nacido. Pocas mujeres dejaron registros escritos de su inmigración.

Aquí es donde daremos lugar a un tipo de historia que desde hace algunas décadas permite reconstruir el pasado a través de fuentes no escritas: la historia oral. El historiador realiza entrevistas que luego se registran y se utilizan como documento para escribir la historia. La oralidad conlleva ciertos inconvenientes: ante la misma pregunta, en distintas ocasiones el entrevistado puede contar la historia de un modo diferente; las preguntas que hace el entrevistador pueden influir en el entrevistado o bien el entrevistador mismo puede cercenar parte del material por motivos diversos. Por otra parte, si hasta ahora incluimos en la colección la cita bibliográfica de los documentos que tomamos como fuente, para que el lector pueda consultarlos, la historia oral no ofrece la misma posibilidad.

Al igual que la fuente escrita, el testimonio oral debe ser cuestionado, comparado y analizado para después utilizarlo teniendo en cuenta sus limitaciones, e incluso a partir de ellas.

En este capítulo trabajaremos con testimonios orales de inmigrantes sirias y libanesas asentadas en Tucumán, [27] pertenecientes a las primeras oleadas de inmigración proveniente de esa región que llegaron a la Argentina entre 1895 y 1914. Tanto Siria como el Líbano eran territorios pertenecientes al Imperio Turco Otomano, de modo que los inmigrantes al ingresar a la Argentina eran anotados como “turcos”. De allí surgió un apodo que sobrevive hasta hoy.

La inmigración sirio-libanesa afrontaba algunas de las dificultades que hemos mencionado antes: la diferencia de la geografía, el idioma, las costumbres, la falta de comunicación con los parientes que

quedaron del otro lado del Atlántico. La ruptura, al momento de migrar, era casi completa, y debió significar un trauma profundo en la mayoría de los inmigrantes.

En el caso de las mujeres, la migración solía implicar el matrimonio con un desconocido:

> *Yo tenía diecisiete años y estaba bailando cuando escuché que me llamaban mis padres en casa. Presurosa llegué; en la sala, un matrimonio me esperaba. Mi mamá me explica que al día siguiente tenía que partir para Argentina en el Julio César para casarme con el cuñado de su hermana. Por favor un momento... Salgo corriendo a despedir a mis amigas que aún bailaban.*

Como señalamos, los hombres venían solos, generalmente eran la avanzada para traer a los demás miembros de la familia. En el testimonio anterior vemos que la migración podía producirse de una manera abrupta y, sobre todo si la mujer era joven, estaba ligada a un matrimonio. Las familias no estaban dispuestas a correr el peligro de que una mujer joven y soltera viajara sola hacia un país desconocido, donde se hablaba un idioma diferente.

En otros casos, la joven podía llegar con su familia y encontrar un marido dentro de la misma comunidad de inmigrantes:

> *... mi madre vino a los 15 años con sus padres. Cuando mi padre llegó a instalarse en la villa se enamoró de ella. Mi abuelo no quería que se casaran porque ya la tenía comprometida desde que había nacido al hijo de un hermano. Entonces mi padre la roba y la deposita en la casa de un señor amigo. Estuvo allí hasta que mi abuelo dio su palabra de honor que los dejaría casar. Así que hubo un rapto previo al casamiento...*

En este caso, ofrece su testimonio una hija de inmigrantes, es decir que el relato no proviene directamente de la protagonista. Estos inmigrantes establecían lazos dentro de la comunidad a través del matrimonio concertado por los padres, incluso desde el nacimiento. Pero podían surgir imprevistos como el amor e incluso el rapto para

forzar el consentimiento para una nueva pareja. Al parecer el rapto era costumbre en el lugar de origen porque otro testimonio habla de ese procedimiento:

> *... me casé a los 14 años. Tenía aquí [en Tucumán] muchos candidatos de Rabah. Algunos me querían robar, pero yo estaba enamorada del que sería mi marido... El casamiento duró una semana. Se realizó en la casa. Todavía no estaba edificada la Iglesia Ortodoxa. Bailaban en la calle y había una orquesta árabe...*

Llegar desde Siria y el Líbano era bastante distinto a llegar desde España —el país que había colonizado el territorio argentino y le había dado parte de su identidad— o Italia, país europeo con costumbres culturales y religiosas similares. El casamiento con un miembro de la colectividad de origen daba a las mujeres una protección que de otro modo no tendrían y a los hombres les permitía establecer alianzas familiares y económicas, como se observa en estos testimonios:

> *... la mayoría de los árabes se casaron con paisanas. Las hijas de árabes no se casaban con otros. Eran escasas.*

> *... mi abuela era viuda y vino ya prometida para mi abuelo. La acompañaba un pariente que venía para otro árabe...*

A través de los matrimonios se afianzaba la solidaridad dentro del grupo. Además se mantenían los lazos culturales, el idioma, la religión —los migrantes sirio-libaneses no eran musulmanes sino católicos apostólicos ortodoxos— que de otra forma se hubiesen diluido por completo. Mantener la unidad dentro de la colectividad les permitía mantener su propia identidad en un país totalmente diferente al de origen.

Los hijos de estos inmigrantes, que ya eran argentinos, fueron educados en una sociedad intermedia entre la inmigración y la nacionalidad. Es muy común escuchar, hoy en día, entre los hijos de

esos inmigrantes: “En mi casa se hablaba en italiano —o polaco, o alemán— pero en la escuela hablábamos en castellano”. Aunque fueron herederos de esos hogares en los que la combinación de elementos culturales era lo más común, para ellos la adaptación al país fue más sencilla.

A esas voces nos sumamos nosotras, las autoras de esta colección, para ofrecer breve testimonio de la gran oleada inmigratoria que aún hoy es parte de la identidad colectiva argentina:

Mi abuela materna, Rosa, era hija de inmigrantes italianos que habían llegado a principios del siglo XX desde Celenza sul Trigno, Italia. Mi bisabuela había traído en su equipaje la tabla y el palo de amasar, y sus recetas, que aún hoy se hacen en mi casa. Mi abuela Rosa había vivido ese mundo en el que se hablaba en italiano en la casa y castellano en la escuela. Ella me crió y cuando se enojaba me retaba en una mezcla de italiano y castellano: “Vení, vení que no te faccio niente” me decía con la mano alzada.

Mi bisabuela paterna, Francisca, había llegado desde Reggio, capital de Calabria, ya casada, con su marido y e hijos. La conocí en mi infancia, cuando todos los primos —sus bisnietos—, íbamos a visitarla. La abuela Francisca hablaba un cocoliche mezcla de calabrés y porteño que solo sus hijos y los nietos que habían crecido con ella entendían. Los primos teníamos terror de que la abuela Francisca nos hablara porque no le entendíamos nada. Cuando nos hablaba nos apretábamos todos unos contra otros y nos mirábamos como diciendo “te habla a vos, te habla a vos”. Lejos estaba de imaginar que esa lengua particular era parte de la historia misma del país, que esa confusión de lenguas, era parte, incluso, de su identidad y de la mía.

Gabriela Margall

Mi nono, Benedicto, vino de Trieste, Údine, en 1946 o 1947. Mientras se instalaba en Buenos Aires y conseguía una casa apta para vivir y formar una familia, se comunicaba mediante cartas con mi nona, Ada. En una de esas cartas, mi nono le dibujó una bebida que había conocido en Argentina

y que había incorporado: el mate. Mi nona no entendió de qué se trataba: pensó que se cebaba un único mate y se iba pasando de persona en persona, que cada persona le daba una chupada y se lo pasaba al siguiente. Le pareció asqueroso y —supongo— no le gustó que mi nono se hubiera vuelto consumidor de ese brebaje. Tiempo después, cuando ella —con apenas 20 años— vino a Argentina, probó el mate.

Podría decir que no recuerdo la casa de mi nona sin el mate hecho, siempre cebado, y la mayor parte de las veces frío, porque lo cebaba y se iba a hacer cosas.

Mi nono murió cuando yo tenía cinco años, y mi nona, cuando yo tenía diecinueve. Ella no solía contar muchas cosas de su vida antes de la llegada a Argentina. Las que contó me permitieron entender que su vida había sido dura, pero ella nunca se quejaba. Solo pudo hacer hasta el quinto grado de la escuela primaria, porque su familia necesitaba que trabajara en el campo, con los animales o con lo que fuera. Sin embargo, de adulta fue muy lectora. Los primeros libros "para grandes" que leí los saqué de su biblioteca. Como dije, no hablaba mucho sobre su vida pasada, pero una vez contó que durante el viaje en barco de Italia a Argentina un marinero francés se enamoró de ella —era realmente hermosa, se parecía a la actriz Juliete Binoche— y le decía cosas lindas. "¿Qué te decía?", le preguntamos. "Tres jolie", nos respondió, y nos dijo que era algo así como "muy linda". De ahí en adelante —tal vez más que por el contenido de su anécdota, porque el hecho de que nos contara algo de su vida era excepcional— a cada rato le decíamos treyolí, treyolí, y nos reíamos.

Gilda Manso

27 . Todos los testimonios fueron tomados de Asfoura, Olga Liliana "Árabes en Tucumán: relatos de abuelas", *Amérique Latine Histoire et Mémoire. Les Cahiers ALHIM* [En línea], 9/2004, publicado el 18 de febrero de 2005, consultado el 4 de febrero de 2018. http://journals.openedition

A modo de conclusión

Elegimos cerrar este capítulo sobre mujeres inmigrantes, y esta colección, con nuestras voces porque creemos que somos herederas de todas esas mujeres que nos dieron sus voces para hablar de la historia del país. La historia como conocimiento estancado no dice mucho y puede convertirse en una materia odiosa. La historia como parte de la propia identidad —no somos otra cosa que el resultado del pasado— es una materia necesaria. La reconstrucción de la historia de —y por— las mujeres es una materia obligada.

La colección convocó las voces de todo tipo de mujeres: trabajadoras, escritoras, periodistas, parteras, esclavas, maestras, conquistadoras, médicas, políticas. No fue posible incluir testimonios de algunas mujeres —por ejemplo, de mujeres prostitutas— cuyo acceso a la escritura y a la propia voz era muy difícil, al menos hasta principios del siglo XX.

Como dijimos al inicio, nuestro trabajo recorre las investigaciones que otros historiadores realizan desde hace poco más de treinta años. La recuperación de archivos a veces está en manos de la gente común, de nosotros mismos: las cartas, diarios íntimos, documentos personales de nuestras abuelas y bisabuelas, postales, fotografías con leyendas escritas, hablan de la historia argentina. Todos esos documentos sirven para convertir a las mujeres en protagonistas y sus palabras contribuyen al proceso de construcción de la historia y de la propia identidad. Si tienen la fortuna de tener esos tesoros en sus manos, sepan que existen archivos e investigadores dispuestos a recibirlos con el mayor interés.

Para terminar, como mujeres comprendemos la necesidad de construir nuestra propia historia, contada por mujeres protagonistas de los hechos que dieron lugar a la construcción de la Argentina. Esta colección es un paso que damos hacia la recuperación de nuestra

identidad.

La historia argentina no fue hecha solo por hombres, las mujeres fuimos parte de esa historia.

Y si nos contaron una historia sin mujeres, este es el momento de construir otra historia.

Libros recomendados

La historia argentina contada por mujeres no pretende ser un estudio exhaustivo de la historia de género o de la participación de las mujeres en la historia argentina. Su objetivo es servir como punto de partida para lo que viene, para futuros libros que reconozcan y pongan en primer plano la participación de las mujeres en todos los aspectos de nuestra historia.

Esta colección tampoco pretende ser la primera en reconocer el papel de las mujeres dentro de la historia. Para los lectores y lectoras interesados en el tema, mencionamos a continuación una serie de libros que utilizamos en nuestra investigación.

Dentro de los estudios biográficos, María Sáenz Quesada ha sido una de las pioneras —desde la revista *Todo es Historia* y desde la Academia Nacional de la Historia— en reconocer el papel político que podían ocupar las mujeres. Dos de sus libros son clásicos en la historiografía argentina: *Mariquita Sánchez. Vida política y sentimental* , es uno de los libros más interesantes para entender las posibilidades de la vida política de una mujer a lo largo del siglo XIX. *Mujeres de Rosas* es un estudio, muy interesante también, sobre las posibilidades políticas de las mujeres que rodearon a uno de los hombres que marcó el siglo XIX en nuestro país. Un libro central que saca de las sombras el papel de la mujer en la política.

Desde la historia social y los estudios de género, Dora Barrancos es una historiadora referente en el tema. Su libro *Mujeres en la sociedad argentina. Una historia de cinco siglos* es fundamental para entender la historia de las mujeres en nuestro país.

Historia y literatura han logrado un encuentro fructífero desde hace varias décadas. Un libro bellísimo para leer ese encuentro entre historia y escritura es *La mujer romántica. Lectoras, autoras y escritores en la Argentina: 1830-1870* de Graciela Batticuore. Los trabajos de

Eduarda Mansilla, Juana Manuela Gorriti y Juana Manso, entre otras escritoras y periodistas, son analizados en su contexto histórico de producción, ofreciendo un panorama interesante de la literatura escrita por mujeres durante el siglo XIX.

Por último queremos recomendar una colección fuera de catálogo en este momento que se puede consultar en casi cualquier biblioteca del país: *Historia de las mujeres en Argentina* , dos volúmenes compilados por Fernanda Gil Lozano, Valeria Silvina Pita y María Gabriela Ini, una obra que ha sido también pionera en reflejar los estudios de género que se están realizando en Argentina.

Estos libros recomendados son puntos de partida de un camino que, como señalamos siempre, está empezando a ser recorrido. En ellos el lector encontrará nuevo material de referencia que lo llevará por otros senderos de los estudios de género y la historia de las mujeres, a través de un sinfín de nuevos materiales de lectura.

Agradecimientos

El proyecto *La historia argentina contada por mujeres* me sacó de mi zona de confort, si me permiten el lugar común. Mi zona de confort siempre fue la ficción. Es una zona amplia: escribo literatura contemporánea, policial, fantástica; escribo novela, cuento, cuento breve. Pero siempre me manejo en ese mundo: el mundo creado por mí.

Nunca había escrito historia. Nunca había imaginado que escribiría historia. El desafío fue enorme y caótico, con ese caos precioso de estar haciendo algo nuevo, algo que nunca imaginé hacer. Me gusta hablar de caos: el caos es lo que antecede al principio. ¿Al principio de qué? No lo sé. El principio de cosas nuevas, con lo que me gusta la adrenalina de las cosas nuevas. Y no deja de resultarme encantador que ese caos, esa anticipación del principio, se haya generado por una serie de libros de historia.

En el proceso de investigación y escritura de este proyecto me pasó de todo: me reí, me emocioné, me indigné, insulté, no entendí, entendí mucho, quise saber más. Me encontré con mujeres de la historia argentina que resultaron ser completamente diferentes de como las había aprendido. También me encontré con mujeres cuya existencia ignoraba. Y me encontré con una historia argentina un poco más equilibrada desde lo narrativo: nuevas voces siempre cuentan una nueva historia, aunque sea la misma.

Mis agradecimientos son pocos pero no me caben en el alma:

Gracias a Gabriela Margall por haberme convocado a trabajar junto a ella en este proyecto del que estoy tan orgullosa, gracias por el respeto y por hacer fácil eso tan difícil: escribir de a dos.

Gracias a Silvia Itkin, nuestra editora, por decirnos que sí.

Y gracias a mis lectores por elegir también esta serie de libros.

Nos vemos en la próxima. Sea lo que sea.

***

Hace varios años ya, nació la idea de esta colección que en esos momentos era eso: una idea. Llevarla adelante fue parte de un largo proceso que incluyó, primero, la insistencia de mis lectores en la pregunta: ¿por qué las mujeres no estamos en la historia argentina? De modo que, el primer agradecimiento va hacia esos lectores que despertaron en mí la necesidad de difundir las investigaciones en estudios de género e historia de las mujeres que desde hace más de treinta años se están llevando adelante en Argentina.

Hace siete años le conté a Valeria Viegas mi idea y lo difícil que sería llevarla a cabo. Me dijo: “Guardá esa idea, guardala hasta que sea el momento de realizarla porque no hay ideas así”. La guardé y ese momento llegó. Gracias Valeria, por darme esa orden.

El tercer agradecimiento es para Silvia Itkin que vio en esa idea un proyecto editorial posible y me obligó a transformarlo en una colección con volúmenes e índices. Sin Silvia Itkin y su confianza, y la posibilidad de ver en él algo nuevo, este proyecto no hubiese sido posible.

María José Mansilla y Mariela Plodek nos ayudaron en el inicio del proyecto, aun cuando estaba tomando su forma final. María José sobre todo, porque ella misma como historiadora me ayudó en los momentos en los que yo estaba la deriva y soportó mis lamentos sobre las dificultades del proceso de escritura. Escribir esta colección fue una tarea hermosa, pero también tuvo sus momentos de fatiga o confusión y María José estuvo allí para resolver problemas o simplemente escucharme.

Marcela Calderón y Marisa Solovey, amigas que desde la distancia me acompañaron en el proceso, como me acompañan siempre: haciéndome reír en momentos en los que me siento abrumada.

Las mujeres de mi familia están en esta colección. A pesar de que solo nombré a dos de ellas en el último capítulo, sepan todas que están

acá, como parte de nuestra historia, nuestra identidad, nuestro camino a ser quiénes somos. Gracias a todas por haberme ayudado a estar donde estoy hoy.

El anteúltimo agradecimiento va para Gilda Manso, quien aceptó sin dudarlo ser parte de un proyecto que todavía era más idea que realidad. Soportó con estoicismo mis obsesiones de historiadora, mis dudas, mis idas y venidas, y la organización de un trabajo que era complejo, que estaba en mi cabeza, y que no siempre era sencillo de traducir a la realidad. Lo hizo día a día, mientras escribíamos a la par, contentas siempre y cansadas a menudo, pero sabiendo que estábamos haciendo algo distinto, algo que era importante. Gracias Gilda por haber sido una buena compañera en este viaje.

Y el último agradecimiento es uno a la distancia, hacia atrás, ¿será posible tal cosa? Yo creo que sí. Mariquita Sánchez fue el origen de este proyecto con esa hermosa frase que le escribe a su hija Florencia: “Quiero escribir la historia de las mujeres de mi país, ellas son gente”. En esa frase está la semilla de esta colección, plantada hace más de ciento cincuenta años.

Gabriela Margall

Bibliografía

Allemandi, Cecilia, "Una aproximación a las transformaciones económicas y ocupacionales en la Ciudad de Buenos Aires y las precariedades del torbellino modernizador, 1869-1914", V Jornadas de Jóvenes Investigadores, Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2009. www.aacademica.org/000-089/328 .

Álvarez Cardozo, Adriana, "La aparición del cólera en Buenos Aires (Argentina), 1865-1996", en *HISTOReLo. Revista de Historia Regional y Local* , volumen 4, número 8, julio-diciembre de 2012, pp. 172-188.

Baratta, María Victoria, "La Guerra del Paraguay y la historiografía argentina" en *História da Historiografia* , número 14, abril, Ouro Preto, 2014, pp. 98-115.

Barba, Fernando, "Un aspecto poco conocido del ideario de Sarmiento. El desarrollo educativo basado en la creación de rentas propias a la educación pública" en *Anales* , número 41, Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, Universidad Nacional de La Plata, 2011, pp. 4-13.

Barrancos, Dora, *Mujeres en la sociedad argentina: una historia de cinco siglos* , Sudamericana, Buenos Aires, 2007.

Batticuore, Graciela, *La mujer romántica. Lectoras, autoras y escritores en la Argentina: 1830-1870* , Edhasa, Buenos Aires, 2005.

Batticuore, Graciela, *Lectoras del siglo XIX. Imaginarios y prácticas en la Argentina* , Ampersand, Buenos Aires, 2017.

Briones, Claudia y Delrio, Walter, "La 'Conquista del Desierto' desde perspectivas hegemónicas y subalternas", en RUNA, número XXVII, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 2007, pp. 23-48.

Cicerchia, Ricardo, *Historia de la vida privada en Argentina* , Troquel,

Buenos Aires, 1999.

Crespo, Natalia, “Melodrama y villanía en *Margarita* (1875) de Josefina Pelliza de Sagasta”, en *Cuadernos del CILHA* , volumen 16, número 1, junio, 2015, Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, Argentina.

Devoto, Fernando y Madero, Marta, *Historia de la vida privada en la Argentina. Tomo I. País antiguo. De la colonia a 1870* , Taurus, Buenos Aires, 1999.

Devoto, Fernando y Pagano, Nora, *Historia de la historiografía argentina* , Sudamericana, Buenos Aires, 2010.

Di Meglio, Gabriel, *Historia de las clases populares en la Argentina. Desde 1516 hasta 1880* , Sudamericana, Buenos Aires, 2012.

Dixie, Florence Caroline, *A través de la Patagonia. Itinerario ecuestre de una viajera inglesa (1878-1879)* , Ediciones Continente, Buenos Aires, 2014.

Escobar, Facundo, “Movilización política en las provincias del oeste andino y sierras centrales. Resistencia e insurgencia del federalismo proscrito. 1863-1869”, en *Anuario del Centro de Estudios Históricos “Prof. Carlos S. A. Segreti”* , año 9, número 9, Córdoba, 2009, pp. 199-217.

Ferreira, Rocío, “Cartografías pan/americanas en *Cocina Ecléctica* (1890) de Juana Manuela Gorriti”, en *América sin nombre* , números 13-14, 2009, pp. 73-84.

Ferrús Antón, Beatriz, “Las ‘Obreras del pensamiento’ y la novela de folletín (Rosario Orrego de Uribe, Lastenia Larriva de Llona y Josefina Pelliza de Sagasta)”, *Lectora* , número 19, 2013, pp. 121-135.

Fiquepron, Maximiliano, “Los vecinos de Buenos Aires ante las epidemias de cólera y fiebre amarilla (1856-1886)”, en *Quinto Sol* , volumen 21, número 3, septiembre-diciembre, 2017.

Flecha García, C., “Juana Manso, una mujer en la educación argentina del siglo XIX”, en V Coloquio Nacional de Historia de la Educación, Historia de las Relaciones Educativas entre España y América (241-251), 1988, Sevilla, España: Universidad de Sevilla. Departamento de Teoría e Historia de la Educación.

Fletcher, Lea, *Mujeres y cultura en la Argentina del siglo XIX* , Feminaria Editora, Buenos Aires, 1994.

Galeano, Diego, “Médicos y policías durante la epidemia de fiebre amarilla (Buenos Aires, 1871)”, en *Salud Colectiva* , número 5, enero-abril 2009, pp. 107-120.

Gálvez, Lucía, *Historias de amor de la historia argentina* , Punto de Lectura, Buenos Aires, 2007.

Gálvez, Lucía, *Las mujeres y la patria. Nuevas historias de amor de la historia argentina* , Punto de Lectura, Buenos Aires, 2007.

Gil Lozano, Fernanda; Pita, Valeria Silvina; Ini, María Gabriela (dir), *Historia de las mujeres en la Argentina* , Taurus, Buenos Aires, 2000.

González Bernaldo de Quirós, Pilar, *Civilidad y política en los orígenes de la nación argentina. Las sociabilidades en Buenos Aires, 1829-1862* , Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2008.

Grierson, Cecilia, *Histero-ovariotomías efectuadas en el Hospital de Mujeres desde 1883 hasta 1889* , Imp & Lit Mariano Moreno, Buenos Aires, 1889.

Guidotti, Marina (ed.), *Escritos periodísticos completos. Eduarda Mansilla de García (1860-1892)* , Corregidor, Buenos Aires, 2015

Johansson, María Lucrecia y Sujatovich, Luis, “Papeles de guerra. Causas de la Guerra de la Triple Alianza a través de la prensa argentina y paraguaya (1862-1870)”, en UNIVERSUM, número 27, volumen 2, 2012, Universidad de Talca, pp. 99-111.

La Voz de la Mujer. Periódico Comunista-Anárquico. 1896-1897 , Universidad Nacional de Quilmes, Buenos Aires, 2002.

Lozano Ascencio, Carlos, “El sensacionalismo de los riesgos y las catástrofes: un siglo en relatos periodísticos”, en *Revista internacional de Historia de la Comunicación* , volumen 1, número 5, año 2015, pp. 35-51.

Maglioni, Carolina y Stratta, Fernando, “Impresiones profundas. Una mirada sobre la epidemia de fiebre amarilla en Buenos Aires”, en *Población de Buenos Aires* , volumen 6, número 9, abril 2009, pp. 7-19, Dirección General de Estadística y Censos, Buenos Aires, Argentina.

Manso, Juana, *Compendio de la Historia de las Provincias Unidas del Río*

de la Plata desde su descubrimiento hasta el año 1874 , Librería Universal, Buenos Aires, 1881.

Masiello, Francine (comp.), *La mujer y el espacio público. El periodismo femenino en la Argentina del siglo XIX* , Feminaria, Buenos Aires, 1994.

Mizraje, María Gabriela, *Intimidad y política. Diario, cartas y recuerdos de Mariquita Sánchez* , Adriana Hidalgo Editora, Buenos Aires, 2010.

Moreno, José Luis, *Historia de la familia en el Río de la Plata* , Sudamericana, Buenos Aires, 2004.

Ojeda Uriburu, Gabino (comp.), *De Salta a Cobija. Cartas de Gregoria Beeche de García a sus hijos (1848-1867)* , Fundación Nicolás García Uriburu, Buenos Aires, 2008.

Pagliarulo, Elisabetta, "Juana Paula Manso (1819-1875). Presencia femenina indiscutible en la educación y en la cultura argentina del siglo XIX, con proyección americana", en *Revista de historia de la educación latinoamericana* , volumen 13, número 17, julio-diciembre 2011, pp. 17-42.

Pérez, Pilar, "Historia y silencio: La Conquista del Desierto como genocidio no-narrado", en *Corpus* [En línea], volumen 1, número 2, publicado el 30 diciembre 2011, consultado el 30 septiembre 2016. http://corpusarchivos.revues.org/1157 ; DOI : 10.4000/corpusarchivos.1157

Pigna, Felipe, *Mujeres tenían que ser. Historia de nuestras desobedientes, incorrectas, rebeldes y luchadoras. Desde los orígenes hasta 1930* , Planeta, Buenos Aires, 2011.

Pita, Valeria, "Intromisiones municipales en tiempos de fiebre amarilla: Buenos Aires, 1871", en *Revista Historia y Justicia* [En línea], número 6, 2016, publicado el 30 abril 2016, consultado el 23 junio 2017. http://rhj.revues.org/531 ; DOI : 10.4000/rhj.531.

Pozzi, Pablo, "La ética, la historia oral y sus consecuencias", en *História Oral* , volumen 17, número 2, jul-dic 2014, pp. 31-46.

Queirolo, Graciela, "El trabajo femenino en la ciudad de Buenos Aires (1890-1940): una revisión historiográfica", en *Temas de Mujeres* , año 1, número 1, 2004, pp. 55-87.

Rodríguez Durán, Adriana, "Los sentidos del trabajo femenino en la

Argentina del 1900”, VIII Jornadas de Sociología de la UNLP, 3-5 de diciembre de 2014, Ensenada, Argentina. En Memoria Académica. Disponible en: www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.4443/ev.4443.pdf

Roytenburd, Silvia N., “Sarmiento: entre Juana Manso y las maestras de los EEUU. Recuperando mensajes olvidados”, *Antíteses* [En línea] número 2, enero-junio 2009. Consultado el 19 de febrero de 2018. http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=193317383004 > ISSN 1984-3356.

Sábato, Hilda, *Historia de la Argentina, 1852-1890* , Siglo XXI Editores, Buenos Aires, 2012.

Sáenz Quesada, María, *Mariquita Sánchez. Vida política y sentimental* , Sudamericana, Buenos Aires, 1996.

Scharagrodsky, Pablo, “Cuerpos femeninos en movimiento o acerca de los significados sobre la salud y la enfermedad a fines del siglo XIX en Argentina”, en *Pro-Posições* , Campinas, volumen 22, número 3 (66), set/dic 2011, p. 97-110.

Servetto Alicia, “Qué y cómo responde la clase dirigente: Riesgos, limitaciones y posibilidades de la historia oral para reconstruir la historia política”, en X Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia, Escuela de Historia de la Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional del Rosario, Departamento de Historia de la Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad Nacional del Litoral, Rosario, 2005.

Sieben, Graciela, “El proceso legislativo de la Ley 11.357 de derechos civiles de la mujer: los debates en el Congreso Nacional (1924-1926)”, tesis de posgrado, Universidad Nacional de Quilmes, Bernal, Argentina. Disponible en RIDAA Repositorio Institucional de Acceso Abierto http://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/112.

Vasallo, Jaqueline; Trueba, Paz; Caldo, Paula (coord.), *Género y documentación. Relecturas sobre fuentes y archivos* , Editorial Brujas, Córdoba, 2016.



Este es el tercer y último tomo de *La historia argentina contada por mujeres* . Comienza con las consecuencias de la batalla de Pavón y culmina con la gran oleada inmigratoria de principios del siglo XX. Durante este período, la conformación del estado-nación llamado República Argentina fue difícil. Las mujeres fueron parte fundamental de este proceso, y las autoras se proponen dar a conocer ese protagonismo.

Conscientes de su sometimiento, lucharon para rebelarse y empezaron a tomar las riendas de su propia vida. En estas páginas se oyen las voces de periodistas, maestras, médicas, políticas, militantes, terratenientes, viajeras e incluso cocineras.

Una vez más, Gabriela Margall y Gilda Manso hacen explícita la idea que rige esta colección y es su columna vertebral: si nos enseñaron una historia sin mujeres, nos enseñaron la mitad de la historia.

Somos nosotras, las mujeres, y quienes quieran acompañarnos en esta travesía, las que debemos encontrarnos ahí donde siempre estuvimos, para reconocernos, para entender que fuimos y somos parte activa de la

historia. Nuestra identidad se compone de las experiencias del pasado y las del presente. Nuestro presente nos dice que somos protagonistas. Nuestro pasado, que también lo fuimos.

Gabriela Margall



GABRIELA MARGALL

(1977) es escritora, historiadora y profesora de Historia egresada de la Universidad de Buenos Aires. Desde 2006 escribe y publica novelas histórico-románticas, conjugando la investigación sobre mujeres y vida cotidiana con personajes de ficción. Es autora de las novelas *Si encuentro tu nombre en el fuego* (2006), *Con solo nombrarte* (2007), *Lo que no se nombra* (2008), Los que esperan la lluvia (2010) y *Ojos color pampa* (2011), todas editadas por Vestales; y *La princesa de las Pampas* (2012), su continuación *La hija del Tirano* (2013), *La Dama de los Espejos* (2014), *El secreto de Jane Austen* (2015), *Ese ancho río entre nosotros* (2016) y *Huellas en el desierto* , editadas por Vergara.

www.gabrielamargall.com.ar o escribirle un mensaje a gabriela.margall@gmail.com.



GILDA MANSO

(Buenos Aires, 1983) es escritora y periodista. Publicó los libros de cuentos breves y microficciones *Primitivo ramo de orquídeas* , *Matrioska* , *Temple* , *Temporada de jabalíes* y *Flora y Fauna. Antología personal de microficción* ; y las novelas *Mal bicho* y *Luminosa* .
Desde 2011 coordina el ciclo de lecturas Los Fantásticos.

Foto: © Emmanuel Distilo

GABRIELA MARGALL

El Secreto de Jane Austen

VERGARA

GABRIELA MARGALL

LA HIJA DEL TIRANO

Un amor que resiste al tiempo

VERGARA

GABRIELA MARGALL

La princesa de las Pampas

VERGARA

GABRIELA MARGALL

Ese ancho río entre nosotros

VERGARA





GABRIELA MARGALL GILDA MANSO

LA HISTORIA ARGENTINA
CONTADA POR MUJERES



I. De la conquista a la anarquía
(1536-1820)



GABRIELA MARGALL GILDA MANSO

LA HISTORIA ARGENTINA CONTADA POR MUJERES



II. De la anarquía a la batalla de Pavón

(1820-1861)



Otros títulos de las autoras en megustaleer.com.ar

Margall, Gabriela
La historia argentina contada por mujeres 3 / Gabriela Margall. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Ediciones B, 2018.
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-627-958-1

1. Historia Argentina. I. Manso, Gilda. II. Título.
CDD 982

Ilustración de cubierta: Laura Córdoba
Diseño de colección: Donagh | Matulich

Edición en formato digital: septiembre de 2018

Humberto I 555, Buenos Aires
www.megustaleer.com.ar

ISBN 978-987-627-958-1

Conversión a formato digital: Libresque

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice